



UNSAM
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN



Universidad Nacional de San Martín
Instituto de Altos Estudios Sociales
Doctorado en Sociología

Título

De la revolución a la democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero

Autor

José María Casco

Tesis para obtener el título de Doctor/a en Sociología

Director: Alejandro Blanco.

Co Director: Diego Pereyra.

Buenos Aires

2017

Casco, José María. De la revolución a la democracia. 0 años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero/ José María Casco; director Alejandro Blanco, co director Diego Pereyra. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2017.-233 p. Tesis de Doctorado, UNSAM, IDAES, Sociología, 2017.1. Intelectuales 2. Socialismo. 3. Democracia – Tesis. I. Blanco, Alejandro (Director) Pereyra Diego (Co Director). II. Universidad Nacional de San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

TÍTULO: De la revolución a La democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero.

Nombre del Autor: José María Casco.

Tesis sometida a examen en el Doctorado en Sociología, Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Sociología. En Buenos Aires, a los de de 2....

(Nombre del director, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del co-director, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

RESUMEN

Nombre del Autor José María Casco.

Director(es): Alejandro Blanco. Diego Pereyra.

Resumen de la Tesis para la obtención del título de Doctor en Sociología.

La investigación se propuso examinar la trayectoria intelectual de Juan Carlos Portantiero a partir de una reconstrucción histórica del conjunto de las preocupaciones intelectuales y políticas que en el autor se condensan en forma de ensayos e investigaciones sociológicas. Buscando dar cuenta de los modos que adquirieron las formulaciones interpretativas de los procesos políticos y culturales de Argentina en una de las voces más significativas de los últimos 50 años en el campo intelectual. Para ello el trabajo reconstruyó los distintos escenarios en los que la intervención de Portantiero tuvo lugar. Al mismo tiempo, revisó las polémicas en las cuales se insertó su producción intelectual, teniendo en cuenta el contexto político y cultural en el cual se desarrolló su obra apelando a diferentes fuentes como: Textos escritos, intervenciones públicas y entrevistas al protagonista y algunos informantes clave cercanos al autor del caso estudiado. En cuanto a los resultados, en primer lugar, la investigación permitió reponer lo más significativo de la obra y de la actuación pública de Juan Carlos Portantiero trabajo que hasta el momento no se había realizado. En segundo lugar, la investigación permitió, a través de una reconstrucción histórica y sociológica de la obra y de los escenarios en los que se desempeñó nuestro autor, mostrar cómo se construye un perfil de intelectual relevante, desde una perspectiva relacional, objetivo fundamental de la investigación. Por último, y como consecuencia de la perspectiva y de la estrategia adoptada, la investigación permitió describir los debates del campo cultural argentino protagonizado por la izquierda intelectual en la palabra de uno de sus protagonistas más salientes.

Palabras Clave: INTELECTUALES. SOCIALISMO. DEMOCRACIA. CAMPO CULTURAL

SUMMARY

The investigation aims at examining the intellectual career path of Juan Carlos Portantiero parting from the historical reconstruction of the combination of intellectual and political concerns condensed within the author in the form of essays and sociological research. Attempting to account for the forms interpretative formulations of Argentinian political and cultural processes have acquired, in one of the most meaningful voices from the intellectual field in the past 50 years. For this, the work has reconstructed the different sceneries in which Portantiero intervention took place. At the same time, it went over the controversies in which his intellectual production was included, keeping in mind the political and cultural context in which he developed his work, appealing to different sources, such as, written texts, public interventions and interviews to the protagonist and some informants close to the author. As regards the results, firstly, the research allowed to reinstate the most meaningful elements of Juan Carlos Portantiero work and public relevance, work which had not been done until now. Secondly, the investigation allowed, through a historical and sociological reconstruction of the work and sceneries in which our author performed, to show how the profile of a relevant intellectual is constructed, from a rational perspective, an essential aim of the research carried out. Finally, and as a consequence of the perspective and strategy adopted, the research allowed to describe the debates of the Argentinian cultural field starred by the intellectual left wing in the words of one of its most important protagonists.

Keys Words: INTELLECTUALS. SOCIALISM. DEMOCRACY. CULTURAL FIELD.

Índice.

ÍNDICE.....	6
INTRODUCCIÓN.....	8
TRAYECTORIA INTELECTUAL.....	10
PLAN DE LA TESIS.....	10
MARCO TEÓRICO Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA.....	18
1. LOS AÑOS JUVENILES DE JUAN CARLOS PORTANTIERO (1952-1963).....	22
1.1. AGOSTI, GRAMSCI Y LA FORMACIÓN DE UNA CULTURA POLÍTICA ILUSTRADA.....	24
1.2. HACIA LA REVOLUCIÓN.....	32
1.2.1. ORTODOXOS Y RENOVADORES O VIEJOS Y NUEVOS EN DISPUTA POR EL MARXISMO.....	34
1.2.2. COMO UN JARDÍN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN...LA AVANZADA JUVENIL.....	42
2. EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO. HACIA LA CONQUISTA DE UNA NUEVA IZQUIERDA. 51	
2.1.1. EL MÉTODO DE LA GUERRILLA COMO CONTESTACIÓN DE LA “NUEVA IZQUIERDA”.....	57
2.1.2. EL VIAJE A CUBA. SUEÑO DE TODO REVOLUCIONARIO.....	59
3. 1966-1976. SABER PARA TRANSFORMAR. LA SOCIOLOGÍA COMO UN ARMA DEL MARXISMO PARA LA REVOLUCIÓN.....	65
3.1. UNA SOCIOLOGÍA CIENTÍFICA Y MARXISTA PARA LA REVOLUCIÓN.....	69
3.2.1. UNA SOCIOLOGÍA MARXISTA NACIONAL POPULAR.....	78
3.2.2. EL FRENTE UNIVERSITARIO. CÁTEDRAS MARXISTAS Y CÁTEDRAS NACIONALES.....	81
LA NUEVA IZQUIERDA.....	86
EL MAOÍSMO.....	88
EL FENÓMENO DE LA DEPENDENCIA Y EL TERCER MUNDO.....	90
3.3. LA VUELTA DE PASADO Y PRESENTE.....	95
EL PERONISMO.....	108
EL ULTIMO COMBATE DE LA SOCIOLOGÍA MARXISTA Y REVOLUCIONARIA.....	112
4. HACIA LA DEMOCRACIA.....	124

4.1. EL EXILIO EN MÉXICO.	124
4.1.1. EL ESPACIO EXILIAR MEXICANO.	125
4.1.2. LA EMERGENCIA DEL DEBATE SOBRE LA DEMOCRACIA EN EL MARCO REGIONAL LATINOAMERICANO: EL ROL DE LAS INSTITUCIONES ACADÉMICAS.	128
4.2. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS NUEVOS PARADIGMAS DE IZQUIERDA. EL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA COMO HORIZONTE Y COMO PROBLEMA.	130
4.2.1. LA CRISIS DEL MARXISMO EN EL DEBATE EUROPEO.	136
4.3. EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO. PORTANTIERO Y EL ANÁLISIS DEL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA.	141
4.3.1. MARXISMO, SOCIALISMO, DEMOCRACIA. CONTINUIDADES Y RUPTURAS.	141
4.3.2. LA RECEPCIÓN DE WEBER. LA PERSISTENCIA DE GRAMSCI.	149
4.3.3. LA PERSISTENCIA DE GRAMSCI.	162
5. REINVENTAR LA DEMOCRACIA.	172
5.1.1. LA DEMOCRACIA COMO OPORTUNIDAD Y COMO PROBLEMA.	172
5.1.2. EL CLUB DE CULTURA SOCIALISTA, UN ESPACIO DE DEBATE SOBRE LA MODERNIZACIÓN POLÍTICA Y LA DEMOCRACIA.	174
5.2.2. LA CIUDAD FUTURA. ÚLTIMA ESTACIÓN DE UNA LARGA GENEALOGÍA.	178
5.2.3. EL GRUPO ESMERALDA. LOS CONSEJEROS DEL PRÍNCIPE Y GUARDIANES DE LA DEMOCRACIA.	185
INTELECTUALES Y POLÍTICA.	186
LA DEMOCRACIA COMO INVENCIÓN Y COMO SISTEMA.	196
CONCLUSIONES.	215
BIBLIOGRAFÍA.	222

Introducción.

En esta investigación nos proponemos examinar la trayectoria intelectual de Juan Carlos Portantiero a partir de una reconstrucción histórica del conjunto de las preocupaciones intelectuales y políticas que en el autor se condensan en forma de ensayos e investigaciones sociológicas. En este sentido, buscamos dar cuenta de los modos que adquirieron las formulaciones interpretativas de los procesos políticos y culturales de Argentina en una de las voces más significativas de los últimos 50 años en el campo intelectual. Para ello nuestro trabajo reconstruye los distintos escenarios en los que la intervención de Portantiero tiene lugar. Al mismo tiempo, revisa las polémicas en las cuales se insertó su producción intelectual, teniendo en cuenta el contexto político y cultural en el cual se desarrolló su obra. Así, nos proponemos, por un lado, dar cuenta de su itinerario intelectual a través de una reconstrucción histórica y sistemática de su producción, por otro, reconstruir los debates del campo cultural en los que ese itinerario se ubica.

Su involucramiento en muchos debates relevantes de nuestro campo cultural lo colocan como “una buena excusa” para la reconstrucción sociológica e histórica del período.

Esa es la razón teórica y metodológica por la cual escogimos este estudio de caso: el convencimiento de que su itinerario ilumina, como trataremos de mostrar, una zona relevante del campo cultural argentino y al mismo tiempo la relación que se establece entre este y el campo político. A la vez, esa trayectoria muestra a una tradición, el socialismo, en su dinámica interna, con su complejidad y heterogeneidad a través de los combates por imponer una orientación legítima. Sus luchas generacionales, sus relaciones entre campos centrales y periféricos, en fin, su dinámica política y cultural.

Asimismo, con la investigación buscamos responder a estos otros interrogantes ¿Cómo se construye en un momento histórico determinado el perfil de un “intelectual prestigioso”? Tratando de una de las voces más renombradas de la tradición socialista y de la sociología Argentina y en ese sentido, ¿En el marco de qué condiciones de

producción cultural la obra de Portantiero se tornó relevante? En esa dirección, nuestra investigación intenta aportar al conocimiento de la historia de la sociología y de los intelectuales en Argentina, así como también contribuir al desarrollo de la historia cultural e intelectual del período indicado, desde el abordaje particular de la sociología de la cultura y los estudios culturales.

Como veremos a continuación, Portantiero despliega una amplia intervención involucrándose en los más importantes debates del campo intelectual argentino, recostado en el ala izquierda del campo político. Eso hace posible que se convierta en un mirador privilegiado para mostrar tensiones, tomas de posición y luchas al interior del campo intelectual.

Trayectoria intelectual y Plan de la tesis.

La trayectoria intelectual de Juan Carlos Portantiero en el campo cultural argentino se remonta a principios de los años 50', cuando comienza sus primeros pasos como militante político en el ala cultural del Partido Comunista argentino (PCA). Allí, de la mano de Héctor P. Agosti, el intelectual más prominente del partido, colaboró en los principales órganos de prensa partidarios (*Cuadernos de Cultura, Nuestra Palabra, La Hora*¹) constituyéndose, a finales de esa década, en uno de los exponentes más importantes de la nueva generación de escritores y críticos literarios, entre los que se contaban jóvenes como Juan Gelman, Ricardo Piglia y Andrés Rivera, cercanos también al mundo comunista y la revista *Contorno* capitaneada por los hermanos Viñas que renovó la crítica en los años 50'.

En esos años, los primeros de su vida pública, Portantiero además de publicar su primera obra de largo aliento, *Realismo y Realidad en la narrativa Argentina* (1961), se convirtió en una de las voces más importantes de la renovación del campo de la izquierda, a través de una nutrida producción ensayística que le valió el juicio positivo de sus pares y la crítica del momento². Asimismo, cabe destacar su participación como periodista cultural del diario *Clarín* entre 1957 y 1965; y su colaboración en el semanario *Che*, órgano que expresaba la renovación generacional en el Partido Socialista que saludaba con entusiasmo la gesta de la Revolución Cubana³. Desde esos espacios culturales hasta su expulsión en 1963 del PCA, Portantiero prohió una producción ensayística renovadora sobre la historia argentina, tanto en su aspecto político como cultural que puso en entredicho el modo en que la “izquierda tradicional” enfocó los problemas políticos de la argentina y de la tradición comunista. En esa dirección, en su libro de 1961 problematizó la cuestión del realismo literario, tradición

¹ *Cuadernos de Cultura, Nuestra Palabra y La Hora* constituyeron las publicaciones más prestigiosas que el PCA tuvo en el campo de la izquierda y el campo cultural en general en los años 50' y principios de los años 60'. Véase al respecto, Saitta (2011), Cernadas (2005) y Petra (2013).

² En ese sentido véase Piglia (1963) y Monegal (1956).

³ Para un análisis pormenorizado de *Che* véase Tortti (2013).

estética y cultural privilegiada por el mundo comunista de entonces, de un modo que innovaba respecto de las líneas directrices que emanaban desde Moscú y se emulaban en Buenos Aires, con una fuerte influencia de Agosti que oficiaba de maestro⁴.

Esa primera etapa juvenil de su trayectoria se cierra en 1963 cuando es expulsado de las filas del PCA bajo la acusación de intentar introducir innovaciones programáticas en su orientación ideológica⁵. Ese hecho se produjo en momentos en los que un grupo de jóvenes militantes comunistas de la provincia de Córdoba que impulsaban una nueva publicación, la revista *Pasado y Presente*, corrían la misma suerte. Esta publicación y Portantiero, quién rápidamente se asoció al grupo, quedarían de ahí en más catalogados por propios y extraños como los principales divulgadores de la obra de Antonio Gramsci. En efecto, el pensador comunista sardo fungía para estos jóvenes como un prisma para las propuestas políticas juveniles que conformaran la identidad de la naciente “nueva izquierda”⁶ de esos años. Y con la cuál combatían a las tradiciones de la izquierda.

Así, a partir de su expulsión, Portantiero se comportó como un verdadero intelectual *dreyfusar*. En efecto, investido de un prestigio creciente se enroló en la tradición de los intelectuales que pelean en la arena pública en nombre de valores universales, muchas veces abstractos como la justicia y la igualdad, en su caso desde su adscripción al campo ideológico de las izquierdas⁷ (Coser, 1968), pero sin partido. En

⁴ Sobre las polémicas en torno al realismo literario véase Crespo (1999) y Tarcus (2007).

⁵ La expulsión se llevó a cabo en el mes de mayo a través de un jury que integraban algunas altas autoridades partidarias. El dictamen de la expulsión sostenía que Portantiero promulgaba una línea “revisionista” que se desviaba del marxismo leninismo que el Partido expresaba y lo acusaba también de tener un acercamiento “peligroso a los sectores peronistas”. Entrevista con el autor. Noviembre de 2005.

⁶ Se denomina “nueva izquierda” a un espacio político y cultural heterogéneo que se nutría de las filas disidentes del PCA y el PS, y que como señala Tortti fue parte “del proceso de modernización – politización- radicalización, típicos de los años 60’ y 70’: transformaciones en los partidos de la izquierda tradicional y en el peronismo; surgimiento de nuevas organizaciones políticas y político militares, emprendimientos político culturales, en los más diversos ámbitos de la vida social, cultural, profesional y universitaria” (Tortti, 2013: 04).

⁷ La categoría analítica de “intelectual dreyfusard” tiene su origen en el episodio que se conoce como el “caso Dreyfus” a raíz de la intervención en un asunto de Estado de varios intelectuales. Sobre todo de Emile Zola, reputado escritor que a propósito de un juicio llevado a cabo a un coronel, acusó al gobierno francés de perpetrar un juicio “injusto”. Ese, de acuerdo con muchos analistas del campo intelectual, es el origen del “intelectual en sentido moderno” como aquel sujeto que se involucra en el debate público

efecto, salvo su efímera experiencia de 1963-1964 al frente de la Vanguardia Revolucionaria (VR) y su acercamiento al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP)⁸ agrupación que lideraba Ricardo Masetti en la provincia de Salta por pedido de Ernesto “Che” Guevara, no volvió a formar parte de ningún partido político. Sin embargo, la atención por las cuestiones políticas no dejó nunca de ser su preocupación central. En ese sentido, Portantiero sería en toda su vida pública un verdadero *Hombre de ideas*.

Durante los años 60’ y primeros 70’, animó el campo intelectual desde varias revistas, en muchos casos de corta vida, pero que nutrieron el proceso de radicalización política que se vivió en esa década. Como muestra de ello podemos mencionar: *Nueva Política, Realidad Nacional, Pasado y Presente, Ya y Los Libros*, publicaciones que expresaban el impulso renovador del espacio de la “nueva izquierda”⁹ y que colocaron a la orden del día el problema de la revolución y la dependencia en el campo de la izquierda.

En esos convulsionados años 60’ la novel carrera de sociología fue otro escenario en el que se desempeñó de un modo destacado. En efecto, a partir de 1966 cuando obtuvo su licenciatura por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Portantiero rápidamente alcanzó cargos como docente e investigador y en 1972 dio forma junto a Miguel Murmis a su primer obra ensayística y académica importante: *Estudios sobre los orígenes del Peronismo*. Libro que se convirtió en la referencia más importante para las ciencias sociales y el ambiente político del momento porque, entre otras cosas, renovaba la mirada clásica que Germani había prohiado sobre el movimiento liderado por Perón.

defendiendo valores trascendentes y moralizando de ese modo a la sociedad (Coser, 1968; Ory, 1990; Charle, 1990; Lamonde, 1998; Altamirano, 2006).

⁸ Vanguardia Revolucionaria fue un partido formado por una fracción de jóvenes comunistas disidentes en 1963, que tenía su principal base de conformación en las facultades de Derecho y Ciencias Económicas de la UBA. Portantiero fue su líder político por ser el más prestigioso de los jóvenes disidentes y también el de mayor edad entre los que conformaban el grupo. Para una historia detallada de VR véase, Gonzales Canosa (2009). Para una historia pormenorizada de la experiencia del EGP véase Rot (2000) y Bustos (2007).

⁹ Sobre la importancia e influencia de estas revistas véase entre otros, Terán (1991); Burgos (2004); Celentano (2013); Zarowsky (2012) y Petra (2010 y 2014).

Pero además, el libro se convirtió a la postre, en una referencia ineludible sobre el tema¹⁰.

En esos primeros años de la década del 70', junto con el posicionamiento privilegiado que le otorgó el libro mencionado, su figura adquirió relevancia en el ámbito universitario debido a las intervenciones que realizó, cuando era ya un profesor destacado, a propósito de las disputas ideológicas entre las llamadas “cátedras marxistas y cátedras nacionales”, dos orientaciones en las que se dividían las jóvenes generaciones de universitarios que conformaban la “nueva izquierda”, en el seno de la carrera de sociología de la UBA, disciplina que se convirtió en la década del 60' en la más importante en cuanto a la renovación de las ciencias sociales¹¹.

En 1975 en plena descomposición del gobierno de Isabel Martínez de Perón, Portantiero partió a su exilio en México. Allí, junto a un grupo de argentinos y latinoamericanos, protagonizó una renovación en el campo político e intelectual de envergadura en la tradición de izquierda. Efectivamente, tanto desde la sede mexicana de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), donde se hizo cargo en 1978 de la dirección de su maestría en ciencias sociales, como en foros y congresos de aliento continental y en la revista *Controversia. Para un análisis de la realidad argentina*, la que contribuye a fundar en 1979, Portantiero se dio a la tarea de revalorizar la democracia y renovar a la tradición socialista. Esa operación de renovación se llevó a cabo a través de un diálogo productivo con corrientes teóricas soslayadas por la izquierda, donde los aportes de Max Weber, John Rawls y Norberto Bobbio, entre otros, comenzaron a ser una fuente de suma importancia en la confección de un programa político cultural para el futuro de Argentina. Asimismo, en esa dirección fue protagonista del debate que se conoce como “la crisis del marxismo” en el que Portantiero revisó el corpus teórico de esa poderosa tradición para abandonarlo por otras orientaciones socialistas en busca de hacerlas compatibles con un programa democrático.

¹⁰ Para la importancia del libro en la discusión sobre el peronismo véase De Ipola (1999) y Camarero (2011).

¹¹ Sobre este punto véase Rubinich (1999) y Moscona (2013).

Encuadrado en ese proyecto político e intelectual, en los años 80', ya de regreso en Argentina, las empresas que se destacaron en su trayectoria son: la revista político cultural *La Ciudad Futura*, que se convirtió a poco de su fundación 1986, en un foco de irradiación de los temas que marcaban la agenda política e intelectual de la época; y *El Club de Cultura Socialista*, una institución que nucleaba a lo más granado de la intelectualidad de corte reformista de Buenos Aires, constituyéndose en espacio de tribuna en la conformación de un discurso moderno para la democracia¹².

Por último, su trabajo como asesor informal del presidente Alfonsín en el llamado “Grupo Esmeralda” haciendo las veces de “consejero del príncipe” hasta 1989, muestra una forma de relación novedosa entre los intelectuales y política en el país. En efecto, como veremos en profundidad más adelante, la relación intelectuales y política en la Argentina estuvo siempre marcada por el desencuentro, máxime si de intelectuales provenientes de la izquierda es de lo que hablamos, pero en general hasta la recuperación del estado de derecho en 1983, los intelectuales no se habían integrado a las instituciones estatales ni a los partidos políticos. En ese punto ésta experiencia de la que Portantiero forma parte como un actor relevante constituye una novedad.

Asimismo, destacamos su desempeño como profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, donde ocupó en la carrera de sociología uno de los espacios más prestigiosos.

Como señalamos más arriba, esa larga trayectoria intelectual que reseñamos da cuenta de un rico itinerario en materia de discusiones por las que atravesó el campo intelectual argentino. En efecto, el peronismo, la “nueva izquierda”, el comunismo local e internacional y sus complejas relaciones, la Revolución Cubana, la teoría de la dependencia, la “crisis del marxismo”, la renovación de las ciencias sociales en los años 60' y la democracia en los años 80', son algunos de los grandes temas en los que Portantiero intervino colocándose como un protagonista fundamental del campo cultural entre los años 50' y 80'.

¹² Para tomar dimensión de la importancia de *La Ciudad Futura* véase Montaña (2012 y 2014). Sobre el *Club de Cultura Socialista* Elizalde (2009) y Ponza (2013).

A pesar del reconocimiento que suscitó su obra para una gran audiencia, el itinerario intelectual de Juan Carlos Portantiero no recibió una amplia atención por parte de los investigadores. Efectivamente, sólo encontramos estudios fragmentarios que, en algunos casos lo colocan como parte de un colectivo como el de “los gramscianos argentinos” (Burgos, 2004), y en otros formando parte de esas instituciones renovadoras como fueron las revistas *Pasado y Presente* (Gonzales y Korn, 2013; Petra, 2010), *Controversia. Para un análisis de la sociedad argentina* (Gago, 2012) o *La Ciudad Futura*. (Montaña, 2014; Reano, 2012; Garategaray, 2013). En cuanto a su obra, el libro escrito en colaboración con Miguel Murmis, *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, fue examinado como formando parte de una saga que discutía el fenómeno peronista en el marco de lo que fuera luego el primer debate de gran alcance de las ciencias sociales argentinas (Camarero, 2011; Torre, 2004, 1990; Gonzales, 2000; De Ipola, 1989). Por último, destacamos que se encuentran estudios parciales sobre su itinerario: por un lado, el trabajo de Altamirano (2011) que enfoca su derrotero en su período comunista y el de los años posteriores, es decir, los “largos años 60” argentinos. Por otro, los ensayos que hacen foco en los años 80’, un periodo que ha suscitado un gran interés en los últimos tiempos por parte de jóvenes investigadores. En el caso de Portantiero los trabajos se concentran sobre todo en como éste se dio a la tarea de construir un proyecto de socialismo democrático en la estela de su ajuste de cuentas con el marxismo, así como también a la incorporación de teóricos que funcionaban como una fuente para pensar el pacto para una democracia renovada (Ponza, 2010, 2013a, 2013b).

Es por ello que creemos que es necesario reconstruir, con la estrategia que permite un estudio de larga duración, el itinerario de Portantiero, para visualizar de un modo sistemático como va adquiriendo forma una trayectoria intelectual. También porque su estudio permite reconstruir, al menos en parte, algunos debates relevantes del campo cultural argentino. Por último, porque esa reconstrucción nos facilita reponer aspectos poco conocidos de su trayectoria que no fueron cubiertos por la literatura existente. De ese modo, aquellos aspectos parciales que fueron resaltados de su obra podrían ser leídos de otro modo con ésta reconstrucción sistemática.

Por ello es que nos proponemos reconstruir y analizar la obra de Juan Carlos Portantiero, atendiendo a los modos que adquieren las formulaciones interpretativas de los procesos políticos y la cultura argentina en sus escritos en el periodo comprendido entre 1951 y 1989. El recorte elegido se encuentra fundamentado en la idea de que es entre esas fechas, la de su ingreso al PCA y el fin de su colaboración con Alfonsín, cuando Portantiero desempeñó el papel de intelectual en su sentido más clásico. Esto no significa que luego de esta fecha haya abandonado ese papel, si no que el hecho de que a partir de 1990 su posición como decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, lo colocó en un rol más institucional y de gestión, impidiendo que desempeñe el papel de intelectual *dreyfusard* de siempre. Por lo expuesto, nos parece que en el período elegido se observa en su larga trayectoria con un modo específico de intervención intelectual.

Partiendo de la idea de que en el período delimitado “la política era en la región dadora de sentido de las diversas prácticas, inclusive la teórica” (Terán,1991:12), proponemos reconstruir y analizar la dinámica del campo cultural de la izquierda entre los años 50’ y 80’ atendiendo especialmente al debate con el peronismo de los partidos tradicionales de la izquierda (PCA y PS); y en esa dirección, reconstruir la colocación frente al mismo de las nuevas formaciones de esa tradición política que conformaron “la nueva izquierda” en la emergencia de nuevas problemáticas que se suceden en los años 60’, en particular la emergencia de nuevas alternativas revolucionarias como el maoísmo y la Revolución Cubana. Asimismo, nos proponemos reconstruir y analizar las redefiniciones teóricas y conceptuales que produjeron un número importante de intelectuales argentinos en general y Portantiero en particular sobre: la izquierda y la revolución; la izquierda y la “crisis del marxismo”; y la izquierda y la democracia.

Debido a que nuestro trabajo escoge como unidad de análisis el itinerario de un intelectual y presta atención a los debates en los que está involucrado, así como también a las estrategias que éste despliega en el campo intelectual, nos enfrentamos al problema de cómo debe ser el acercamiento a su trayectoria para la comprensión de su obra. En ese sentido, siguiendo a Bourdieu sostenemos que la obra de un autor debe ser analizada “(...) a partir de la tensión que se origina entre la necesidad intrínseca de la obra y las

restricciones sociales que la orientan desde afuera, esto es, tomando en cuenta el condicionamiento del proyecto creador por parte de la estructura del campo intelectual” (Bourdieu, 1998: 34). Así, la obra debe ser examinada tomando en cuenta el contexto en el cual se produce (las complejidades del campo intelectual y el momento político) para cada período histórico, de modo tal que podamos echar luz sobre las posiciones, los intereses y las posibilidades del autor y la obra. Y en ese marco nos preguntamos ¿Cuál fue el impacto que tuvo en la producción de sus primeros años en el PCA la recepción de la obra de Gramsci y el marxismo italiano? ¿Qué papel jugó Portantiero en el escenario de la “nueva izquierda” de los años 60’ y con qué armas teórico- políticas intervino en el campo intelectual? ¿Cómo influyó la llamada “crisis del marxismo” en la revalorización de la democracia y el abandono del ideario de la revolución que había estado en sus preocupaciones de los años 60’? ¿Qué papel jugó en su recolocación de los años 80’ en el campo intelectual, el giro hacia la socialdemocracia de los partidos europeos de izquierda y sus intelectuales que fueron un punto de referencia en esos momentos de su trayectoria?

Si bien estos interrogantes no agotan los problemas que su larga trayectoria habilita para llevar adelante la indagación, nos permite reconstruir una serie de problemas políticos e intelectuales dentro del campo del socialismo, para conocer una zona de esa tradición político cultural.

Por otro lado, además de los interrogantes de tipo políticos e intelectuales, la investigación nos habilita a dar cuenta de cuestiones teórico metodológicas relevantes para un estudio del campo intelectual. Porque, en efecto, ¿qué espacios de sociabilidad le permiten a nuestro autor acumular un capital cultural específico con el cual poder actuar en los distintos escenarios? ¿Qué tipo de relación se establece entre el campo intelectual de la izquierda en argentina y el campo intelectual central y como juega ésta relación en su obra?

En esta investigación intentaremos a través de un recorrido histórico por la trayectoria de Portatiero, dar cuenta de cuáles fueron las tradiciones intelectuales y políticas que dieron sustento y moldearon su producción, atendiendo tanto a los cambios

políticos como culturales que fueron centrales en sus puntos de inflexión. Al mismo tiempo que intentaremos reconstruir la trama que hace posible los pasajes que se producen en su obra, analizaremos los escenarios en los que actúa y los espacios de sociabilidad que lo dotan de las herramientas para desarrollar su vocación intelectual. Así, con esta indagación intentamos contribuir a iluminar a través de su biografía intelectual un campo de problemas que estuvieron en el centro de las preocupaciones de una zona significativa de la izquierda cultural.

Marco teórico y estrategia metodológica.

En cuanto a los problemas teóricos y metodológicos que la investigación suscita, y adoptando un enfoque que combina, la sociología de los intelectuales con una reconstrucción histórica y sistemática de la obra que aquí analizamos, la investigación se apoya en una doble estrategia metodológica. Por un lado, efectuaremos, además de un análisis detallado de sus textos, una interpretación de los mismos atendiendo especialmente al modo en que se fusionaron en ellos las distintas tradiciones intelectuales con las que dialogó, y exploraremos la relación que estableció con las mismas. Por el otro, y en forma complementaria, la interpretación de sus textos la acompañamos de una reconstrucción del contexto intelectual y político en que fueron producidos.

En lo que hace a las herramientas teóricas nos valemos de algunas orientaciones que nos brinda la *historia intelectual* como perspectiva de análisis. Ésta difiere de la historia de las ideas en tanto su interés es ocuparse del “trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (Altamirano, 2005: 10). Dado que el espacio cultural está hecho de múltiples articulaciones con el conjunto de la vida social, la historia intelectual, se ocupa de pensar la *especificidad* de la producción de ideas en su relación con otras producciones culturales contemporáneas y en sus *conexiones* con distintos referentes situados en otros campos de la totalidad social. Así, podemos considerar a esta *articulación* como el objeto mismo de una historia intelectual (Chartier, 2001) que, de este modo, rechaza las polarizaciones clásicas (externalismo/contextualismo vs.

internalismo/textualismo) que caracterizaron los debates de la historia de las ideas en su desarrollo (Palti, 1998; Dosse, 2006; Sazbón, 2009). Más puntualmente, la historia intelectual sostiene que los textos no se producen ni circulan en el vacío, sino que, en tanto expresiones del *hacer* social, tienen implicaciones y están insertos en redes de problemas que es necesario reconstituir: pensar las *ideas en contexto* implica atender los *contextos intelectuales* (y no sólo sociales) que permiten acercarnos a la comprensión de su valor y sentido histórico (Skinner, 2007), aquí es donde esta disciplina corresponde a la “familia” de la sociología de los intelectuales ya que se nutre de ella. Esto presupone un trabajo minucioso para restituir sus soportes, sus condiciones sociales de emergencia, pero también sus encarnaciones temporales y sus contextos biográficos.

Asimismo, la noción de *Trayectoria intelectual* que guía nuestra investigación se revela entonces de suma productividad para reconstruir estos procesos. En este sentido, la historia intelectual ha llamado especial atención sobre el lugar de las *redes materiales* de producción y circulación de conocimientos y de esos *espacios de sociabilidad intelectual* privilegiados que son por ejemplo las *revistas* especializadas y/o político-culturales. En tanto soporte esencial de la vida intelectual (al menos lo fueron durante buena parte del siglo XX), las revistas constituyen un observatorio privilegiado para analizar la evolución de las ideas como lugares de fermentación intelectual donde se cruzan dimensiones políticas y posturas teóricas.

Algunas tradiciones de la *sociología de la cultura* por su parte, nos permiten subrayar ciertos aspectos tal vez poco atendidos desde la perspectiva de la historia intelectual. Estas invitan a considerar la producción de conocimiento y los espacios de especialización intelectual en el marco de la *dinámica conflictiva* de la *cultura*, entendiendo a ésta como una dimensión activa de la trama donde se configuran los procesos de *hegemonía* (Williams, 1977); de allí la distinción entre *instituciones* y diversos tipos de *formaciones* culturales (*alternativas*, de *especialización*, de *oposición*) que tomamos para dar cuenta de esta dinámica (Williams, 1981). La *sociología de la cultura* asimismo, nos invita a atender las lógicas subyacentes que gobiernan los distintos *campos* de la producción cultural —a partir de dar cuenta de su *relativa autonomía*— al mismo tiempo que su relación conflictiva con el *campo de poder* y los

procesos de reproducción —o cuestionamiento— del orden social (Bourdieu, Wacquant, 2008). También ha sido Pierre Bourdieu, quién propuso indicaciones precisas para abordar desde una perspectiva sociológica los *procesos sociales de circulación internacional de las ideas* donde se juegan jerarquías, instituciones y tradiciones que se deben ponderar a la hora de entender las lógicas que imponen temas, ideas y autores (Bourdieu, Op. Cit)

Por último, ciertos enfoques sociológicos contemporáneos han puesto de relieve cómo el saber sobre lo social se produce en *espacios sociales de entrecruzamientos múltiples* (Neiburg y Plotkin, 2004), así como las múltiples interacciones entre campos. Para lo que aquí nos importa específicamente, el campo de la izquierda y el campo de la sociología, que han sido los dos espacios privilegiados en los que se recortó la trayectoria de Portantiero a partir de los años 60'. Y que aparecen en un cruce productivo en toda su obra luego de 1966.

Las fuentes de la cual se nutre la investigación son varias. Además de un trabajo de archivo sobre textos que incluye material historiográfico periodístico y de revistas para su análisis, hemos hecho uso de entrevistas en profundidad con protagonistas de los acontecimientos elegidos para la indagación, algunas entrevistas también al protagonista de la investigación para poder confrontar diferentes fuentes a la hora de establecer una más ajustada interpretación sobre los hechos que se quieren narrar y explicar.

La investigación se organiza en cinco capítulos. En el primero recorreremos los años juveniles de Juan Carlos Portantiero: sus años de formación como intelectual *dreyfusard* en el seno del Partido Comunista, el entramado político e intelectual en el que nuestro autor desarrolló sus primeras armas como crítico literario, así como también, el ambiente de las redacciones y las disputas entre “nuevos” y “viejos” por las orientaciones políticas que el comunismo debe seguir. En los capítulos segundo y tercero abordamos los “largos años sesenta” en el ambiente de la emergencia de “la nueva izquierda”: la experiencia de la guerrilla armada como modo de intervención en la política cuando crecía la idea en vastos sectores de la población, sobre todo juveniles, de que los caminos institucionales estaban cerrado; el contexto del impacto que produce

sobre toda una nueva generación de políticos e intelectuales el conflicto chino – soviético para el mundo de la izquierda; y la Revolución Cubana para esta generación en general. Estos años son también los tiempos de la modernización cultural y de la emergencia de las nuevas ciencias sociales en donde la sociología se destaca particularmente. Retratarlos la colocación de Portantiero en ese escenario para intentar mostrar las disputas en el mundo de la “nueva izquierda” entre marxistas y nacionalistas de izquierda, en momentos en que el Maoísmo y las teorías del Tercer Mundo pasan a ocupar el centro de la escena. En el cuarto capítulo nos ocupamos del exilio de nuestro autor en México. Así, recorreremos el entramado político, institucional y cultural en el que Portantiero interviene, prestando particular atención a la cuestión de “la derrota” de los proyectos contestatarios de los años 60’ y 70’ y a la polémica alrededor de la llamada “crisis del marxismo” que tiene lugar en los países latinos de Europa que pertenecen a esa tradición, así como también al modo en que ésta es apropiada por los argentinos de izquierda en el exilio. Aquí nos interesa con especial énfasis, el modo en que Portantiero dio lugar a esa polémica y al tiempo que realizó un giro de sus intereses políticos e intelectuales. En esa orientación recorreremos las primeras reflexiones del protagonista sobre la democracia como nuevo paradigma político para el pensamiento de izquierda, dando cuenta a su vez de la incorporación de autores antes soslayados.

Finalmente, en el capítulo quinto y último, reconstruimos la vuelta de Portantiero a la Argentina, sus intervenciones para dar forma un sistema democrático integral, las instituciones que funcionan como el entramado que le dio sentido a su proyecto y el ajuste de cuentas con las grandes tradiciones políticas argentinas, de raíz nacional popular, y el socialismo por el que el autor batalló para renovarlo en clave democrática.

1. Los años juveniles de Juan Carlos Portantiero (1952-1963)

“¡Le estuve tirando sogas toda la noche y no agarro ninguna!”
(Héctor Agosti a propósito del jury que le hiciera a Portantiero el PCA el día de su expulsión).

Para poder desarrollar su vocación por intervenir en la vida pública, los intelectuales necesitan un ambiente en donde medir sus ideas y también poder cultivarlas, ya sea a través del contacto con un maestro, con el de su grupo de pares, o con los dos por igual. De ahí, que los que se inician deben integrarse a espacios institucionales organizados para el cultivo de la cultura y de las ideas. Por eso, en lo que sigue y a modo de introducción, nos dedicaremos a repasar los años juveniles de Juan Carlos Portantiero, es decir, los de su formación dentro del Partido Comunista.

1963 fue un año decisivo en su vida, en el que se produjo un verdadero parte aguas en la joven carrera de Portantiero como militante político, porque allí tuvo lugar su expulsión del Partido Comunista Argentino (PCA), al que había ingresado en 1951 de forma accidental, cuando luego de intentar afiliarse al Partido Socialista¹³ (PS) sin conseguirlo, recaló finalmente en la sede del PC de la calle San Pedrito en su barrio de Flores. Portantiero se incorporó primero al frente universitario, pero pasó rápidamente a militar en la Casa de la Cultura¹⁴, ubicada en Córdoba y Riobamba, debido a sus veleidades literarias y culturales (Mocca, 2012). Ese mismo año, comenzó a estudiar derecho en la Universidad de Buenos Aires (UBA) impulsado por su familia que buscaba para el joven un futuro próspero en el estudio jurídico de un familiar. Pero Portantiero rápidamente abandonó ese mundo formal para ingresar a la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía de la misma universidad. Pero luego de rendir todas las

¹³En varias oportunidades Portantiero atribuyó a un error su ingreso al Partido Comunista a través de una anécdota. En ella contaba que junto a un grupo de amigos de su barrio había tomado la decisión de ir a la Casa del Pueblo, sede central del Partido Socialista, a afiliarse, pero no habiendo sido recibidos de buena manera y ante un interrogatorio que los intimidó, decidieron irse para no volver. El episodio hizo que, ante la insistencia de Néstor Spangaro, un militante comunista del barrio, se afiliara, finalmente, al comunismo en la sede del Partido del barrio de Flores. Para más detalles sobre este punto, véase, Tortti y Chama (2006) y Mocca (2012).

¹⁴La Casa de la Cultura Argentina fue una iniciativa que la dirigencia del PC llevó adelante en el año 1952 como parte de una propuesta que pretendía unificar todas las acciones del Frente Cultural que hasta ese momento, según sus dirigentes y también algunos intelectuales, se encontraban fragmentadas. Véase, (Massholder, 2013) y (Petra, 2014).

materias introductorias, interrumpió sus estudios para dedicarse sólo a la militancia política.

Fue allí donde entabló un vínculo decisivo con Héctor Pablo Agosti, el intelectual más importante del PC por esos años y quién acompañó el desarrollo de su vocación política e intelectual. Ya instalado en el partido, paso por algunas editoriales partidarias y en 1955 comenzó a desempeñarse como periodista en el semanario *Nuestra Palabra*. En ese contexto trabó relación con Rodolfo Ghiodi, uno de los dirigentes más encumbrados y director de la publicación, y luego con Agosti quien asumió la dirección en 1958.

En la redacción anudó lazos de camaradería y amistad con jóvenes promesas literarias como Juan Gelman, Roberto “Tito” Cossa y Andrés Rivera. Los unió, además de un impulso generacional y una visión del mundo, la pasión por la literatura y el cine neorrealista italianos de la posguerra. Pavese, Pratolini y De Sica fueron algunos de los nombres que aparecían como modelo e inspiración para el análisis literario pero también político y social¹⁵. De ahí que la cultura italiana marcó el modo en que esos jóvenes se colocaron con voz propia dentro del PC¹⁶. En efecto, de la mano de Agosti, el más liberal y culto de los escritores comunistas, los noveles periodistas y críticos literarios se apartaron de las lecturas del Partido en materia política pero también estética. Así, cuestionaron la teoría del realismo socialista consagrada por Zhdanov y adoptada como el “verdadero” arte socialista y guía privilegiada en materia artística del Frente Cultural.

En este sentido, Agosti buscó una apertura a otros lenguajes, dentro de los que se destacaron autores franceses e italianos que tuvieron un papel protagónico para el Frente Cultural. Revistas como *Il Contemporáneo*, *Rinascita*, *Società*, *Crítica Marxista* (a la que Portantiero estaba suscripto vía una librería italiana del barrio de San Telmo) fueron

¹⁵ El neorrealismo italiano fue un movimiento artístico que se inició inmediatamente terminada la segunda guerra mundial. Sus exponentes buscaban mostrar las condiciones humanas y sociales de la población como producto de la guerra y el fascismo, por eso sus guiones de cine eran compuestos por escritores o por personas convocadas para tal fin. El uso de actores no profesionales iba en el mismo sentido, esto hacía que el “realismo” con el que los comunistas identificaban al verdadero arte y el “neorrealismo” pudieran asimilarse. Para una historia del movimiento véase, (Lacolla, 2003)

¹⁶Para una reconstrucción exhaustiva del influjo que tuvo esa cultura italiana sobre esos jóvenes intelectuales véase Petra, (Op. Cit).

las fuentes para construir un proyecto de renovación de la cultura comunista. De algún modo, esa marca generacional que los jóvenes militantes y Portantiero como parte de ese grupo desplegaron hasta que en 1963, fue la que los dejó fuera del Partido, en efecto, esa marca italiana junto a otras referencias extranjeras pero también latinoamericanas los enfrentará, como trataremos de mostrar más adelante, a los viejos mandatos partidarios.

1.1. Agosti, Gramsci y la formación de una cultura política ilustrada.

Hacia 1959, el gobierno de Arturo Frondizi clausuró algunos órganos de difusión del Partido, entre ellos *Nuestra Palabra*. Así fue como Portantiero y Agosti pasaron a formar parte de *Cuadernos de Cultura*, la revista oficial y más importante de los comunistas, el primero haciendo las veces de secretario de redacción y el segundo como director.

Forjaron un vínculo, no solo laboral, sino de discípulo- maestro, por medio del cual Portantiero descubrió la obra de Antonio Gramsci. Su primer contacto con la obra del italiano, de un modo un tanto superficial según sus palabras¹⁷, lo había tenido cuando entre los años 1953 y 1955 ingresó como empleado a *Lautaro*, una de las tantas iniciativas editoriales con las que el PC contaba¹⁸. Y hay que señalar que fue precisamente desde ese sello que Agosti impulsó la traducción de “Los Escritos de la Cárcel”, disponibles al momento. Gracias a esa iniciativa, Portantiero conoció a José María Aricó cuando éste, convocado por Agosti, tradujo las “Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado Moderno” en 1962. A partir de ese momento el vínculo entre ellos los haría inseparables hasta la muerte de Aricó en 1991. Compañeros de ideas, amigos que se llamaban así mismos hermanos, prohicieron una empresa política e intelectual sin la cual es difícil pensar la trayectoria de Portantiero.

Como sea, debemos destacar que, en estos años de formación, como hicieran tantos escritores en una tendencia que se remontaba hacia los comienzos del campo literario de los años 20’, maestro y discípulo compartieron el oficio de periodista en el

¹⁷ Entrevista con el autor. Diciembre de 2005.

¹⁸ Massholder (Op. Cit) Sostiene que a fines de los años 50 los sellos editoriales comunistas eran: *Cártago, Lautaro, Fundamentos, Platina, Proteo, Procyón, Problemas, Capricornio, Anteo, Futuro, Partenón, Argumentos y Arandu*.

diario *Clarín*. Para este matutino, Portantiero trabajó entre 1959 y 1965 de forma rotativa por diferentes secciones hasta que en 1962 se convirtió en columnista de la sección espectáculos bajo el seudónimo de Martín Millán¹⁹. Así, desde mediados de la década del 50' hasta mediados de la década siguiente, las redacciones de diarios y revistas fueron el ámbito de formación de su oficio de escritor y crítico cultural, y el escenario privilegiado para el desarrollo de su vocación intelectual, imbricado fuertemente con la historia y la política del momento. Allí adquirió una destreza para la síntesis y la condensación de ideas en unas pocas páginas, que fueron la marca de sus intervenciones en muchos de sus posteriores escritos. Es en esos escenarios, y en la gran escuela que el Partido supo ser, que su *habitus* de escritor cobró forma.

Pero allí también toda la cultura renovadora del mundo de la izquierda fue una fuente en la cual abrevó para sus reflexiones como crítico que tendría su instancia de consagración con su primer libro de 1961, *Realismo y Realidad en la narrativa argentina*.

Es en ese cruce entre cultura y política que encontrará en la figura de Gramsci un mapa para pensar la política, un modo de acercarse a realidad que será la marca de sus intervenciones a lo largo de toda su trayectoria.

Si bien dentro del PC había una separación entre el ala política y el ala cultural expresada en la división del trabajo, la política era el nervio que mantenía activa la labor partidaria y se constituía en su eje central. Y en ese sentido es que Portantiero se convirtió en un intelectual a la *dreyfusard* (Cosser, 1968) modelo que remite a un tipo de intervención donde el oficio y el prestigio ganado como escritor son puestos al servicio de causas generales, apelando a la defensa de valores trascendentes. En este caso, estaba claro, su inscripción al PC lo colocaba en la defensa de los ideales de igualdad y emancipación entre los hombres.

Como se sabe, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) era uno de los dos grandes ganadores de la contienda de la segunda guerra mundial, debido a eso

¹⁹ No nos ocuparemos en esta investigación de su rol como periodista en el diario *Clarín* por considerar que allí no desarrolló su papel de intelectual comprometido con la política. En una entrevista con el autor (octubre de 2006) Portantiero había manifestado que su seudónimo obedecía a que en el diario sólo trabajaba para obtener un salario que pudiera completar sus ingresos y que dado que era una persona conocida dentro del Partido luego de 1961, ese seudónimo lo desligaba de su militancia partidaria.

estar adscrito al PC era de algún modo estar colocado en esa mitad del mundo que libraba una batalla contra el capitalismo para fundar un hombre nuevo, donde la fraternidad, la igualdad y la libertad pudieran realizarse.

Esa fue una de las razones por la cuales Gramsci gravitó profundamente en sus reflexiones. Éste, como se recordará, además de militante del Partido Comunista, era un intelectual con una concepción política donde la dimensión cultural era central y dentro de la cual los intelectuales eran actores privilegiados. En su ideario, la cultura nacional que portaban los sectores subalternos debía fusionarse con la de los intelectuales para formar un solo bloque histórico, y esa era la tarea primordial que el comunismo debía llevar a cabo. Ese papel que Gramsci le asignaba al intelectual y al Partido, marcó a Portantiero y a muchos otros de su generación que, como él, buscaban ser protagonistas en la escena nacional. Contribuyendo a su “inspiración” intelectual los libros de Gramsci (“Los intelectuales y la organización de la cultura”, “Literatura y vida nacional” y “Maquiavelo o el nuevo príncipe moderno”), funcionaron como un prisma para enfocar una estrategia política diferente del modelo soviético.

Buena parte de los condimentos señalados se plasmaron en su primer libro editado en 1961, que además, le otorgó una visibilidad importante dentro del campo cultural y con el cuál se ganó el prestigio de la crítica del momento. En ese sentido, podría decirse que con esa obra Portantiero llegaba a “la mayoría de edad” en el campo literario y se hacía así de un nombre propio. Pero en efecto, *Realismo y Realidad...* condensaba buena parte de esos ideales traducidos al lenguaje literario y sociológico. Con un tono entusiasta y por momentos arrollador, allí Portantiero acomete la empresa de desbrozar las claves del nudo, Literatura, intelectuales y sociedad, anclado en una esperanza de tono juvenil, aquella que le permite su adscripción al marxismo cuando corrían los primeros años sesenta.

El libro está escrito cuando Portantiero como también sus camaradas, creían que el realismo y el marxismo eran la clave para acompañar y descifrar el devenir histórico y poder transformarlo. Es por eso que enseguida en sus primeras páginas caracteriza a su tiempo como el de “los iniciales de una nueva civilización” (36) y con ese diagnóstico

optimista, revisa a la literatura en su relación con los avatares socio políticos del país, en el convencimiento que el arte podía iluminar la realidad.

El trabajo coloca un eslabón más en la cadena que buscaba una renovación en las orientaciones culturales de la izquierda, inauguradas por Agosti a mediados de los años cincuenta cuando con la introducción de la obra de Gramsci, como ya mencionamos, buscó abrir nuevos caminos que se apartaran del que marcaba la Unión Soviética y al que el PCA siguió con tanto esmero. En esa dirección, *Realismo y realidad...* puede ser visto como la culminación de ese esfuerzo por parte de Portantiero que tuvo uno de sus puntos más altos en la revista *Nueva Expresión* cuando a través de sus dos números junto a otros jóvenes intelectuales buscaron renovar la crítica literaria desde una perspectiva de izquierda²⁰. Por eso el libro es también el germen de la ruptura porque, aun cuando dos años más tarde se concretaría su expulsión del partido, la obra contiene las críticas que lo apartaban de la ortodoxia teórica que este infundía a su política cultural y que luego aparecen con más vehemencias en 1963 cuando junto a otros jóvenes camaradas lance esa aventura intelectual llamada *Pasado y Presente* y se afirme como parte de una generación que buscaba ocupar el centro de la escena política y cultural.

Pero en lo que hace al examen de la literatura el libro se ocupa en primer lugar de las tendencias estéticas que hacia fines del siglo XIX dominaron la escena europea. En ese sentido el “decadentismo” y la “vanguardia” son para nuestro autor la expresión artística de la quiebra del mito de la burguesía acerca del conocimiento y la felicidad total. En efecto, con ribetes originalísimos, coloca por un lado, al “decadentismo” como residuo del mundo burgués que está por acabarse y por otro, a la “vanguardia” como la negación de ese mundo y a la vez el insumo para la superación del mundo viejo que encarna el realismo socialista. Acto seguido se ocupa del neorrealismo italiano y el existencialismo francés, de este último dirá queda todavía permanece atrapado por el

²⁰ *Nueva Expresión* editó solo dos números en 1958, de la publicación además de Portantiero participaron Juan Gelman y Andrés Rivera entre sus nombres más conocidos, la revista buscaba abrir perspectivas críticas respecto de la línea oficial del partido y colocar otras orientaciones que las que tenía en materia literaria, fundando otra posición que no siguiera el estalinismo dominante.

influjo de una denuncia moral no superadora y que por ello no deviene en praxis revolucionaria.

El filón italiano, por el contrario, es para Portantiero la puerta de entrada a la búsqueda de la renovación en la crítica cultural. Todo este análisis se conecta con la situación del escritor, del intelectual, al que describe colocado como estrato intermedio de la sociedad y por ello elemento contradictorio, pero a la vez, pieza clave de la construcción y superación del mundo actual.

La impronta de Gramsci allí se hace explícita como guía para el análisis no solo porque el italiano será citado muchas veces en el texto, sino también porque el problema que recorre de modo transversal todo el trabajo es el de la integración de los intelectuales y el pueblo nación. Lukács su teoría del gran realismo y sus disertaciones sobre las formas, la esencia, la apariencia y las mediaciones como elementos esenciales de la totalidad marcan en buena medida su modo de adscripción al realismo, pero como una amalgama con los trazos del pensador italiano. Bajo estas guías Portantiero reivindica una forma de la novela que exalte lo vital por encima de una de tendencia intelectualista y especulativa y ello sirve para destacar el papel de los escritores norteamericanos que animaron su literatura entre los años 20' y 40' al señalar que estos le imponían a la quieta y acomodada vida literaria europea del momento “una joven energía “bárbara” porque exaltaba la sensación frente al pensamiento y el mundo vivido frente al mundo meditado” (50).

Porque en definitiva para Portantiero de lo que se trataba era de que el arte, aprehenda la realidad tal cual es, sin mediaciones intelectuales

“La realidad tiene formas, huele, es jugosa, sólida o blanda; se la ve, se la palpa, se la oye. En la realidad transcurren hombres que viven, hombres que no se definen a sí mismos, sino que se hacen a sí mismos, hombres de carne hueso, situados, que deben tomar partido, que deben elegir en cada acto. Por ello, la literatura es un acto de fe, no una profesión de seminaristas” (51).

Y allí es donde el naturalismo también se lleva su parte en este ajuste de cuentas. Porque todas las tendencias artísticas son puestas a prueba en juicios categóricos, donde la argumentación esta sostenida sobre las columnas de un heterogéneo edificio marxista que buscaba construir un nuevo realismo. En esa dirección apuntaba que el programa de la literatura contemporánea debía “desmitificar, acabar con el idealismo, integrarse a la

lucha humana por la libertad, introduciendo en el contacto de la conciencia con la realidad una concepción del mundo que redescubra su esencia objetiva” (53)

Así, en clave engelsiana la realidad es definida como esencia objetiva, como una totalidad que tiene dos momentos, esencia y fenómeno, subjetivo y objetivo, aquello que aparece y aquello que permanece oculto, pero que define lo que es, esa es su concepción gnoseológica de lo real. Acorde con lo que pregonaba su partido, Portantiero creía fuertemente que el camino trazado por Engels era el adecuado, tanto el método dialéctico como su fase materialista permitía desentrañar las leyes que presiden el desarrollo de la naturaleza y la sociedad.

En esa dirección el realismo en su libro aparece como una superación que se va nutriendo de todas las conquistas humanas, y que tiene como uno de sus elementos fundamentales la superación de la imagen de un realismo como modelo estático, que nuestro autor llama “anquilosado”. Puesto que de lo que se trataba para nuestro autor es de que el realismo recupere toda la historicidad de su tiempo. Ahí radica la esencia de su método, en la preocupación siempre latente de recuperar- dirà- los impulsos del vivir.

Y ahí es donde para Portantiero hay para la literatura y el crítico literario un programa superador, inscrito en un proyecto emancipatorio que es el del marxismo revolucionario. En ese programa, su método también tiende a la unidad de la realidad, articulada por tres nociones que forman el conjunto y la totalidad, contenido, forma y técnica. La idea de totalidad es central en su argumento, puesto que si por el contrario estos elementos aparecen por separado el análisis cae en la ideología, y produce la ilusión de la una cierta autonomía. Por ello dirà, el artista busca la “unidad esencial de contenido-forma-expresión que se manifiesta como objeto, como totalidad omnicomprendiva de un determinado, momento de la realidad” (63). Fenómeno y esencia como solución dialéctica que busca captar lo profundo de lo real. Solo así, sostiene nuestro autor, el arte es una forma del conocimiento humano.

Por eso para Portantiero el realismo como tendencia está siempre clavado en la realidad contemporánea, y de ahí que el realismo sea el método propio del arte.

Pero la nota saliente aquí radica en la colocación heterodoxa que tiene nuestro autor sobre realismo y la realidad apartándose de la teoría del reflejo acuñada por Lenin que con tanto ahínco pregonaba el partido.

En esa dirección hacia el final de la primera sección afirma que no se trata de postular una nueva poética o expresión artística sino de una nueva cultura, de una lucha por una nueva cultura para la emancipación humana. Y allí está su combate en busca de establecer un programa superador del camino que había tomado el realismo entre sus camaradas, abriendo el camino a una superación de la concepción Zhdanovista del realismo que pregonaba la línea directriz del partido. Pero todo su esfuerzo todavía está anclado en la tradición comunista, hay un impulso a mitad de camino entre la renovación y la tradición.

En efecto, como ha sido señalado (Crespo, 1999) el despliegue de la crítica y la soltura de la rígida economía cultural marxista leninista aparecerá con fuerza solo cuando este fuera del partido.

En el análisis del campo cultural argentino, por su parte, examina a las diferentes tradiciones intelectuales que buscaron desde la literatura retratar los avatares del país, para medirlas respecto de este programa que debe llevarse adelante.

Mallea y Scalabrini Ortiz desde el ensayo intuicionista son resaltados como los nombres emblemáticos del esfuerzo por vincular a los intelectuales con el pueblo nación en los años treinta. Opuestos a la fracción liberal aristocratizante que dominó “la década infame”, acabará afirmando que el 45’, significó el comienzo de una polarización falsa entre, por un lado, el peronismo demagogo y por otro, el liberalismo y las fracciones progresistas que no podían dar cuenta del país real y contradictorio.

Aquí nuevamente Portantiero incursiona en la relación cultura y política. El peronismo, que aun cuando no aparece de modo explícito al comienzo del trabajo es el problema medular que lo atraviesa, es la excusa con la cual medir el papel de las diferentes fracciones intelectuales. Así viejas y nuevas generaciones son escrutadas en su relación con el peronismo. Los “existencialistas” y su política del compromiso, con todos sus vicios y virtudes, asevera Portantiero, ejemplifican el esfuerzo por deslindar la solución arcaica que el viejo liberalismo le dio desde la literatura al peronismo por no

comprender su significación. Para Portantiero Viñas y su obra novelística, encarna lo mejor del esfuerzo por vincularse con la realidad cuando el sentimiento de culpa moviliza a todo su clase y pudo acercarse al realismo. Su simpatía con *Contorno* aparece de modo ostensible aun cuando todavía la reivindicación, como lo será años más tarde, no es total, pero claramente las soluciones de Viñas le parecen muy encomiables. En cambio, el caso opuesto lo representa Beatriz Guido, su denuncia moral, sostiene, no puede acercarse a los contornos siquiera de la realidad, su novelística da cuenta del país que envejece y se disgrega pero no alcanza a salirse de la mera denuncia. Estas expresiones de la nueva literatura son anunciadas como el producto de la crisis del país revelada por el peronismo.

Por fin, el examen del realismo y sus dificultades lo ocupan hacia el final del libro, cuando con más profundidad mira al liberalismo y la izquierda literaria. Para nuestro autor, el fracaso político por fundar la revolución democrática marco el desarraigo de las capas intelectuales en su desencuentro con el pueblo. De ahí que todo pueda ser visto como un intento fallido. Nuevamente, como hiciera toda su generación va condenar al liberalismo como la expresión más acabada de una elite que funda una literatura de espaldas al país, Borges revela como nadie esa expresión, sus aires universalistas son vistos como símbolos del “manierismo” y de una concepción abstracta del arte literario. También el anarquismo fue una guía política de ese desarraigo de los intelectuales frente al pueblo. En cambio, los escritores que después del novecientos se separaron de la elite y quedaron relegados del poder conformaron la primera manifestación de una literatura de izquierda. Esta, sostiene Portantiero, es una expresión cruda de lo social pero individualista, maniquea y abstracta y de la mano de Carriego aparece también en estas formaciones, un humildismo de actitud piadosa frente a los pobres. Con todo y colocando algún matiz asevera que esa literatura ha dado nombres insuperables como Florencio Sánchez y Roberto J. Payró.

En ese recuento por la literatura nacional, “Boedo” es el segundo capítulo destacado de la literatura de izquierda. Pero que prolonga los vicios teóricos del novecientos y en su disputa con “Florida” da cuenta de la emergencia del país moderno que se expresa en la literatura. Un grupo renueva la poesía de Lugones (Florida) el otro,

expresa la revolución social en la literatura que las conmociones políticas tanto de aquí como de fuera del país, se manifestaban en su tiempo. La obra de Elías Castelnuovo es resaltada de un modo positivo aun cuando Portantiero sostiene que todavía representa la continuidad de Boedo y el primer anarquismo, por contener una visión retórica de la realidad social. Y En ese sentido postula que las dos tendencias, Boedo y Florida, lejos de lo que sus protagonistas esgrimían no eran tan diferentes, en tanto ambos eran la expresión de la soledad espiritual de las capas medias urbanas. El hombre que está solo y espera de Scalabrini Ortiz, afirma Portantiero, es la radiografía de su alma. Porque ese movimiento literario estaba huérfano ideológicamente, no tenía una fuerza social donde contenerse, y de ahí que sus expresiones son puras abstracciones ideológicas.

Ya en el final, como una declaración de principios y para coronar todo el recorrido afirma, “solo a través del realismo la izquierda - desde Boedo hasta los comprometidos - separará el desgarramiento de su separación con el pueblo” (122). Así es como venía a disputar un lugar en el campo cultural, sosteniendo que el realismo debía ser la expresión de una política cultural comunista y también de toda la izquierda, así jugaba sus fichas tratando acomodar el tablero en una disputa un tanto velada con el partido.

En ese sentido, el libro constituye en la obra de Portantiero, además de un artefacto cultural que lo coloca en un lugar de mucha visibilidad y también le provee su primer consagración como intelectual, una bisagra, puesto que en sus páginas aparecen los ideales de sus años de formación en la lealtad al partido a través de la defensa del realismo aunque se revele de un modo crítico. También está allí la huella de su maestro Agosti en el modo de encarar el examen literario y en la forma de construir una perspectiva del realismo con elementos nuevo como en el caso de Gramsci. Como dijimos más arriba, está aquí el germen de la ruptura que se producirá 2 años más tarde, como veremos en lo que sigue.

1. 2. Hacia la revolución.

Entrados los años 60', la coyuntura local e internacional cumplió un rol decisivo en el hecho de que se produjeran cruces y desplazamientos en el mundo político y

cultural. En estas circunstancias, muchos intelectuales decidieron pasar a la arena de la *acción*, como es el caso de Portantiero después de 1963. Tres acontecimientos dejarán su marca en el mundo de la izquierda produciendo un proceso de reacomodamiento en sus filas que cuestionarán las posiciones hegemónicas de los partidos tradicionales en ese espacio ideológico: la persistencia del peronismo como lugar de la identidad obrera y de los sectores populares luego de su caída en 1955 y los intentos fallidos por borrar al movimiento del mapa político²¹; el informe Jruschov de 1956 sobre los crímenes de la era stalinista en la Rusia soviética que produjo un cisma en el mundo comunista, seguido de la aparición del Maoísmo como una nueva tradición dentro del marxismo en términos políticos e intelectuales, que dejará su marca por largo tiempo cuando muchos sectores juveniles se lo apropien; y por último, el impacto que tuvo en las nuevas generaciones la Revolución Cubana²². En efecto, el triunfo cubano y la adhesión al marxismo a partir de 1961 de su cúpula dirigente, se convirtió en el centro de gravedad sobre el que giró todo el mundo político e intelectual de la izquierda por esos años. Desplazó como lugar de identidad para los jóvenes de la izquierda a los partidos tradicionales y colocó las coordenadas para el pensamiento y la acción de esos militantes.

En ese cuadro es que debemos entender la irrupción de nuevas revistas y fracciones dentro del PC y el Partido Socialista²³. Y es por esa vía que se entabla la disputa entre viejos y nuevos dentro del Partido. Puesto que el PC, no admitía disidencias a las líneas estratégicas que había trazado, pero pronto Agosti y aún más sus jóvenes discípulos, emprendieron la tarea de ensanchar al marxismo que los cobijaba. En esa dirección, Agosti llevó a cabo la tarea de incluir a Gramsci como repertorio de sus reflexiones. Sus libros “Echeverría” (1951) y “Nación y Cultura” (1959) estuvieron sostenidos por categorías gramscianas que buscaban establecer un lugar de filiación de su posición teórica en una tradición democrática nacional- popular. Colocándose por fuera de posiciones de tipo revisionista y liberales, Agosti remontaba a los tiempos de

²¹ Para una reconstrucción detallada de la persistencia de la identidad peronista por parte de los obreros, véase James (2010).

²² Es extensa la bibliografía sobre el impacto del informe Jruschov lo mismo que sobre la revolución cubana. En ese sentido, a modo de ejemplo, remitimos a: Sigal (2002); Altamirano (2011); Gilman (2003); Sarlo (2001); Terán (1993); Tortti (2009, 2011); Burgos (2004).

²³ Para una buena reconstrucción sobre este proceso véase los trabajos de Tortti citados, así como también (2013) y (2014).

Echeverría y la “generación del 37”, la marca de origen que debía seguir el Partido²⁴. Esa huella y el tono que le imprimía a sus análisis fueron, como dijimos, una estela que recorrió el primer libro de Portantiero: “Realismo y Realidad en la narrativa Argentina”, editado en 1961. Así, discípulo y maestro cumplieron con la tarea de buscar otras matrices que las establecidas para renovar al Partido y colocar otro marxismo más *aggiornado* para que éste encuentre las coordenadas de una estrategia que lo vuelva a conectar con las masas, y fuera retórica y políticamente la verdadera expresión de la clase obrera.

1.2.1. Ortodoxos y Renovadores o Viejos y Nuevos en disputa por el marxismo.

En efecto, la caída del gobierno de Perón no redundó en un acercamiento de las masas al PC que, como creían muchos de sus dirigentes, las representaba de modo “natural”. Si la cultura italiana fue el factor con el cual los jóvenes colocaron su disputa en términos intelectuales para alejarse del canon estalinista, en el terreno político, el peronismo primero y la Revolución Cubana después, fueron los acontecimientos que pusieron en cuestión tanto las lecturas como las estrategias que seguía el Partido.

El PC contaba con un Frente Cultural en el que artistas y escritores podían encontrar un lugar para desarrollar su vocación intelectual, ya que el Partido los proveía de un escenario de varias instituciones para las discusiones culturales. Sus revistas y la inauguración, a partir de 1952, de la Casa de la Cultura Argentina eran los ámbitos donde ese frente debatía las condiciones para la creación del “hombre nuevo”.

Agosti encontró allí un ámbito propicio para llevar adelante sus iniciativas tendientes a colocar un punto de vista comunista que se diferenciara del ala liberal del campo cultural y también del ala nacionalista que, por ese entonces, comenzaba a hegemonizar el peronismo²⁵. Como todo buen comunista, Agosti creía que el realismo socialista era la doctrina con la cual debía interpretar la realidad. Pero el realismo que alentaba Agosti como movimiento estético, distaba mucho de las coordenadas que había

²⁴ Para un análisis de la obra de Agosti véase Massholder (Op. Cit), Arico (2005), Victoria (2013), entre otros.

²⁵ Para una reconstrucción de la izquierda nacional de impronta peronista véase Ribadero (2014).

trazado Moscú vía las codificaciones con las que Zhdanov había escrito la teoría oficial del socialismo en 1939.

Esa codificación que brindaba el marco para que todo artista e intelectual pudiera desempeñarse y así producir su obra se sustentaba en tres puntos fundamentales:

1. Impedir todo contacto con el extranjero y especialmente con Occidente.
2. Vetar toda expresión artística que se apartara del canon del realismo socialista por ser éste el único modo de producción de obras de accesibilidad a la sensibilidad y conocimiento del hombre común, alejado de cualquier tinte que pudiera ser considerado modernista en todas sus expresiones, ya sean éstas las del formalismo, el decadentismo o la abstracción.
3. Garantizar que todas las formas de expresión artísticas fueran promotoras activas y explícitas del optimismo de la Unión Soviética (Crespo, 1999: 425).

Estas directivas funcionaban como una tabla sagrada de la cual no podía apartarse a menos que la dirigencia, como parecía ser en algunos casos, estuviera distraída. Agosti por el contrario, buscaba darle otro contenido al realismo. En su concepción, las expresiones estéticas debían atender a la realidad nacional, por eso las directivas de los rusos no podían ser una guía, pues estaban supeditadas a la teoría del reflejo y las leyes de la historia según el manual que establecía el marxismo leninismo de factura stalinista. De ahí que fueran otras las fuentes en las que Agosti abrevara para construir su mirada realista. Y en esa dirección un punto privilegiado para construir una nueva perspectiva lo constituía el marxismo italiano.

De ahí la traducción de las obras de Gramsci y su combate desde la dirección de *Cuadernos de Cultura* para enfrentar el “dogmatismo” de muchos escritores que se supeditaban al canon soviético²⁶. Aun cuando el ala cultural gozaba de una autonomía relativa dentro del Partido, en la que las discusiones literarias y estéticas podían llevarse adelante siempre y cuando esto no implicara el desplazamiento de las líneas políticas que la dirigencia partidaria adoptaba. Ese impulso renovador no iba a estar exento de

²⁶Para un análisis pormenorizado de las disputas estéticas que dio Agosti en sus libros y en los órganos intelectuales partidarios véase, Massholder (Op. Cit) y Petra (Op. Cit).

problemas, como lo hemos mencionado más arriba Así, en ocasión de la primera reunión de intelectuales comunistas en 1956, Agosti se vio fuertemente cuestionado por una de las autoridades máximas del Partido. En esos momentos, algunos intelectuales de las revistas *Propósitos y Cuadernos de Cultura* mantenían una disputa, entre por un lado, los defensores del realismo de Zhdanov y por otro, aquellos que, como Agosti, pugnaban por combatir el “sectarismo” de esa política cultural.

En esa ocasión Rodolfo Ghioldi, el único dirigente político que tenía credenciales suficientes para intervenir con autoridad en el espacio cultural, tomó la palabra para terciar en una discusión que se ponía acalorada y sentenció: “Yo le beso los pies al último de los escritores soviéticos” (Massholder, 2012: 92), cerrando así el debate y dejando en claro cuáles eran las fronteras dentro de las que se podía actuar.

El episodio, no menor, ilustra bien dos problemas. Por un lado, la subordinación que el ala cultural tenía respecto de la dirigencia política, aún cuando esto no impedía que algunas iniciativas puedan llevarse adelante como lo muestran las publicaciones de Gramsci. Por otro lado, el clásico problema de la tensión entre los hombres de ideas y los hombres de acción.

Mannheim ha mostrado algunas de las particularidades que adquirió esa tensión en sus análisis sobre las condiciones que hacen al intelectual y su posición psicológica en el mundo social. Así, sobre la característica de este conglomerado que define como intersticial, esto es, *entre* pero no *sobre*, las clases anota:

su educación le ha preparado para enfrentarse con los problemas cotidianos desde varias perspectivas y no solo desde una, como hacen la mayoría de los que participan en las controversias de su tiempo. Su preparación adquirida le hace, potencialmente, más inestable que otros individuos (...) es capaz de experimentar, a la vez, varias aproximaciones en conflicto a la misma cosa (...) No podemos explicarnos esas cosas si aceptamos las simplificaciones propias del funcionario del Partido o de una sociología de clase” (Mannheim, 1963: 155,156)

La indicación es adecuada para referir a los motivos por los cuales se produce una tensión entre los hombres encargados de la creación, y los hombres de acción mucho más proclives en este caso a la disciplina partidaria. Porque era precisamente dentro del Partido y desde ésta lógica donde producía el enfrentamiento. Quizás aquí como en

ningún otro lado se juegue el drama del intelectual, ya que la razón de Partido es opuesta a la razones de cualquier otro orden que aquel siempre reclama. Los años que estamos comentando ejemplifican bien los problemas no solo generacionales, como bien ha sido señalado, que se suscitaban en el seno del comunismo, sino también los que acarrearán a dos papeles sociales que tienden a enfrentarse en tanto uno no se subordine al otro.

Y en efecto, en el Partido esas tensiones no sólo no iban a desaparecer sino que iban a ir *in crescendo* hasta alcanzar su clímax a mediados de los años 60'. Agosti no se reveló frente a las contundentes declaraciones del buró político y sus directivas. Eso lo ocupó a Portantiero y a un grupo de jóvenes cuando, revalorización del peronismo mediante y bajo el acicate que significó la Revolución Cubana para el mundo de las izquierdas, pugnaron por darle otra orientación teórica y política a la estrategia del Partido.

En ese sentido, las disidencias entre maestro y discípulo aparecieron cuando los jóvenes jugaron su lugar en el espacio partidario de un modo claro ocupando el centro de la escena. Agosti en cambio, alentaba los aires de renovación pero retrocedía en sus posiciones cuando la dirigencia política los juzgaba por "herejes". La nota del epígrafe da cuenta justamente de ese episodio. Cuando en 1963 se llevó adelante el juicio a Portantiero acusado de impulsar iniciativas vistas como heréticas en la sede que los comunistas tenían en el barrio de Paternal, Agosti le dijo a sus allegados tiempo después recordando aquel episodio: "Le estuve tirando sogas toda la noche para salvarse y no agarró ninguna"²⁷ (Mocca, Op. Cit. 68).

En cuanto a la expulsión, ya hemos dicho cuáles fueron algunos de los factores que promovieron la rebelión de los militantes más jóvenes. Toca referir ahora a uno de sus vehículos privilegiados, la revista *Pasado y Presente*. La publicación, en efecto, provocará un enconado entuerto dentro de las filas del Partido.

La iniciativa para poner en circulación a la publicación estuvo a cargo de un grupo cordobés formado por sectores juveniles que militaban en la universidad y otros en la dirección partidaria. Aricó, Schmucler y Del Barco serán algunos de sus

²⁷ No era la primera vez que un militante fuera ex comulgado de las filas del PC, en 1948 un dirigente muy importante en la jerarquía partidaria, Juan José Real, había sido expulsado a través de un jury por su acercamiento a las políticas del peronismo. véase (Massholder. Op. Cit).

animadores principales y los que disputarán desde sus páginas las líneas teóricas y políticas del PC²⁸. A poco de ganar la calle la revista provocó una fuerte reacción negativa por parte del Partido, como veremos enseguida, pero además se colocó como una fuente importante de la renovación ideológica del mundo de la izquierda del momento. En efecto, con una impronta heterodoxa *Pasado y Presente* publicó en su primera época entre 1963 y 1965 y en 9 números a autores como Revol, Hobsbawn, Gorz, Fanon, Sartre, Debray, Lacan y Masotta, junto a toda la renovación del marxismo italiano del momento. A través de ellos se involucró en los debates más salientes del mundo de la izquierda de los años 60'. Así para poner por caso, la crítica de la renovación italiana al estalinismo tuvo un lugar privilegiado en sus páginas. Lo mismo ocurrió con la revolución colonial y el “tercer mundo” y los problemas que debería enfrentar el socialismo en la África que asistía a su proceso de independencia. También la Revolución Cubana tuvo su capítulo, sobre todo a través del debate acerca de la planificación económica y sus problemas. En suma, la publicación materializó una contestación generacional a la “rigidez” que mostraba las líneas directrices del comunismo de acuerdo con sus protagonistas.

En efecto, buscando colocar nuevos instrumentos de análisis y mostrándose permeable a las renovaciones que acontecían en el mundo ideológico de la izquierda, dieron lugar a la incorporación de los aires renovadores de las ciencias sociales y de la sociología en particular de un modo destacado. No por nada el subtítulo de la publicación era revista de ideología y cultura. Y así es como también aprendían la lección de Gramsci, ya que este había señalado que el marxismo debía medirse con lo mejor de la cultura de su tiempo para de ese modo tomar aquellos elementos que sirvieran a la izquierda para dar el combate por una nueva sociedad.

En el número uno, de *Pasado y Presente* que vio la luz en junio de 1963, Portantiero publicó un artículo que colocó la disidencia en un punto de no retorno.

El PC tenía un diagnóstico acerca de los problemas de la Argentina que se asentaba en la idea de que la revolución burguesa había sido inconclusa, lo que

²⁸ Si bien la iniciativa fue del grupo cordobés, Portantiero estuvo en la génesis de la empresa a través de un intercambio de cartas con Aricó. Allí, según contó Portantiero en varias oportunidades, los dos sugirieron el nombre de *Pasado y Presente* para la publicación.

explicaba el atraso del país y del desarrollo de sus fuerzas productivas, por la misma vía el proletariado era poco moderno y muchos de sus trabajadores tenían reminiscencias de una sociedad feudal.

De acuerdo con esto, lo que el Partido debía propiciar era un frente democrático con los sectores progresistas de la burguesía como primer paso para la revolución social siguiendo los preceptos etapistas del estalinismo.

Para Portantiero, en cambio, la burguesía no podía cumplir un papel importante desde una perspectiva de izquierda aliada como estaba al capital imperialista, alianza que no hacía más que perpetuar el carácter dependiente del país. De ahí que la revolución debía ser social y el proletariado debía cumplir un doble rol: por un lado, el de ser el artífice de arrancar del atraso al país y por otro, hacer la revolución socialista en un mismo movimiento. Siguiendo a Cooke y a Guevara y por esa vía adhiriendo a la Revolución Cubana, Portantiero sostenía que revolución nacional y revolución social formaba parte de un mismo proceso, al tiempo que colocaba del lado de las filas enemigas a los sectores con los que el PC hacía sus alianzas.

Ese primer artículo titulado “Política y clases sociales en la Argentina actual” abría el análisis con el siguiente interrogante: “¿Vive la sociedad argentina una crisis de la política?”.

El nervio de toda la indagación, como su título lo indica, era un análisis de la coyuntura y su crisis. De acuerdo con ese postulado la crisis era el producto del desajuste entre, por un lado, el crecimiento de fuerzas sociales nuevas en la segunda etapa del desarrollo industrial (que tenía su punto de partida en los años 30’) y por otro, las instituciones políticas creadas en una etapa anterior que no podían ya contener a las nuevas clases.

En ese sentido, para Portantiero el peronismo era la expresión más notoria de esa crisis. Que pudo ser disimulada en el ciclo de expansión económica, en cambio, ahora la sociedad yacía en un momento crítico y las salidas de tipo reformista mostraban su inviabilidad, al tiempo que la agudización de la lucha de clases operaba como otro hecho que la condicionaba. Porque esos momentos de crisis, dirá, son los momentos en donde

las intermediaciones políticas dejan de ser los intérpretes ilusorios de la sociedad global y muestran la decadencia de los partidos políticos.

En esa dirección, Portantiero sostenía que la burguesía nacida con los años 30' no pudo implantar sus elites en el seno de la sociedad política, eso se combinó con una crisis profunda de la estructura económica “que ha agudizado la lucha entre los asalariados y los dueños de los medios de producción, creando una típica situación revolucionaria” (Portantiero, 1963: 18), que, de acuerdo con Lenin, se produce cuando los de arriba ya no pueden mantener su dominación y los de abajo ya no soportan en el mismo grado que en los tiempos de paz las condiciones de la expropiación, lo que hace que comiencen una movilización con un alto grado de acción en sentido independiente.

En el marco de una crisis que vislumbraba como estructural, Portantiero acometía un análisis leninista de las clases, caracterizaba las contradicciones que ponían en la superficie del sistema los desajustes y apuntaba que la clase obrera aún mantenía un punto de vista económico corporativo en su conciencia, pero que éste era el primer índice para “justipreciar la situación revolucionaria que vivimos” (19).

No debemos olvidar que este estado de situación aparecía en momentos en que Portantiero todavía se encontraba en las filas del Partido, pero no parecía en nada estar amparado en su tutela. Es cierto que la línea de interpretación leninista mostraba su marca, pero al caracterizar la crisis no aparecían juicios moderados ni visos de proponer una salida reformista. Esto significaba colocar un juicio disidente de la estrategia partidaria²⁹.

El mismo año en el XII Congreso del PC, Victorio Codovilla, su máximo dirigente, había sostenido que “en el país si bien está madurando una situación revolucionaria, no existen aún las condiciones subjetivas para el triunfo socialista” (Massholder, Op. Cit: 245)

²⁹ Debe recordarse que la coyuntura de 1963 estaba caracterizada por una profunda crisis política luego del derrocamiento del gobierno de Arturo Frondizi. Dos fracciones de las fuerzas armadas se enfrentaban en las calles, los denominados “Azules” y “Colorados”, buscando unificar posiciones para conducir el rumbo de los acontecimientos políticos del país. En esa disputa dramática el PC decidió apoyar al bando de los “Azules” y para ello movilizó a sus militantes, principalmente a las fracciones juveniles. Véase, Altamirano (2012: 194).

Aquí el juicio no se diferencia en nada al de Portantiero, solo que este ya no creía en una alianza reformista ni siquiera de coyuntura. Por otro lado, no debe olvidarse que los acontecimientos de la Revolución Cubana colocaron al Partido en una situación incómoda, donde, por un lado, se saludaba la gesta del pueblo y organizaba campañas de solidaridad pero, por otro, los métodos insurreccionales eran condenados como no adecuados para la instauración de la revolución. Esas ambigüedades en su toma de posición política incomodaban a muchos en el partido³⁰ y no eran la primera vez que aparecían.

En efecto, de la misma forma en 1952 el Partido había llamado a “apoyar lo bueno y criticar lo que está mal” del peronismo, pero ahora esa posición ambigua le traería malestar entre sus filas, sobre todo en los sectores juveniles que saludaban la gesta del Che con acalorado entusiasmo. La dirigencia, por su parte, no dejaba de apuntar que el camino era el de cumplir las etapas previstas para llevar adelante la revolución burguesa para los países que todavía no habían asistido a ese estadio, de acuerdo con la codificación que establecía el estalinismo, en la línea teórica del materialismo dialéctico y las leyes de la historia que esta ciencia contenía, para los dirigentes del PC, ese era el camino correcto por el que se debía transitar.

Portantiero, por el contrario, avanzaba en el análisis describiendo cómo los sectores burgueses y la vieja oligarquía vacuna encontraban soluciones de corto plazo sin remediar la crisis hegemónica. En ese examen, Perón había impulsado una salida “bonapartista mediante la cual logró detentar el poder en aparente alianza con la clase trabajadora y en real alianza con las viejas clases dominantes (...) que pudo sostenerse gracias a la favorable coyuntura económica” (Portantiero. Op. Cit, 20) pero caído Perón gracias al golpe de estado de 1955, la crisis volvía a recrudecer, los sectores dominantes buscaban una salida con viejas fórmulas hasta que en 1958 de la mano de la UCR parecía todo volver a un mejor cauce. Pero fracasado el proyecto integracionista de Frondizi, en el marco de una agudización de la lucha de clases, donde las bases obreras rebalsaban la contención que sus burocracias sindicales le intentaban imponer, para Portantiero ese escenario político mostraba como

³⁰ Comunicación con el autor Diciembre de 2005.

el esqueleto de la Argentina ha quedado al descubierto: definitivamente no quedan salidas burguesas para la situación nacional (...) El crecimiento de las fuerzas productivas entró ya en violenta contradicción con el conjunto del sistema y el país ha pasado a vivir un momento histórico en el que la necesidad de la revolución ha llegado a la madurez desde el punto de vista económico y social (...) todos los datos objetivos, de carácter económico social, indican que en la sociedad argentina ha concluido su ciclo útil el sistema capitalista (...)“solo quedan el proletariado y los demás sectores asalariados como alternativas reales para crear el nuevo bloque histórico con función hegemónica sobre la sociedad nacional (22, 23).

Armado con las ideas de Lenin y de Gramsci, aquí es donde su Partido no jugaba ya ningún papel para una estrategia de izquierda. En esa dirección se preguntaba si estaba diseñada, por la acción de las masas, la nueva sociedad que debía ser reemplazada, y se respondía que “la autoconciencia histórica de una clase, no es un proceso espontaneo ni siquiera critico teórico. Es un proceso teórico práctico, solo vigente a través de la experiencia concreta, de la praxis social” (ídem) pero no le asignaba ninguna tarea al Partido al cual pertenecía, este no era nombrado ni una sola vez. Contrariamente a lo que debía suponerse, Portantiero no lo designaba como el depositario de la vanguardia posibilitadora de la conciencia socialista, que, en vísperas de la situación, las masas necesitaban para pasar al remplazo de la sociedad capitalista. También por esto, no tardaría muchos meses en llegar el jury que el Partido le impusiera para dejar definitivamente atrás su capítulo comunista.

1.2.2. Como un jardín de senderos que se bifurcan...La avanzada juvenil.

El Partido le había facilitado un universo de trazos ideológicos trascendentes donde identificarse. Le había permitido también, aprender un oficio (el de periodista) colaborando en algunas de sus más importantes revistas como *Nuestra Palabra* y *Cuadernos de Cultura*. Allí, pudo darle cauce a su naciente vocación, en las microsociedades que las redacciones conforman, espacio de aprendizaje pero también y quizás más importante aún, espacios de sociabilidad intelectual.

Como Coser ha señalado, estos son unos de los lugares “naturales” para la vocación político cultural porque “todos los intelectuales necesitan un contacto permanente con sus iguales y un público al cual dirigirse” (Coser. Op. Cit, 35). Y las redacciones de las revista le habían otorgado justamente eso, una camaradería que funcionó como la plataforma para construir una posición y al mismo tiempo un espíritu de cuerpo. En ese medio cultural partidario y en sus redacciones se formó la generación que, a poco de comenzado los años 60’, cuestionaría fuertemente las orientaciones comunistas.

Como hemos señalado más arriba, Juan Gelman, Roberto Tito Cossa y Andrés Rivera, además de ser sus camaradas, entablaron con Portantiero relaciones de amistad y fueron todos jóvenes disidentes del ala cultural.

En efecto, el grupo de poesía *Pan Duro* que orientaban Juan Gelman, Carlos Alberto Brocato y José Luis Mangieri comenzó por esos años a manifestar su descontento con las orientaciones partidarias. Eso quedó de manifiesto en 1964, cuando éstos impulsaron la edición de la revista *La Rosa Blindada*, y el Partido, a través del comité cultural, la censuró. Brocato expresó de modo elocuente su disconformidad en un intercambio epistolar con un dirigente partidario un tiempo después de su expulsión. Allí, sostenía que “el PC argentino no demostraba su influencia en las masas ni su papel de vanguardia y que era solo una buena y poderosa máquina administrativa (...) una dirección petrificada [donde] toda crítica choca contra un muro”.

En la misma dirección se pronunciaron los artistas plásticos en una reunión partidaria que tuvo lugar en enero de 1963. Allí, el pintor Helio Casal señalaba que los problemas son el resultado de “una crisis de fe que empieza en el XX Congreso (...) porque no se han discutido a fondo los coletazos del culto a la personalidad en nuestro propio Partido ni sus remanentes, que se manifiestan en cuestiones de método, en la persistencia de camaradas que nunca se equivocan, en una rigidez dogmática que no permite desarrollo creadores, etc.”. Otro participante de esa reunión, el pintor Norberto Onofrio también alertaba sobre “una crisis de confianza en el Partido” y Carlos Gorriarena sentenciaba que el Partido carecía de respuesta mientras iba “de derrota en derrota” (Massholder. Op. Cit: 291-293).

Es en ese clima de malestar que muchos intelectuales comienzan a tomar la decisión de crear vínculos más allá de las direcciones partidarias.

También en ese mismo sentido hay que entender la intervención de Portantiero en el primer número de *Pasado y Presente*, que además contenía un editorial escrito en un tono poco proclive a la disciplina partidaria. En efecto, en una larga comunicación Aricó sentenciaba allí que la generación que daba vida a la publicación era

una generación que no reconoce maestros, no por impulsos de simplista negatividad, sino por el hecho real de que en nuestro país las clases dominantes han perdido hace tiempo la capacidad de atraer culturalmente a sus jóvenes, mientras, el proletariado y su conciencia organizada no logran aún conquistar una hegemonía que se traduzca en una coherente dirección intelectual y moral

De ahí que el joven dirigente cordobés afirmara que la publicación

será por ello la expresión de un grupo de intelectuales con ciertos rasgos y perfiles propios, que esforzándose por aplicar el materialismo histórico e incorporando las motivaciones del presente, intentará soldarse con un pasado al que no repudia en su totalidad pero al que tampoco acepta en la forma en que se le ofrece (*Pasado y Presente*, 1963:03).

Había llegado la hora de las renovaciones y por eso terminaba arremetiendo que

es preciso en primer lugar reconocer la validez de la instancia generacional, no tener nunca miedo de la obsesión por ver claro, de la “irrespetuosidad” del lenguaje, del deseo permanente de revisión del pasado que la caracteriza. Y además, comprender cómo se desarrolla y cambia la realidad, no permanecer nunca atados a viejos esquemas, a viejos lenguajes y posiciones (05,07).

Desligándose así de toda filiación con el Partido. Viejo y nuevo, formas prototípicas de la lucha generacional aparecían en forma explícita y así, mandaban al desván del recuerdo las líneas que la dirigencia del Partido trazaba como estrategia política e intelectual.

Frente a estas embestidas del primer número de *Pasado y Presente*, la respuesta del Partido no se hizo esperar. El número 66 de *Cuadernos de Cultura*, en efecto, estuvo dedicado a responder los ataques de la publicación cordobesa. Aunque hay que subrayar que el inicio de las tensiones con el grupo se había producido un tiempo antes, cuando en el número 58 de *Cuadernos de Cultura* (julio - agosto 1962) Raúl Olivieri, miembro de la comisión de estudios filosóficos del Partido publicó un artículo titulado “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”. Y este fue contestado por

Oscar del Barco en el número siguiente de la misma con su escrito “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad”. Donde la discusión giraba alrededor del problema de la objetividad y el conocimiento. En el argumento de Olivieri, bajo la guía teórica del Lenin de “Materialismo y Empiriocriticismo”, la realidad podía establecer relaciones objetivas independientemente de cualquier sujeto cognoscente, puesto que estas “constituyen pautas inmanentes del ser y del devenir” (Olivieri, en Burgos: 2004, 54). Del Barco, por el contrario, sostenía un argumento de factura kantiana siguiendo al Gramsci que polemizaba con el manual de Bujarín en “El Materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce”, y que el partido había publicado tres años antes en esa zaga debida a Agosti que hemos señalado. En la contestación, Del Barco sostenía que “el conocimiento científico (...) no puede brindar la certeza de la objetividad, sino apenas argumentar a favor de ésta, sin darnos cuenta nunca de la realidad en sí”, para rematar diciendo que “la solución gramsciana es la genuina solución del marxismo al problema planteado” (idem, 55). En el número 60 también de *Cuadernos de Cultura*, Olivieri respondió a Del Barco y allí sostuvo que

el autor no hace sino desarrollar algunas tesis planteadas por Gramsci destacando que el pensador sardo realiza un gran aporte teórico al marxismo pero “que cuando trata de la objetividad, incurre en algunos errores (...) no nos parece del todo correcto, por lo tanto, extraer de la obra de Gramsci para una tarea de profundización, precisamente, estos aspectos discutibles, tal vez los que a lo largo de toda la obra más se apartan de la filosofía marxista leninista (Olivieri en Burgos. Op. Cit: 57)

Así, no solo descalificaba a Del Barco y su cita de autoridad sino que también mostraba el lugar que a Gramsci se le atribuía en las filas del partido.

En el número 63 se cerró la polémica. Del Barco afirmó su postura y redobló la apuesta, pero en ese mismo número Raúl Oliva y Raúl Sierra, en nombre del comité Central sentenciaban “estamos convencidos de que una autocrítica militante, necesaria hoy más que nunca, ha de ser un medio eficaz para aumentar la unidad ideológica en el seno de nuestro Partido” (idem, 59). Cerrar filas era nuevamente la directiva partidaria. Pero también vale destacar que el llamado a la autocrítica se llevaba adelante en momentos que el Partido venía siendo cada vez más cuestionado y ello tenía como respuesta sólo una actitud defensiva. Pero además en este caso no se discutía un tema superficial y de poca valía, estaba en juego la concepción acerca de qué se puede

conocer y por su deriva lógica el tema de la verdad, de si el marxismo podía ser una teoría objetiva que pudiera mostrar un conocimiento verdadero o simplemente podía acercarse a la realidad tanto como otras teorías. Los jóvenes osaban poner en cuestión el canon filosófico del marxismo leninismo y eso no se podía perdonar.

Así, Del Barco, Aricó y un núcleo de jóvenes militantes cordobeses, serán expulsados cuando *Pasado y Presente* gane la calle y desobedezcan la orden partidaria de que la revista no “debía salir más”, luego del escándalo producido por su primer número. El episodio cordobés producía así la primera sangría importante del Partido de la década del 60’, porque simultáneamente Portantiero, como ya lo hemos mencionado, correrá la misma suerte en Buenos Aires.

Es que si las disidencias no se podían plantear por adentro, estas aparecían expresándose por afuera. Esa es la razón por la que Portantiero, como tantos otros, tenía reuniones clandestinas o al margen de las direcciones partidarias con grupos muy críticos del PC. Así, en 1963 un grupo de universitarios de la FEDE³¹, entre los que se contaban Roberto Quieto y Néstor Spangaro, dos figuras importantes del sector juvenil y muy ligadas a Portantiero³², formaron una fracción denominada Vanguardia Revolucionaria (VR) que tuvo a este como su referente principal con una actitud abierta de disidencia y ruptura. La fracción también contaba con nombres como, Carlos Abalo, Enrique Rodríguez, Andrés Roldán, Lila Pastoriza, Pablo Gerchunoff, Enrique Tandeter, Luis Ortolani y Liliana Delfino, entre otros. Y se estima que la formación reunía aproximadamente a unos 300 militantes de extracción universitaria y sindical (González Canosa, 2009: 09,11). Esa agrupación rompió amarras con el Partido a mediados de 1963, por las mismas razones que esgrimían otros sectores juveniles. Su desvinculación produjo una merma importante de militantes en la UBA, específicamente en las facultades de Derecho y Filosofía y Letras y Ciencias exactas, reduciendo la influencia

³¹ La FEDE era el nombre con el que comúnmente se denominaba a los estudiantes y dirigentes universitarios afiliados al PC. Para una mirada de conjunto, no exenta, de todos modos, de toma de partido, consultar la obra escrita por uno de sus ex militantes, véase, Gilbert (2009).

³² El primero, Quieto, porque establecería vínculos duraderos hasta su desaparición en 1975 a manos de la Triple A. Quieto y Portantiero se conocieron en la facultad de derecho en 1951 compartieron la militancia dentro del PC aunque Portantiero, como dijimos, no pertenecía a la FEDE sino al ala cultural del partido. El segundo, porque fue quién lo impulsó a afiliarse al PC en 1952, luego del intento fallido de Portantiero de afiliarse al PS.

del Partido en el movimiento estudiantil. En los documentos que el grupo lanzó como carta de presentación se plasmaron los descontentos con la organización partidaria al tiempo que sentaron las diferencias que tenían sobre los temas que desde hacía un tiempo se expresaban de forma velada. Su manifiesto de ruptura se concretó en las “Bases para la discusión de una estrategia y una táctica revolucionaria” y “Los comicios del 7 de julio y las perspectivas de la izquierda”, ambos escritos por Portantiero. Allí este, dejará cerrado definitivamente su capítulo con el PC, no coincidirá en nada con las líneas directrices del Partido y llamará explícitamente a encuadrarse en otras estrategias para la conquista del poder. La agrupación asimismo, editó en 1964 el único número de su revista *Táctica* y 2 números de un periódico que llevaba el nombre de la agrupación. En cuanto a sus posturas políticas en esos documentos a los que nos referimos, el combate se libraré en primer lugar alrededor de las premisas del PC. En efecto, Allí Portantiero afinaba la crítica que había aparecido en el primer número de *Pasado y Presente* que ya hemos comentado, dando precisiones de por qué el partido había fracasado. Por un lado, disenta en el diagnóstico sobre la realidad Argentina. El punto de partida lo signaba en la incomprensión por parte de los comunistas sobre los cambios operados en el país en el periodo previo al peronismo, cuando el reacomodamiento de la economía al sistema mundial, luego del crack del 29’, modificó la estructura de clases y en particular la de la clase trabajadora. Esa incomprensión, para Portantiero, hizo que el PC no pudiera asimilar esos cambios y fuera incapaz “(...) de absorber dinámicamente este fenómeno” lo que haría de este hecho el punto de partida de su crisis. Al no poder captar el surgimiento de un nuevo proletariado producto de la migración campo –ciudad y así poder interpelarlo e incorporarlo a sus filas. Ese cuadro se completaba para nuestro autor con su participación en la “Unión Democrática” de las elecciones de 1946 decisión que mostraba por otra parte su subordinación a la burguesía. Todo esto hacía que la izquierda no comprendiera el verdadero significado del peronismo al que Portantiero caracterizaba como la expresión política de las transformaciones que ocurrían en la sociedad producto del proceso de industrialización que vivía el país.

Por otro lado, la crítica apuntaba sus dardos a la caracterización que el PC hacía del “imperialismo”. Si bien admitía que este formaba parte de la realidad, nuestro autor no

lo colocaba como un factor externo sino como parte de la estructura económica local. Sostenía que compartía los intereses de la burguesía autóctona y esto lo llevaba a afirmar que la estrategia debía ser ubicada en la idea de que tanto la fase democrática nacional como la fase socialista debían ser una sola y que la vanguardia revolucionaria debía colocarse a la cabeza como lo demostraba la revolución cubana. De ahí que no pensara en que las fracciones de la burguesía podían portar potencialidades de tipo revolucionario, y descalificaba así la táctica del PC de aliarse con sus fracciones. Para Portantiero esto se fundaba en que los comunistas erróneamente colocaban al imperialismo como un dato externo de la realidad argentina. Y Allí volvía a aparecer un tema que se tornaba insoslayable para todo el mundo político de la izquierda, el papel del peronismo y la clase obrera. Sobre la idea de que este representaba a un movimiento burgués de estructura populista y por eso nacional, Portantiero y con él VR, veían allí un enorme potencial debido a que la clase obrera sostenía al movimiento, pero al mismo tiempo no dejaba de llamar la atención sobre que esas características explicaban sus contradicciones internas. De ahí que sostuviera que esa filiación de la clase obrera al peronismo representaba una fase “(...) de la dialéctica del movimiento de masas (...) de la historia de la conciencia de la clase obrera” Esa adhesión por otra parte, no podía ser soslayada si lo que se pretendía era elaborar una estrategia de izquierda en sentido revolucionario, debía ser el dato con el que se contara en miras a una “(...) reelaboración teórico –práctica”. Esto traía problemas políticos de una importancia considerable debido a que esa conjunción de movimiento burgués con componentes obreros no dejaban de ser, así como estaban las cosas, una encerrona en los términos de una política que reproducía el sistema. (Vanguardia Revolucionaria, 1963: 05) De ahí que la tarea que le asignaba al grupo y con él a toda la izquierda era la de contribuir al reemplazo del sentimiento de pertenencia de la clase obrera al peronismo por otro de contenidos realmente revolucionarios. Para ello era necesario una “(...) vanguardia marxista – leninista, despojada de lastres liberales y reformistas, que esté convencida de la necesidad y posibilidad teórica y práctica de la revolución en la Argentina” (Vanguardia Revolucionaria en González Canosa, Op.Cit:09) La sentencia no hacía otra cosa que apuntar sus dardos al partido, le disparaba justamente hacia sus titubeos con respecto a

cómo llevar adelante la revolución y a sus alianzas, al modo en que se colocaba frente al peronismo y a como se paraba frente a la coyuntura electoral. En efecto, no por nada uno de sus artículos en donde sentaban posición se llamaba “Los comicios del 7 de julio y las perspectivas de la izquierda” allí, además de mostrar los errores de diagnóstico que ya hemos mencionado, apuntaban a que el partido mostraba una total incompreensión acerca de por donde debía pasar la alianza con el peronismo. Señalaban que en lugar de apoyar a los dirigentes más radicalizados y de esa manera contribuir al espíritu combativo de las bases, los dirigentes partidarios se habían aliado con los sectores más comprometidos del movimiento tomando a pié juntillas su retórica revolucionaria. Siguiendo la tesis que sostenía Codovilla de que el peronismo había hecho un “giro a la izquierda” (Codovilla, 1962) y que de ese modo era necesario un trabajo unitario de manera de poder arrancar la adhesión de las masas a su líder y poder conquistar en dirección al partido. En esa dirección, Portantiero sostenía que el apoyo del PC al radicalismo en las elecciones del 7 de julio de 1962, en las que Arturo Illia había resultado presidente, no hacía otra cosa que colocar en un punto de retroceso al proceso revolucionario.

Acicateados en el impulso que le imprimía a los acontecimientos la revolución cubana, Portantiero y con él los militantes agrupados en VR avalaban la insurrección armada como salida política para de ese modo poder ganar el espacio que se había perdido en 1962. En efecto, era en el norte del país donde cifraban que podría aparecer una nueva oportunidad y hacían un llamado a la organización de “una vanguardia revolucionaria desde el punto de vista teórico, programático y organizativo a nivel político y militar, preparada para la lucha de masas y la acción clandestina” (González Canosa, Op. Cit: 09)

Se colocaba de esa manera en otro lugar que el que le otorgaba el partido, construía poco a poco otra posición en el campo de la izquierda con otros interlocutores, con otro discurso y se lanzaba a ocupar el centro de la escena. “La nueva izquierda” será su lugar a partir de 1963 por largo tiempo, comenzará poco a poco a afirmar una posición ideológica, anclada en el marxismo, cada vez más nacional popular con posiciones cercanas a los sectores que se irían radicalizando del peronismo, en una amalgama donde el gramscismo, el maoísmo y los líderes tercermundistas cobrarán importancia en

sus intervenciones. Así, Abandonaba, un poco por decisión propia otro poco por la expulsión de sus cuadros dirigentes, al partido lo había formado como militante y como crítico literario, al partido que le había mostrado un mundo donde se debatían cuestiones trascendentes y donde había podido desarrollar su vocación de intelectual *dreyfussard*.

2. En busca del tiempo perdido. Hacia la conquista de una nueva izquierda.

En este capítulo nos concentramos en los primeros dos años de Portantiero luego de su ruptura con el PC. Son los años de su ajuste de cuentas con el partido y de su acercamiento a la guerrilla. Recorremos también su paso por Cuba todavía en tiempos del PC para entender su posterior apoyo al guevarismo. Son los años en definitiva de su colocación en la “nueva izquierda”.

En el número 4 de *Pasado y Presente* en la sección denominada Crítica, Portantiero publicó “Un análisis “marxista” de la realidad Argentina” (comillas en el original) un comentario a un libro editado ese mismo año, 1964, por el historiador del PC Benito Marianetti. Allí Portantiero sostenía que sus 574 páginas no modificaban en absoluto la interpretación del pasado y del presente de la sociedad argentina, que sostenía habitualmente el grupo dirigente del Partido. Su voluminosa edición no hacía más que fungir de soporte a las tesis que se habían esgrimido en su reciente XII Congreso como resumen de casi 50 años de actividad.

Ya fuera del partido, esto es, sin el peso de tener que velar las críticas o hacerlas de espalda, Portantiero se despachaba contra la línea oficial en su modo de interpretación y análisis de la realidad argentina. El ejercicio es un buen ejemplo de aquello que había de abismo entre una y otra generación, la de los dirigentes y la de Portantiero, no sólo en cuanto al modo de encarar los análisis de los procesos sociales y políticos, sino también en el papel que se le asignaba al Partido Comunista. El texto mostraba el combate que se libraba entre viejos y nuevos a propósito de cómo usar un “correcto” método marxista donde el historicismo era la perspectiva elegida para encarar el análisis de la realidad. En esa dirección Portantiero sentenciaba:

no hay en el libro de Marianetti (como no lo hay en el conjunto de la producción teórica de los comunistas argentinos) la más mínima

intención de hacer partir el análisis desde un examen concreto del mundo real, se trata de casi 600 páginas desbordadas por la ideología (82).

Así, ciencia, análisis objetivo de la realidad e ideología aparecían como posturas enfrentadas. La acusación remitía a una intencionalidad política que hacía que el pasado fuera forzado a justificar el presente de la posición política partidaria. Es por esto que para Portantiero, el historiador comunista presentaba una continuidad de errores basada en una deformación metodológica. Debido a que la escuela historiográfica en la que Marianetti se apoyaba no había avanzado más allá de las tesis de Mitre e Ingenieros, sin hacer una crítica de fondo a la versión liberal de la historia argentina.

Portantiero disparaba así, en la misma dirección que los ensayistas nacionalistas, una versión de la historia que había ganado fuerza con el primer revisionismo de los años 30', que acusaba tanto a liberales como a izquierdistas de esgrimir ideologías "foráneas", pero que ahora como señalara Altamirano "se había mudado a la orilla izquierda" (Altamirano, 2012: 76). Ese aire de familia con los críticos del ensayo nacional estaba posibilitado por la reacción revisionista que por esos años se esgrimía frente a las lecturas del peronismo. En efecto, para todo un arco del mundo intelectual, la caída del gobierno de Perón despertó, a poco de avanzado el gobierno de la "Revolución Libertadora", una ola crítica de las posiciones asumidas por los partidos de izquierda y el mundo intelectual liberal. Portantiero se sumará a esa crítica pero sin abandonar posiciones de una izquierda de filiación marxista.

En esa dirección, Portantiero asumía que el error que mostraba el libro de Marianetti se cifraba en la continuidad de una tradición progresista que los comunistas sostenían y de la cual además se postulaban como sus herederos³³.

Pero a esa filiación se sumaba el hecho de que los comunistas trasplantaban el modelo teórico de Marx para el estudio de la acumulación capitalista sin detenerse en que la realidad argentina portaba características diferenciadas, la más importante de ellas su condición dependiente. Por eso debía aplicarse un esquema de desarrollo que atendiera a esa particularidad. Por eso dirá:

³³En esa línea que unía Mayo con Caseros, había colocado Agosti su *Echeverría* como un homenaje que debía ser rescatado y superado

la historiografía comunista local ubica a nuestro siglo XIX en el marco de las revoluciones burguesas clásicas y de él saca las categorías para el análisis, *cuando lo correcto es ubicarlo en el marco de la historia de la expansión colonial de los países centrales* y determinar, a partir de ello, cuáles eran las tendencias reales que hubieran posibilitado un desarrollo capitalista autónomo y cuales las que impulsaban aún más, a pesar de ser “burguesas”, la marginalidad argentina como apéndice del centro de iniciativa mundial (83) (resaltados en el original).

Y filiaba de ese modo a la Argentina a la escena que conformaban los países del Tercer Mundo. Para Portantiero, ese equivoco iba a hacer posible que las burguesías fueran vistas como progresistas y todas las tendencias que se oponían a ellas como reaccionarias en la visión del partido. Y así, el modelo aplicado olvidaba que el crecimiento de las ciudades y el impulso burgués no eran el producto de fuerzas endógenas “sino la impostación coercitiva de formas de producción que no contribuían a robustecer en la sociedad local un mercado interior capitalista integrado, sino que, por el contrario, tendía a estructurarlo en su conjunto, aún permitiendo el crecimiento residual de capas burguesas locales, como “campana” de la “ciudad” que era la metrópoli europea” (ídem).

De ahí que Portantiero ya no creyera, profundizando el juicio que había sostenido soterradamente en el número 1 de la revista, que fuera posible aliarse con sectores progresistas para llevar a cabo la revolución democrático burguesa como paso previo a la revolución socialista. Quedaban así de un lado, los liberales y los viejos partidos de la izquierda con sus esquemas clásicos sobre la realidad argentina en el que también se contaba el desarrollismo que había inspirado a las ciencias sociales nacientes en los años 50'; y del otro, los sectores alistados en una “nueva izquierda” que postulaba que la única salida a la situación de dependencia era preparar las bases para en un solo movimiento, hacer posible revolución nacional y revolución social. Senda que marcaba la Revolución Cubana, el proceso de descolonización y Cooke desde el peronismo.

Pero esa batalla se debía dar primero en el plano de la teoría enfocado en el análisis correcto del estado de situación. De ahí que Portantiero anotara

La oposición mecánica y libresca de las categorías “burguesía” y “feudalismo” tal como se leyeron en las vulgarizaciones de Marx, preside la historiografía comunista

local, aislándola de la interpretación científica de los conflictos en la sociedad nacional y fijando las líneas de una estructura de pensamiento cosmopolita, no nacional popular, que se expresa también en el enfoque de la historia presente (ibídem).

Allí es donde Gramsci aparecía como la lente con la cual descifrar el devenir histórico si se quería llevar a cabo un análisis científico de la sociedad. Allí también es donde su pensamiento volvía a filiarse con la historiografía nacional.

Portantiero sostenía que Marianetti no discriminaba, tal como mandaba Lenin, si las fuerzas del desarrollo eran autónomas o por el contrario el desarrollo moderno lo impulsaba el capital extranjero. La Argentina era para nuestro autor, en los términos que lo había planteado el revolucionario ruso, una colonia. Así, el Lenin teórico del imperialismo se amalgamaba con la lectura del Gramsci teórico de la revolución en clave nacional popular.

Esas referencias mostraban que era el marxismo el lugar en donde se debatía.

En esa larga reseña, Portantiero combinaba calificativos denigrantes con un análisis exhaustivo del libro. Por eso dirá que la liturgia le ganará a la lógica y todo el asunto no es más que la aplicación del catequismo que promueve el partido. Lo tildará de candoroso cuando el autor se refiera a Mitre y a su política desde la presidencia, todo ello amparado en la invención de “una inexistente “tradición progresista” (comillas en el original) (85), calificativo que mostraba a la claras que la burguesía no podía cumplir ninguna tarea y que solo había dos frentes posibles, de un lado los del imperialismo y del otro, los del proletariado. De ahí que Marianetti no podrá, al igual que sus camaradas, estudiar científicamente la lucha de clases por no englobar el conjunto de la investigación en el marco del desarrollo capitalista en los países explotados, y así todo lo que se haga “será mera ideologización” (ídem). Y de ahí también para nuestro autor los errores cometidos en el presente. Ya que de esa deformación histórica del pasado se derivan los desaciertos políticos en la realidad nacional. Así condenará las alianzas llevadas adelante por el PC como un producto de su ideología y su “mala lectura”. Por eso dirá: “La unión “democrática” como alternativa política a lo que del otro lado no se ve sino como, en las palabras del máximo dirigente Codovilla, “naziperonismo”. Cuando

todo el conflicto real que para la sociedad argentina suponía el crecimiento industrial con la aparición de nuevas clases; la necesidad inevitable que esas clases tenían de participar en la conducción del Estado (...) toda la riqueza del proceso (¡entre otras cosas encerrando, nada menos, que la aparición de un nuevo proletariado!) queda atrapada (...) en la disyuntiva fascismo o democracia (ibídem)

Había aquí compartido con otros artículos de *Pasado y Presente* un diagnóstico sobre la obsoleta y errónea manera de mirar los procesos políticos, disparando contra la forma en que se clasificaba al peronismo al que Portantiero deslindaba en su significado de su líder. Así, el hecho peronista era una vez más la cuestión que dividía el campo político e intelectual y penetraba como una grieta las filas del marxismo. El tópico de la “incomprensión” del hecho peronista estaba en el centro de la descalificación de su, ahora, viejo partido. La polémica no era nueva, en efecto, como se recordará, luego de la caída del gobierno de Perón el frente antiperonista comenzó a desdibujarse y poco a poco las descalificaciones tanto a los partidos tradicionales de la izquierda, PS y PC como a las posiciones del arco liberal del campo intelectual comenzaron a ser el blanco de las nuevas narrativas tanto de las nuevas promociones como de algunos miembros de esas fracciones ahora acusadas³⁴.

Pero para cuando Portantiero arremeta contra Marianetti ese combate ya estaría consumado, pero éste disputaría su posición desde adentro del marxismo. De ahí que pudiera sostener “como para el pasado histórico, ni el más remoto análisis clasista participa del método con que Marianetti y sus camaradas afrontan la realidad argentina” (85) porque el proletariado quedaba encerrado en un esquema que dividía por un lado, a las fuerzas progresistas y democráticas y por el otro, a las fuerzas del fascismo y el totalitarismo. Toda la invectiva estará formulada en términos de una oposición tajante, método científico versus estructura analítica anclada en la ideología en la que se transpola mecánicamente una teoría foránea sin asiento en la realidad nacional. Para Portantiero toda la estrategia política del PC anterior y posterior al período peronista se cifra en esa clave, de ahí la responsabilidad del fracaso de la izquierda, responsabilidad que para el PC será aún mayor por tratarse de la estructura orgánica más compacta de cuadros dirigentes que jugaban su madurez política en el escenario argentino. La teoría

³⁴ Para un análisis de esa “incomprensión” y de la “cuestión peronista” como el nervio del campo cultural. Véase Altamirano (2007) y Sigal (2006).

de la revolución democrático burguesa y con ella el papel de los sectores progresistas como así también la caracterización del papel del imperialismo que el libro de Marianetti postulaban, eran para Portantiero otros tantos diagnósticos errados de una saga que comenzaba con la postulación, foránea y simplista dirá nuestro autor, de la dicotomía feudalismo capitalismo y en la que el imperialismo era postulado como un fenómeno externo para Portantiero, en cambio, el imperialismo formaba parte de la estructura del desarrollo argentino en la forma del desarrollo combinado y para extirparlo no podía llevarse adelante otra cosa que la revolución social. Aquí se cifraba otra diferencia fundamental ya que, en su visión el imperialismo no era un factor externo. Por eso sostendrá que, el transformismo que el PC llevaba adelante con su apoyo al radicalismo, primero de Frondizi, y luego de Illia, no hacía sino realizar “los sueños de las capas medias” (86); y en esa arremetida concluía, no sin cierto sarcasmo, que el libro de Marianetti tenía un valor ya que era el “testimonio de la esclerosis de pensamiento; de una incapacidad inaudita de plantear y resolver originalmente los problemas de la realidad argentina en su pasado y su presente” (ídem). Así caracterizado el PC no solo no representaba a la clase para la cual había nacido sino que además representaba un modo errático del pensamiento y la política argentina.

Es que ese análisis se inspiraba fuertemente en *las Tesis de Abril* (1917) donde Lenin llamaba, poco antes del triunfo definitivo de los bolcheviques, a quebrar las alianzas con los sectores moderados y a fundar las condiciones para colocar el poder del lado del proletariado revolucionario y las masas campesinas. Dejando atrás toda política defensiva teniendo en cuenta la ampliación del proletariado con capas que habían despertado recientemente a la vida política. La tarea del partido era la de adaptarse a la nueva situación sin hacer concesiones a los sectores no revolucionarios del cual sacarían provecho solo las fracciones capitalistas. En su urgente folleto, el revolucionario ruso, llamaba a quitar el apoyo al gobierno provisional para construir una estrategia revolucionaria sin volver a dar sostén a los sectores de la pequeña burguesía aun cuando estos se llamaran socialistas. En esa clave leninista era leída la estrategia del viejo PC en la argentina con su política de alianzas y apoyos tácticos que buscaban la forma de llevar adelante la revolución democrática burguesa. Portantiero, por el contrario, como ya

hemos señalado, había pasado definitivamente a las filas de la nueva izquierda, no podía pensarse en alianzas con sectores de la burguesía ni sus representantes. No podía ya desplegarse una política moderada y etapista. Un influjo cubano y tercermundista se amalgamaba con la respiración nacional popular de Gramsci.

2.1.1. El método de la guerrilla como contestación de la “Nueva Izquierda”

Si el PC postulaba la vía pacífica para cumplir con las etapas necesarias para salir del atraso de cara al socialismo, Portantiero apoyará la vía insurreccional, amparado como estaba en la certeza de que el reformismo se había acabado y que estábamos frente, como sostuviera en el primer artículo de *Pasado y Presente* a “una situación revolucionaria”. El método de la guerrilla para saldar la crisis y llevar adelante el socialismo, estaba apuntado por las condiciones de una semi democracia (Cavarozzi, 2012) y el prestigio que tenía la Revolución Cubana.

Como ya hemos señalado, la gesta cubana va a ser el centro de gravedad sobre el cual va a girar toda la discusión de la izquierda de los años 60'. Y en ese sentido probar la vía armada como una posibilidad no se iba a hacer esperar.

En efecto, la experiencia del foco llevada adelante por el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) al que va prestar apoyo a partir de 1963 será la experiencia política , con la cual se conteste su salida del partido y su colocación en la nueva izquierda.

Así, el grupo cordobés de *Pasado y Presente* y Portantiero como parte de VR se vincularon al (EGP) comandado por Jorge R. Masetti que se estableció en la provincia de Salta como parte de los planes del Che Guevara para hacer la revolución en la Argentina.

Masetti era un periodista argentino que cubrió para radio El Mundo de Buenos Aires los combates de sierra maestra de la guerrilla del movimiento 26 de julio liderada por Castro y Guevara en 1959 cuando estos luchaban por derrocar a la dictadura de Fulgencio Batista.

Los reportajes a los líderes guerrilleros fueron re transmitidos a la población cubana por radio rebelde pero no pudieron ser captados por la emisora de Buenos Aires. Masetti se enteró de ello al llegar a La Habana y, a raíz de lo ocurrido, el periodista tomando serios riegos, volvió al lugar para registrarlo en su grabador y poder llevarlo a Buenos Aires, hecho que le valió de parte de Rodolfo Walsh un halago al decir que lo de Masetti fue “la hazaña individual más grande del periodismo argentino” (citado en, Masetti, 1961: 22). Así, además de ganar estatura de héroe, Masetti trabó por ese episodio una estrecha relación de amistad con Guevara convirtiéndose en uno de los hombres de mayor confianza del líder guerrillero. Así fue como fundó a instancias del Che la agencia de noticias Prensa Latina, abandonando su puesto de periodista en Buenos Aires para unirse a la revolución triunfante. En esa empresa se dio a la tarea de conseguir apoyo material en los países que estaban en el radio de acción de la Unión Soviética y salió en busca de jóvenes reporteros en Buenos Aires y otros países de la región para la tarea. Allí ofició de director de un acreditado elenco de redactores entre los que se encontraban como corresponsales extranjeros, Jean Paul Sartre por Francia, Eduardo Galeano por Uruguay, Rodolfo Walsh por Argentina y Waldo Frank por EE UU. Ese elenco le valió al periodista argentino un enorme prestigio entre los intelectuales radicalizados del continente que simpatizaban con la Revolución Cubana.

Pero al cabo de un tiempo, en 1961 más precisamente, Masetti dejó su puesto de periodista para convertirse en guerrillero y así participo de la resistencia cubana a la invasión de Bahía de Cochinos y un tiempo después prestó servicios militares en Argelia. A su regreso a Cuba, luego de someterse a un entrenamiento que duraría varios meses para convertirse en un soldado profesional, inició la misión encomendada por el Che Guevara de instalar un foco guerrillero en Salta con el nombre de “Comandante Segundo”. En 1963, ya instalado en el pueblo de Orán previo paso por Bolivia, el ejército que contaba en ese momento con pocos hombres, envió a Ciro Bustos, un artista plástico oriundo de Mendoza, primero a Córdoba y luego a Buenos Aires para funcionar como enlace de la guerrilla en la ciudad. Sus tareas consistían básicamente en el reclutamiento de voluntarios para sumarse al foco en el norte y construir un partido de propaganda que tuviera inserción de masas (Bustos, 2011). Su contacto en Córdoba era

principalmente Oscar Del Barco y parte del grupo que editaba *Pasado y Presente*. En Buenos Aires Bustos se contactó con Portantiero a instancias del grupo cordobés y éste a su vez lo vinculó con un grupo de universitarios dispuestos a sumarse al foco guerrillero (Bustos, Op. Cit: 152). Así el brazo urbano de la guerrilla comenzaba a tomar forma.

Llegado a este punto la pregunta que podría formularse en aras de comprender la situación podría ser la siguiente ¿Por qué todo el grupo cordobés y Portantiero no habían dudado en sumarse al proyecto, dado que si bien este último no creía en la vía pacífica en las condiciones de la Argentina, sostenía en su primer escrito en *Pasado y Presente*, que las condiciones subjetivas para la revolución todavía no estaban dadas? Para acceder a una respuesta no debe olvidarse que Bustos hablaba en nombre del Che y de Masetti, uno y otro portaban un prestigio que no tenía ningún otro dirigente de izquierda en la región. Los dos argentinos se habían convertido para muchos jóvenes militantes de la izquierda, en el camino a seguir si se quería ser revolucionario.

En efecto, para muchos de los jóvenes que en esos primeros 60' se acercaban a la política, las condiciones de la argentina donde se sucedían los golpes militares, hacía que la vía armada fuera poco a poco vista como la única salida para los que hablaban en nombre de los sectores populares.

2.1.2. El viaje a Cuba. Sueño de todo revolucionario.

Portantiero conoció a Guevara en Cuba, como corresponsal de la revista *Che*, publicación que habían iniciado un grupo de disidentes del PS. En 1960 el PC, tratando de ganar el terreno que había perdido desde la aparición del peronismo en el espacio de la izquierda, inició una alianza con los viejos socialistas y envió a Portantiero al semanario como su corresponsal. Así, en 1961 en carácter de periodista Portantiero viajó a Cuba.

El encuentro en el que Portantiero conoció a Guevara y Raúl Castro, quedó registrado en las dos notas que como crónicas de viaje escribió ese mismo año. Lo que había sido un encuentro casual con Raúl Castro luego de la salida de un cine, el oficio de periodista de Portantiero convirtió a ese hecho fortuito en un fresco que retrataba los logros de la revolución. Escrito en primera persona describe la sorpresa que le causó la isla en su visita cuando creía, según sus palabras, conocer todo sobre ella. El eje

alrededor del que gira el relato es su estadía a propósito de la invasión contrarrevolucionaria a Playa Girón.

En la respuesta del pueblo y sus dirigentes Portantiero describe el heroísmo y las conquistas del nuevo gobierno. En la historia de Patricia Silva, de 19 años miliciana y maestra voluntaria resumirá la lucha por la defensa de los logros de esos años. Así, toda esa crónica muestra “la primera derrota militar del imperialismo yanqui en tierras de América (...). Y, además, el triunfo de la conciencia socialista en el grueso de la población cubana” (Portantiero, 1961: 143).

Para Portantiero la invasión había marcado un antes y un después y el después estaba jalonado en la resistencia porque a partir de esa fecha “se robusteció la cohesión indestructible de un pueblo, su cohesión socialista” (144). En ese doble movimiento se cifraba todo el valor de la revolución, porque esa Cuba socialista “inserta a nuestro continente en pleno corazón de la historia contemporánea” (139). Esa gesta tenía un valor notable, mostraba que ya no hacía falta mirar al otro lado del Atlántico para ver la realización del socialismo, esto sucedía aquí y ahora certificando que era posible la revolución en el continente y que esa lucha al mismo tiempo, se enlazaba con las que llevaban adelante los países del Tercer Mundo. Era en la lucha además, en donde la conciencia se mostraba más clara, como lo mostraban la cohesión del pueblo y la miliciana que frente al invasor gritaba “¡Patria o muerte! ¡Venceremos!” (143). Esa conciencia socialista era precisamente lo que faltaba en Argentina cuando los viejos dirigentes del PC no salían de sus clásicos esquemas y la alianza con los obreros estaba escindida. Mostraba Cuba así, un espejo donde mirarse.

Pero había todavía un elemento más. La dirigencia enseñaba la actitud de un verdadero revolucionario.

En ese sentido describiré que

ni bien se tuvo noticias del desembarco, Fidel marchó para la zona. Era el comandante en jefe, pero no el comandante en jefe que corre banderillas sobre un mapa en un despacho céntrico con aire acondicionado: era el comandante en jefe en el campo de batalla (141)

El compromiso de estar en el campo de batalla dotaba al comandante de un prestigio que no tenía ningún otro dirigente de izquierda. Muy diferente sucedía en el

partido al que todavía pertenecía, que expresaba con mucha cautela su oda a los cubanos. Se abría así para Portantiero, un abismo entre uno y otro proceso. Pero además el cronista no solo estaba ahí para mostrar la gesta contada por él, la palabra de los mercenarios hablaba por si sola de la transformación.

Horas antes de llegar a playa Girón, más de 15 días después de la frustrada invasión, cuatro mercenarios se entregaron (...) Hablé con ellos (...) La conversación, grabada en una cinta, ilustra bastante sobre la aventura invasora (...)

- ¿Piensa ahora igual que antes? Pregunta Portantiero
- No, esto es muy diferente.
- ¿Por qué?
- Porque es una Cuba distinta a lo que nos habían dicho. Es muy distinto a lo que yo conocía. Esto era monte completo (152).

Ahí estaba el testimonio de los invasores para demostrar que no es solo el cronista el que describe los logros de la revolución, sino que ellos también ahora reconocían sus logros. Mostraba así que su palabra no solo no puede ser desmentida sino que es ahora corroborada por los invasores.

En su encuentro con el Che, el Portantiero periodista vuelve a desplegar su oficio para describir la hazaña. Y nuevamente los revolucionarios aparecerán de un modo amigable para el lector, construyendo una modalidad en el relato que genera una rápida empatía. Sobre el hermano de Fidel dirá que al contrario de lo que se escribe sobre este, calificándolo como un ser despiadado, frío, oculto y fanático iracundo.

Raúl Castro es todo lo contrario. Dentro del común aire amuchachado que tiene la Revolución Cubana, Raúl es el escalón más joven (...) una especie de máquina para hacer cosas (...) Pero sobre todo es un muchacho menor de 30 años que habla, bromea, sonríe, como un muchacho menor de 30 años (147)

Sobre ésta cuestión hay algo que quisiéramos destacar. Quién escribe es también un muchacho menor de 30 años. Mucho se ha dicho sobre la instancia generacional que rodeó a la “nueva izquierda” pero poco se ha destacado el aspecto emocional que esa instancia contiene. En efecto, la empatía con la Revolución Cubana tiene muchos aspectos destacables pero poco se ha dicho que más allá de pertenecer a la misma familia ideológica, muchos encontraron, como en este caso, una cercanía de otro orden. Porque lo que muestra las palabras de Portantiero es que hay una estructura de sentimientos que está más acá de la ideología y que convierte a esa experiencia en algo

vital. Después de todo Raúl era un muchacho como él pero que estaba haciendo aquello que él y su generación todavía no hacían pero debían hacer.

Sobre ese encuentro casual relatará que la comitiva argentina fue una tarde a un cine y “allí como un espectador más estaba Raúl (...)” (148). La imagen estaba lejos de la que este joven cronista tenía de Stalin y los dirigentes soviéticos en general, y de los viejos dirigentes del PC en su Partido. El relato marcaba una disolución de las fronteras de las jerarquías colocando a la dirigencia cubana al mismo nivel que el pueblo y que él mismo. No podía no estarse de acuerdo en que ésta dirigencia revolucionaria fundaba su legitimidad también en su postura pública.

Pero no solo su accionar afable los encumbraba, las transformaciones operadas en la geografía hacían la misma tarea de disolver los símbolos de la desigualdad social. Así lo mostraba el relato del encuentro con el Che un día después del saludo con Raúl Castro. Portantiero señala que el encuentro con el revolucionario argentino se llevó a cabo en “el “ciudamar” Yacht Club de Santiago de Cuba, una maravilla al borde del mar, que acaba de ser nacionalizado y transformado en un Círculo Social Obrero, como todos los clubes de las clases altas” (148). La revolución proletaria estaba ahí para que por todos pudiera ser apreciada, los símbolos de la oligarquía disueltos y convertidos en instituciones que mostraban las transformaciones de la revolución. Es que si la geografía se transformaba quería decir que los cambios eran estructurales. Y así, ese fresco que Portantiero pintaba sobre Cuba le enviaba al lector la imagen de la revolución socialista que todos buscaban.

En ese relato dirá sobre Guevara “lo vemos y pensamos: temperamentamente, de alguna manera, Ernesto Guevara sigue siendo un porteño, aunque ese ligero acento cubano ronde sus expresiones” (148). Aquí de nuevo la crónica muestra eso que venimos sosteniendo, que la empatía y lo emocional juegan un papel central para entender la identificación con los revolucionarios. Pero la entrevista es también una muestra de la importancia de las ideas de Guevara en el acervo del joven Portantiero. Así, frente a la pregunta por la toma del poder y la construcción social de la revolución Guevara señalará “(...) el 26 es la expresión de la lucha contra el quietismo de los partidos tradicionales (...) En la Cuba batistiana no había margen para la lucha legalista

(...)” (149) como vimos, un diagnóstico similar esbozará Portantiero poco tiempo después en su primera intervención en la revista *Pasado y Presente*.

Y eh aquí también otra de las razones del apoyo a la guerrilla del EGP. En efecto en 1964, Portantiero volvía a ser explícito en su apoyo al avalar la editorial de la revista *Táctica* donde se sostenía “Son los focos insurreccionales el método de lucha hoy en América Latina” (*Táctica*: 1964, 09) y si bien luego de la desarticulación de la guerrilla por parte de la gendarmería nacional este abandonó al grupo para buscar otros horizontes, avaló que en el periódico se señalara que el accionar del grupo comandado por Masetti colocaba “una etapa nueva en el proceso revolucionario argentino (...)” y “que la forma militar que asumía la lucha campesina en el norte era parte de la estrategia de la construcción del partido” (*Vanguardia Revolucionaria*, 1964, citado en González Canosa, Op. Cit, 09) esto es, que no salió al cruce de manera pública a desmentir lo que el grupo que él comandaba sostenía. Aunque como veremos enseguida ese sería el último episodio de su participación en la agrupación política que lo tuviera por líder.

Como sea, hacia 1965 Portantiero daba un paso más en la construcción de una posición en la nueva izquierda alejándose aún más de su antiguo partido. En efecto, en el primer número de una efímera publicación llamada *Nueva Política* que llevaban adelante miembros de la izquierda nacional y era dirigida por Ismael Viñas, antiguo animador de *Contorno*, publicaba un artículo titulado *Socialismo y Nación* en el que afirmaba que el saldo de la discusión Chino Soviética era positivo en tanto reforzaba un cambio de perspectiva para un análisis revolucionario, porque con esa discusión se estaba frente a

La aseveración de que el centro de la revolución mundial, pasa hoy por los países coloniales y dependientes, ese universo periférico que durante siglos viviera desplazado de todo papel protagónico en la historia mundial. Ya la marcha de los pueblos no pasa más por el meridiano europeo. Si una guerra estallara los detonantes habrán de estar en el mundo colonial y sus causas formaran parte de una secuencia histórica, la liberación de los pueblos sometidos al imperialismo (Portantiero: 1965, 05)

Y acompañaba esa afirmación diciendo que esto no era claro para los argentinos porque hemos sido conformados de forma extraña a nuestra personalidad de colonizados de ahí que la percepción inmediata sea ajena a “nuestra dependencia” y participación en un mundo dependiente. Y que esa dependencia es percibida en todo caso al nivel de

posibilidades materiales en las capas medias, pero no como condición estructural de existencia. De ahí el equívoco en las direcciones políticas “pienso que la causa de la distancia que ha separado a esas izquierdas de la realidad concreta de las masas populares argentinas, es la carencia de una elaboración crítica correcta” (06) Ello a pesar de ser coetáneos de todas las experiencias y discusiones del socialismo europeo. Y donde además la irrupción de las masas se hizo con símbolos opuestos a los de la izquierda, por eso para Portantiero, la historia de los intelectuales sigue líneas paralelas y no se cruza nunca con las clases populares y por ello “siempre la conciencia del movimiento de masas ha sido proyectada a este por intelectuales de tipo “tradicional” (07) Y acto seguido y como si estuviera contestando a su pasado reciente, afirmaba que ese trabajo crítico que hacía falta debía, entre otras tareas, estudiar las relaciones de fuerza antes de cualquier acción y que no se puede pasar a una acción frontal, porque los marxistas pueden reproducir citas de los clásicos a propósito de cualquier problema local y así

la izquierda argentina es libresco sensibilizados mucho más por la guerra civil española o por el antifascismo que por otra cosa, no han entendido los movimientos más importantes del siglo. Uno de los equívocos del internacionalismo cuando este no es otra cosa que cosmopolitismo, consiste en reducir la comprensión de los factores nacionales a categorías universales, y así como el país y la sociedad es “explicado” con ese método, la propia izquierda se explica a sí misma ubicándose dentro de esas categorías. A partir de allí, la teoría, la discusión, se transforma en retórica en colección de frases vacías, en erudición académica. De esa teoría y de esa discusión renegamos (9)

Y proseguía el ataque diciendo “Como la historia, para un revolucionario, es un proceso de participación y no un espectáculo, asumir la particularidad supone la única manera de insertarse activamente en ella (...) lo demás es consumo” (10) por eso para Portantiero la izquierda ha vivido ajena al país por no haber sabido elaborar esa particularidad. Y volvía sobre el punto con el cual llevaba su discusión con su ahora viejo partido “La necesidad de la existencia de un centro autónomo de elaboración y decisión política sigue siendo el eje fundamental de todo acceso al poder de las nuevas clases” (11) En cuanto a su diagnóstico a lo ya dicho agregaba que la sociedad Argentina tiene un carácter combinado de su desarrollo y en eso es particular en el tercer mundo. E

insistía con que se debía “historizar los métodos tendientes a lograr la cristalización de un partido (...) que pueda llevar adelante las tareas de destrucción y reemplazo del sistema” (13) Esa ofensiva contra lo que llamaba el compolitismo se completaba con la aseveración de que “ninguna de las revoluciones reales dejó de ser básicamente una revolución nacional” (16) Así, todo el ejercicio estaba llamado a demostrar que el esquema clásico como ya venía sosteniendo, estaba obsoleto y que había caminos dispares en busca de la revolución de acuerdo a las particularidades de cada caso nacional. Como lo mostraban Mao para China y Fidel y el Che para Cuba. Y que en ese sentido revolución social y revolución nacional son una misma cosa. Es que para Portantiero y lo dirá muchas veces en el escrito, la izquierda clásica equivoca su camino porque se sostiene en la ilusión del mundo único. Los dardos iban dirigidos hacia los acólitos de Moscú como venía haciéndolo hacía tiempo, pero la afirmación acerca de que revolución nacional y revolución social son un solo movimiento explica su publicación en la revista. Pero todavía Portantiero daba un paso más, no solo se acercaba a los nacionalistas de izquierda esta vez de una manera explícita sino que también coloca otro eslabón en la cadena de construcción de su posición en la nueva izquierda al afirmar que con las particularidades del caso, Argentina pertenecía a la órbita de los países dependientes. Eso explicaba su mirada pro cubana. Pero como veremos enseguida, será la dialéctica entre revolución nacional y revolución social sobre la que insistirá en los años siguientes. Con un condimento adicional. A su colocación marxista le sumará el aporte de la sociología para llevar adelante una ciencia de la sociedad pero con signos revolucionarios.

3. 1966-1976. Saber para transformar. La sociología como un arma del marxismo para la revolución.

Luego de su alejamiento del PC, la experiencia fallida del EGP y de la disolución

de Vanguardia Revolucionaria³⁵, Portantiero se encontraba, en alguna medida, en una situación de desamparo, debiendo buscar un lugar donde anclar nuevamente para seguir adelante. La sociología, con la que había coqueteado en sus años inquietos de formación marxista dentro del Partido, era ahora el vehículo para su vocación política e intelectual.

En efecto, entre 1964 y 1966, nuestro intelectual “en disponibilidad” se aprestó a rendir 20 materias y con ello terminar la licenciatura para obtener el grado en sociología. El momento no podía ser más propicio, puesto que la carrera se había convertido, a poco de su entrada como licenciatura en la UBA, en una de las disciplinas más dinámicas del mundo universitario de los años 60³⁶.

Ciertamente, luego de la caída del peronismo en 1955, Germani se preparó para ocupar el centro de la escena y darle cauce a la “ciencia de la sociedad”, amparado por organismos multilaterales como la CEPAL y la UNESCO que en la pos guerra se proponían, con el impulso del gobierno norteamericano, lanzar por la senda del “desarrollo” a los países de la periferia. Todo esto en momentos en que se hacía presente “la universidad del relevo” y el frente cultural, que había sido desplazado durante el gobierno de Perón, volvía a las casas de altos estudios buscando poner al día los conocimientos para recuperar el tiempo perdido (Noé, 2006).

Así, Germani pretendía emular a la ciencia del mundo norteamericano, poner al corriente de la conversación internacional a la sociología en Argentina y para ello dotó a la disciplina de un proyecto que intentaba estar a la altura de poder proyectarse como una ciencia social moderna. En un clima de época donde se proyectaba poder acceder a la realidad de manera objetiva, a través de instrumentos de medición que tenían a la estadística como uno de sus factores claves y a la investigación empírica como su elemento decisivo (Blanco, Op. Cit). Bajo esas premisas, Germani dio curso a la carrera

³⁵ La guerrilla del EGP fue desbaratada por la gendarmería en el mes de julio de 1964. A raíz de ese hecho Vanguardia Revolucionaria que se había convertido en su brazo político, realizó un plenario nacional meses después en la localidad de Morón en la provincia de Buenos Aires para decidir qué pasos debía seguir la agrupación. Allí Portantiero y Aricó dieron por concluida su participación en el mismo, cerrando el capítulo de su apoyo explícito a la guerrilla. Para una reconstrucción del EGP, véase Rot (2007) sobre Vanguardia Revolucionaria, González Canosa (Op. Cit).

³⁶ Para un estudio exhaustivo de los años iniciales de la carrera desde una perspectiva tanto institucional como intelectual véase Blanco (2006 y 2008) para una perspectiva que explora el proyecto de Germani y las disputas que se desarrollan en torno a este, véase, Noé (2006) Rubinich (1999).

de sociología en 1957. Para ello, libró un combate abierto contra orientaciones que desde su mirada no eran otra cosa que ensayismos especulativos, géneros literario o visiones intuicionistas, y promovió la creación de una biblioteca de ciencias sociales para actualizar la disciplina. Ya que en su visión era necesario modernizar la sociología para estar a la altura de los tiempos y de los desafíos del momento. Y en esa empresa modernizadora consiguió recursos de fundaciones estadounidenses para darle viabilidad a su diseño institucional, invitó a profesores del exterior para obtener una actualización tanto teórica como práctica de la enseñanza y la investigación e impulsó a sus discípulos a estudiar posgrados en el extranjero para que se especializaran y adquirieran destreza en el oficio de investigador³⁷.

Pero ese empuje modernizador duró aproximadamente un lustro. En efecto, hacia 1962, comienzan a escucharse las primeras voces disidentes de la orientación impuesta por Germani. Si bien éste no desconocía el valor de otras tradiciones, como lo prueban los prólogos que escribiera a libros enrolados en la antropología cultural, la renovación de la psicología y su dialogo con los investigadores de la llamada “escuela de Franckfurt” (Blanco, Op. Cit) se lo va a acusar de promover una forma de practicar la sociología como la que llevaba adelante la orientación estructural funcionalista, en palabras de sus detractores, presentada como la única y verdadera (Rubinich, Op. Cit, Portantiero, 1991).

En esa dirección, en 1963, un puñado de estudiantes conducidos por Marcos Schlaster, delegado estudiantil de la carrera y miembros de una agrupación encolumnada en la nueva izquierda, llevan adelante una huelga. El motivo esgrimido era rehusarse a rendir examen en la materia metodología de la investigación social, a cargo de la profesora Regina Gibaja, docente del grupo más cercano a Germani. En la ocasión, el propio Schlaster en un discurso emitido en el patio de la facultad de Filosofía y Letras disparará “Regalo las obras completas de Lenin si alguien puede demostrar empíricamente una variable sociológica”³⁸.

³⁷ Para un examen del papel de las fundaciones en el emprendimiento de Germani véase, Pereyra (2007) Para un panorama del mismo desde uno de sus actores privilegiados véase Murmis (2004).

³⁸ Citado en González, (2000).

Más allá de lo gracioso de la anécdota, ésta revela bien los términos de la disputa, las posiciones políticas guiaban la acción de la contienda. Ésta era una de las primeras manifestaciones de rechazo, pero el gesto descalificador y que generaría mayor tensión en los planes del italiano, provendría de sus discípulos más próximos. En efecto, Miguel Murmis y Eliseo Verón (dos armadores de la carrera junto a Germani como representantes del movimiento estudiantil) al regreso de sus estancias en el exterior, promulgarán la introducción de autores que no estaban en el horizonte teórico del viejo profesor italiano. Autores marxistas y teóricos de la comunicación que se alejaban de la dirección impuesta por el director de la carrera, eran ahora promovidos por estos jóvenes profesores en los planes de estudio. Al mismo tiempo comenzaban también las disidencias por los fondos provenientes de organismos extranjeros para las actividades de docencia e investigación (Murmis, Op. Cit). Y precisamente, son Murmis y Verón quienes quedaron al frente de la estratégica materia sociología sistemática en 1965, en la que Germani había sido su titular, que por eso mismo y porque versaba sobre los teóricos más renombrados de la disciplina, estaba dotada de un prestigio sin igual en la currícula, prestigio que por propiedad transitiva se trasladaba a sus detentadores otorgándole una voz de autoridad. Así, el marxismo junto a otras corrientes que cuestionaban las perspectivas que como jefes de escuela Parsons y Merton desde la academia norteamericana pregonaban, ganaban el centro de la escena.

En esa andanada Germani renunció a la carrera en 1964, cuando las disputas cobraron mayor virulencia en el seno de la junta departamental. En ese marco, la disciplina poco a poco comenzó a convertirse en un campo en los términos en que lo entiende Bourdieu (1999), disputando sobre lo que debía ser la sociología legítima. Pero de un modo un tanto particular, porque, primero, como es tradicional en cualquier disciplina académica se disputaba en torno a la orientación teórica, el status de los objetos de la investigación y los métodos para llevar a cabo el análisis. Pero que después y aquí yace la particularidad referida, se transformó en un espacio donde cada vez más la toma de posición política primó por encima de los recursos académicos, politizando todas las querellas y otorgándole nuevos roles al papel del sociólogo (Rubinich, 1999), (Sarlo, 2001) y (Sigal, 2006)

Es que Germani había construido una alianza con diferentes sectores del mundo universitario para poder llevar adelante su proyecto. Uno de esos actores era, en el marco de la “recuperación” de la universidad, el movimiento estudiantil, más específicamente, quienes dominaban el centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras (CEFIL) quienes habían brindado un apoyo explícito a todas las iniciativas de Germani en su etapa inaugural. Pero como ya señalamos, a partir de 1962, la alianza comenzó a resquebrajarse. Es que esos dirigentes juveniles procedían en un número importante del Partido Socialista. Como le había ocurrido al comunismo, al Partido Socialista también el peronismo y la Revolución Cubana, entrado los años 60’, le produjo divisiones internas por parte sobre todo de sus nuevas generaciones universitarias. Y estas divisiones a su vez se trasladaron a la carrera de sociología colocando una fuerte disidencia con Germani por sus orientaciones teóricas y por las formas de financiamiento de las actividades tanto de la carrera, como del instituto de sociología que este controlaba. Así, poco a poco la política nacional paso a convertirse en un elemento que fracturó a la carrera y también al campo universitario. El saldo de esa disputa fue que Germani y José Luis Romero (el intelectual más prominente vinculado a las nuevas generaciones, que fuera decano de la facultad de Filosofía y Letras cuando estos arribaron a ocupar posiciones después de 1955) rompieron filas con los jóvenes que habían conformado su alianza.

Como saldo de esas querellas, en 1965, Germani partió hacia los Estados Unidos dejando atrás el sueño de poder consolidar una “sociología científica” en Argentina libre de ideología y al servicio del desarrollo. En ese contexto, la segunda línea tomó las riendas de la carrera y colocó sus preocupaciones políticas a la par de las orientaciones académicas.

3.1. Una sociología científica y marxista para la revolución.

Es en ese marco que Portantiero encontró un lugar que, en sus palabras, “funcionó como una tabla de salvación” (Terán, 2009: 54). En efecto, sin partido que lo respaldara y obligado a ganarse un salario como periodista que no satisfacía su vocación política e intelectual, en 1966 se presentó y ganó un concurso de ayudante de segunda en la materia sociología sistemática. Ya instalado institucionalmente, a fines de ese año

Miguel Murmis titular de esa materia, lo invitó a sumarse como asistente a los equipos de trabajo que llevaban adelante tareas de investigación en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del Instituto Di Tella. El instituto era el refugio de muchos que, como Murmis, luego del golpe de Estado de Onganía, serían expulsados de la universidad.

Como se recordará, el golpe de Estado denominado “Revolución Argentina” intervino la universidad en 1966, produciendo el hecho violento que se conoce como “la noche de los bastones largos”, que prohijó por parte del gobierno nacional en una serie de medidas que incluían expulsiones y cesantías dando como resultado migraciones del cuerpo de profesores de todas las facultades en repudio a esa intervención.

Portantiero sobrevivió a la embestida gubernamental debido a que ocupaba la segunda línea en la jerarquía profesoral. Consultó con Murmis si le parecía bien que se quedara, y con la anuencia de aquel siguió sus tareas como jefe de trabajos prácticos.

Miguel Murmis había logrado, luego de la ida de Germani, que su curiosidad por el fenómeno peronista tuviera un cauce en términos de investigación. En efecto, el viejo profesor italiano había desestimado su proyecto de estudiar al peronismo al convocarlo a unirse a los equipos de investigación del CIS, pues tenía para Murmis otros planes relacionados con estudios que él llevaba adelante sobre la estructura social de la Argentina. Pero su desvinculación del país dejó a Bouzas y Cantón en el instituto, mucho más dispuestos al diálogo y a ayudar al joven Murmis a canalizar sus inquietudes político - intelectuales (Murmis. OP.Cit). Así comenzó, con Portantiero como ayudante de investigación, la exploración sobre las condiciones que hicieron posible el surgimiento del fenómeno peronista.

Lo que movía la curiosidad del joven profesor como a muchos jóvenes politizados de su generación era saber más acerca de ese fenómeno político que cambiaba la argentina. Esas inquietudes arrojaron como primer resultado dos documentos de trabajo publicados por el instituto, el primero “Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina (1930 1940)” en 1968 y el segundo en 1969 “El movimiento obrero en los orígenes del peronismo”. Ambos un tiempo más tarde, en 1971, fueron compilados en forma de libro sin modificaciones con el título “Estudios

sobre los orígenes del peronismo” publicado por Siglo XXI editores bajo la iniciativa de José Aricó.

El libro les valió el reconocimiento de la comunidad universitaria con fuerte resonancia en el campo cultural dominado por los sectores de izquierda y los colocó como la referencia académica del momento y a la postre se convirtió en un clásico que le dio a Portantiero un lugar destacado en el altar del ensayo académico. Pero ¿Qué fue lo que lo hizo posible? ¿Por qué la obra tuvo tan buena acogida? ¿Cuáles son los aspectos intrínsecos y extrínsecos que hicieron posible su buena recepción? Para comenzar a avizorar una posible respuesta examinaremos el contenido de la obra ya que puede otorgarnos algunas pistas.

En la primera parte del texto, los autores discuten las interpretaciones del proceso que se había inaugurado en el país en la década del 30’ cuando el crack de 1929 re diseñó el mapa mundial y obligo a la Argentina adecuarse a los nuevos términos de intercambio del comercio internacional. Para Murmis y Portantiero, ese reacomodamiento supuso un nuevo equilibrio en las relaciones de fuerza en el seno de las clases dominantes. En términos generales lo que los autores afirmaban es que el esquema de poder que se mantuvo hasta 1943 estuvo sostenido sobre una alianza de clases entre fracciones de la clase dominante donde el sector de la “oligarquía” terrateniente se erigía en su sector hegemónico. Esa tesis discutía las miradas sobre el período que sostenían que había un enfrentamiento entre un sector agrario y otro industrial, por el contrario los autores van a afirmar que el sector industrial va a construir una alianza como fracción dominada con el sector de los “invernadores” que controlaban la Sociedad Rural Argentina. Es decir el sector hegemónico de la alianza dominante y que quién quedaba fuera de esa articulación de poder era el sector de los “criadores” opuestos a cualquier tipo de industrialización que se intentara promover.

Montado sobre las nociones de alianzas de clase y hegemonía, Gramsci se erigía como uno de los pilares del marco conceptual para el análisis, en momentos en que junto a Althusser el comunista italiano gozaba de un alto prestigio teórico y el marxismo era una fuente principal para el análisis político de las jóvenes generaciones.

Por otra parte, en una coyuntura signada por las producciones ensayísticas de

signo nacionalista pero recostados en la izquierda, y una escasa indagación desde el mundo académico, el ensayo podía ser bien recepcionado además de por su calidad intrínseca, por el papel que se le otorgaba a los partidos de la oposición en los años 30' y principios de los 40'³⁹. En efecto, tanto la Unión Cívica Radical como el PC y el PS eran caracterizados como los defensores del libre cambio opuesto a cualquier tentativa de industrialización y por eso mismo de desarrollo para el país. Así, esos agrupamientos podían ser catalogados como partidos políticos con un carácter anti nacional y proclive a colocar al país de modo permanente en los términos de la dependencia que este sufría desde la organización nacional.

Como se recordará la caracterización de la Argentina como país dependiente fue una de las ideas centrales de la “nueva izquierda” en todas sus variantes, cuando ésta dominó el campo de las ciencias sociales de fines de los años 60'. Y allí estaba parte de su público, entre los que pensaban soluciones para esa dependencia.

Pero sería el segundo de los trabajos que contenía el libro, el que además otorgaba título a la obra, el que más atraería la atención. Allí se ocupaban de discutir las interpretaciones sobre el apoyo obrero al movimiento fundado por Perón. El interlocutor privilegiado era Germani y su interpretación de 1956 sobre los orígenes del peronismo, la primera que se esgrimía desde la academia y desde la sociología, quizás por eso y por su grado de sofisticación llamada a perdurar por largo tiempo⁴⁰.

Los presupuestos de Germani estaban sostenidos en un andamiaje conceptual tributario del estructural funcionalismo, más precisamente en el modelo evolucionista que pensaba la evolución como el pasaje y transición de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. En esa interpretación los obreros “viejos” de tradición socialista y comunista con una larga experiencia de lucha por las reivindicaciones obreras, nada tenían que ver con el nacimiento del peronismo para el sociólogo italiano. Por el contrario, el apoyo a Perón lo constituía la masa que, producto de las migraciones

³⁹ De acuerdo a varios testimonios de la época el libro circuló con mucho éxito no solo en las aulas universitarias sino también entre grupos políticos del momento que desde la izquierda o el peronismo batallaban por el “socialismo nacional”, Comunicación con Lucas Rubinich, op. Cit. y María Alicia Gutiérrez.

⁴⁰ El texto de Germani con el cual los autores discutían era, *Política y sociedad en una época de transición*, fechado en su primera edición en 1962.

internas sucedidas con el proceso de sustitución de importaciones de los años 30', habían llegado a la ciudad en busca de empleo en las fábricas. Estos obreros eran portadores de esquemas tradicionales en términos psicológicos, de mentalidad paternalista, con escasa o nula participación política y sindical en la lucha por sus reivindicaciones, y de ahí que esas condiciones hicieran posible su predisposición a apoyar al líder militar. Eran “una masa en disponibilidad” apta para la manipulación de un caudillo demagogo. Por cierto, esa interpretación de Germani fue luego corregida por éste, pero Murmis y Portantiero no se ocuparían de eso, apuntaron a desarmar estos argumentos para colocar el acento en la idea de que los viejos sindicatos y sus dirigentes habían prestado su apoyo a Perón sin perder por ello sus orientaciones en dirección a preservar su autonomía.

Lo que estaba en juego era una cuestión de cara a la sociología, cuál era la motivación de la acción que guiaba a los obreros y cuál era entonces la teoría sobre la que esos argumentos se sostenía. Esquemas de orientación, motivaciones, carácter racional o irracional de la práctica de los sujetos, serán las dimensiones con las que los autores entablaran la disputa por la interpretación legítima.

Pero así como discutían la interpretación de Germani, polemizaban con las miradas que enaltecían las virtudes de los “nuevos” obreros y colocaban al peronismo en un sitio libre de toda contaminación con el pasado. En el modo en que la indagación es llevada adelante, tres hipótesis la guían. La primera sostiene “que en el surgimiento del peronismo tuvieron una intensa participación organizaciones y dirigentes del sector de obreros “viejos”, la segunda, referida ya más a las orientaciones de la acción, enunciaba “que es difícil otorgar la caracterización de pasiva, heterónoma y con miras de corto alcance a la participación obrera en el proceso de constitución del movimiento nacional popular” y la tercera que se articulaba con esta segunda, apuntaba a la racionalidad de un proyecto político fundado en una tradición consolidada en el movimiento obrero argentino en la

que la participación conjunta de viejos y nuevos implicaba un proyecto social de cierto alcance y tenía como componente importante la continuidad programática con reclamos previos de las organizaciones obreras, del mismo modo que la posibilidad de participación obrera en una alianza poli clasista era ya una tendencia con importantes antecedentes en el sindicalismo

anterior al peronismo (Murmis y Portantiero, 1971: 129)

Dando lugar así a una confluencia entre socialismo, comunismo y peronismo. Como sea, apoyados en las estadísticas que le ofrecía la Dirección Nacional del Trabajo sobre organización sindical para el año 1941, como fuente para sostener la explicación, los autores mostraban que el número de afiliados a los sindicatos distaba de manifestar el corte entre nuevos y viejos que sostenía los estudios anteriores para cuando el peronismo comience a tomar forma. El salto -sostienen- sólo se dará hacia 1947 alcanzando su pico máximo en 1951. Allí también se destaca, desagregando las bases estadísticas, la composición por rama y sectores de actividad para mostrar en forma detallada la evolución del número de afiliados. Esto le otorgaba al análisis una consistencia marcada por el detalle en la explicación que mostraba su carácter objetivo y así lo manifiestan sus autores. Esa es precisamente una de sus armas más eficaces, si la interpretación de Germani lo era porque se amparaba en la ciencia y por su sofisticado aparato crítico, no menos eficaz eran Murmis y Portantiero al recurrir a la base estadística para el apoyo de sus tesis.

El ensayo de interpretación nacional, la otra vertiente con la cual discutían, donde Alberto Imbelloni⁴¹ era el interlocutor elegido, quedaba retrasado al menos en parte, en cuanto a su eficacia interpretativa por tratarse de una explicación que no se sostenía en el mismo andamiaje.⁴² Así, los autores atacaban las dos posiciones que se esgrimían como legítimas tanto desde los espacios académicos como políticos, pero iba a ser a Germani sobre todo a quién referenciaban más en el texto a la hora de la discusión. Porque en la caracterización de éste los obreros “nuevos” tenían una movilización de carácter emotivo y sus reclamos se hacían en nombre de satisfacciones inmediatas más que en proyectos políticos de largo plazo. De ahí que Murmis y

⁴¹ Imbelloni fue autor de un ensayo a principios de los 60'sobre el peronismo y el socialismo nacional, unos de los primeros intentos por congeniar ambas tradiciones políticas, y de un muy documentado estudio sobre el movimiento obrero, ambas obras le otorgaron un lugar de cierta relevancia en la discusión sobre el peronismo.

⁴² Por cierto que el ensayo gozaba de una gran popularidad como lo demuestran los éxitos editoriales de Hernández Arregui, Ramos y Jauretche, este último, el que más vendía por esos años. En efecto, entre noviembre de 1966 fecha de su primera impresión y diciembre de 1967, *El Medio pelo en la sociedad argentina* conoció nueve ediciones. Sobre este fenómeno y el papel y las características del ensayismo en las disputas de los años 60, véase, Saitta (2009).

Portantiero contestaran que su hipótesis

más que destacar la división interna de la clase obrera, toma como punto de partida su opuesto: la unidad de ésta, como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tiene lugar durante la década del 30 (132)

Esa hipótesis al mismo tiempo les sirve para mostrar como allí se articulaban dos cuestiones que eran centrales para su argumento. Por un lado, que esa unidad de la clase a la vez que desmentía el corte que Germani y otros le atribuían, mostraba en sus orientaciones una tradición reformista de largo alcance que le posibilitaba una alianza con sectores estatales, por el otro, que habían sido sometidos a una larga explotación durante los años previos al peronismo y que esto los llevaba a defender una política estatal que se ocupaba de sus reivindicaciones, por tanto tiempo postergadas. Así esas dos cuestiones se amalgamaban para terminar afirmando que la explicación sobre la acción política había que buscarla en las tradiciones que la sostenían y en el proceso histórico acontecido en el contexto de la lucha de clases en Argentina. En esa dirección los autores afirmaban que en el seno del sindicalismo tenía importancia una fracción, anterior al nacimiento del peronismo, que estaba dispuesta a la alianza con sectores estatales y sectores empresariales que pujaba en la lucha inter sindical por imponer su orientación. A través de ese meticuloso trabajo afirman que durante la primera parte de la década del 30', el sindicalismo y la clase obrera son sometidos a una fuerte represión al tiempo que la desocupación acompaña este proceso de disciplinamiento de la mano de obra. Esa tendencia se revierte hacia 1935, cuando el empleo comienza a crecer y con ello, el sindicalismo comienza a verse robustecido poco a poco por este proceso. Nuevamente aquí la afirmación está apoyada en las series estadísticas que muestran la curva ascendente del repunte de las huelgas hacia 1935. Allí también son escrutados los motivos de las reivindicaciones, donde la lucha por el salario en las series tomadas va en aumento. En esos registros los autores señalan que hacia 1942 la combatividad crece pero el saldo de huelgas exitosas no supera el 10 %. “el año 1942 alcanzó valores en materia de número de huelgas y de jornadas perdidas que no fueron superados en los años sucesivos; ni aún en 1945” (148).

Esto es particularmente importante para Murmis y Portantiero ya que es el año

anterior al cambio de gobierno que posibilitará la estructuración de los planes de Perón luego del golpe de Estado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Ahí se veían materializados los dos elementos importantes de la argumentación que estos esgrimían, por un lado, la cuestión de las reivindicaciones no satisfechas, por el otro, la inclinación del movimiento sindical a hacer alianzas con sectores estatales. Porque lo que sostenían como uno de sus argumentos fuertes era que al peronismo había que comprenderlo como parte de una compleja alianza de clases, y ahí entoncaba el primer ensayo, para visualizar que tipo de intereses confluían en esa articulación poli clasista.

El otro elemento de la discusión con Germani refería a la autonomía o heteronomía del movimiento sindical. En la creación del Partido Laborista es donde los autores van a encontrar un argumento central para refutar a Germani y los grupos de la izquierda política tradicionales. Para Germani, de acuerdo con sus detractores, el apoyo al peronismo de los obreros, tenía como característica principal una orientación heterónoma ya que esa elección se apartaba de una orientación de clase, lo que constituía una anomalía respecto de la dirección correcta. Murmis y Portantiero por el contrario, aun cuando no desconocían la importante participación de los obreros "nuevos" en el peronismo, acentuaban que el viejo sindicalismo clasista de orientación reformista tenía un peso considerable en la estructuración de la alianza con el Estado. Se desplazaban así de una perspectiva que enfatizaba la dimensión psico social a otra que ponía el énfasis en las tradiciones políticas y los intereses de grupos y clases. La clave de la explicación para dar cuenta de la orientación autónoma de la acción de los obreros, estaba colocada en el tipo de industrialización que se había llevado a cabo desde los años 30'. Por un lado, el hecho de que la industrialización fuera de tipo sustitutiva en un país dependiente, sin producir por eso una revolución industrial, hacía que el corte en las clases dominantes fuera diferente del modelo clásico europeo y ahí había que entender las alianzas entre clases y fracciones de clase que se apartaban del proceso acaecido en el viejo continente. Por el otro, que esa industrialización no contemplara patrón de distribución alguno, sino por el contrario diera como resultado un periodo de explotación, explicaba la predisposición de los obreros a aceptar una alianza con el Estado en busca de las reivindicaciones por tanto tiempo postergadas, anclado en sus

organizaciones tradicionales de signo reformista. Si de todo ello podía desprenderse que la orientación reformista del sindicalismo venía de lejos, es decir que era anterior al peronismo la estrategia de hacer alianzas estatales sin por ello perder su autonomía anclado en la defensa de sus intereses, la lectura abría una puerta de entrada a un recibimiento favorable al libro. En ese sentido, varias circunstancias se conjugan a su favor. Por un lado, el hecho de que grandes contingentes juveniles y sobre todo universitarios por esos años se estaban "peronizando" tendencia que se venía produciendo desde principios de los años 60' pero que para el momento de la edición del libro ese proceso estuviera en su cenit, explica en parte una dimensión de su público. Por otro, y en continuidad con lo anterior, el tema en sí mismo hacia otro tanto, el peronismo era *la* cuestión política central y todas las otras problemáticas giraban alrededor del mismo. La sociología por otra parte, le confería un prestigio al discurso que lo colocaba en el centro de la atención frente a otros relatos que no podían ampararse en "la ciencia de la sociedad" la disciplina más dinámica y de mayor atracción en el proceso de modernización de los años 60' en la Universidad de Buenos Aires (Rubinich, 1999). En ese sentido, Portantiero se había preocupado de que los trabajos contaran con una base estadística considerable como soporte de la argumentación. Su insistencia se hacía frente a la importancia moderada que, por el contrario, le otorgaba a ese andamiaje Murmis⁴³. Pero esto se explica en parte por el hecho de que Portantiero era un recién llegado a la sociología y esto hacía que buscara otorgarle a la intervención un carácter robusto con bases objetivas frente a otras interpretaciones. Porque de ese modo también jerarquizaba su posición dentro de la disciplina. Pero además, porque había sido un fuerte crítico de las orientaciones comunistas al caracterizarlas de poca rigurosas desde las primeras páginas de *Pasado y Presente*.

Por otra parte, tanto el Instituto Di Tella como la editorial que lo publicaba le daban una visibilidad y un valor adicional a la intervención. Por último, el artefacto resolvía en dos ensayos y en pocas páginas una interpretación del peronismo que habilitaba su lectura en términos de un movimiento de liberación nacional. Consigna que era el toque de reunión de toda la juventud universitaria que se recostaba en el ala

⁴³ Testimonio de Murmis (2007).

izquierda del espectro ideológico. Y que fue, como se recordará, desde principios de la década del 60' el puente para pensar la articulación entre liberación nacional y revolución social.

3.2.1. Una sociología marxista nacional popular.

Asimismo, Portantiero como vimos, ya esgrimía un fuerte acento teórico y político que lo acercaba al peronismo. Y en ese sentido, antes de la aparición del libro, ya había hecho pública una lectura que iba en la misma dirección acerca de la importancia del movimiento peronista. En 1969 en unas notas críticas escritas en la revista *Los Libros* y a propósito de la aparición de trabajos publicados ese año, sostendrá que nadie debía quedar al margen de la discusión sobre el peronismo por su vigencia y por la importancia de su expresión entre las masas obreras⁴⁴. Allí anotará que la bibliografía sobre el tema podía ubicarse en términos generales en dos polos, de un lado, el que sostenía una izquierda “iluminista” y el liberalismo que había alcanzado a la academia con la interpretación de Germani, donde la dicotomía civilización y barbarie ponía en el primer polo a los viejos obreros y sus estructuras gremiales y en el otro polo, a los nuevos obreros del lado de la irracionalidad y el desvío. La otra interpretación que esgrimirá sobre todo el nacionalismo de izquierda, cargará el signo positivo en el polo opuesto, esto es, los nuevos obreros como agentes no contaminados por ideas foráneas y viejas estructuras europeizadas, que serán el sostén de la nueva coalición de poder que lleve adelante Perón. Tratando de liberarse de ese juego de pinzas, Portantiero discutirá las caracterizaciones de Puiggròs y Cárdenas. Con el primero la polémica se establecerá alrededor del corte que justamente establece entre viejos y nuevos obreros. Sosteniendo que

fue en los planos mismos de la vieja dirección sindical donde se libró una batalla central cuyo resultado dio a Perón la posibilidad de estructurar una fuerza política destinada a legitimar el poder obtenido por vía de la revuelta militar. Así, tanto en el partido laborista como en la CGT, la participación de los viejos cuadros sindicales fue mayoritaria en el periodo originario del

⁴⁴ La nota salió en el número 5 de la revista *los libros* de noviembre de 1969. Los trabajos comentados son: *El 45* de Feliz Luna; *El peronismo I. Sus causas*, de Rodolfo Puiggròs y *El Peronismo*, de Gonzalo Cárdenas, Ángel Cairo, Pedro Gelman, Ernesto Goldar, Alejandro Peyrou y Ernesto Villanueva.

peronismo (Portantiero, 1969: 11).

Para Portantiero esto se explicaba porque a diferencia de lo que podía desprenderse del análisis de Puiggrós, ni los comunistas ni los socialistas controlaban a la mayoría del movimiento obrero. Había que buscar en la ideología reformista y a partidaria que el libro con Murmis señalará, las razones de la orientación política de los viejos sindicalista.

Así, para nuestro autor, el peronismo no era entonces un proceso de creación de la clase obrera y sus sindicatos desde el poder, sino más bien la respuesta política que la clase obrera preexistente elabora desde sus gremios frente aún periodo de crecimiento industrial que se había producido una década atrás a través de la intensificación de la explotación de la mano de obra. Esa respuesta dice Portantiero, era “la más racional desde el punto de vista obrero, que adoptan la mayoría del proletariado y de sus dirigentes en el marco de las coaliciones propuestas entonces, para dar salida a una situación de acumulación capitalista sin distribución” (idem). Su interpretación como dijimos, venía a cortar transversalmente esa dicotomía que criticaba como las preponderantes en las lecturas del peronismo. Para reforzar ese argumento describirá lo que caracteriza de parte de Puiggrós como un “error sospechoso”. Señala que éste en una parte del libro sitúa al II Congreso de la CGT en 1943 como la fecha en que se aprueba un manifiesto favorable a la creación de un movimiento de “unión democrática”. Pero que en otra parte ubica la fecha correcta, 1942, cuando todavía no había estallado el movimiento militar de junio y por eso mismo Perón no era todavía secretario de Trabajo y Previsión. El señalamiento no quería mostrar un error de fechas como una pura vigilancia de historiador avezado sino que lo que Portantiero quiere destacar es que

la perspicacia política de la mayoría de los dirigentes sindicales les hizo abandonar, al cambiar la situación, la consigna que, por el contrario, los políticos de la izquierda tradicional mantuvieron –y aún reforzaron- hasta cristalizar en la catastrófica experiencia de la Unión Democrática (ibídem).

Esa “perspicacia” muestra la racionalidad de la elección al tiempo que precisa de una manera contundente donde es que se produce el corte dentro del movimiento obrero.

Pero la argumentación avanzaba aún más para caracterizar positivamente al peronismo, y en la crítica a Cárdenas sitúa su modo de entender en qué sentido este es

un movimiento político tercermundista. A diferencia de otros movimientos del mismo tipo el peronismo, lejos de ser una creación *ex novo* aparece no como el origen de un proceso de desarrollo industrial sino como su respuesta al mismo. Cárdenas va a colocarlo dentro del espectro tercermundista pero con un signo donde la cuestión nacional se torna preponderante, esa visión, dirá Portantiero hace que:

(...) las contradicciones entre “la nación” y las fuerzas *externas* (énfasis en el original) son más fuertes –como constituyentes de toda alternativa política válida que las contradicciones internas entre clases, sin advertir que en tanto el imperialismo forma parte de la estructura productiva de la economía argentina, la contradicción de clases incluye a la contradicción nacional y que sólo la primera puede motorizar a un auténtico movimiento de liberación nacional, tal como lo prueba, entre otras cosas, la diferenciación interna que se opera en el propio peronismo entre una “derecha” y una “izquierda” (22).

El punto era central puesto que en tanto el peronismo no era un movimiento homogéneo esto tenía consecuencias importantes porque ahí se jugaba la cuestión de la dependencia. Así quedaba establecido para Portantiero que era la lucha de clases la que debía ser privilegiada como término central de la contradicción que se presentaba en la Argentina. Si era cierto que podía estarse de acuerdo con algunos argumentos de los ensayistas del pensamiento nacional, no era menos cierto que su colocación desde el marxismo generaba un corte entre uno y otro polo. Tensionaba al marxismo en tanto buscaba salirse de las líneas que la ortodoxia comunista había postulado y en eso era fuertemente anti estalinista, pero por otro lado no compartía con los ensayistas nacionales la idea de que el peronismo podía explicarse por sí mismo o solo con la ayuda de marcos interpretativos que solo remitieran a teóricos tercermundistas. Por el contrario, Portantiero avanzará en una amalgama en la que distintos marxismos serán la fuente de su reflexión. Así dará una batalla en varios frentes, como veremos enseguida, donde el libro con Murmis y sus notas de la revista *Los Libros* serán solo dos episodios de esa batalla.

3.2.2. El frente universitario. Cátedras Marxistas y Cátedras Nacionales.

Como ya hemos anotado, la "noche de los bastones largos" cambio la fisonomía de la Universidad de Buenos Aires. En efecto, comienza allí un proceso de cesantías y expulsiones del cuerpo de profesores y en el caso de la facultad de Filosofía y Letras, las segundas líneas ocuparan los lugares vacantes al tiempo que por orden del rector interventor Botet y el nuevo presidente, se integran varios cuadros intelectuales venidos de los sectores católicos donde el Partido Demócrata Cristiano cumple un papel relevante. Es que Onganía juntaba dos almas, por un lado, una tendencia corporativa que tenia de aliados a sectores católicos integristas y otra tendencia, más liberal, que ponía el énfasis en el trabajo barrial y la erradicación de villas miserias que se articulaba con un proceso de radicalización que se vivía por esos años en el mundo católico⁴⁵. En ese proceso, que también penetra en el seno de la carrera de sociología, dos figuras se destacan por encima del resto: Justino O' Farrell y Gonzalo Cárdenas⁴⁶. Estos protagonizarán también a principios de los años 70' la disputa "Cátedras Marxistas - Cátedras Nacionales" donde lo que estaba en juego era una querrela que dirimía la visión de la ciencia social legítima, anclados en una toma de posición con un trasfondo político donde método, objeto y orientación teórica formaban parte de esa disputa.

Portantiero era uno de sus protagonistas puesto que en 1972 dictaba clases como profesor adjunto de dos materias a las que había llegado por concurso ese mismo año. Introducción a la sociología y sociología sistemática. Allí daría su batalla del lado del polo marxista. Del otro, las "Cátedras Nacionales" presentaban a los exponentes de la carrera (Justino O' Farrel, Gonzalo Cárdenas, Horacio González, Alcira Argumedo, Roberto Carri, Ernesto Villanueva, Jorge Jenkins y Ricardo Sidicaro, entre otros) que pugnaban por imponerle una orientación a la sociología de tipo nacional donde el

⁴⁵ Entrevista con Lucas Rubinich. 2012.

⁴⁶ O' Farrell y Cárdenas eran profesores de la UCA, adherían a las conferencias de Puebla y Medellín y las máximas expresadas en el Concilio Vaticano II, que fue un verdadero viraje en las orientaciones del mundo católico. La "opción por los pobres" era una de las consignas que estos llevaban adelante como guía para la práctica de la corriente conocida como "Sacerdotes por el Tercer Mundo", que pregonaba una amalgama teórica que articulaba el catolicismo humanista con algunas orientaciones marxistas. O' Farrell fue decano de la facultad de Filosofía y Letras en 1973. Y González Cárdenas fue titular de sociología sistemática.

peronismo se recortaba como el objeto privilegiado de la teoría y la práctica, buscando introducir lecturas que iban desde el mismo Perón hasta Fanón pasando por Jauretche, Gunder Frank, Hernández Arregui y todos los exponentes de lo que consideraban una sociología nacional.

Portantiero en la jefatura de sus dos materias contaba con 30 comisiones de trabajos prácticos (Mocca, 2012:54), en ellas dictaban clases como profesores ayudantes, Oscar Landi, Isidoro Cheresky y María Braun, entre otros. Estas “Cátedras Marxistas” no desdeñaban impartir clases a través de la enseñanza de los clásicos de la teoría social pero incorporaba además la idea de que la sociología para ser científica debía remitir a la teoría y el método que postulaba el marxismo. Porque para esta posición el marxismo era el método con el cual se podía descifrar la realidad para luego transformarlo, teoría y práctica, ciencia y política eran las claves de esa intervención intelectual.

Por eso mismo esa disputa académica no se dirimía solamente dentro de las aulas, sino que tenía su correlato en términos políticos culturales. En efecto, las agrupaciones gremiales docentes jugaban también un papel relevante en las orientaciones que se querían impartir a la universidad. Portantiero en ese sentido formaba parte de una fracción denominada “29 de mayo” que se definía como de docentes anti imperialistas revolucionarios. La misma llevó adelante en la facultad de Filosofía y Letras de la UBA un trabajo que caracterizaban como político pedagógico entre el segundo cuatrimestre de 1971 y mediados de 1973. Se dio a conocer a través de una declaración pública en momentos en los que Lanusse propiciaba el GAN⁴⁷ con un manifiesto en su contra, resaltando que ese gran acuerdo sólo buscaba salir al cruce del movimiento cada vez más radicalizado y generalizado que propiciaba el proletariado en su lucha revolucionaria. Allí también reivindicaba las luchas populares destacando el papel de ruptura con la dominación capitalista e imperialista tanto del 17 de octubre como del 29 de mayo, es decir del “Cordobazo”.

⁴⁷ Como se recordará el Gran Acuerdo Nacional (GAN) fue una iniciativa que Lanusse desplegó en 1972 cuando se hizo cargo de la presidencia de la nación. La misma buscaba un acuerdo entre todos los actores políticos salientes del sistema, los partidos, las fuerzas armadas y el sindicalismo. Perón se opuso a la negociación y así los planes de Lanusse quedaron desarmados.

La agrupación sostenía que no había allí una continuidad lineal pero si había dos momentos claves de la acumulación de las luchas de las clases revolucionarias. Y basaba su definición estratégica en la colaboración para la construcción, a través de la discusión y el esclarecimiento, de un bloque revolucionario que expresara la polarización de la sociedad argentina. En su visión esta estaba expresada, de un lado, por las fuerzas del imperialismo y las clases dominantes junto al reformismo, del otro, se situaban las fuerzas revolucionarias anti imperialistas comandado por la clase obrera entre las que contaban a los marxistas clasistas, peronistas revolucionarios y sectores independientes que llevaba adelante una perspectiva de poder que buscaba la “Liberación Social y Nacional de la patria” (Manifiesto de la agrupación, 1971: 3).

Cifrabán al mismo tiempo que frente a los planes de la dictadura que oscilaban entre la represión y la participación, los estudiantes y docente revolucionarios debían constituirse como poder autónomo a través de la gestión por intermedio de las asambleas y en la actividad de delegados que solo respondieran a los estudiantes a los cuales representaban (4).

Asimismo, para la agrupación había un paralelo entre lo que ocurría en la universidad y la fábrica. En uno y otro espacio el régimen dictatorial buscaba la colaboración de amplios sectores para sus planes de mantenimientos de la explotación y dominación. Por eso declaraban que en uno y otro espacio el camino no podía ser otro que la autonomía y el antagonismo. Y reivindicaban esas formas de la lucha política en la universidad porque constituían un espacio importante en la configuración del proceso de cuestionamiento en el interior del sistema en el camino de ensayar autonomía por parte de los sectores populares. Y así inscribían a la lucha universitaria “como un capítulo importante del proceso general de acumulación de fuerzas contra el sistema de dominación” (4).

Por otro lado, en una nota aparte del mismo de la revista, la agrupación retomaba estas palabras al tiempo que trazaban un balance de lo hecho en el primer semestre en el cual la agrupación puso en marcha su plan de lucha. Allí sostenían que en los cuatro grandes campos en que situaban sus objetivos, los resultados no habían sido del todo satisfactorios. No habían podido llevar adelante como eje del agrupamiento político

ideológico el anti imperialismo revolucionario. Ese no había sido el corte por donde se habían expresado las disputas en el seno de la lucha universitaria, por el contrario había primado, la antinomia marxismo - peronismo que cortaba mal la contradicción de la sociedad argentina, como lo demostraban “Los conflictos surgidos alrededor de sociología sistemática, que aparecieron como una culminación de la lucha encarnizada que durante varios años las llamadas “cátedras nacionales” impulsaron contra el marxismo” (4). Por otro lado, la transformación de la relación pedagógica docente - alumno en miras a destruir lo que esta tiene de autoritarismo, no redundo en una responsabilidad y compromiso con el saber, por el contrario para la agrupación en muchos casos se había caído en “una disminución demagógica del conocimiento elaborado y transmitido, una concesión al espíritu pequeño burgués que busca trampear a la institución universitaria estudiando poco y obteniendo un título a bajo costo” (ídem). Anotaban también que no se había podido dar con una estrategia que articulara la relación política del saber de la universidad y su posición de combate dentro de la institución con las luchas generales que llevaba adelante el proletariado por carecer de una discusión estratégica que delimitara objetivos conjuntos desde ese espacio.

Ya sobre el final el documento advertía contra tendencias que caían a veces en el cientificismo o en el populismo, en el primer caso como producto de un “empirismo abstracto” que aceptaba la realidad y lo dado como si fueran posiciones despojados de ideología y en el segundo con la exaltación al espontaneísmo que desdeñaba los modos de la organización en la práctica y no discutía las cuestiones estratégicas de corte tanto políticas como científicas. Esa lectura marcaba bien la posición que asumían y contra que concepciones se combatía. Estaban allí las 3 posturas que dirimían el cómo y el qué de la universidad.

En la misma dirección la agrupación emitió un documento en noviembre de 1971 en la misma publicación, pero esta vez desde la carrera de historia a propósito de la experiencia llevada a cabo por estudiantes, delegados y profesores de la materia, introducción a la historia. Allí lo que se ponía en juego era el significado que tenían los contenidos tanto prácticos como teóricos impartidos por el profesor a cargo de la materia, Pérez Amuchástegui, para las relaciones docente - alumno y para el proceso de

subversión de la relación autoritaria que ésta en principio reflejaba. El documento es un largo análisis de la concepción, que según los autores se desprendía de sus libros, que el profesor Amuchástegui tenía sobre la historia, cómo se desencadenaban los hechos, quienes hacían la historia, en qué condiciones los hombres actuaban, en fin, el escrito confrontaba los presupuestos teóricos y epistemológicos para discernir si estos contribuían a la acumulación de conocimientos del lado del bloque revolucionario y anti imperialista o por el contrario, servía a la reproducción de las condiciones de la dominación capitalista. La conclusión no era sino lapidaria, puesto que sostenían que aun cuando Amuchástegui se declaraba defensor de una mirada nacional popular, impartía un academicismo y un cientificismo de la historia despojado de teoría, y ahí sí es donde se notaba su populismo, que caía en un positivismo de tono idealista. Pero debemos anotar que en ese contrapunto la polémica más resonante entre “Cátedras marxistas y Cátedras nacionales” la llevaron a cabo Francisco Delich y Roberto Carri, algunos años antes de los episodios que comentamos. La fama de uno y otro contendiente hizo que el episodio pasara a la historia de la sociología, cuando el primero comentó, en una reseña crítica, *El medio pelo en la Sociedad Argentina. Apuntes para una sociología nacional*, de Arturo Jauretche en la *Revista Latinoamericana de Sociología*, que mereció una dura réplica por parte de Carri.⁴⁸ En términos generales Delich afirmaba que el texto de Jauretche carecía del rigor necesario para ser una investigación seria, puesto que el ensayo no fundaba sus argumentos, como todas las posiciones de la sociología científica, sean esta de cuño positivista o marxista, en datos que pudieran contrastar sus hipótesis. Allí estaba para Delich el secreto de su éxito, en el carácter de su prosa y en la poca rigurosidad de los datos que hacía del libro un artefacto digno del gran público que podía sin dificultades celebrar las acusaciones que Jauretche disparaba sobre las clases medias altas de la sociedad argentina.

La réplica de Carri por el contrario acentuaba los aportes que el libro expresaba

⁴⁸ La reseña de Delich apareció en 1967 con el título “Notas sobre el medio pelo”, en el número 2 Volumen III de la *Revista Latinoamericana de Sociología*. Por su parte, la respuesta de Carri se publicó en 1968 en la misma revista con el título “Un sociólogo de Medio Pelo” Volumen IV Número 1. Y la réplica por parte de Delich apareció en el mismo número con el título “Respuesta”.

sobre la realidad nacional. Aportes que según decía, Delich no podía apreciar atado como estaba a los esquemas lógicos de las reglas académicas propias del sociólogo de medio pelo, que no hace otra cosa que expresar los intereses coloniales con su punto de vista. Esa acusación de Carri muestra el nudo sobre el que se montaba la disputa. En efecto, las posiciones más radicales del nacionalismo de izquierda sostenían que la sociología debía ser nacional y así acusaban a los marxistas de esgrimir teorías foráneas con las cuales era inaprehensible la realidad del país. Por otra parte, que el libro de Jauretche llevara por subtítulo *Apuntes para un sociología nacional* y que la polémica se expresara en la *Revista Latinoamericana de Sociología* que editaba el Instituto Di Tella muestra cuán lejos había llegado la sociología en términos de resonancia en el mundo académico y el campo cultural. Como sea, debe anotarse que ese contrapunto por dirimir la sociología legítima se clausuró en 1973 cuando Rodolfo Puigróss asumió como rector de la “universidad montonera” luego del triunfo de Héctor Campora, cuando en la facultad de Filosofía y Letras los docentes más cercanos a montoneros ocuparon posiciones en la jefatura de las carreras y Portantiero junto a otros protagonistas de ese momento colocados en el ala marxista fueron desplazados. Como consecuencia Portantiero se refugió en FLACSO cuando abrió su sede en Buenos Aires 1973 y retomó su colaboración con *Pasado y Presente*.

Pero antes de recorrer su vuelta a la revista señalemos cual era el escenario político e intelectual en el que estos “largos años 60” se desarrollaban.

La Nueva Izquierda.

El espacio que se conoce como nueva izquierda es una zona del campo político e intelectual en el que conviven diversos actores, que de acuerdo con Torti (2014) producen una secuencia, que comienza con el proceso de modernización al principio de esa década en diferentes esferas del mundo cultural, articulado con un proceso de creciente politización, hasta llegar, a principios de los años 70’ a una radicalización político cultural cuando las opciones por la lucha armada se ponen a la orden del día (Terán, 1991; Gilman, 2003; James, 2003).

Ese proceso tiene su origen en varios acontecimientos que merecen ser destacados para una mejor comprensión de las líneas que se ponen en juego en términos

políticos y culturales. En primer lugar, como ya hemos señalado, el peronismo y su relectura por parte de una franja de políticos e intelectuales que pone en entredicho las caracterizaciones que de él hicieron los partidos de la izquierda. En segundo lugar, la Revolución Cubana y su efecto progresivo sobre el espacio continental, con su saga de desplazamientos en términos de qué tipo de socialismo puede llevarse adelante y cómo llegar a él, que ponía en cuestión las líneas clásicas de las agrupaciones de izquierda, y por último, el cisma que creó dentro del comunismo internacional el XX congreso del PCUS en 1956 con el “informe Jruschov” y sus derivas que en muchos casos dieron como resultado un acercamiento al maoísmo, a la vía cubana y a otras expresiones contrarias al estalinismo emanado de Moscú.

Así, esa nueva izquierda va a estar conformada por grupos políticos y formaciones intelectuales que crearan nuevos medios de organización y difusión donde partidos y revistas van a ser los vehículos privilegiados de esos nuevos actores sociales.

El papel de la coyuntura política argentina cumplirá otro tanto en crear las condiciones para su desarrollo. En efecto, el hecho de que todo el periodo que va desde 1955 hasta 1976 estuviera signado por las condiciones de una semi democracia (Cavarozzi, 2007) donde los golpes militares por un lado y la proscripción del peronismo por otro, construían la percepción, qué fue ganando cada vez más adeptos con el correr del tiempo, de que la democracia estaba clausurada, contribuyó a la radicalización de las posturas que estas fracciones sostenían. Asimismo, en términos intelectuales, estas nuevas formaciones promovieron innovaciones teóricas y conceptuales. En ese sentido debe anotarse que el marxismo se convirtió a poco de entrado los años 60' en el instrumento privilegiado para decodificar la realidad al tiempo que comenzaba a tener cruces con tendencias teóricas con las que hasta ese momento no dialogaba, como el cristianismo y el nacionalismo, cuando estas con el correr de la década se fueron radicalizando. Es que el marxismo como ha sido señalado (Anderson, 1975) hizo su entrada en el escenario universitario tanto en Europa como en América Latina en los años 60' constituyéndose en la respuesta teórica desde los sectores radicalizados a las tendencias de corte funcionalistas, que como hemos visto, entre nosotros cobró relevancia en el seno de la carrera de sociología politizando a la

disciplina y poniéndola al servicio de la política.

El Maoísmo.

El desarrollo del maoísmo está ligado en principio a la ruptura de las relaciones entre la China de Mao y la URSS a comienzos de los años 60' cuando el Partido Comunista Chino acusó a la Unión Soviética de adoptar tesis revisionistas y abandonar la perspectiva de la lucha de clases como posición política para establecer la vía al socialismo. La ruptura se llevó a cabo a través de un intercambio epistolar entre los Partidos Comunistas de ambos países en 1963 ocasionando una fractura en el campo comunista internacional. La acusación incluía además la condena a la vía pacífica que los soviéticos propiciaban para todos los países que no habían hecho la revolución socialista (los países del llamado Tercer Mundo) y la convivencia pacífica con los norteamericanos. Es que los comunistas chinos por el contrario, llamaban a formar nuevos partidos revolucionarios marxistas-leninistas, al tiempo que profetizaban la derrota final del imperialismo producto de una alianza entre los países del Tercer Mundo y el proletariado de los países centrales. En esa dirección, postulaban que una vez que el poder ya estuviera en manos de las clases oprimidas la revolución debía continuar dentro de las instituciones expandiéndose por toda la sociedad. Idea que se desprendía de la acusación hecha a la URSS de que allí se había instaurado el capitalismo nuevamente a partir de los años 50' (Celentano, 2005). Así el maoísmo comenzó en los años 60' a ser percibido como el camino alternativo para la revolución en contraposición al que lideraba el Partido Comunista Soviético y su área de influencia. En ese sentido Mao se convirtió en el líder de esa alternativa. Su reivindicación de la lucha de clases como el componente principal del antagonismo en la sociedad y su reivindicación del partido como la vanguardia de la lucha revolucionaria tal como lo había elaborado Lenin Junto a la condena del imperialismo como parte del sistema capitalista, le valieron un prestigio como líder comunista que irradió su influencia por todo el mundo. Por otra parte, su condena al “culto del libro” que hacía referencia al modo en que la URSS buscaba que se siguiera su camino por parte de todos los partidos comunistas, calificado por Mao

como una tendencia dogmática, y la condena a las influencias extranjeras que esta acusación conllevaba, abrió las puertas a la discusión sobre los caminos y las prácticas del comunismo revolucionario. Su teoría de la “lucha prolongada” postulada para llevarla a cabo en los países atrasados donde debían desarrollarse los complejos elementos económicos, sociales y políticos pero también humanos y psicológicos indispensables en términos de organización y conciencia por efectos del retraso, interpelaba a los revolucionarios del Tercer Mundo, por entender que sus países entraban en esa caracterización estructural a causa del atraso que generaba los efectos del imperialismo. Su “larga marcha” en la que había combatido en los años 20’ y 30’, en el frente interno primero y luego frente a la invasión japonesa y sus primeros años de la “revolución cultural” que postulaba un desarrollo no lineal de la dialéctica revolucionaria, lo convirtieron en un pensador y revolucionario alternativo al modelo soviético. Es que después de todo él había liderado una revolución triunfante que solo se puso fuertemente en cuestión con su muerte bien entrados los años 70’.

Su correlato en Argentina comenzó a tomar fuerza a mediados de los años 60’ cuando, producto de las disidencias entre sectores juveniles y sectores dirigentes dentro del Partido Socialista, se produjo una fractura que ocasiono un desprendimiento dentro del Partido Socialista de Vanguardia, por parte de un grupo comandado por Elías Semán para formar en 1965 Vanguardia Comunista y así dar cauce a un nuevo partido marxista leninista. 2 años más tarde dentro de la Federación Juvenil Comunista se produce una escisión por parte de un grupo numeroso de militantes que fundan el Partido Comunista Revolucionario que 3 años más tarde abrazará las tesis del maoísmo como guía política. Ese mismo año 1970, se funda también el Partido Comunista Marxista Leninista y un año más tarde también como una escisión del Partido Socialista de Vanguardia se crea el Partido Comunista Maoísta (Celentano, 2003, 2005). Todas estas agrupaciones como parte de su crítica a las líneas políticas de los partidos de la izquierda tradicionales reivindicaban la vía insurreccional o la lucha armada. Pero en cualquier caso, lo que ponían de manifiesto es que dentro de la “nueva izquierda” la difusión del maoísmo cobraba forma como una alternativa política pero también cultural en el campo de la izquierda. Como vimos, estos reacomodamientos tuvieron relevancia en la trayectoria

de Portantiero puesto que inspiraban sus posturas tercermundistas y cada vez más cercanas al peronismo.

El fenómeno de la Dependencia y El Tercer Mundo.

La Teoría de la Dependencia, como corriente de pensamiento, se configuró a mediados de los años 60', como respuesta a la teoría del desarrollo y la modernización. Esta perspectiva proviene de una concepción marxista de la historia y de la Teoría del imperialismo de inspiración leninista. Si la teoría del desarrollo postulaba una visión estructural polar y a veces fuertemente dicotómica entre tradición y modernidad. La teoría de la dependencia postulará otro tanto al situar los polos entre centro y periferia. Las teorías de la dependencia construidas en respuestas a las teorías de la CEPAL, adoptaban muchos de sus conceptos. Así, el intercambio desigual y su producto, el deterioro del comercio para los países dependientes, eran el punto de partida para el análisis de la política y la realidad social, entendidas como dos dimensiones que formaban un todo. En esa dirección al mismo tiempo, la teoría de la dependencia denunciaba el economicismo demasiado formal de la teoría del desarrollo y su discurso modernizador. Para los dependentistas el subdesarrollo de los países de la periferia era el producto del desarrollo de los países centrales. Así, desarrollo y subdesarrollo no eran parte de un continuo sino que eran dos realidades ligadas estructuralmente y contrapuestas. Una no era otra cosa que la consecuencia de la otra. En ese sentido el subdesarrollo no era una etapa hacia el desarrollo, sino una expresión del desarrollo capitalista mundial, así, lo que se desprendía de ello era que cuanto más se desarrollaba el capitalismo dependiente, más subdesarrollado eran esos países puesto que más agudas eran sus deformaciones, sus desigualdades y sus injusticias para el cuerpo social. En esa dirección, los dependentistas postulaban que los esfuerzos de industrialización del Tercer Mundo no hacían otra cosa que aumentar la dependencia puesto que su economía era de salida. De ahí que se postulara como una ley que la dependencia no era algo superable en el marco del capitalismo, sino que el capitalismo la tornaba cada vez más

profunda y más brutal. Así, más desarrollo capitalista, traía más dependencia de acuerdo con uno de sus teóricos principales Ruy Mauro Marini (1972)

He ahí los grandes trazos de la teoría de la dependencia, pero como ha sido señalado (Beigel, 2005) debiera hablarse de dependencias en el sentido plural. Efectivamente, en el campo de las ciencias sociales de los años 60' y de la crítica política y cultural del momento, varias teorías discutían acerca del papel que los países que no pertenecían a la Europa central tenían en el concierto mundial. Así como señala Beigel

Hacia comienzos de la década del sesenta, un conjunto de nuevos espacios institucionales vinieron a dinamizar este proceso de producción teórica. Nos referimos a los institutos de investigación y escuelas de ciencias sociales creadas en la ciudad de Santiago de Chile entre 1957 y 1967. Se trataba de una nueva perspectiva que planteaba al capitalismo como sistema mundial, como centro autónomo y periferia dependiente: Uno y otro se reproducían” (Beigel, 2005: 196)

Una de las controversias principales que atravesaba a las distintas posiciones giraba alrededor de la caracterización histórica y estructural de los países analizados. Por un lado, estaban aquellos que adscribían a una caracterización de la región como de tipo “semi feudal”. Aquí se colocaban las líneas que el PCA sostenía desde los años 30' y en la cual atribuía a esos resabios el “atraso” del país y por ello afirmaba la necesidad de llevar a cabo una revolución democrático burguesa, como primera etapa para superar las barreras de la rémora de las fuerzas productivas y así establecer marcos para el desarrollo de relaciones sociales plenamente capitalistas. Por el otro, y aquí adherían en su mayoría los análisis que agrupaban a la “nueva izquierda”, estaban los que sostenían que las relaciones capitalistas estaban plenamente desarrolladas pero en términos de un capitalismo dependiente. Es decir que las relaciones de clase y el desarrollo de las fuerzas productivas funcionaban en clave capitalista pero que esa dependencia y por consiguiente ese atraso, solo podían ser superados apelando a mecanismo que la resolvieran a través de la lucha de clases.

Otras posiciones dependentistas sostenían un enfoque donde la cuestión nacional hacía las veces de la contradicción principal, donde la dicotomía era caracterizada en términos de imperio – nación. Para los primeros en cambio, la contradicción principal se daba en términos de clase, burguesía - proletariado. Caracterización que en muchos

casos no descuidaba las singularidades nacionales pero las subsumía a las primeras. De ahí que podamos hablar de dos grandes posiciones dependentistas dentro del campo de la nueva izquierda, los que privilegiaban la cuestión nacional y los que privilegiaban la cuestión social con acento en la lucha de clases. Por último, debemos agregar que entre los teóricos más salientes que se dedicaron a la cuestión se destacan a través de libros y artículos, Osvaldo Sunkel (*El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Sunkel y Paz, 1970); André Gunder Frank (*América Latina: Subdesarrollo o revolución*, 1970); Fernando Velazco Abad (*Ecuador, subdesarrollo y dependencia*, 1972); Aníbal Quijano (*Imperialismo y marginalidad en América Latina*, 1970); Ruy Mauro Marini (*Dialéctica de la dependencia*, 1973); Celso Furtado (*El mito del desarrollo económico*, 1972); Theotonio Dos Santos (*Dependencia y cambio social*, 1970); Vania Bambirría (*El capitalismo dependiente latinoamericano*) y Franz Hinkelammert (*Dialéctica del desarrollo desigual*, 1970); y por fuera de los latinoamericanos, dos nombres se destacan por su fuerte impacto en el pensamiento del continente: Franz Fanon y su libro *Los condenados de la tierra*, de 1961 con prólogo de Jean Paul Sartre, que le confería de un prestigio adicional a la obra que narraba las secuelas del imperialismo francés en tierras argelinas y por otro lado Samir Amir y sus *Los orígenes del subdesarrollo* de 1972 y *La acumulación capitalista a escala mundial* de 1975. Éste economista egipcio educado en París, constituyó una gran influencia para muchos latinoamericanos adscriptos al marxismo, entre ellos el mismo Portantiero como veremos en su participación de la segunda etapa de *Pasado y Presente*. Pero antes de abordar esa cuestión huelga decir que la obra que iba a consagrar la temática y a colocarla en su punto más alto apareció en 1969, de la mano de Fernando Enrique Cardozo y Enzo Faletto “*Dependencia y desarrollo en América Latina*”. En efecto, la obra condensó de un modo sofisticado los argumentos que cuestionaban al desarrollismo tanto desde un punto de vista político como intelectual. Se colocó como la obra de sociología histórica más potente dentro de la temática puesto que desde una mirada transdisciplinaria cuestionaba los argumentos que sostenían que el desarrollo de los países centrales podía ser emulado. Cardozo y Faletto no negaban que pudiera haber desarrollo, lo que sentenciaban era que ese desarrollo pudiera quebrar la dependencia, puesto que esta suponía intrínsecamente la

marginalidad en el sistema mundial. El libro refutaba que los países dependientes fueran solo fuente de miserias, por el contrario, desde una perspectiva estructuralista, distinguían a los países para medir diferentes escalas de desarrollo y construía un cuadro relacional entre estructuras y actores para mostrar cómo funcionaban como una unidad. También mostraban un aparato crítico que señalaba los reduccionismo de las miradas estructural funcionalistas que estaban en boga. Seguramente por esto, y por el prestigio que ya portaban sus autores el libro recorrió el continente de punta a punta, sus impresiones se contaron por cientos y se hicieron más de 30 reediciones consagrando a la problemática como un tema de primer orden de la sociología política latinoamericana.

Por su parte el **Tercer Mundo**, comenzó a tomar fuerza como concepto a principios de los años 50' cuando los procesos de descolonización de Asia y África se pusieron en marcha de forma generalizada. La expresión hacía alusión a estas áreas geográficas en tanto no formaban parte ni del primer mundo que estaba bajo la influencia de los EE UU ni tampoco del segundo influenciado por la URSS. Ese Tercer Mundo incluía además a América Latina en una operación en donde el continente era considerado una semi colonia a pesar de no tener en muchos casos un ejército de ocupación. Esa caracterización se estaba asentada en la idea de que esa condición había sido posibilitada por la penetración temprana del capital extranjero en nuestros países. Así es como esa condición de periferia de estos tres continentes (Asia, África y América Latina) estaba unida por un mismo destino. En cuanto a la cuestión de la lucha política, las guerras por la independencia de los países de Asia y África, para muchos analistas de todo el mundo recostados en la izquierda, eran vistas como luchas de liberación nacional que desnudaban las secuelas que habían dejado las ocupaciones imperialistas en los países colonizados. Así en los países centrales, podían verse manifestaciones estudiantiles con pancartas que reproducían imágenes del Che, y se coreaba el nombre de Ho Chi Minh el líder vietnamita que resistía frente a los EE UU. Ese fenómeno no solo dejaba al descubierto el gran consenso que el Tercer Mundo tenía en cuanto a ser la nueva esperanza del ideario revolucionario, sino que también mostraba que el método de la guerrilla era saludado con efusión. Así, *Los condenados de la tierra* de Franz Fanón,

un intelectual argelino que había participado en la guerra de liberación de su país se convirtió en el texto emblema de los activistas e intelectuales de izquierda que apoyaban las luchas del Tercer Mundo. Su reivindicación de la violencia como una forma de redimir la opresión, fascinaba a franja importante del mundo cultural centro europeo, aún aquellos que no eran adscriptos a la ideas guerrilleras pero portaban ideologías de tono humanista. Estos movimientos políticos fueron también una fuente de inspiración esencial del proceso de radicalización que tuvo lugar en los EE UU. Así, en todo el mundo occidental central cobró fuerza la idea de que los países de la periferia podían liberarse de la explotación y la dependencia a través de estas guerras rompiendo las cadenas del sistema mundial. En esa dirección, el teórico estadounidense Immanuel Wallerstein, uno de los creadores de esta teoría, fue uno de los que más contribuyó a colocar argumentos en su favor. Como sea, ese movimiento de radicalización del mundo central tuvo su cenit cuando entre 1968 y 1969 Europa se vio sacudida con las revueltas estudiantiles que mostraban que los jóvenes eran ahora la nueva fuerza social contestaria. Como se recordará, esto se vio plasmado, de modo emblemático en el Mayo del 68 parisino y el otoño caliente italiano de 1969. Revueltas que trajeron aparejadas movimientos huelguísticos que paralizaron esas ciudades. Estos movimientos no hicieron la revolución pero acortaron el mando de De Gaulle en Francia y L.B. Johnson en EE UU. También colocaron en el centro de la escena a la teoría de Marx y sus discípulos como la guía teórica de estos movimientos. Así, las aulas universitarias experimentaron el surgimiento de un marxismo que podía combinarse con varias modas académicas y con ideologías otrora antagonistas como diferentes nacionalismos o vertientes religiosas. Pero lo que quizás sea más importante para lo que aquí importa, es que ésta ola de contestación no solo fue europea o norteamericana sino que fue global. Los libros circulaban de un lugar a otro lo mismo que las personas que adherían a la revolución producto de las telecomunicaciones y las tarifas áreas baratas. En este sentido, “los estudiantes de los últimos años sesentas no tenían dificultad en reconocer que lo que sucedía en la Sorbona, en Berkeley o en Praga era parte del mismo acontecimiento en la misma aldea global” (Hobsbawm, 2007: 382).

Como parte de ese escenario, la Revolución Cubana no solo atraía simpatías en

nuestro continente, también los europeos miraban con júbilo la gesta castrista. A decir verdad ésta despertó un enorme entusiasmo en todos los que eran críticos con Moscú, enfadados con su política de coexistencia pacífica con el capitalismo. El Che esgrimía su frase que llamaba a realizar “dos, tres, muchos Vietnam” y un joven intelectual francés le proporcionó los marcos de referencia adecuados. En efecto, Régis Debray teorizó el papel del foco guerrillero y así colocó las bases por escrito para que todo el mundo occidental pudiera admirarlos aún más. Pero lo cierto es que la guerra de guerrillas se convirtió después de 1945 en la forma dominante de la lucha revolucionaria en todo el Tercer Mundo. Vietnam fue la prueba de que ese método podía ser eficaz cuando derrotaron primero a los franceses y luego a los norteamericanos en los 30 años que duró la contienda. Pero no fueron los únicos, en casi todos los países que se produjo el proceso de descolonización, la guerra de guerrillas se llevó a cabo en los lugares donde las fuerzas imperiales o sus defensores locales se habían opuesto a la liberación. A esto debe sumársele que la mayoría de los líderes de la liberación colonial se declaraban socialistas, aunque solo en tres casos los partidos comunistas fueron los principales protagonistas, China, Mongolia y Vietnam, pero aun así líderes como Nkrumah en Ghana, Touré en Guinea, Keita en Mali y Lumumba en el Congo, abrazaron los idearios del socialismo. Así el Tercer Mundo se convirtió en la esperanza de todos cuantos creían en la revolución social. Esa creencia era tan poderosa que hasta los más escépticos liberales como por ejemplo Daniel Bell admitían que en esa zona del globo se mantenía viva la llama de la revolución.

3.3. La vuelta de Pasado y Presente.

Y es justamente en ese telón de fondo y con las consignas de los sectores revolucionarios que se ubicará *Pasado y Presente* cuando vuelva a publicarse en 1973 e inaugure así su segunda época. Para entonces la publicación ya contaba con un prestigio importante entre los que adherían a la “nueva izquierda” y todos cuantos se oponían de

una u otra forma al régimen capitalista. Entre otras cosas porque su núcleo central comandado por Aricó, además de que se habían ganado un lugar en la escena intelectual ya sea como profesores universitarios como el caso de Héctor Schmucler, Oscar Del Barco y Portantiero, o como editores como en el caso del mismo Aricó, publicaba desde 1968 *los cuadernos de Pasado y Presente*, una colección de libros que intentaba, como lo postulaba la revista en su primera etapa, actualizar al marxismo y brindar herramientas teóricas para involucrarse en los debates que llevaba adelante el mundo de la izquierda de su época⁴⁹. Así, cuando la revista gane la calle sus animadores van a estar colocados en el campo de la “nueva izquierda” y van a jugar su apuesta con miras a articular movimiento de masas, peronismo y revolución social. Debe destacarse en ese sentido que toda su lectura del conflicto tanto a nivel local como global está formulada en términos teóricos por una amalgama que tiene como eje principal una fuerte impronta gramsciana pero también leninista. En efecto, aun cuando, como veremos, no en todo van a seguir la lectura del revolucionario ruso éste no dejaba de ser un componente central de la mirada revolucionaria de *Pasado y Presente*. El punto debe ser anotado en virtud de que sus protagonistas si bien no soslayaban esa influencia en su auto representación no lo acentúan lo suficiente a la hora de mostrar cuales eran las referencias sobre la que su mirada estaba construida⁵⁰. Como sea, importa detenerse en el análisis del editorial ya que este es una pieza de gran relevancia para entender el grado de sofisticación al que el grupo había llevado sus razonamientos políticos e intelectuales pero además porque el mismo, como decimos, revela una confluencia de teorías y miradas políticas poco destacadas.⁵¹

La aparición de esta segunda etapa a diferencia de la primera, estará marcada por la preocupación por la coyuntura política del momento y sus animadores lo harán explícito al decir que su tarea está:

⁴⁹ Para la importancia de *Los Cuadernos...* Véase Crespo (2012) y Burgos (2004).

⁵⁰ Sobre este punto y a propósito de las auto representaciones que sus protagonistas esgrimían véase, Aricó (1988). En la misma dirección Burgos señala la presencia de Gramsci y sus escritos ordinovistas para este periodo de la publicación pero no hace mención a la presencia de Lenin. Así sostendrá que “el razonamiento, (es) de estricta construcción gramsciana” (Burgos, 2004, P. 215) soslayando la influencia de Mao y Lenin en el escrito editorial.

⁵¹ Hemos escogido el análisis del editorial por entender que allí se despliegan las ideas programáticas de la revista y su posición ideológica de una forma precisa.

Centrada en un objetivo: contribuir, desde nuestro plano, al proceso de discusión que se desarrolla actualmente en la sociedad argentina acerca de las condiciones nacionales de constitución de una fuerza revolucionaria socialista “(...) PASADO Y PRESENTE no pretende transformarse en un sustituto de la práctica política ni colocarse por encima de ella. Reivindica para sí, en cambio, un espacio que considera legítimo, aunque el mismo sea mucho más ideológico político que político a secas: el de la discusión, abierta a sus protagonistas activos, de las iniciativas socialistas en el movimiento de masas, de los problemas que, en “la larga marcha”, plantea cotidianamente la revolución” (Pasado y Presente, 1973:03).

Colocados así como un intelectual colectivo para la lucha revolucionaria, los pasadopresentistas se darán a la tarea de analizar la coyuntura argentina en un largo editorial titulado “La “larga marcha” al socialismo en la Argentina”. Homenajando la saga del ejército rojo chino y adhiriendo así a la gesta llevada a cabo por Mao. Su cometido era caracterizar el momento político argentino partiendo de la idea de que se asistía a una nueva etapa de la lucha de clases, situando como momento límite a 1969. Pero lo primero que el editorial es el predominio del capital monopolista en la estructura económica y con él la acentuación del carácter dependiente de la Argentina. En términos de la lucha social y política esta situación ponía en escena a los dos actores centrales del proceso abierto en 1955: la clase obrera y el capital monopolista. Así a partir de 1966 - señalan los editores- se acentúa un proceso de acumulación económico y político en las manos de los sectores imperialistas. Del otro lado, frente al debilitamiento de la burguesía nacional, el estandarte anti imperialista queda en manos de los sectores proletarios, dando forma a un anti imperialismo revolucionario “que reclama una resolución socialista de la crisis argentina” (3). Así los dos términos que definen los rasgos del país son “la explotación del trabajo por el capital y la dependencia de la nación con respecto de los centros imperialistas” (4). Con el agregado de que ese imperialismo no es solamente un factor externo, sino el agente principal en el sistema productivo argentino, que subordinaba a su esfera de influencia a grandes sectores de la burguesía nacional. De ahí que la contradicción principal no sea la de burguesía-proletariado o la que postula a la nación con sus colonizadores “sino aquella que concibe a la fuerza imperialista como un factor estructural enfrentada a los trabajadores fabriles” (ídem). Esa es la marca que según *Pasado y Presente* define a la Argentina, no es un país colonizado en su forma clásica pero tampoco el enfrentamiento se produce como en los países centrales donde la contradicción principal se entabla entre el capital y el

trabajo dentro de la nación. Esto va a definir los términos en que van a colocar la discusión teórica y política enfrentados a otras interpretaciones. En efecto, es la lucha de clases el término elegido para entender la contradicción principal, a diferencia de posturas nacionalistas de izquierda con las que mantendrá un dialogo crítico, es dentro de los términos marxistas clásicos donde la revista se colocará. Ese énfasis de la contradicción va a ser también acentuado en términos globales para mostrar como la fase revolucionaria tiene un nuevo nivel de análisis. “Por primera vez en la historia el sistema capitalista aparece agotado (...) porque representa un obstáculo para la plena utilización de las potencialidades existentes” acicateado por una crisis de hegemonía producto de un malestar generalizado. Ese aserto se sostenía en la idea de que la expansión económica ya no constituía la base del progreso social, este por el contrario se estanca y con ello demuestra los límites del sistema, dirán los editorialistas, de ahí que deba y pueda ser, objetivamente, reemplazado. Aun cuando como advertían

el sistema se asienta sobre un mecanismo económico-social compacto, gobernado por leyes siempre menos controlables, e impermeable por tanto a las tentativas de revertir sus tendencias fundamentales. Esta “impenetrabilidad” del sistema es la que explica el porqué de la quiebra de las estrategias reformistas en momentos de ascenso notable de las luchas obreras y populares en el mundo (5).

Lo mismo va a suceder en los países dependientes, con el aliciente de que la dependencia tiende a no solo a ratificarse sino también a aumentar cada vez más. Por ello el único camino posible que postulaban era el de la destrucción de la dependencia por vía revolucionaria en un movimiento que destruya al bloque formado por la alianza entre el imperialismo, la gran propiedad agraria, la burguesía y las capas burocráticas del aparato estatal, que se consolidaron en la Argentina luego de 1966.

Ese análisis estaba enmarcado en la teoría de la dependencia que postulaba Samir Amin, y se enlazaba con la teoría de las alianzas de clases de cuño leninista y gramsciano. Como sea, para *Pasado y Presente* había aún más para sostener que la vía era solo revolucionaria y socialista. En efecto, desde su mirada el fracaso de las estrategias reformistas había mostrado que era incompatible el desarrollo de los países dependiente junto con el desarrollo del mundo capitalista, y esto no sólo por el

intercambio desigual, o la transferencia de ingresos de unos países a otros. Sino debido a que la naturaleza de las inversiones traen como consecuencia, la penetración de productos importados, un tipo de progreso técnico malicioso y junto a los consumos que esto induce, trae aparejado la retracción económica y la disgregación social. Por eso dirán que “sin un rechazo de ese modelo el “atraso” no se resuelve, sino que se agudiza hasta límites intolerables” (5). Esa es la consecuencia del desarrollo desigual y combinado de las fuerzas productivas al que están sometidos los países dependientes producto de la expansión del imperialismo. El subdesarrollo es entendido así como el componente directo de la acumulación capitalista mundial, donde la otra cara de esa acumulación es la proletarización del mundo que crea tensiones antagónicas en vastas regiones. Y como consecuencia de ese proceso sostendrán

ninguna región puede ya ser "inmadura" para la revolución; ningún proletariado, de la ciudad o del campo, puede ya ser excluido. Construir una revolución que destruya la explotación del hombre por el hombre y que esté fundada en las masas no solo es necesaria, sino también *posible* (6).

Así, la teoría del desarrollo era contestada sosteniendo que las reformas o los “efectos de demostración” que estos postulaban eran erróneos y obsoletos. Para los autores esto es así porque el sistema imperialista unifica el mercado mundial mediante el desequilibrio, pero precisamente eso era un factor esencial para el cuestionamiento del sistema. Porque de ese modo creaba las condiciones materiales para la convergencia de las fuerzas revolucionarias en todo el mundo. Pero esto implicaba, asimismo, el rechazo de concepciones "tercermundistas" que separaban a la revolución por países o por zonas de acuerdo a su desarrollo. Porque aun cuando el proletariado del centro se beneficiaba del excedente extraído a los países del Tercer Mundo, este seguía siendo la expresión de la contradicción principal del sistema, aserto que se hacía en abierta polémica con las miradas nacionalistas. Montados sobre la tensión que crean las leyes del sistema por un lado, y las condiciones objetivas del desarrollo del proceso revolucionario por el otro, sostenían que la salida podía y debía ser revolucionaria. Pero advertían que ese callejón sin salida del sistema, a pesar de todo lo dicho, no resolvía todos los problemas de una vez para que se pudiera asestar un golpe revolucionario. Por el contrario, que estuvieran maduras las condiciones objetivas no los hacía caer en un puro voluntarismo por ello

trataban por todos los medios de evitar una mirada espontaneísta como camino al socialismo. De ahí que pudieran enunciar que aun cuando el proletariado era el elemento principal de la contradicción, eso no bastaba para concretar el proceso revolucionario. La toma de conciencia socialista era para *Pasado y Presente* un trabajo complejo. Puesto que no podían llevarse a cabo las tareas de la revolución sin una organización que crezca dentro del proletariado, y haga posible la superación del momento negativo de la dialéctica que le impone el sistema. Sólo a través de una actividad consciente y organizada, sostiene el editorial, que suprima su lugar de clase perpetuadora del antiguo régimen y no a través de una acción espontánea, es como el sujeto central de la subversión puede llevar adelante las tareas de la hora. Quedaba claro que la teoría del partido acuñada por Lenin que seguida y complejizada por Gramsci, era el sostén de la estrategia revolucionaria que pregonaba *Pasado y Presente*.

Esto significaba que la revolución no podía ser la consecuencia inevitable de las tendencias del sistema como puro empuje mecanicista, como puro producto de una rebelión elemental que el capitalismo preparaba, pero tampoco el producto de una vanguardia organizada de la clase. Esa premisa para los autores, no era otra cosa que la enseñanza que dejaba el proceso socialista en la URSS donde sin una toma de conciencia de las masas el saldo era la frustración de los anhelos de liberación en manos de un nuevo poder colocado por encima de las masas "y tanto o más autoritario que el capitalista" (8). Como lo habían hecho en 1963 en su primera época, estos intelectuales fundaban su posición en un rechazo al estalinismo y un fuerte impulso anti burocrático.

Pero así como rechazaba de plano las experiencias socialistas en la URSS y combatían las tendencias espontaneístas, desacreditaban también las perspectivas que catalogaban como neutras a las instituciones de la sociedad burguesa, desde la escuela hasta la organización industrial y su técnica. No bastaba controlar a éstas para ponerlas al servicio del proletariado. Esa imagen de las actividades sociales como neutras y naturales no era otra cosa que la imagen mistificada y despolitizada que esgrimía la sociedad capitalista. Ésta sociedad, señalan los autores, separa al campo político del social distanciando a productor de ciudadano y produce así distintas formas de la apatía política. De ahí que la primera acción subversiva sea la de recuperar la politicidad de

todos aquellos aspectos tanto en la esfera pública como privada que aparecen como aspectos no contradictorios y por ello no políticos. Es que por lo que había que luchar era porque aquella recuperación de la política hiciera posible colocar la hipótesis de la democracia directa, tal como Marx la había pensado para la Comuna de París, aun cuando ese modelo no hubiera sido realizado en ninguna parte.

Así, lo que se cuestionaba también eran las miradas reformistas de la izquierda y el principio liberal de separación entre sociedad política y sociedad civil. En esa crítica estaba la respiración del Gramsci que indicaba que todo es político, que todo el cuerpo social está atravesado por el poder de las clases dominantes. Ese era el sentido para *Pasado y Presente* de la lucha por una verdadera democracia y ese también era el sentido que le otorgaban a las rebeliones que se llevaban a cabo en Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia lo mismo que "la Gran Revolución Cultural china" (él énfasis es de los autores) todas expresiones del rechazo de las jerarquías burocráticas. De ahí que a firmarán "nunca como hoy estuvo tan generalizada la exigencia de un nuevo ordenamiento social ni se habló tanto de socialismo" (9).

Es que, efectivamente, como el editorial lo anunciaba tanto en el mundo occidental como en los países africanos y asiático desde hacía tiempo las revueltas obreras y estudiantiles estaban a la orden del día. El comunismo se había convertido así, de acuerdo a los editorialistas, en un derivado del propio desarrollo social, en un objetivo alcanzable por la humanidad, en una premisa material y un problema madurado de la propia realidad y no ya la utopía de los hombres. Pero los autores volverían una y otra vez a dejar claro que esa maduración no podía ser homologada a la idea de que esto bastaba para hacer la revolución. El sistema había demostrado como todas esas condiciones podían ser aprovechadas por él mismo para la reproducción social de la explotación y de la alienación a través de la ideología y reforzamiento de los roles y los valores en los que se funda esa división de clases. Por eso el salto debía ser cualitativo. De ahí que la tarea fuera la formación de un bloque de poder alternativo que conlleve la elaboración de un proyecto consciente fundado como alternativa programática para la transformación global del sistema y la construcción de un proceso gradual de un nuevo orden social. Ese proceso debía estar maduro en las luchas de las masas como crítica

radical, antes de la ruptura revolucionaria para que ella sea efectiva.

Este diagnóstico era producto de la aseveración gramsciana que sostenía que en las condiciones del capitalismo moderno, ya no podía ser eficaz suplantar a la espontaneidad de las masas con una vanguardia revolucionaria jacobina. Por los puntos de resistencia que el sistema mostraba y que podían hacer que los golpes revolucionarios fracasaran y quedaran aislados, Gramsci había enseñado que el capitalismo era ahora resistente a los embates parciales por las trincheras que el sistema construía. Del asalto al asedio enseñaba Gramsci y eso era precisamente lo que *Pasado y Presente* señalaba como apuesta estratégica. El prismático gramsciano por momentos funcionaba como guía principal en esa amalgama con la cual describían la situación. De ahí que se necesitara un proyecto general que diera sentido a las luchas parciales, que eluda el problema del aislamiento pero también el del corporativismo. Esto creaba una serie de problemas teóricos y prácticos de difícil resolución pero era a las masas a quién le tocaba resolverlas. En todos los puntos de la estructura social debían agredir al capitalismo y formar con ello un movimiento unitario. Solo la participación plena de las masas, adoptada como método permanente del movimiento, afirmaban, puede permitir resolver el problema de la organización política y la elaboración de una estrategia capaz de determinar una crisis general del sistema y de dar a ésta una resolución positiva (10, 11).

La construcción de un bloque contra hegemónico que se resolviera en transformación intelectual y moral, en esa “larga Marcha” era lo que el editorial llamaba a crear por parte de los revolucionarios. El llamado a organizarse cobraba de ese modo un carácter central, ni vanguardismo ni espontaneísmo, movimiento de masas en una dialéctica compleja entre masas y partido para concretar la organización del nuevo socialismo.

Paso seguido, el editorial se concentra en el caso particular que más les interesaba, el de la realidad Argentina. En ese examen, los autores situaban a 1969 como el punto de arranque de la avanzada de las masas a través de las luchas obreras y populares que se producían en diversos sectores de la sociedad, que mostraban, asimismo, las tensiones y los puntos de fracturas que se estaban llevando adelante. Era

en la fábrica, contra los patrones, la burocracia y el Estado, en los barrios y las ciudades contra la forma de distribución de la vivienda, el transporte y los diferentes servicios, en las regiones marginalizadas por la expansión del capital monopolista que dejaba fuera de su lógica a esos sectores, donde podía verse la expresión de luchas que buscaban establecer un poder autónomo y era a su vez la marca más visible de la crisis argentina⁵². Para *Pasado y Presente* esas luchas no eran sólo reivindicaciones de tipo económico y corporativo, eran la expresión del rechazo a los desequilibrios que el sistema generaba, no eran tampoco consecuencia del "atraso" como podían pensar los liberales sino el fruto de un tipo de dominación que generaba el capital monopolista en la sociedad dependiente. Estos episodios eran la expresión de "(...) una nueva voluntad política, una nueva conciencia de rechazo de la realidad presente que reclama una reestructuración total de la sociedad argentina" (11). Sin embargo advertían, que estas manifestaciones aparezcan en la forma de explosiones populares y huelgas "salvajes" como forma de un descontento más generalizado es la consecuencia de propuestas políticas inadecuadas. Con todo, sostenían esas manifestaciones eran la expresión, y sobre todo por los efectos de contagio que estos suscitaba, de un rechazo de masas que cuestionaba al propio sistema. De ahí que afirmaran "en la Argentina de 1973 la destrucción del capitalismo ha dejado de ser el sueño de unos pocos para convertirse en una necesidad económica, social y política del presente" (12). Es por eso también que ese rechazo al capitalismo dependiente se expresaba, para los autores, de modo cabal en el triunfo peronista del 11 de marzo de Cámpora, puesto que allí lo que triunfó no fue otra cosa que una propuesta de una sociedad de signo socialista con carácter nacional.

Pero los autores afirmaban ese rechazo sin descuidar que lo nacional en el peronismo es un término confuso y con eso se hacía alusión a que allí convergían todas las expresiones internas del movimiento. Ese era el modo en que se insistía en que la

⁵² Como buenos intelectuales que eran, estaban informados no sólo de las luchas obreras que ocurrían en Buenos Aires lugar donde se asentaban y Córdoba de donde muchos eran oriundos, sino que su descripción hacía hincapié también en los acontecimientos que desde 1969 iban creciendo como una fuerza contestataria a los regímenes militares en otros lugares del país. Así, hitos de esa saga son el "Cordobazo", el "Rosariazo", el "Tucumanazo" y el "Viborazo" también de la ciudad de Rosario. Estas protestas se sucedieron entre 1969 y 1971 hiriendo de muerte a los gobiernos dictatoriales de Onganía primero y Levingston después. Para una reconstrucción de estos hechos véase Brennan (1996), Balvé y Murmis (1973), Crenzel (1991), Delich (1970), De Riz (1986), Duval (1988), Gordillo (2003), James (2003), Torre (1994) y Tortti (1994).

maduración para la instauración de un poder revolucionario de ningún modo estaba ya listo en la Argentina. Por esa complejidad política y social del movimiento no podía invocarse la toma del poder como un golpe sin más y con ello tener resuelto el problema de la revolución. “Hoy sabemos que el poder no se “toma” sino a través de un prolongado periodo histórico, de “una larga marcha”, porque no constituye una institución corpórea y singular de la que basta apoderarse para modificar el rumbo de las cosas” (ídem). El trabajo en esa “larga marcha” estaba colocado en construir una fuerza que pueda ser aglutinante de las múltiples reivindicaciones que se producían en los sectores obreros y populares pero con una dirección consciente con base en esas mismas luchas y no como una consigna general que infunda un estado mayor de la revolución y opere como correa de transmisión de objetivos políticos. La vanguardia política para *Pasado y Presente* debía ser explícitamente rechazada. En cambio, la unificación de las luchas del campo y la ciudad era entonces un trabajo que había que realizar desde las bases para poder articular luchas reivindicativas y perspectivas políticas que sean prefiguradoras concretas del signo socialista y revolucionario. Era sobre la dimensión subjetiva que se estaba llamando la atención. El pasaje de la conciencia en sí a la conciencia para sí pero en los términos en que al problema los habían delineado Mao y Gramsci, el pasaje del sentido común al buen sentido como expresión autónoma de toda la clase. En efecto, porque era la conjunción de preceptos maoístas, explícitas ya desde el título del editorial y gramscianas deudora de su teoría de la hegemonía con bases nacional popular, lo que recorría como un hilo rojo toda la larga argumentación que éste intelectual colectivo colocaba como bases para un programa de acción.

La tensión, asimismo, que recorría todo el problema de la organización política sobre el que el editorial trabajaba, estaba constituido no sólo por la crítica a las posturas “izquierdistas” que algunos partidos pregonaban, sino también por la tendencia del sistema a reducir a su forma corporativa a las reivindicaciones obreras y populares, contra este movimiento también debía lucharse de manera de poder articular un bloque que requería alianzas así como también nuevas instituciones político sindicales que construyeran la unidad de la clase. Para poder llevar adelante la construcción de un poder cuestionador en cada punto del sistema social que hiciera posible su nivel de

autonomía por parte de la clase obrera. En clave gramsciana afirmaban que ese poder debía ser el punto que marque el desplazamiento de la lucha desde un plano económico corporativo hacia otro de carácter político, como relación dialéctica.

Pero aun cuando la tarea debía ser situada en todos los planos del universo social, el punto privilegiado para los autores era la fábrica. Porque es allí, sostenían, donde se acumulan los mayores puntos de fricción con el poder instaurado. Y en clave sociológica apuntaban que es allí donde el trabajador mantiene su unidad en tanto forma parte de su clase con su fisonomía y valores en tanto tal. Por último, porque es allí, en la fábrica, donde se puede elaborar un discurso efectivamente socialista. En consecuencia “Partir de la fábrica” se convertía en una fórmula paradigmática. *Pasado y Presente* colocaba así un desplazamiento en la estrategia socialista del lugar que siempre había privilegiado para llevar a cabo las tareas de la revolución, en lugar de privilegiar al partido, se reclamaba a la fábrica por entender que era allí donde se constituía la clase, desde su propio interior, en el seno de la vida productiva y de acuerdo a sus organizaciones de lucha. La lucha gremial era para los editores el corazón de la lucha política, este desplazamiento en la estrategia apelaba, como ha sido señalado, al Gramsci del Ordine Novo (Burgos, Op. Cit). Por eso las instituciones y organizaciones políticas de la clase obrera constituían el punto de partida para pensar la estrategia revolucionaria (y aquí sobrevolaba el peronismo), puesto que la clase obrera crecía y se realizaba en las relaciones de producción, no podía pretenderse otra cosa que enfocar el problema de la construcción de hegemonía justamente donde esta estaba situada. Puesto que a la clase “(...) no se puede pretender definirla desde una filosofía de la historia, que no es sino la historia de las organizaciones que pretendieron dirigirla” (14). Ese punto de vista se fundaba en la idea de que era la base material constituida por la estructura de clase y las relaciones de producción lo que debía dar sustento a la propuesta organizativa. Porque para *Pasado y Presente* pretender que una vanguardia podía activar desde el exterior la conciencia de la clase o montarse sobre sus expresiones espontaneistas para acompañar su lucha, eran dos modos de caer en el idealismo abandonando la perspectiva del materialismo histórico. Esa posición teórica y política confrontaba con el marxismo más duro y clásico de raíz leninista y estalinista pero confrontaba también una vez más, con

las posiciones que se sostenían desde el nacionalismo de izquierda que adherían al peronismo. En ese diálogo crítico, en esa tensión que colocaban con la izquierda y el peronismo, *Pasado y Presente* apelaban a un modo del “entrismo” anclado en la dialéctica marxista. Esa confrontación a su vez era complementada con la tesis que sostenía que debía darse un combate desde la fábrica pero atendiendo también a las tendencias que el mismo sistema capitalista ponía en juego para reabsorber el descontento a través de mecanismos ideológicos. Por eso era de suma importancia potenciar la organización revolucionaria volviendo consciente el cuestionamiento latente que aparece en la relación del proceso productivo entre capital y trabajo. Porque sostenían que aún cuando los obreros no lo sepan, al cuestionar la organización "racional" del trabajo y con ello sus horarios, sus ritmos, están cuestionando un modelo de estructura productiva, y ahí el elemento organizativo debe sacar a la luz ese descontento en la forma de la afirmación de un poder autónomo. Notablemente el trabajo ideológico era fuertemente valorado por el colectivo de la revista. Organización, consciencia, dirección política en sentido autónomo de las luchas eran las ideas que desplegaban para llevar adelante la larga marcha.

Porque de lo que se trataba en definitiva era de cuestionar el rol que se le asignaba a los obreros en la organización capitalista para llevar a cabo un proceso de politización intensa que abarcara todos los órdenes de la sociedad, pero era precisamente la fábrica el lugar privilegiado y el punto de partida de ese cuestionamiento porque allí se ponía de manifiesto la contradicción del sistema en la forma del trabajo alienado y esto podía hacer que despertara un conjunto de necesidades sólo satisfechas con otra organización. Para ello la organización debía estimular la búsqueda de contrapoderes y producir una activación de masas en la forma de una voluntad de autogestión y por ello de autonomía. En esa dirección era problematizada la discusión acerca de la espontaneidad y la consciencia en la acción de masas, para colocarse del lado de la organización en busca de la autonomía. Solo con una articulación que soldara al conjunto de las fuerzas que rechazaban la lógica del capitalismo se podría construir una fuerza que fuera irreductible al poder integrador del sistema. Sólo así podría vertebrarse un nuevo bloque histórico revolucionario. Ni el reformismo ni el espontaneísmo debían

tener lugar. El primero porque no contrarrestaba los equilibrios del sistema con su modo reivindicatorio y gradualista y podía ser absorbido por el sistema, el segundo, porque alimentaba la disgregación y la puja de las vanguardias por obtener la adhesión de las masas. De ahí que también sindicatos y partido no eran adecuados como puntos de agregación para la ofensiva, el primero por los límites naturales de su organización con su pura reivindicación corporativa, que impide el pasaje a lo político. El segundo, porque aun cuando es esencial para ese pasaje que el sindicato no puede garantizar es solo a condición de que su labor orientadora se lleve adelante desde el interior del movimiento de masa y no como un elemento externo al estilo vanguardia jacobina o el ortodoxo partido leninista que muchas agrupaciones practicaban. Por ello postulaban que lo único que podía garantizar una estructuración autónoma del movimiento era una red de comités y de consejos (como órganos reivindicativos y políticos a la vez) porque ellos garantizaban en esta visión la democracia directa y el control por las masas expresando al conjunto de los sectores en lucha.

Pero todo esto no era un indicio de que pudiera prescindirse del momento violento o salto cualitativo, después de todo se trataba de cambiar la sociedad, tampoco debía prescindirse de la organización política de vanguardia a condición de que esto se asuma como un momento una vez desatada la crisis revolucionaria, esto es, una vez acumuladas las tensiones en cada punto de la sociedad y producido un nuevo nivel de conciencia y organización.

Lo que postulaba así *Pasado y Presente* era una compleja estrategia con elementos que se agregaban de acuerdo al momento de la lucha social y política, elementos que se solapaban o cumplían funciones diferentes en una mirada de largo alcance, en ese camino sinuoso que era “la larga marcha”.

El diagnóstico leninista sobre la crisis social junto a algunos elementos de su teoría del partido se entrelazaba con las enseñanzas de Mao y el Gramsci teórico de la hegemonía y el de sus escritos juveniles ordinovistas.

Esas referencias se ajustaban a la idea rectora que sostenía todo el análisis, la que afirmaba que se asistía a una crisis orgánica en esa coyuntura Argentina de 1973 en una forma ya madura para la acción revolucionaria. Por eso la tarea era transformar a ésta en

una crisis revolucionaria. Puesto que si la primera caracterización hacía referencia al momento en el que las clases dominantes no pueden obtener obediencia de los sectores subalternos por la activación de las masas. El segundo nivel está caracterizado por esa activación de masas con un nivel organizativo en condiciones de asaltar el poder e instaurar la sociedad sin clases. Este segundo nivel de la acción revolucionaria era lo que se debía producir, por eso los editores batallaban en la búsqueda de orientar hacia una salida socialista a la crisis, tratando de interpelar a los grupos que debían emprender esa tarea.

El despliegue argumentativo era formidable, conectando el análisis histórico con el político, *Pasado y Presente* demostraba que se había nutrido de lo mejor de las ciencias sociales en clave marxista y de los análisis políticos de los más encumbrados dirigentes de la izquierda.

El peronismo.

Luego, en esa tendencia que iba de lo general a lo particular y una vez postulada la estrategia, delimitado los roles y las funciones de los actores que debían participar en la contienda, se pasaba a la que quizás era la cuestión más espinosa: el peronismo. Y al problema de qué hacer con éste cuando las masas en su gran mayoría adherían a él. Para *Pasado y Presente* estaba claro “(...) en la Argentina de hoy la “cuestión obrera” no puede ser separada de la “cuestión peronista”. Se trata de un dato no de una teoría” (19). Ese era el punto de partida con el cual políticamente debía trabajarse, este fenómeno a su vez era interpretado como un hecho típico de sociedades dependientes en donde los destacamentos comunistas dejaron un vacío. En ese sentido, sostenían que la virginidad de la que hablaba Lenin sobre las masas en Rusia bajo el zarismo no se cumplía aquí y ese dato no podía ser soslayado ni falseado. Afirmaban que ese debía ser el punto de arranque de cualquier estrategia socialista y cuestionaban así las posiciones de tipo “puro” sobre el obrerismo. Sobre esa cuestión era sobre la que venían a hablarle a los grupos de la izquierda. “Discutir esa dialéctica es uno de los objetivos básicos de ésta segunda etapa de *Pasado y Presente*, porque si la izquierda revolucionaria yerra en la caracterización del peronismo y de la participación obrera en él, dicha superación sólo será verbal” (20). El análisis contenía ribetes no solo políticos sino sociológicos (que

recordaban a los análisis que Portantiero postulara en el libro con Murmis) de ahí que enumeraran las limitaciones de los análisis marxistas, de sesgo economicista. Superficialidad era la palabra del enjuiciamiento cuando estos caracterizaban al peronismo como una “astucia de la burguesía” o maniobra de una fracción del ejército.

En el mismo sentido alertaban acerca de la incompreensión de lo que esos movimientos significaban en la cultura política de las masas, porque ellas se habían constituido políticamente con el movimiento y a su vez construido su identidad como “pueblo nación” calificativo que colocaban desde un prisma gramsciano. Por último, señalaban la dificultad para percibir al peronismo como un componente no arbitrario del camino de las masas hacia su auto conciencia, en busca de evitar una lectura que contuviera un marco teleológico y una filosofía de la historia que anunciara para la clase obrera un camino predeterminado. De ahí que para *Pasado y Presente* ese sea el punto de partida, donde “la relación “conciencia espontaneidad” se muestra “impura” *por lo tanto es necesario impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional popular*” (énfasis en el original (20). Si la forma nacional popular que había caracterizado a la clase obrera estaba situada en el peronismo el trabajo sobre la conciencia de clase era una de las tareas primordiales que políticamente se debían emprender. Así, ahora en un nivel más específico, organización y conciencia funcionaban como los dos vectores sobre los que se debía asentar el trabajo ideológico y político sobre las masas peronistas.

Pero en ese sentido debe subrayarse también que no solo estaban lejos de adjudicarle una anomalía a la identidad peronista de los trabajadores, sino que por el contrario podían calificar al peronismo positivamente en tanto había cumplido el papel de la fuerza política anti monopólica y anti imperialista más férrea por la presencia protagónica de la clase obrera en los años del onganato. Y eso era precisamente lo que los llevaba a sostener que gracias a esa base obrera, debía entenderse al movimiento como un momento en el desarrollo de una política autónoma. De ahí también sus tendencias revolucionarias que pujaban por resistir las negociaciones de la burocracia sindical. Lo que los editorialistas buscaban era que esa identidad primaria peronista

fuera leída como el primer momento de una dialéctica donde los contenidos socialistas autónomos pudieran diferenciarse en el seno del movimiento nacional. “Porque el socialismo no se despliega a partir del impulso que le otorga una vanguardia incontaminada propietaria de la “verdad” sino desde iniciativas socialistas multiplicadas y articuladas que se generan en el movimiento de masas” (23). Nuevamente, no desde fuera sino desde donde la clase obrera estaba situada. Así, lo que *Pasado y Presente* buscaba era que revolución nacional y revolución social formaran una relación dialéctica. El triunfo de Cámpora en ese sentido, para *Pasado y Presente* era un nuevo paso hacia la búsqueda de esa autonomía. “Dicho triunfo representa el punto de partida para que la lucha de clase arranque de nuevos niveles, para que los sectores populares puedan lanzar en mejores condiciones, aprovechando el contraste que sufrió el enemigo, una etapa de ofensiva hacia la revolución socialista” (22). Si el Cordobazo había sido un hito en esa lucha anti sistema el triunfo de la izquierda peronista era un escalón más de esa “larga marcha” pero advertían al mismo tiempo que esto no podía ser en desmedro de subestimar al GAN⁵³, aunque las clases dominantes y sus aliados habían sufrido un duro revés no debía minimizarse que ese repliegue incluía una búsqueda por parte de sus actores de avanzar nuevamente en una ofensiva para negociar la dependencia. Ahí estaban para ello, la burocracia sindical, la burocracia política, las burguesías no monopólicas y las fuerzas armadas expectantes. Por eso no debía olvidarse, sostenía el editorial, que esa era la contracara del 11 de marzo. Aún cuando, efectivamente, por la juventud peronista, por el sindicalismo combativo, la conquista del gobierno a través de la movilización colocaba un avance para que ese gobierno se transforme en poder.

Así todo el discurso de *Pasado y Presente* aparece permanentemente tensionados por fuerzas contrapuestas. De un lado los revolucionarios del otro el sistema y sus actores. En un escenario político y social al que desde sus perspectivas no podía aplicársele las formulas clásicas. Por eso la amalgama teórica entre Lenin, Mao y Gramsci, porque en el arte de la política estos habían analizado situaciones en

⁵³ Como se recordará el Gran Acuerdo Nacional (GAN) fue una iniciativa que Lanusse desplegó en 1972 cuando se hizo cargo de la presidencia de la nación. La misma buscaba un acuerdo entre todos los actores políticos salientes del sistema, los partidos, las fuerzas armadas y el sindicalismo. Perón se opuso a la negociación y así los planes de Lanusse quedaron desarmados.

realidades históricas donde el modelo de una clase obrera homogénea enfrentada al capital no tenía lugar.

Como sea, en ese trazado del cuadro de situación argentino y en dirección a justificar fuertemente sus opciones políticas, *Pasado y Presente* le otorgaba también un lugar destacado al sindicalismo clasista y a los grupos de la izquierda revolucionaria no peronista. Córdoba sería el lugar privilegiado de ese análisis por ser el lugar en el que el clasismo tenía su bastión más fuerte, pero como se sabe, era también el lugar de origen de la revista hecho que le otorgaba a sus editores un conocimiento privilegiado y porque allí sus contactos políticos también eran aceitados⁵⁴.

En el examen en principio tanto el clasismo como la izquierda no peronista eran desacreditados por entender por un lado, que las disputas ideológicas contribuyeron al deslinde del movimiento de masas y por otro, porque la condena de la dirigencia sindical al peronismo en su conjunto impidió al clasismo articular una alianza con los dirigentes combativos⁵⁵. Serán condenados también en cuanto a su estrategia política por entender que el sindicalismo clasista fue desbordado en sus tareas por las bases obreras cuando éstas con explosiones populares reclamaban una organización política que encauzara en una organización autónoma esas protestas. Era preciso entonces esbozar una perspectiva de orden estratégico y político que estuviera en condiciones de compatibilizar el crecimiento de los sectores revolucionarios con la vigencia real del peronismo en la clase obrera como expresión de la unidad política del conjunto de la clase (27). Para *Pasado y Presente* a esta sumatoria de errores se agregaba la estrategia de presentar candidatos propios o llamar a votar en blanco frente a las elecciones del 11 de marzo

⁵⁴ De acuerdo con un testimonio de Aricó (1999) su posición por esos años estaba orientada hacia una política de carácter clasista centrada en las vicisitudes de lo que implicaba la condición obrera de modo integral y hacia allí se dirigían sus estudios teóricos y políticos. Portantiero en cambio, y siempre de acuerdo con Aricó, se orientaba más hacia una especie de “nacionalismo radicalizado”. Por su parte Crespo (2010) ha destacado como a través de los vínculos que *Pasado y Presente*, y dentro del grupo más precisamente Aricó, mantenían con el comité central del Partido Comunista Revolucionario (PCR) las discusiones con dirigente importantes como Agustín Tosco y René Salamanca estaban a la orden del día respecto de qué posiciones adoptar frente al peronismo.

⁵⁵ Los dardos se dirigían sobre todo hacia el Partido Comunista Revolucionario (PCR) Vanguardia Revolucionaria (VR) Y al Partido Revolucionario de los Trabajadores y su brazo armado el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Para un análisis pormenorizado de las relaciones de *Pasado y Presente* con estos partidos, Véase Tortti y Celentano (2014).

“las elecciones son bastante aleccionadoras y muestran la fatuidad que significa fabricar políticas que no resultan de la experiencia de la lucha de masas” (28). Condenando una vez más así a los sectores que no entendían que clase obrera peronista y socialismo revolucionario debían formar parte de la dialéctica. Con todo, *Pasado y Presente* y a pesar de los errores que habían cometido en la coyuntura electoral, confiaba en que los sectores hegemónicos de la CGT cordobesa eran, además de una barrera de contención para las clases dominantes, el bloque que podía unificar al movimiento de masas para la conciencia y organización autónoma de la clase obrera.

Para terminar, los autores justificaban la aparición de la revista en el entendimiento de que algunos problemas que se habían planteado como formación intelectual de extracción socialista en 1965, seguían aún vigentes. Esto es, el problema de la unificación de los intelectuales y la clase obrera una vez cerrada la etapa del partido como única expresión de la misma. En el contexto, según afirmaban, de una discusión monopolizada en la nueva izquierda por los males del espontaneismo peronista y la necesidad de una vanguardia revolucionaria. De ahí que la revista viniera a querer cortar transversalmente esa discusión. Declarada su colocación en el espacio político, volvían a dejar claro que reivindicaban para sí el papel de hacedores de una perspectiva ideológica política en la discusión con los protagonistas activos del espectro de izquierda acerca de las iniciativas socialistas en el movimiento de masas, para ocuparse “(...) de los problemas que en “la larga marcha” plantea cotidianamente la revolución” (29).

El último combate de la sociología marxista y revolucionaria.

Lo que el editorial enunciaba en rasgos generales con un discurso que combinaba un lenguaje de barricada con análisis histórico y político, Portantiero lo iba a profundizar desde una perspectiva que se colocaba en la posición de una sociología marxista en disputa con otras miradas dentro del campo político e intelectual. Así, lo que nuestro autor lleva adelante es un análisis de la coyuntura argentina donde describe a cada uno de los actores del sistema político revelando sus estrategias pero también sus límites en el espacio donde se ponen en juego las relaciones de fuerza. En una perspectiva relacional que pretende calibrar, estructura y acción, plano objetivo y subjetivo, como

pasaje de lo corporativo a lo político, para calificar con acierto científico y de modo estratégico que, organización y conciencia son las dos tareas centrales para ocupar el espacio de lo político.

En esa dirección Portantiero se colocará en la discusión a través de la observación del papel de los protagonistas de la política argentina privilegiando el foco en los sectores dominantes, así, el examen apuntaba a dar cuenta de las relaciones de fuerza de la política argentina⁵⁶. El artículo avanzaba algunas tesis de su primer trabajo, ya comentado, que había publicado en el número uno de *Pasado y Presente*.

En esa tarea el armazón conceptual mostraba una perspectiva de fuerte impronta leninista pero que a la vez se apoyaba en las tesis de Mao y la teoría de la dependencia que se articulaban a algunas premisas de Gramsci, en una amalgama que quería fundar un socialismo científico. La teoría de las contradicciones de Mao operaba como uno de los soportes principales del análisis porque sobre esa teoría se sostenían la caracterización de los actores de acuerdo al lugar que ocupan en los niveles de la contradicción en la sociedad argentina. Así el objetivo del texto no era otro que dilucidar la relación específica entre, el desarrollo de las contradicciones en el nivel económico social y el político social. Colocado en el supuesto de que entre ambas hay un desfase producto de una diferencia de tiempos y que el descubrimiento de la contradicción principal no implica el despliegue del mismo tipo en el plano político social y que esa diferencia obligaba a un trabajo a la vez teórico y práctico. Portantiero enfatizaba los movimientos políticos de los sectores dominantes abriendo la puerta para que los sectores oponentes, entre los que él mismo se contaba, pudieran visualizar las tácticas y estrategias adecuadas. Por eso sostendrá que esa diferencia de tiempos solo puede ser resuelta, en el proceso histórico, es decir en el campo de lo político, tarea que debe resolver una estrategia revolucionaria correcta en el periodo de la revolución social.

Como el editorial de *Pasado y Presente*, el texto de acuerdo con su autor, buscaba inscribirse en una discusión que favoreciera la constitución de un bloque de poder alternativo al de las clases dominantes. Demarcado así los objetivos del trabajo, el

⁵⁶ El artículo se titulaba “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” PP. 31-64. *Pasado y Presente* Año IV número 1, abril-junio de 1973.

análisis se basaba en una distinción conceptual de dos niveles. Por un lado, el examen de las clases sociales, por el otro el de las fuerzas sociales. En el primer nivel las relaciones de fuerza están ligadas a la estructura, la segunda en cambio, señala la fase estrictamente política como pasaje de la estructura a las superestructuras complejas, donde las ideologías ya existentes se transforman en partido. Entendiendo a este último y siguiendo en esto de cerca a Gramsci como un todo orgánico que no necesariamente refiere a una estructura partidaria *per se* sino que el término alude metafóricamente a una unidad política cuando ésta unidad ya superó su etapa corporativa. Esto le permitía al autor referir, también, a los consejos y comités, abriendo el juego a una pluralidad de alternativas políticas para la estrategia revolucionaria. El primer nivel conceptual se articulaba con las nociones de alianza de clases y bloque de fuerzas. Donde nuevamente, la primera obedece al plano estructural, en tanto una alianza de clases supone una articulación de clases y fracciones necesaria por los intereses objetivos, derivados de la contradicción en el nivel de la estructura. Estas clases y fracciones entonces conforman un específico campo de intereses. El bloque de fuerzas en cambio, es un proceso complejo de constitución en el que conciencia y voluntad son primordiales. Aquí yace la primacía de la política desplegada por grupos y clases donde el objetivo es el poder, y aquí es donde se colocaba la apertura hacia el peronismo. Este es el momento donde las clases sociales actúan como producto de un intercambio entre objetividad y experiencia “entre posición objetiva y organización voluntaria” (32). Ahora bien, eso no indica que las relaciones sean homogéneas y que por lo tanto la alianza de clases como el bloque de fuerzas sean indiferenciados. En su interior operan también las contradicciones (de grado secundario) y la relación es asimétrica donde una fracción se impone sobre el resto. Esa dominación en el campo de la política, esto es, en el de las fuerzas sociales, Portantiero las analizaba apelando a la noción de hegemonía. En el nivel de las clases, de los intereses y las alianzas allí articuladas, el concepto que moviliza es el de predominio. Por qué este señalamiento? Por qué una clase o fracción puede ser predominante en su campo de interés y no por ello ser hegemónico en el bloque de fuerzas. Lo mismo para el otro extremo. Así dominio no implica (automáticamente) hegemonía aun cuando toda política que tienda al poder de forma

orgánica busque hacerlos compatible. Está asincronía puede persistir en el tiempo y allí Portantiero señala “esa situación constituye una de las claves principales de la coyuntura política argentina” (33). Así es como explicaba el papel de los grupos monopólicos en la escena Argentina. El punto de partida histórico del análisis era precisamente el proceso de monopolización de la estructura productiva a manos del capital extranjero a partir de la década del 60’. La fracción dominante de los grupos propietarios lo constituía la gran burguesía industrial, financiera y comercial monopolista desplazando a la gran burguesía agraria. Ese predominio fijará, a partir de esa inflexión producto del desplazamiento, la determinación en última instancia colocando los límites en las variaciones de las relaciones de fuerza. Si bien el análisis buscaba especificar la autonomía de la política, sostendrá que precisamente por esa determinación ésta no gira en el vacío. De ahí que el examen de la coyuntura implique “una caracterización científica de la etapa económica y de sus consecuencias en el nivel de las clases sociales” (34). El análisis buscaba entonces que ese juego de pinzas entre estructuralismo economicista y mecanicismo voluntarista quedara salvado por una lectura en el nivel de las prácticas que no sustituyera las tendencias estructurales. De ahí que el examen de la política no era ajeno a lo económico y esto por qué debía medirse “la desviación de la correspondencia o la no correspondencia entre los tiempos de la contradicción” (ídem). El supuesto que guiaba el análisis es que el desarrollo de los elementos que lo componen nunca es lineal en ninguna formación social. Esto llevaba también a situar las características de la contradicción principal y las secundarias. En lo que hace a la primera, ésta estaba constituida por el predominio del capital imperialista monopólico de un lado de las alianzas de clases, y del otro, por el proletariado industrial, más precisamente la fracción del proletariado directamente explotado por aquel, en el marco de una sociedad argentina dependiente, esto es, formando parte de los países llamados del Tercer Mundo. Caracterización ésta que ponía en cuestión la idea de que la contradicción principal en la Argentina fuera entre nación e imperialismo. Para Portantiero, en efecto, y de acuerdo con la teoría de la dependencia que sostenía Samir Amín, la dependencia debía ser entendida como parte de una relación de subordinación entre naciones independientes donde las relaciones de producción de las primeras aseguran la reproducción ampliada

de la dependencia, de ahí también que la controversia se pueda resolver sólo a condición de entender la lucha de clases como parte del cuadro del sistema mundial. Así se desmarcaba de las lecturas que privilegiaban la cuestión nacional por encima de otra contradicción de algún tipo. A partir de esa caracterización Portantiero hacía notar que el caso argentino tenía la particularidad de que el capital imperialista constituía un factor interno de las relaciones de producción, y era además el polo más dinámico de los sectores dominantes que hacía que la contradicción principal se establezca entre dos campos de interés, dos alianzas de clases, constituidas, de un lado, por el capital imperialista, del otro, la fracción del proletariado directamente explotada por aquel. Y donde alrededor de esa contradicción principal se anudan las fuerzas en pugna. Esto es importante aunque todavía estemos en el plano de la estructura porque es el punto de partida para que la lucha revolucionaria sea eficaz, sentencia Portantiero. Ya que solo se puede resolver de modo eficiente el conflicto a partir del descubrimiento científico de los campos enfrentados. El logro de la correspondencia entre el nivel económico social de la contradicción y el nivel político social es el punto que garantiza la eficacia revolucionaria. Sostenido en el materialismo histórico ese análisis de la lucha de clases describía a la coyuntura y a la sociedad en general desde un punto de vista objetivo. Porque siguiendo a Mao afirmaba que descubriendo la contradicción principal suponía descartar en el análisis “la arbitrariedad subjetiva”. Es que no sólo Mao daba la clave para colocar un análisis científico, también Gramsci había enseñado que ese primer nivel en el análisis de las relaciones de fuerzas podía ser medido con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. El texto marxiano que guiaba a Gramsci era la contribución a la crítica de la economía política a la que el pensador sardo tomaba casi literalmente. Ese nivel era el punto de partida, el núcleo duro sobre el que debía asentarse todo el análisis posterior de las relaciones de fuerzas políticas si quería hacer un análisis científico de la realidad. En esa perspectiva, Portantiero avanzaba en el análisis advirtiendo que, aunque una nueva etapa económica supone siempre la aparición de nuevos actores sociales, en nivel de las clases, su predominio no se corresponde automáticamente en la forma de su representación social y política. Así, los núcleos residuales de una etapa anterior perviven en ese nivel de la estructura social.

Esa situación para Portantiero era la que vivía la sociedad argentina con un arrastre de casi dos décadas cuando a mediados de los cincuenta entró en crisis el ciclo de industrialización sustitutiva y se desarrollaron durante veinte años las fuerzas productivas en la economía. En el nivel de análisis de las cuestiones subjetivas, es decir políticas, Portantiero anotaba la siguiente máxima de Mao “el desarrollo de los aspectos contradictorios en cualquier contradicción es siempre desigual” para afirmar que solo la voluntad política podía equiparar ese desnivel, ese desfase hasta trocarlo favorablemente por el esfuerzo de los revolucionarios. Y era precisamente en ese segundo nivel de análisis donde debía medirse, la homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzados por los diversos grupos sociales. Para medir la correspondencia entre estructura y superestructura y superar las contradicciones a que era sometida la sociedad. Ese punto de partida es vital en tanto él funda la posibilidad de un bloque social alternativo, porque es en ese descubrimiento científico de las alianzas de clases y del papel predominante que en cada campo en pugna tiene una fracción de ellas, donde se asienta la base de toda estrategia eficaz para el logro de la correspondencia entre el nivel económico social de la contradicción y el nivel político social.

El argumento era repetido una y otra vez puesto que para Portantiero este examen era tanto más necesario debido a que la discusión política de los grupos revolucionarios muchas veces aparecía como desarticulada ya que no relacionaba ambos niveles de la contradicción. De ahí que por un lado, aparezca un socialismo que acierta en el largo plazo pero que se muestra ineficaz en la coyuntura y por otro, “(...) un politicismo que puede acertar en la descripción del momento presente pero que, por desconocer toda ley que opere más allá de la realidad visible, resulta incapaz de proyectar una estrategia ofensiva a largo plazo” (38). Así, Portantiero proponía un marxismo que atendiera a las leyes de la historia para que estas operaran como principio de dirección política, de manera de poder establecer la estrategia correcta para la clase revolucionaria de acuerdo a la correspondencia entre sus intereses y su estado en el espacio donde se disputa el poder, esto es en el escenario político. Y en esa dirección debía hacerse el mismo tipo de análisis para el otro bloque, estudiar el grado de correspondencia entre predominio y hegemonía. El análisis de la coyuntura para

Portantiero no era otra cosa que eso, integrar el sistema de contradicciones como se da en la estructura y al mismo tiempo discriminando esa expresión en las relaciones de fuerza políticas. Ese era el modo en que entendía la fusión entre sociología y política, los aspectos principal y secundarios de la contradicción unían uno y otro nivel, dando cuenta de la acción pero determinado por la estructura que operaba como determinación en última instancia.

En esa dirección la primera constatación en cuanto a la coyuntura para Portantiero es que hay una “fase de no correspondencia entre nueva dominación económica y nueva hegemonía política” (38), porque si bien el capital monopolista es predominante en lo económico, los vaivenes políticos desde 1955 hicieron que su hegemonía no pudiera concretarse. Esos vaivenes proyectan una situación de empate hegemónico al interior del bloque. Y al mismo tiempo y como consecuencia esa asimetría entre predominio económico y hegemonía política da como resultado una crisis orgánica. Que, observado del lado de las clases dominadas aparece como una potencialmente situación revolucionaria. Esos dos aspectos suponen una complementariedad. Así se da una situación de crisis orgánica donde la fracción monopolista no transforma su predominio en hegemonía ni las clases dominadas, pueden transformar la situación en, siguiendo aquí a Lenin, una crisis revolucionaria.

Puesto que el empate supone que cada uno de los grupos tiene fuerza para vetar los proyectos elaborados por los otros pero no fuerza para dirigir un proyecto propio. La raíz de esa situación se halla en el hecho de que las clases sociales que lideran los polos de la contradicción principal no han logrado transformarse en hegemónico de un bloque de fuerzas. Ese estado de cosas -dirá Portantiero- se acentuó con el golpe de Estado de 1966 donde no solo hubo un relevo de gobierno sino que hubo un intento decidido de la fracción monopolista del capital por convertir su predominio económico en hegemonía política. Pero no pudo crear nuevas fuerzas sociales que los representaran en lo político ni tampoco usar a su favor las preexistentes. Luego de 1969 esa ofensiva encontró su réplica, la misma agravaba las pretensiones de los sectores dominantes porque el 11 de marzo con el triunfo del peronismo puso en escena un núcleo político socialista de tipo revolucionario que aun cuando su nivel organizativo fuera bajo existe como tal y es por

ello una amenaza, y lo que era más importante, podía convertirse en el núcleo que podía fermentar hacia un socialismo revolucionario. Hacia ahí es donde dirige su análisis, hacia ese núcleo que debía transformar el análisis objetivo que le proveía la ciencia marxista en fuerza subjetiva y revolucionaria. Para que los revolucionarios pudieran entender el cuadro de manera completa y precisa, el análisis destaca la conformación de los bloques y los actores que juegan en él. Así, señala que la ofensiva del 66' se llevó adelante con una coalición entre las Fuerzas Armadas, el establishment y una parte de la burocracia sindical. Esa fórmula era coherente según Portantiero con el desarrollo del capitalismo argentino. Porque fue la respuesta al techo de la puesta en marcha de un capitalismo de crecimiento hacia adentro. En esa clave el análisis destaca como economía y política por parte de los sectores dominantes buscan ajustarse. Estos buscan eliminar gastos improductivos que se arrastran desde la época del peronismo para hacer racional y eficiente a la estructura productiva que lidera el capital monopolista y extranjero. Pero ese camino no hacía otra cosa que acentuar la dependencia subordinando a todos los sectores nacionales al control del capital concentrado⁵⁷. En esa puja por lograr la eficiencia se produjo el fracaso de los partidos políticos más ligados a la burguesía agraria y al capital nacional, dejando definitivamente claro que el reformismo no era una solución en la Argentina. En ese sentido Frondizi es considerado como el intento de maduración en el plano político del capital monopolista por el aliento dado a la radicación de inversiones extranjeras. Aun cuando esa solución de compromiso que Frondizi busco plasmar entre todas las fracciones dominantes fracaso porque el predominio del capital monopolista suponía un sacrificio de las otras fracciones y de ahí la quiebra del “desarrollismo”. Sobre el punto Portantiero sostendrá:

a diferencia del ciclo de la “Revolución Libertadora”, que solo intentó resarcir a la burguesía agraria y al imperialismo de las pérdidas que le infligiera el nacionalismo popular, el frondizismo proyectó ir más allá y superar los límites ya exhaustos de la industrialización liviana (...) Pero ese objetivo puede lograrse, en el cuadro de las relaciones capitalistas, otorgándole al Estado las llaves de la acumulación o poniendo al Estado al servicio del capital monopolista (44).

⁵⁷ El análisis hace alusión al proceso llevado adelante por la auto denominada “Revolución Argentina” liderada por el general Onganía y su ministro de economía Krieger Vasena.

Eso plasmaba la idea de que todas las soluciones que venían ensayándose y el incluido el desarrollismo, estaban anclados en un movimiento que sólo acentuaba la dependencia. Como sea, luego del derrocamiento de Frondizi las condiciones económicas estaban ya maduras para que el capital monopolista pudiera hacer valer su liderazgo, sin embargo dice Portantiero, en términos políticos todavía se sentía una vacancia, así se explica el gobierno de Illía y también su éxito efímero porque su expresión iba a contrapelo del desarrollo capitalista, debido a que los grupos económicos a los que Illía representaba no podían convertirse en líderes de su fracción. Había así, un desfasaje demasiado grande entre economía y política.

La fórmula ensayada en términos teóricos a Portantiero le funcionaba a la perfección, efectivamente, podía establecerse un paralelo entre fracciones políticas y económicas y así explicar el derrotero de la política Argentina. Señalando cómo los partidos políticos populares estaban ligados al capital nacional ya sea en su versión industrial o agraria y cómo en cambio, los sectores modernizadores, la burocracia tecnocrática y una fracción del ejército lo mismo que el desarrollismo que expresaba Frondizi, estaban ligados al capital monopolista más concentrado. En esa dirección 1966 es la expresión política de la búsqueda de hegemonía del capital concentrado. Para el desarrollo capitalista racionalizar los recursos y hacerlos más eficientes implica un poder fuerte, una toma de decisión donde poder económico y poder político se articulen, de ahí el golpe de Estado y el poder ejercido de modo autoritario. Porque para nuestro autor, la ley del desarrollo monopolista que en cada país tiene sus particularidades no tolera el desfasaje entre economía y política, de ahí el poder de la burocracia, un presidencialismo fuerte y la asunción de puestos claves de los gerentes del capital.

Pero esa ofensiva para destrabar el “empate” fracasó dirá nuestro autor, debido a que los rechazos de los sectores perjudicados no otorgaron el tiempo suficiente para que luego de haber hecho la acumulación necesaria, de riqueza y de poder, se pudiera, en una segunda etapa, distribuir los frutos del plan de racionalización. Convergieron en ese rechazo variables de todo tipo acumulando puntos de ruptura. El “Cordobazo” dirá Portantiero “hirió de muerte a esta primera versión de la hegemonía monopolista” (47),

pero ahora la crisis no era sólo política, sino social, e inauguraba nuevos niveles de lucha y casi con las mismas palabras que el editorial de *Pasado y Presente* dirá que esto:

supone un estado general de movilización de las clases populares, en el que aparecen formas orgánicas de contenido socialista como primera respuesta a las nuevas contradicciones sociales argentinas. Es a partir del “Cordobazo” que la lectura de la crisis puede caracterizarse legítimamente no sólo en términos de los conflictos en el interior de las clases dominantes, sino también como “situación revolucionaria” en la definición leninista: cuando las masas son empujadas “a una acción histórica independiente (48).

Pero esto se daba en el marco de una etapa pre política donde las fuerzas que tratan de expresar a las clases populares se encuentran fragmentadas. En esa dirección lo que va postular Portantiero es que el desafío consiste más en alentar la movilización en el interior de las masas que en tener un programa perfecto o ser prolijos en los métodos.

Como consecuencia de esa activación, en el otro polo, el capital monopolista es obligado a retroceder en tanto, Cordobazo mediante, el proyecto de la Revolución Argentina mostro sus límites y obligo a la fracción dominante a jugar en el terreno de la política teniendo que hacer concesiones a las fracciones subordinadas.

Volviendo al análisis de los grupos de la contienda en el nivel político destaca asimismo, que ese intento de avanzar en construir una nueva hegemonía se puso en marcha en momentos en que las fuerzas armadas cambiaron su doctrina y pasaron de considerar que el enemigo era externo a pensarlo como interiorizado. De ahí que pudiera dejar el control del desarrollo en manos del capital y jugar el rol de fuerza del disciplinamiento social para modernizar el país. Pero esa activación de masas que resumía el Cordobazo y que se había expandido por todo el territorio, hizo fracasar la consolidación de la alianza militar industrial. Por el lado de la burocracia sindical el otro actor que aparecía en el análisis como formando parte del bloque de poder por sus acuerdos, debía cumplir el papel del aliado subordinado a los planes del gran capital de modo de contener las demandas que la clase trabajadora pudiera llevar adelante en la primera etapa, para después sí, premiar a algunos sectores ligados a las ramas más dinámicas de la industria. Pero sin embargo, “(...) en el periodo 1966-68 el bloqueo salarial perjudico tanto a unos como a otros, acentuando la homogeneidad de la clase obrera como grupo explotado por el capital” (52). Esto hacia que ninguna fracción de los

obreros pudiera erigirse como el soporte de la búsqueda de consolidación de la hegemonía por el capital monopolista. En las condiciones del neo capitalismo dependiente. La burocracia sindical pasó así a formar parte del elenco relegado junto con los otros sectores de las fracciones menos prominentes de las clases dominante hasta que en 1969 – 1970 el repliegue del capital monopolista producto de la fractura que produjo el Cordobazo entre el “establishment” y las Fuerzas Armadas, sentó nuevamente en la mesa de negociaciones a los sectores del capital nacional y la burocracia sindical.

Pero señala Portantiero que ésta busca las condiciones de 1946 y sostiene su proyecto en un “nacional desarrollismo” que hace que intente por todos los medios posibles coparticipar del poder, eso explica, su apoyo al gobierno de Onganía primero y su lugar en la mesa de negociaciones del poder en 1970. Es que su papel es doble y también por momentos ambiguo. Por un lado debe llevar adelante su clásico rol de comportarse como la guía corporativa de las demandas de los trabajadores, pero por el otro, juega un papel político de relevancia, es que su dependencia respecto del Estado es absoluta, así está obligada a pelear cuotas de poder y negociar con cada elenco que ocupe el Estado. Esto la condena a ser parte del sistema y así a negociar los modos de la dependencia.

Así las cosas, después de 1969 el retroceso del capital monopolista promueve el avance de los sectores subordinados en lo económico de las clases dominantes pero que tiene representación en el mundo político. Eso y no otra cosa es primero el GAN y después los intentos de formar una coalición entre los partidos políticos, la burocracia sindical y los sectores del capital nacional. Esto es lo que coloca la idea de empate entre las fuerzas que integran las clases dominantes, dado que la fracción predominante en lo económico no tiene asidero en el espacio político. Todo esto lleva de parte de las fuerzas armadas como representante del capital monopolista, a una salida transformista a la crisis orgánica. Cediendo en parte a través de algunas concesiones de tipo económico social, aunque no en lo político ya que lo que no puede dejar de plantearse es el control de la movilización popular.

En las otras fracciones de las clases dominantes se ubica el proyecto del reformismo, sustentado en los partidos políticos y la burocracia sindical, donde su meta

es un programa nacional desarrollista que permita negociar la dependencia. Así las elecciones del 11 de marzo plantean una derrota del capital monopolista y una salida posible ya sea al capital nacional o a los núcleos que en el interior del peronismo plantean una salida socialista a la crisis orgánica. En ese mapa el proletariado puede buscar una salida a la contradicción principal en condiciones mucho mejores que antes de 1969. Actuando desde el interior del sistema político. Ahí yace la oportunidad de no volver a recrear la situación de empate por parte de las clases dominantes y constituir una alternativa que termine con el sistema. Ahí estaba la grieta para fundar las condiciones de una acción independiente y socialista.

Como sea, el análisis contaba con un soporte de fuentes que hacía que el texto tuviera gran sofisticación. En efecto, apoyado en el análisis de diarios donde aparecían entrevistas a diferentes actores del drama que se quería interpretar, ensayos académicos con datos económicos y políticos y fuentes estadísticas sobre los niveles de conflicto entre capital y trabajo, hacían del trabajo un estudio que traducía el lenguaje de la academia y la sociología en clave marxista, a uno de divulgación más amplia como era el de una revista política y cultural que lo conectaba con un público más amplio.

Todo para mostrar que el “empate” esa situación en la que estaban enredados los sectores dominantes era una oportunidad para la acción de las masas y la consiguiente conciencia socialista, la oportunidad para desatar por abajo el nudo en el que yacía la sociedad Argentina.

Sin embargo, todas esas precauciones que tanto la revista como Portantiero advertían para una salida revolucionaria quedarían hacia 1974 en el desván de los recuerdos. Con la muerte de Perón a mediados de ese año los sueños de una izquierda socialista y revolucionaria se irían de a poco esfumando bajo el reinado de la Triple A. Comenzaría una diáspora de los sectores revolucionarios y populares y una persecución sin igual sobre todo la sociedad argentina. En esa coyuntura, Portantiero primero se refugió en FLACSO como investigador en su sede de Buenos Aires para luego comenzar a preparar su exilio en México durante la segunda parte de 1975.

4. Hacia la democracia.

En este capítulo nos concentraremos en recorrer la trayectoria de Portantiero durante su exilio en México. Para ello reconstruimos primero, los escenarios tanto políticos como intelectuales en los que su itinerario tiene lugar. Seguidamente nos abocaremos a estudiar las polémicas que la comunidad intelectual despliega a propósito de la asunción de “La derrota” de los proyectos revolucionarios y populares como consecuencia de la instauración de las distintas dictaduras que se desataron en la región, con especial énfasis en la que llevo adelante “El proceso de reorganización nacional”. Y por último, nos ocuparemos de la polémica alrededor de la llamada “crisis del marxismo” y de cómo Portantiero procesa esa crisis como problema teórico y político; y en esa dirección le prestamos atención al dialogo que nuestro autor entabla con la obra de Weber y Gramsci en su camino hacia una perspectiva socialista pero democrática como resolución de esa crisis.

4.1. El exilio en México.

“Empiezan a picar los tiros cerquita. Y yo me daba cuenta porque de repente me encontraba con un montón de gente que me miraba con cara de ¿vos estas acá todavía?”

Portantiero acerca del panorama que se le presentaba en 1975 cuando todavía deambulaba por Buenos Aires. En (Mocca: 2012, 76)

Desde mediados de la década del setenta, las políticas represivas instauradas en Argentina -ya durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón, pero, sobre todo, con la dictadura implantada en el 76'- produjeron el exilio de muchos políticos e intelectuales. En efecto, países como Brasil, Venezuela, México, Canadá, España, Italia y Francia, fueron algunos de los destinos de un exilio que involucró además de argentinos a otros latinoamericanos que sufrían idénticas situaciones políticas.

En ese sentido el exilio representó, para muchos de esos actores del campo cultural, una doble fractura. Por un lado, produjo el alejamiento de los afectos y las rutinas cotidianas. Por otro, los condujo a un progresivo abandono de las certezas con las que se había construido el mundo fuertemente politizado de los años 60' y primeros 70'. Así, para buena parte de ellos, el nuevo estado de cosas abrió un proceso de crítica de sus posiciones políticas pero también teóricas que permitió una reelaboración tanto de las mismas, desplazando a los proyectos revolucionarios por una revalorización de la democracia.

Para poder dar cuenta de ese pasaje de uno a otro tipo de perspectiva teórico-política que tiene lugar en el exilio, deben tenerse en cuenta y poner en relación dos factores que, entendemos, fueron fundamentales. Por un lado, la asunción e interpretación progresiva del aplastamiento de las luchas sociales y de los grupos guerrilleros a manos de las dictaduras latinoamericanas setentistas, como una “derrota” incontestable de la estrategia revolucionaria sostenida en los años previos. Por otro, el diálogo en México con los procesos de re significación teórica y política del socialismo europeo, que aportó un marco más amplio para la reflexión de la propia “derrota” e influyó en la reflexión sobre los nuevos esquemas de interpretación y estrategias políticas que debían ser asumidas.

4.1.1. El espacio exiliar mexicano.

Hacia mediados de la década del setenta, una serie de factores políticos, económicos y culturales contribuyeron a convertir a México en un país muy atractivo para los exiliados de las distintas dictaduras latinoamericanas y en un escenario favorable para el proceso de re significación del pensamiento de izquierda de la región⁵⁸.

⁵⁸ Si bien existen dificultades para establecer la cifra exacta de exiliados en México durante el período estudiado, según Margulis (1986) hacia 1980 había entre 5000 y 7500 argentinos. Como sea, cabe destacar que México ya detentaba para entonces una larga historia como país de refugio, legalizada en su Carta Magna con el derecho de asilo desde los albores del siglo XX.

En este sentido, fue importante el proceso de democratización del modelo del PRI iniciado hacia el final del mandato de Luis Álvarez Echeverría (1970-1976) y profundizado por su sucesor, José López Portillo (1976-1982), que produjo una revitalización de la actividad política mexicana y facilitó el ingreso al país de emigrantes políticos de diversas tendencias, especialmente de izquierda. A esto se sumó un acelerado florecimiento económico-como consecuencia del “boom del petróleo” mexicano- que tuvo como correlato una “época de oro” para las universidades, con abundancia de recursos para la investigación, la publicación y el financiamiento de visitas de intelectuales extranjeros (Burgos, Op. Cit: 50). Así, se expandieron las instituciones de educación superior y se crearon nuevas universidades e institutos de investigación científica. Estas condiciones fueron altamente productivas ya que, entre otros factores, posibilitaron que México se convirtiera en

caja de resonancia y lugar privilegiado de observación, estudio y discusión de los procesos en marcha en las sociedades latinoamericanas y, sus universidades e institutos de investigación, en espacios frecuentados por una pléyade de intelectuales vinculados a la izquierda de las diversas variantes (...) Por las mismas razones, México desempeñó un lugar destacado en la publicación de textos vinculados a la cultura socialista y al marxismo en particular (Burgos, Op. Cit: 231).

Por último, el crecimiento de la economía fue acompañado, también, por una ampliación del aparato estatal que pasó a asumir nuevas responsabilidades en la promoción de proyectos de desarrollo económico y social y políticas culturales (Yankelevich y Jensen, 2007). El conjunto de estos factores favoreció una amplia inserción laboral de los intelectuales y académicos exiliados en dependencias gubernamentales (Castañeda, 1989) y en instituciones académicas.⁵⁹

También fueron de vital importancia para la contención de los emigrados al espacio mexicano, las instituciones creadas como respuesta a la nueva situación. Entre las más significativas de origen argentino, la primera en aparecer fue la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), fundada a comienzos de 1975 por un grupo compuesto

⁵⁹ Las universidades, entre las que se destacaron la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN), fueron centrales en el desarrollo de las actividades de docencia e investigación de muchos de los expatriados (Bernetti y Giardinelli, 2003:29-30).

por peronistas camporistas y militantes de izquierda distanciados de sus organizaciones políticas⁶⁰. Hacia octubre del mismo año, como un desprendimiento de CAS, surge el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) por iniciativa de miembros de Montoneros y del trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) Ambos agrupamientos se vincularon con las comunidades de expatriados argentinos y latinoamericanos emplazadas fuera de México, conformando una red de lucha contra los regímenes dictatoriales de América Latina. Así, el exilio de México estrechó lazos con los exiliados radicados en España, Francia, Venezuela, Costa Rica y EEUU. Esto facilitó el intercambio de información y también creó condiciones para que las actividades se difundieran más allá de los países involucrados.

Entre los objetivos inmediatos de CAS y COSPA estuvo, además de la denuncia de la dictadura argentina⁶¹, la acogida y contención de los recién llegados, ayudando a estos en la trámites de radicación, en la obtención de una vivienda o un empleo, etc.^{62,63}. Pero por sobre todo, dichas instituciones desempeñaron un papel de gran relevancia como espacios de sociabilidad y de encuentro para los emigrados. A través de la organización de reuniones y eventos de carácter político, cultural y social (asados, peñas, proyección de películas, obras de teatro, presentación de libros, etc.) sentaron las bases para la conformación de una suerte de micro sociedad en esa comunidad de exiliados, que no sólo incluyó a argentinos sino también a otros latinoamericanos radicados en México. En ese espacio de circulación, como veremos más adelante, los expatriados –

⁶⁰ Su primer Secretario General fue el ex gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, reemplazado dos años más tarde por Rodolfo Puiggrós, hecho que hizo posible que a la CAS se la denominara también la “Casa de Puiggrós”, debido a la relevancia de su figura. El núcleo originario congregó también, entre otros, a Esteban Righi, Haydeé Birgin, Rafael Pérez, Noé Jitrik y Tununa Mercado.

⁶¹ La denuncia de la represión y de la violación a los derechos humanos tuvo varios canales de comunicación. Uno de ellos fue la difusión de la información a través de revistas y solicitadas, con testimonios de las víctimas. También, a través de conferencias, actos públicos, asambleas y eventos de diverso tipo.

⁶² En CAS funcionaba una suerte de Oficina Migratoria y una Bolsa de Trabajo. En COSPA, un hotel, un restaurante y una guardería infantil.

⁶³ También se crea la Coordinadora de Derechos Humanos (CDDHH) que utilizaba, alternativamente, los locales de CAS y COSPA. El eje de su actuación estuvo puesto en la denuncia de la represión y el reclamo por los detenidos y desaparecidos. Dado lo específico de sus objetivos, integró a representantes de distintas organizaciones de DDHH, lo que muchas veces le quitó eficacia a la hora de tomar decisiones. Las más importantes fueron la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) y la Comisión de Familiares de Presos, Muertos y Desaparecidos por razones políticas en Argentina (COSOFAM) Los principales referentes de la Coordinadora de DDHH fueron el abogado Carlos González Gartland (CADHU) y Susana Míguez (COSOFAM).

especialmente, intelectuales y académicos- encontraron un ámbito propicio para llevar adelante una tarea de reflexión y discusión, no exenta de tensiones y rupturas, sobre la nueva situación latinoamericana generada a partir de la implantación de los regímenes autoritarios que los habían llevado al exilio.

4.1.2. La emergencia del debate sobre la democracia en el marco regional latinoamericano: el rol de las instituciones académicas.

Una parte importante de la discusión y difusión de los nuevos paradigmas que – como veremos– asume la intelectualidad de izquierda exiliada en México, tuvo lugar en seminarios, jornadas y coloquios realizados entre 1978 y 1980 en distintos lugares de América Latina. Promovidos por universidades y centros de investigación mexicanos o por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), el conjunto de estas reuniones fue altamente productivo para el intercambio y el debate de ideas entre intelectuales de diversas tendencias teóricas que reflexionaron sobre algunas problemáticas como el autoritarismo, la democracia, el papel de la izquierda, y las nuevas orientaciones teóricas y políticas del socialismo europeo. Si bien algunos trabajos presentados analizaron situaciones nacionales, contribuyeron de todos modos a poner el marco de las nuevas perspectivas y preocupaciones que iban ganando el centro del campo intelectual y académico latinoamericano.

Así en octubre de 1978 se realizó en Costa Rica, a iniciativa de CLACSO, la primera conferencia regional “Las condiciones sociales de la democracia”⁶⁴. Este fue el punto de partida de una serie de encuentros que buscaban reunir reflexiones de intelectuales de diferentes tendencias teóricas sobre los caminos posibles para una salida al autoritarismo. Un año más tarde, en Río de Janeiro se celebró la segunda conferencia regional “Estrategias de Desarrollo Económico y Procesos de Democratización en

⁶⁴ El material del ese primer encuentro fue reproducido por la revista *Critica y Utopía* en sus primeros cuatro números.

América Latina”, también organizada por CLACSO. Por su aporte a la recuperación del concepto de democracia para el pensamiento de izquierda, fue importante también el seminario realizado en Morelia (Michoacán) en el mismo año que, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, estuvo dedicado a la discusión del concepto de hegemonía⁶⁵. En 1981, tuvo lugar en Caracas la conferencia regional “Estrategias para el fortalecimiento de la sociedad civil”, preparada por el Centro de Estudios para el Desarrollo de esa ciudad (Lesgart, 2003:72,74).

Asimismo, cabe destacar que, más allá de la organización de las conferencias mencionadas, la actividad de CLACSO fue central para el desarrollo del trabajo intelectual de los exiliados en distintos países de América Latina.

Creada en 1967, esta institución tuvo como objetivos centrales el fortalecimiento de las ciencias sociales en América Latina y el establecimiento de vínculos académicos regionales. En las asambleas que se llevaron a cabo en noviembre de 1973 y marzo de 1974, en las ciudades de Río de Janeiro y Maracaibo respectivamente, se dispuso, como respuesta a la situación creada por las dictaduras instauradas en Chile y Uruguay, un programa de solidaridad y defensa de los científicos sociales de la región que fueran víctimas de la represión académica. A tales fines, por ejemplo, se instrumentó una bolsa de becas que favoreció ampliamente el intercambio académico y la circulación y comunicación entre los intelectuales latinoamericanos. Asimismo, el organismo reunió a los centros de estudio más importantes de la región, promovió publicaciones y desarrolló grupos de discusión y trabajo que abordaron distintas problemáticas de interés regional. Entre ellos, el más sobresaliente para lo que aquí importa, fue el grupo de estudios sobre *Estado y Política*, coordinado por Guillermo O’ Donnell primero y, luego, por Norbert

⁶⁵ Los trabajos presentados en el seminario fueron compilados por Julio Labastida en el libro *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, con prólogo de José Aricó. Allí el prologuista destacaba la importancia del concepto de hegemonía como una herramienta teórico-política que podía condensar la heterogeneidad social sin caer en el reduccionismo de la perspectiva de clases. Volveremos sobre el tema más adelante, pero dejemos anotado que aquí se destaca un desplazamiento en la perspectiva adoptada por Aricó (1985: 05).

Lechner, puesto que por ese espacio, en efecto, pasó buena parte de la discusión sobre el autoritarismo y la democracia.⁶⁶

4.2. La construcción de los nuevos paradigmas de izquierda. El socialismo y la democracia como horizonte y como problema.

Desde muy temprano, conforme llegaban a México noticias sobre el avance de la represión en diferentes lugares, fueron ganando predominio entre los exiliados pertenecientes a las distintas versiones de la izquierda latinoamericana⁶⁷, visiones que interpretaban el fenómeno como la demostración práctica de la inviabilidad de la estrategia revolucionaria para llevar adelante el cambio social. La idea de una “derrota” político-militar y teórica –ya que ponía en cuestión hasta los mismos fundamentos con que se había interpretaba el mundo y las vías de su transformación hasta el momento- se colocaron como una respuesta a la perplejidad y el desconcierto que causaba la magnitud de la represión. Esto debido a que no sólo las organizaciones guerrilleras habían sido aniquiladas, sino que el completo campo popular había quedado diezmado⁶⁸. En ese sentido, quizás quien mostró de manera más contundente la sensación de una pérdida irreparable fue el sociólogo peruano Aníbal Quijano:

esa derrota fue la mayor a lo largo de cinco siglos. En los últimos 500 años, a medida que la historia fue transcurriendo, parecía haber un horizonte brillante con muchos nombres: progreso, identidad, liberalismo, nacionalismo, socialismo. Las derrotas siempre fueron coyunturales. Hubo muchas derrotas, pero también muchos éxitos (...) Con la última derrota no solamente fueron derrotados los regímenes políticos; movimientos, organizaciones, discursos, por primera vez, todo ese horizonte naufragó. Esto explica la facilidad con que surgió y se diseminó un pensamiento único, como un sentido común para todo el mundo. Incluso para personas más

⁶⁶ Producto de esa experiencia se publicaron dos libros compilados por Lechner que recogían trabajos que eran el fruto de las reuniones, *Estado y Política en América Latina* (1981) y *El debate teórico sobre la democracia ¿Qué significa hacer Política?* (1982)

⁶⁷ Esto involucro entre los argentinos a diferentes extracciones ideológicas tanto socialistas en sus diferentes versiones, como también a la izquierda de extracción peronistas.

⁶⁸ Todos los viernes llegaban al DF Mexicano los ejemplares de la semana de los diarios *La Razón*, *La Nación* y *Clarín* al local de la CAS. Las noticias de los “subversivos muertos en enfrentamientos” según el testimonio de Portantiero y Bufano. Al decir de éste último no había con qué reorganizar un espacio de izquierda en los términos que se habían dado en los años 60’. Entrevistas con el autor. Octubre y julio de 2005 respectivamente.

resistentes o, tal vez, más lúcidas, fue un período de aislamiento terrible. Casi súbitamente, lo que las personas esperaban y que consideraban posible, quedó como un discurso del pasado, y de un pasado remoto (Citado en Soares, 2003: 260).

La progresiva desafiliación de una parte de los exiliados respecto de las ideas revolucionarias, tuvo como correlato un reacomodamiento de los grupos que integraban la comunidad argentina. Las primeras disidencias ya se habían manifestado tempranamente cuando los sectores más radicalizados -Montoneros y PRT- abandonaron CAS para fundar COSPA en octubre de 1975. COSPA se había convertido en un principio, en la organización más significativa con el mayor número de adherentes. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, y a medida que fueron cobrando fuerza las nuevas posiciones, se modificó la composición y representatividad de las dos instituciones. COSPA, cuya cúpula dirigente se mantuvo durante todo el período férreamente anclada en la convicción de la lucha armada y la vía revolucionaria, sufrió una importante sangría en el número de sus miembros y fue perdiendo protagonismo a favor de CAS, en la que, en cambio, dominaron desde el comienzo sectores que sostenían el carácter equívoco y la caducidad de dichos métodos. Hacia 1977, la partida de un grupo de intelectuales de extracción peronista, integrado por Héctor Schmucler, Sergio Caletti, Carlos Ávalos, Jorge Bernetti y Nicolás Casullo, señaló uno de los más importantes desprendimientos que experimentó COSPA⁶⁹. Estos se incorporaron a CAS y conformaron un grupo crítico del ideario político-militar guerrillero peronista y marxista, conocido dentro de la colonia argentina como el “Grupo de los Reflexivos” (De Diego, 2003:159). Y fue en CAS precisamente donde se desarrollaron los primeros encuentros de intelectuales partidarios de una perspectiva social democrática. En esa dirección allí a partir de 1979, comenzó a funcionar la Mesa de Discusión Socialista que incluyó, entre otros, a José Aricó, Oscar Terán, Jorge Tula, Carlos Ávalos, Liliana De

⁶⁹ Uno de los temas más polémicos que llevaron a la ruptura del grupo con COSPA fue la posición asumida frente a la represión. El órgano de prensa de Montoneros sostenía que hacer hincapié en la aniquilación, el exilio y el encarcelamiento sufridos por las víctimas de la represión de estado, constituía una postura derrotista que le hacía el juego al enemigo. Esto era contestado desde el otro lado como una demostración del dogmatismo de la organización. Alrededor de ese tema giraron gran parte de las discusiones que se expresaron tanto en los órganos de prensa de las diversas agrupaciones como en diarios de tirada nacional.

Riz, Sergio Bufano, Osvaldo Pisano, Ricardo Nudelman, Osvaldo Pedroso, Oscar del Barco, Emilio De Ipola y Juan Carlos Portantiero en la que también participaron militantes de la Confederación Socialista Argentina y del Partido Socialista Popular. El grupo se reunió de manera mensual hasta 1982 para reflexionar sobre la nueva coyuntura latinoamericana y pensar la adecuación de las herramientas tanto teóricas como políticas de un nuevo socialismo como posible vía de salida al autoritarismo. Así, institucionalizó la crítica del marxismo como punto de partida de una reformulación de su práctica política. A fines de 1979, buena parte de quienes integraban la mesa, junto a miembros del “Grupo de los Reflexivos”, comenzó a editar la revista, *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*.⁷⁰ La publicación se convirtió en el escenario de discusión más importante de intelectuales argentinos en el exilio⁷¹.

En su primer editorial, se presentaba a la revista como una consecuencia necesaria de “un nuevo estado de ánimo” que comenzaba a surgir en una parte de los exiliados argentinos, y que se manifestaba como la necesidad de “convertir este exilio en una experiencia positiva”. Así, se proponía como objetivo no sólo informar sobre la situación del país, sino también realizar una “severa pero lúcida reflexión” que buscaba “reflexionar críticamente sobre temas centrales para la reconstrucción de una teoría política que pueda dar cuenta de una transformación sustancial de nuestro país” (Burgos, Op. Cit: 285). El toque de reunión lo constituyó el reconocimiento de la “derrota” de los proyectos revolucionarios. Allí, decían sus protagonistas, se situaba el punto de partida para una reflexión crítica y superadora de las posiciones políticas y teóricas que se habían sostenido. Esto es, que la revista venía a consumir un desplazamiento teórico y

⁷⁰ La iniciativa de hacer la publicación fue de Miguel Ángel “el gordo” Picatto de acuerdo con el testimonio de Portantiero. Este periodista cordobés en una de las tantas cenas que el contingente de exiliados de la CAS realizaba semanalmente, sugirió que las discusiones acerca de la coyuntura que se llevaba adelante debía plasmarse en una publicación y abrirse a todas las voces que quisieran debatir sobre la realidad argentina. Por desaveniencias en el formato, Picatto finalmente no fue de la partida pero sembró la semilla para una nueva institución cultural de los intelectuales argentinos radicados en México que a la postre resultó ser la reflexión teórica más importante de esos años de exilio.

⁷¹ La dirección de la revista estuvo a cargo de Jorge Tula. Su secretario de redacción fue Osvaldo Pedroso. El consejo de redacción estuvo formado por Sergio Bufano, Carlos Ávalo, José Aricó, Ricardo Nudelman, Rubén Caletti, Nicolás Casullo, Oscar Terán, Juan Carlos Portantiero y Héctor Schmucler. Como articulistas invitados participaron Oscar del Barco, Jorge Bernetti, Adriana Puigróss y Emilio de Ípola, entre otros. Para un análisis sistemático de la revista véase (Gago, 2012) Para un análisis que puntualiza algunos debates (Fariás, 2013, 2014) Para un análisis comparativo con respecto a *La Ciudad Futura* que tuviera a muchos de estos intelectuales como animadores véase (Reano, 2013, 2014)

político y así cerrar el capítulo de la nueva izquierda. De ahí que el editorial del primer número sentenciara:

muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota, una derrota atroz. Derrota que no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo, sino de nuestra propia incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas, por ahora derrotadas, será tarea imposible si pretendemos seguir transitando el camino de siempre, si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creemos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad (Controversia, 1979:02).

De modo contundente se planteaba que era necesario volver a pensar todo, teoría y práctica, eso hacía necesario poner el foco de atención en todo lo actuado, la revista servirá, en ese sentido como vehículo de una reflexión histórica y teórica de envergadura. De ahí que el marxismo y los regímenes socialistas de Europa del este fueran algunos de los focos de análisis que recorrieron sus 13 números⁷².

En esa dirección y a través del examen de varios tópicos caros a la política argentina⁷³, fue ganando terreno la idea de que la salida al autoritarismo sólo podía llevarse a cabo mediante la recuperación de la democracia como salvaguarda de los derechos elementales para la vida, esto se asociaba íntimamente a la campaña que en otro orden se libraba por los derechos humanos desde sus organismos específicos. Así, cobró fuerza la idea de que el Estado de derecho y las libertades civiles y políticas consagradas por la democracia liberal, debían ser revalorizadas y asimiladas como elementos esenciales en la agenda de la izquierda latinoamericana. Esta tarea supuso el

⁷² Esto no significa desconocer, para el estudio de los debates producidos en la época en torno a los temas del socialismo y la democracia, la importancia de otras publicaciones latinoamericanas. Así, deben mencionarse *Crítica y Utopía*, la *Revista Mexicana de Sociología*, *Socialismo y Participación* y *Nexos*. En Europa, *Zona de España* y *Plural* de Alemania cumplieron el mismo papel. En otro plano, los *Cuadernos de Pasado y Presente* y la colección de la *Biblioteca de Cultura Socialista* de la Editorial Siglo XXI, a cargo de José Aricó, contribuyeron al debate dentro del campo de la izquierda y a la recolocación de autores antes ignorados. En esa clave deben entenderse las ediciones de los libros de Carl Schmitt y Max Weber, sobre las que volveremos más adelante, que ensanchaban la perspectiva para el análisis de la problemática política argentina y latinoamericana.

⁷³ Temas como la relación Estado - sociedad civil, el papel de las diferentes culturas política argentina, la función de las corporaciones y los grupos de presión, el papel de la guerrilla, el peronismo y la clase obrera, la relación peronismo y democracia, entre otros, fueron sometidos a examen a través de polémicas, Dossiers, artículos seriadados y cartas de lectores.

examen de cuál había sido el papel otorgado a la democracia política en el ideario socialista, buscando desarticular tanto las versiones más duras, que la señalaban como una “máscara burguesa”, como las más moderadas, para las que apenas era un “instrumento” en el pasaje al socialismo. Asimismo, era necesario desbaratar la imagen clásica –compartida tanto por socialistas como por liberales- que colocaba al régimen democrático como patrimonio de la tradición del liberalismo político.

En esa dirección, el intelectual mexicano Carlos Pereyra afirmaba, que la relación entre democracia y socialismo había estado llena de equívocos en la doctrina socialista. Entre los más importantes señalaba la creencia acerca de que la lucha por la democracia y sus logros era obra de la burguesía y por otro lado, la consideración fuerte en la tradición socialista de que la abolición de la propiedad privada encerraba, en sí misma, la realización de la democracia social, volviendo inútil, para la izquierda, el señalamiento explícito de metas relacionadas con la democracia política (Deves Valdez, 2002: 301).

Esta segunda cuestión fue abordada con gran interés por el grupo de socialistas que integraba *Controversia...* que, tomando como referencia las experiencias del socialismo real, puso en cuestión que la democracia fuera co extensiva al socialismo, y se esforzó por señalar el carácter autoritario de todo marxismo que soslayara el respeto del Estado de derecho y de las garantías y libertades civiles y políticas. Así, en el acta de constitución de la Mesa de Discusión Socialista se señalaba la necesidad de examinar profundamente “(...) los fenómenos de autoritarismo y burocratización presentes en las sociedades socialistas” a través de un “(...) reexamen crítico de las teorías y de las prácticas socialistas (...)” (Bernetti y Giardinelli, Op. Cit: 29,30). Por su parte, en el primer editorial de *Controversia...* se reafirmaba esta posición sosteniendo que el “socialismo real” ha puesto en cuestión el significado mismo del socialismo (...) y que

(...) es preciso abandonar retórica y moralismo para abordar serenamente los efectos de una crisis de la teoría y de la práctica del movimiento socialista. Porque es difícil de sostener que la fenomenológica concreta de las sociedades post revolucionarias, con sus acentuados rasgos autoritarios y burocráticos, no cuestiona directamente el pensamiento marxista (Controversia, Op. Cit: 04).

De manera similar, Oscar del Barco se refería al fracaso de la Revolución Rusa en un libro que, quizás, es el que mejor resume este ajuste de cuentas de los intelectuales de izquierda argentinos con el marxismo. En *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninista* (1980), señalaba que “los principios de auto liberación, autogestión, democracia y libertad absoluta que fundan la posibilidad del socialismo como tal, habían sido dejados de lado en la etapa pos revolucionaria” (Del Barco, 1980:05). Con esta contundente afirmación como punto de partida, el autor recorría en su texto las razones de ese abandono analizando tanto la teoría como la práctica leninistas, para terminar sosteniendo en líneas generales que todos esos desvíos que señalaba estaban en la raíz de la doctrina de Lenin⁷⁴. Por su parte, Oscar Terán, se sumaba de algún modo a la crítica de Del Barco hecha al régimen soviético en un artículo publicado en *Controversia...* donde expresaba:

una doctrina con elementos libertarios y antiestatalistas debería explicar (...) de qué modo las promesas que anunciaban el fin de la prehistoria han podido reforzar la historia de crímenes y tormentos de un siglo que no ha carecido precisamente de horrores (Terán, 1980:18,22).

Es decir que podía igualarse al nazismo y al estalinismo en tanto regímenes autoritarios y criminales. Así, esta relectura del marxismo-leninismo a la luz de una condena de los modelos socialistas de la URSS y Europa del este, junto con los otros factores señalados -la asunción de la “derrota” y la re significación de la democracia dentro del ideario socialista- confluyeron en la construcción de un nuevo paradigma teórico-político de tipo socialdemócrata. Para la fracción de intelectuales a que hacemos referencia, la defensa de la libertad individual y del pluralismo en tanto expresión de la libertad colectiva se convirtió en un valor político fundamental. Libertad que sólo podía ser garantizada a través de la vigencia del Estado de derecho y de la democracia política, entendidos, asimismo, como prerequisites indispensables para la construcción futura del socialismo.

⁷⁴ El libro suscitó una fuerte polémica dentro del grupo no exenta de discusiones subidas de tono. Lo que se le reprochaba a Del Barco era atribuirle a las concepciones de Lenin ser la fuente principal de las prácticas del estalinismo. Las discusiones al parecer, revelan bien el hecho de que la autocrítica no solo no era homogénea sino que para algunos no cualquier límite podía ser traspasado. Entrevista con Osvaldo Pedroso. Julio de 2007.

Ese fue el núcleo de la reformulación de la tradición socialista llevada adelante por la intelectualidad de izquierda exiliada en México que se nucleaba alrededor de la revista *Pasado y Presente*. Como señalamos, fue fruto de un trabajo que involucró a una parte importante del campo intelectual y académico latinoamericano de la época, en el que se entabló un diálogo y debate permanente en torno de estos temas.

No obstante, es preciso señalar que esta reelaboración del pensamiento de izquierda latinoamericano no puede entenderse sino a condición de atender al proceso de reconfiguración que se estaban produciendo en el espacio de la izquierda política, intelectual y cultural de los países latinos de Europa desde fines de los años setenta. En efecto, el proceso que se conoce como la “crisis del marxismo”⁷⁵ funcionó como una suerte de espejo mostrando cómo el dinámico campo socialista funcionaba como un permanente diálogo acerca de qué posiciones tomar para una avanzada al centro de la escena político en uno y otro lado del Atlántico.⁷⁶

4.2.1. La crisis del marxismo en el debate europeo.

La discusión en el campo socialista que se conoció como la “crisis del marxismo” a mediados de los años 70’ tuvo su epicentro en España, Italia y Francia cuando, después de haber sido durante mucho tiempo su paradigma hegemónico y haber tenido una época de oro en el decenio que va de 1968 a 1978, el marxismo entró en decadencia como ideología política y modelo teórico para gran parte de la izquierda.

Esto fue el producto, de varios factores, por una parte, de la desaparición de las figuras más relevantes del marxismo de esas naciones (la muerte de Poulantzas y Della Volpe y el declive personal de Althusser)⁷⁷ por otra, del ascenso de los llamados *nuevos*

⁷⁵ No debemos dejar de mencionar que la llamada “crisis del marxismo” reconoce una vigorosa tradición que se remonta al siglo XIX con el famoso y pionero “Bernstein Debat”. Sin embargo, lo que otorga singularidad a este capítulo de esa crisis, es el hecho de que hacia fines de los años setenta la misma dio como resultado el advenimiento de una corriente caracterizada como “pos marxista”, en algunos casos y, en otros, el abandono definitivo de esa tradición intelectual.

⁷⁶ El punto ya ha sido señalado en Lesgart (2003) y Burgos (2004) Sin embargo creemos que debe ser profundizado a fin de mostrar un cuadro más complejo que establezca las relaciones entre el campo intelectual que se expresa en el exilio y el campo intelectual europeo.

⁷⁷ Después de los sucesos de mayo del 68’ en Francia, Althusser se transformó en el filósofo oficial del marxismo latino y su prestigio se expandió por toda Europa durante la siguiente década. Galvano Della Volpe, de la misma manera, se convirtió en un referente importantísimo en la Italia de posguerra y Nicos

filósofos, en Francia en reemplazo de los viejos maestros, entre los que se destacaron André Glucksmann (discípulo predilecto de Althusser, hecho que le otorgó cierta legitimidad de origen a sus intervenciones) y Henri Lèvy. Estos nuevos filósofos ocuparon por un tiempo el centro de la escena y proclamaron el carácter intrínsecamente totalitario del marxismo por tratarse, en el terreno de la teoría, de una doctrina omnicomprendensiva de lo social que anulaba las diferencias y, en la práctica, por haber degenerado en un tipo de Estado autoritario como el soviético. También fue importante en el proceso de declive del marxismo, la emergencia de una corriente revisionista que examinó al pensamiento marxista del siglo XX, poniendo en cuestión las tendencias teóricas que se expresaron en la II y III Internacional para culminar en la crítica a las obras de Lenin la figura más importante del marxismo pero también a las de Marx, Engels.

Dentro de ese movimiento revisionista desempeñaron un papel fundamental intelectuales de prestigio como Norberto Bobbio, Christine Buci-Glucksmann, Giacomo Marramao, Gianfranco Poggi, Humberto Ceroni y Lucio Coletti. Bajo el auspicio de una red de fundaciones que promovieron la realización de seminarios, encuentros de discusión, coloquios y la publicación de libros, entre las que sobresalieron Basso Issoco y Enaudi dedicadas a promover un socialismo de tipo democrático. Estos intelectuales se proponían contribuir a la construcción de una nueva izquierda en Europa que se alejara definitivamente del canon soviético. Así, en el plano político, veían ejemplificada ese proyecto en la experiencia del Eurocomunismo, conformado por los PC italiano, francés y español, y que apuntaba a la vía parlamentaria y democrática para llegar al poder en reemplazo de la estrategia de asalto al Estado⁷⁸. Esta razón de índole político estaba en

Poulantzas, a partir de su estadía en París, pudo construir una posición significativa ocupándose de la cuestión del Estado en sus investigaciones Paramio (1987).

⁷⁸ Si bien es extensa la bibliografía sobre el tema, a modo de ejemplo podemos nombrar: 1) *La crisis del capitalismo en los años veinte* de Giacomo Marramao et. al. (1981) El volumen recopilaba las ponencias presentadas en el seminario sobre “La tercera internacional y el destino del capitalismo en los años veinte” patrocinado por la fundación Basso-Issoco en 1976; 2) *La terza internazionale e il partito Comunista* de Ernesto Ragioneri compilador (1978); 3) *Il partito nel sistema sovietico 1917-1945* de Giulano Procacci (1975); 4) el trabajo de Franco de Felice sobre el VII Congreso de la Tercera Internacional *Fascismo, democrazia, fronte popolare* (1974); 5) *El desarrollo del Estado moderno* de Gianfranco Poggi (1978) y *Encuentro con Max Weber* del mismo autor (1981). 6). Por el lado de los españoles no debe dejar de mencionarse el influyente libro de Fernando Claudín *Eurocomunismo y socialismo* (1977).

parte en el origen de todo el trabajo crítico. En efecto, el examen del corpus marxista tuvo como objetivo principal, confrontar a la luz del desarrollo histórico el canon del marxismo de manera de poder encontrar los argumentos que hicieran posible una salida para pensar la política en el marco de un programa de relanzamiento de la izquierda al centro de la escena política europea. En términos generales, ese examen arrojó como resultado la idea de que en el marxismo salvo contadas excepciones entre las que se contaba Gramsci, no había elementos de una teoría consistente de la política y del Estado, sino que, por el contrario, el análisis del modo de producción capitalista era el objeto privilegiado, agotándose allí los temas nodales del marxismo.

Cuando ese análisis se abocó a la obra de Marx, fue Norberto Bobbio quien disparó la polémica con otros intelectuales al expresar, de modo contundente, la ausencia de una teoría de la política en la obra del autor del *Capital*. Respecto de Lenin, erigido en el exponente central del socialismo desde los primeros años del siglo XX, el resultado no fue mejor. No se encontraba en su obra una indagación fructífera sobre las funciones y el desempeño del Estado capitalista. Esta interpretación se reforzaba por el hecho de que lo se había proyectado, en las pocas referencias que se encontraban en los autores clásicos, como un Estado de transición hacia el socialismo, a principios de los setenta, lejos de extinguirse, se había erigido en un gigante burocrático con gran presencia en la sociedad, tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas.

Asimismo, en una reunión llevada a cabo en Venecia en noviembre de 1977 por diferentes intelectuales de la izquierda continental, Louis Althusser sostuvo que no hay en Marx una teoría del Estado. Tiempo después los italianos nucleados alrededor de la revista *IL manifesto*, le propusieron al filósofo francés un intercambio más profundo. Un año después ese diálogo se cristalizó en el volumen *discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser*, que recogía el amplio debate suscitado entre el francés y los intelectuales italianos. Allí se puntualizaban críticas a las posiciones del francés pero en términos generales todos los participantes del debate testificaban su tesis central admitiendo la carencia de una vasta teoría general de la política y el Estado en el corpus marxista. En ese sentido y como conclusión Bobbio sostendrá que el principal escollo que arrojaba ese balance estaba dado por el hecho de que la teoría marxista, al centrarse

en la problemática de *quién* gobierna desde una dimensión instrumentalista, había descuidado el problema de *cómo* se gobierna, desatendiendo a la cuestión de las estructuras institucionales. Abriendo así el camino para que liberalismo y socialismo pudieran encontrarse. Y en lo que hace al plano teórico del debate y a propósito del saldo que este dejaba, los revisionistas proponían la incorporación de teorías que atendieran al funcionamiento capitalista y al desarrollo estatal. Y ahí aparecía como un punto privilegiado el nombre de Max Weber puesto que introducía elementos para pensar la política allí donde el marxismo dejaba “un punto ciego”. Eso fue lo que hizo posible el redescubrimiento de su obra política. Fue Gianfranco Poggi en ese sentido, quien, en dos libros; *Encuentro con Max Weber (1979)* y *El desarrollo del Estado Moderno (1978)* resumió ese encuentro entre el comunismo italiano y el pensador alemán. En el segundo de ellos, Poggi, afirmaba que la tendencia de muchos marxistas a considerar “las estructuras políticas sólo desde el punto de vista de la “crítica de la economía política” tuvo algunas desafortunadas consecuencias pragmáticas para los movimientos políticos que recurren a Marx como su principal inspiración” (16), señalando nuevamente la falencia de una teoría política en la tradición del marxismo.

El debate y la recolocación de estos intelectuales en el escenario de la izquierda europea tuvieron una importante recepción por parte de los intelectuales que animaban *Controversia...* En efecto, no solo eran seguidos con atención sino que buena parte de las conclusiones de esos debates eran aceptadas. Así, lo mostró el primer número al publicar un artículo de Paramio y Reverte, donde estos caracterizaban a la crisis del marxismo europeo de la época, como sustancialmente diferente del que había protagonizado el revisionismo de principios de siglo de la mano de Bernstein. Desde la visión de los autores, compartida por los integrantes de la revista, se trataba de una crisis de época que sumía incluso a toda la cultura de izquierda, por lo que ya no se trataba sólo de revisar la teoría sino que afirmaban “ahora ésta entra en crisis, a causa de una crisis general de nuestra cultura y nuestros valores, crisis que afecta al marxismo como parte integrante de esa cultura” (Paramio y Reverte: 1979, 07).

Acto seguido, los autores revalorizaban la experiencia del Eurocomunismo desarrollada al calor de la crítica a la intervención soviética en Checoslovaquia. Esta

experiencia, decían, “supone la recuperación de la capacidad de intervención en la vida pública de los partidos (comunistas) occidentales” (Paramio y Reverte, 1979: 07, 08) y su acercamiento al centro de la escena política europea, haciendo inviable que la crisis general y la revolución, puedan seguir siendo las líneas estratégicas de la izquierda. Así, se instalaba la idea de que la salida a esa crisis general que afectaba a la izquierda sólo podía superarse mediante su integración a la sociedad capitalista, saliendo del aislamiento en que había permanecido el comunismo desde fines de la segunda guerra mundial.

Para los intelectuales de izquierda exiliados en México, los desplazamientos del socialismo europeo contribuyeron a la lectura de la propia “derrota”, a la asunción de la caducidad de la estrategia revolucionaria y la necesidad de que la izquierda apostara a una vía democrática⁷⁹. En efecto, la recepción de las perspectivas teóricas críticas del marxismo, estuvo muy presente en la revisión que el grupo de *Controversia*... hizo de este paradigma. Marcó el derrotero por el cual estos intelectuales se fueron alejando de lo que concebían como un modelo “rígido”, una guía pre constituida para decodificar el mundo social, buscando nuevas herramientas teóricas que pudieran aprehender la complejidad de la nueva realidad latinoamericana. En esa dirección se destacaba, como parte de un cambio más amplio, la idea de una explosión de nuevas ciudadanías de la mano de nuevos movimientos sociales, que en su emergencia rompían con los esquemas clasificatorios basados en las perspectivas clasistas y del tradicional sistema de partidos.

Así, ya tempranamente en el acta de constitución de la Mesa de Discusión Socialista se aseveraba que “el socialismo nunca se agotó históricamente en la doctrina de Marx” (Acta de constitución, 1980: 03), abriendo una puerta para la entrada de otras formas de pensar el ideario de izquierda. Es decir, posiciones intelectuales de izquierda que ponen en cuestión el canon del marxismo como la única y más apta guía teórica y

⁷⁹ Cabe destacar que, por la misma época, se estaban dando desplazamientos similares en las izquierdas de otros países latinoamericanos. Por su cercanía y probable influencia en el proceso llevado adelante por los argentinos exiliados, fue importante la discusión que se dio dentro de la izquierda mexicana que posibilitó un acercamiento del Partido Comunista Mexicano a los debates de los partidos del Eurocomunismo. Este viraje, que en el plano teórico implicó un acercamiento al pensamiento gramsciano, fue encarnado por el Partido Comunista Mexicano (PCM) y su sucesor, el Partido Socialista Unificado Mexicano (PSUM), creado en 1981, a partir de la disolución del primero. Burgos (Op. Cit: 233).

política e incorporan nuevas referencias, algunas de ellas ajenas incluso a la tradición del socialismo.

4.3. En busca del tiempo perdido. Portantiero y el análisis del socialismo y la democracia.

Portantiero partió hacia México a fines de 1975 cuando “empiezan a picar los tiros cerquita” (Mocca, 2012: 76) En efecto, por un lado, el allanamiento de la sede de la editorial siglo XXI junto a la detención de su titular Alberto Díaz que compartía la dirección nada menos que con Aricó, por otro, la detención de Jorge Tula animador de la revista *Pasado y Presente* sumado al modo azorado en que sus allegados lo miraban “dando vueltas” por Buenos Aires, lo llevo a tomar la determinación de marchar al exilio. Así recaló en el DF mexicano en momentos en que se inauguraba la sede de FLACSO de esa ciudad⁸⁰. Allí trabajaría en los mismos cargos que tuviera en Buenos Aires y en 1978, asumiría como director de la recientemente creada maestría en Ciencias Sociales.

Sus años mexicanos son años de ajuste de cuentas con el marxismo y en los que emprenderá sus teorizaciones sobre la democracia. Pero también los años en los que estudiaría filosofía política en cursos de FLACSO y el Colegio de México, entablaría un diálogo con la teoría política norteamericana y volvería sobre el pensamiento italiano pero esta vez para descubrir y apropiarse del pensamiento de Norberto Bobbio. Todo en el contexto que hemos descrito más arriba, un contexto donde la política y el campo intelectual sufrían profundos cambios.

4.3.1. Marxismo, socialismo, democracia. Continuidades y rupturas.

⁸⁰ Portantiero había coordinado con las autoridades de la facultad en Buenos Aires su traslado a la sede mexicana en momentos en que esta se inauguraba, hecho que le garantizó de entrada empleo pero también no tener grandes dificultades para su llegada y estadía (Mocca, Op. Cit) y entrevistas con el autor de 2005.

Portantiero al igual que sus compañeros de ruta emprenderá un ajuste de cuentas con la etapa argentina de su trayectoria. En esa dirección acometió la tarea de examinar a las grandes tradiciones políticas pero haciendo foco de modo principal en la que él se había colocado, el marxismo. En esa revisión lo primero que Portantiero resaltaba era que tanto el cuerpo teórico clásico del marxismo como del liberalismo no podían atender a la complejidad de las sociedades de finales del siglo XX. Y así emprendía el examen del corpus teórico de Marx. Lo primero que Portantiero afirma es que no había allí una teoría positiva del Estado ya sea capitalista o de transición. Por ser un pensamiento fuertemente societalista que lleva al extremo la subsunción de lo político en lo social y así funda la base de una progresiva extinción del Estado con la recuperación de poderes alienados en aquel y que de este modo vuelven a la sociedad. Concepción propia de la tradición liberal que Marx radicaliza en términos democráticos. Para nuestro autor, el elemento anti estatalista es central en esa tradición y por eso su visión de la emancipación social tenía problemas para hacerse cargo de realidades como la nación y el Estado. En ese sentido es que Marx era para Portantiero un hombre del siglo XIX. Por eso no se hallaba en su obra magna *El Capital*, una teoría del Estado porque además de las restricciones que se había puesto al abordar su problema, Marx concebía que cuanto más débil fuera el Estado más libre era la sociedad, esa era la visión que compartía con los liberales y que Marx llevaba al extremo. Extremo que compartía con los anarquistas, puesto que la diferencia con estos se debía más a tiempos que a fines. El hecho de que la coacción sea transitoria y que esa transición sea teleológicamente definida de antemano, mostraba que en la concepción de Marx el pasaje del feudalismo al capitalismo es el modelo de su concepción de la transición futura.

Visión que Portantiero también encontrará como prolongación en Engels, específicamente en su texto *De la Autoridad*, donde sostiene que el Estado está condenado a desaparecer previa (lo mismo que en Marx) dictadura del proletariado para sentar las bases de una nueva sociedad, concepción que llega hasta Gramsci cuando postule como necesario un momento de “estadolatría” para acentuar la base cultural y moral necesaria de la nueva sociedad. Pero antes que en la reflexión de Gramsci, la cuestión de la dictadura y la extinción estatal aparece en Lenin también en *El Estado y la*

Revolución. Así, de la tradición socialista sólo Lasalle que se inspiraba en el modelo Alemán colocará como dimensión problemática a la nación y el Estado, un modelo donde la nación es creada “desde arriba” poniendo de relieve el carácter performativo del aparato estatal. Pero no solo por ser socialista el marxismo clásico desnudaba esta falencia sino también porque en términos estratégicos políticos pregonaban la subordinación de las luchas nacionales al objetivo internacionalista.

Y nuevamente aseverará que en la crítica al programa de Gotha de Marx aparece claramente esta perspectiva, visión socialista que, afirma lleva “implícita una imagen simple de las relaciones entre economía (clases) y política, condensada en su definición de 1848 sobre el Estado como comité administrativo de los intereses de la burguesía” (Portantiero, 1980: 95). Para Portantiero esto era el producto del pensamiento de su tiempo, cuando funcionaba un liberalismo restringido que tuvo lugar hasta el último tercio del siglo XIX, donde los mecanismos políticos participativos se limitaban a escoger una selección de personal interno a la burguesía. De aquí que la especificidad de lo estatal perdía sentido puesto que durante todo ese ciclo que termina con la sanción del sufragio universal se establece una linealidad entre Estado y clase dominante. Así la especificidad de lo estatal frente a lo social perdía significación, de ahí que Portantiero lo entendiera “podía ser legítimo, por lo tanto, referirse a una etapa de transición (genérica) con una expresión también genérica como la de “dictadura del proletariado” (ídem). Por eso dirá que toda la discusión sobre el problema de la dictadura del proletariado que pierda de vista el contexto es una discusión bizantina.

Lo que equivalía a sostener que ese pensamiento estaba datado pero por eso mismo en este caso estaba obsoleto. Pero además, Portantiero afirmaba que el modelo que estaba pensando Marx era el de la revolución francesa pero la cuestión consiste en que ese tipo de revolución burguesa fue una excepción histórica y de ningún modo una regla: Los procesos de transformación capitalista fueron en su mayoría revoluciones “desde arriba” (...) y lo mismo aconteció, luego de 1917, con las revoluciones socialistas (96). De ahí que para Portantiero Lasalle estaba más cerca de la realidad porque pensaba en el modelo Alemán, que desmentía las predicciones formuladas por Marx en 1848.

Quizás para que no se lo acusara de formular la explicación en términos simplistas y de tirar por la borda todo de una vez, Portantiero aclarará que Engels sí se hizo cargo de la nueva situación política en 1895, cuando ya se vislumbraba un Estado más complejo, en la introducción a la reedición de *La lucha de clases en Francia*. Pero su conclusión era también en este caso similar, dirá que al cabo no lo resolvería, y no lo hacía en tanto la fórmula específica de la dictadura del proletariado estaba marcada por la experiencia de la comuna de París pero que él mismo señalaba en una carta a Bebel como obsoleto unos años después. Hasta allí llegará la reflexión de Engels, postulando el problema para luego seguir ceñido al antiguo modo de pensar. Y eso era por demás importante puesto que para nuestro autor, allí estaba la base de los problemas del marxismo de la II Internacional en su conjunto puesto que esa introducción se enfrentaba señala “(...) a las dos realidades más poderosas del siglo XX: el Estado y la nación” (96). Dado que las burguesías nacionales y las masas planteaban el problema de la lucha de clases en escenarios nacionales. Pero así como los derechos democráticos se ampliaban dirá que:

“el Estado burgués sufría transformaciones donde la participación podía ser neutralizada. Con el desplazamiento del poder hacia un centro de toma de decisiones gubernamental oligopólico en clave tecno burocrática poniendo en segundo plano, al parlamento donde se expresaba el sufragio universal” (ídem).

Esa concepción anti estalista será una marca que funcionará como un fuerte legado puesto que también Lenin recogería la idea de transición, extinción y de ahí su antiparlamentarismo en la creencia de que los soviets (consejos) encarnaban mejor el proceso de transición. Los resultados históricos, sostiene Portantiero llevando el análisis ahora al terreno de la práctica, daban cuenta de que la profecía de la extinción en la URSS y en las que siguieron su modelo de dictadura del proletariado no resultó, por el contrario constituyeron un modelo de soberanía centrado en el partido vanguardia del proletariado. Todo el planteo y el centro de la cuestión se resumía en que en Marx la fórmula dictadura del proletariado no calificaba formas de gobierno dado su nivel de generalidad sino un tipo de Estado que podía expresarse de diversas maneras. En Lenin se traducía en que todo Estado es una dictadura de clases y expresa la naturaleza de la

dominación pero no sus formas. Así, en los hechos esa caracterización tan amplia terminó debido a su generalidad

(...) por recuperar parte de su sentido tradicional, hasta transformarse en lo que finalmente fue: “una forma autocrática de crear un ordenamiento jurídico, por la cual la ley y el poder descienden de arriba hacia abajo, pero no como procedimiento de excepción sino como forma permanente de gobierno (97, 98)

De esa constatación histórica para Portantiero aparece como vacío discutir que quisieron decir Marx y Engels porque lo que importa dirá, es “cuál ha sido el resultado práctico de esa experiencia” (ídem). Y así cerraba en parte todo el problema. Porque dirá que en la medida en que la única herencia teórica disponible, sobre el tema del Estado (más allá de su crítica), eran las referencias generales a la dictadura del proletariado (que por añadidura Lenin consideraría como piedra de toque para diferenciar al verdadero marxismo), no es aventurado suponer que el enorme vacío que el marxismo del siglo XX propone sobre la cuestión se deriva de esa precaria contraposición entre un enunciado abstracto y una realidad estatal y social enormemente más compleja (95).

Todo ese examen y esa crítica llevaba la cuestión hacia un tema capital puesto que el problema no era solo el de que no podía hacerse un examen del Estado. Sino también que en esa idea genérica, que contenía un sentido teleológico de una transición hacia el fin del Estado no era posible pensar un orden político democrático equilibrado. Y esto máxime si al poder se lo concibe como una emanación de la sociedad y no una potencia autónoma porque ello impide ver las necesidades de equilibrar ese poder con otras instituciones, de ahí que deba plantearse la pregunta por el *quién* ejerce el poder pero también el *cómo*. A eso Lenin respondía, a través de los Soviet, pero el problema era que esa institución no ha tenido un peso significativo, sostiene nuestro autor, quedando relegado y su puesto lo ha ocupado el partido único que garantiza la ideología, que a su vez promueve la fragmentación social ya que no tolera ninguna iniciativa colectiva o individual por fuera del partido o del Estado. Así, la dictadura del proletariado niega toda forma de pluralismo y es un medio de enajenación política igual al que prima en las sociedades capitalistas. El resultado histórico entonces es una forma de la apatía como en la URSS o la aclamación plebiscitaria en los países subdesarrollados, que no resuelven lo esencial “porque lo esencial ya lo desarrollo la

cúpula” (100,101). Así, dirá que la dictadura del proletariado es un despotismo ilustrado que resuelve los satisfactores mínimos económicos, que por cierto Portantiero no subestima, pero que no garantizan incrementos de participación social y política. Y frente a eso, las insatisfacciones se manifiestan en forma de estallidos como en Polonia o en Praga en 1968. Ahora, frente a ese escenario, Portantiero admite que hubo dos respuestas una consejista (troskista) y otra que postula la idea de hegemonía. Para el primer caso, señala, aun con algunas ventajas como la postulación de la socialización del Estado y la recomposición de la disociación entre economía y política, el esquema adolece de limitaciones internas, la postulada democracia directa choca con el número de sus participantes. Pero más importantes es el hecho de que los consejos son el único órgano de representación de la soberanía y absorbe todas sus demandas destruyendo cualquier tipo de institución perdiendo así la noción de democracia. Por otro lado, al postular a la figura del productor como única forma de agregación política tiende así a una representación de tipo corporativa. En cambio hegemonía para Portantiero sí podía acercar posiciones entre socialismo y democracia, siempre y cuando la hegemonía reemplazara a la dictadura efectivamente, porque hegemonía advertirá, tiene tantos (o más) potencialidades totalitarias que dictadura, que estaban en el propio Gramsci, cuando este exaltaba a

la hegemonía de forma “orgánica” donde prima la homogeneidad y semejanza donde la sociedad hecha Estado premia a los valores de la integridad personal y sociocultural disolviendo la vida activa de la sociedad civil y encarna a una estructura que interpreta y responde a todas las demandas (101).

Para Portantiero es claro que una recomposición de las particularidades es imprescindible y el problema se traslada a los modos de esa recomposición. Allí su solución la encarna una hegemonía pluralista, que ve en el consenso una realización que no disuelva las diferencias, que legitima los disensos y que articula la posibilidad de procesarlos, a través de un diseño institucional complejo que trata de procesar la democracia y la transición. Aquí es donde, para nuestro autor, deberá articularse el cómo y el quién de la democracia. Buscando un proceso de continuidad entre democracia formal y democracia sustantiva. En esa dirección sostenía que efectivamente para que la

perspectiva sea realmente democrática es necesario que haya una tensión social hacia la igualdad de base y esta se incline hacia el desarrollo de procesos de transformación de las relaciones de producción, pero advertía mostrando donde estaba su desplazamiento, que esta es una condición necesaria pero no suficiente de la democracia. Puesto que

hay una autonomía de la problemática de la construcción de la democracia, que desborda la determinación mecánica por los modos de producción o de propiedad. La democracia es también necesariamente “formal” y no podría ser de otra manera, pues remite a la construcción de un orden político (...) más allá de una determinación económica, democracia significa: participación de todos en la formación de las decisiones, lo que no puede resolverse por agregación corporativa sino a través de instituciones de tipo parlamentario, esto es surgida del sufragio universal. En segundo lugar. Democracia quiere decir posibilidad de *control* institucional (es decir, no asambleístico ni por aclamación) por parte de la sociedad sobre el estado. Y, por fin, libertad para disentir (103).

En clave luxembuegana Portantiero introducía preceptos liberales para exorcizar al marxismo de sus claves totalitarias. Consumaba así una operación que consistía primero, al igual que lo habían hecho los italianos, en demostrar cómo el marxismo dejaba un lugar vacío para pensar teóricamente la complejidad de la política y del Estado y por esa vía a la representación de la sociedad. En segundo lugar, buscaba mostrar como ese lugar vacío podía llevar a un régimen totalitario por la vía precisamente de la falta teórica y por ello también política para actuar en el curso de la realidad social.

Era esa mirada la consumación de su adiós al marxismo, éste ya no podía ser un prisma con el cual mirar la política. Pero era también en el mismo desplazamiento la entrada de la democracia política en su nueva perspectiva, entendida como la producción de un orden institucional. Lo que más le interesaba en ese sentido era el contrapeso que debía formarse en las instancias del control efectivo del poder. Lo que le importaba en esa dirección era cómo resolver la contradicción entre el centro estatal y la sociedad. El marxismo como ya vimos, a través de la extinción o de la representación en clave corporativa no dejaba lugar a una salida satisfactoria, en cambio el liberalismo, dirá, pensó esas cuestiones con mayor realismo. Aún cuando el ciudadano de la ciudad liberal existió para sociedades en donde la participación era restringida. Esos principios de constitución ciudadana eran lícitos ponerlos en práctica cuando esa ciudadanía se

ampliaba. Esto es, cuando un ciudadano un voto ya no tenía sentido por ser el mundo del siglo XX un mundo de grupos y corporaciones. De ahí que afirmara que aunque la democracia no es identificable con el Estado liberal, el socialismo no debía prescindir de la acumulación cultural y política que implicaban ciertas adquisiciones del liberalismo.

Porque para Portantiero “a la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes” (104). La cita además de pintoresca consume la recolocación que se produce en su pensamiento a principios de los años 80’.

Pero esa recolocación conllevaba además un trabajo de resignificación de la tradición socialista que hiciera posible articularla con la idea de democracia política. Así, Portantiero va a integrar el grupo de los que más se inclinaron por desmontar la imagen clásica de la democracia asociada de modo automático al ideario liberal. Sus operaciones conceptuales van a buscar, lo mismo que muchos de los exiliados que reseñamos más arriba, re posicionar de otro modo el status de la democracia para el ideario socialista. En esa dirección en un artículo publicado en *Controversia* en 1981 sostenía que si bien la identificación entre democracia y liberalismo (y, por esa vía, entre democracia y capitalismo) suele aparecer como un dato no cuestionado tanto para los mismos liberales como para parte de las izquierdas:

sea la socialdemocracia (...) sean aquellos que, con el calificativo de burguesa, niegan toda raigambre popular al concepto de democracia y lo relegan como un capítulo de la historia de las clases dominantes (...) las cosas fueron diferentes; la democracia no es un dato que necesariamente surge de una estructura sino que es una producción social. Ni la democracia formal es co extensa con el capitalismo, ni la estatización de los medios de producción genera automáticamente a la ‘verdadera democracia’; la democracia es, por el contrario, una construcción popular (Portantiero, 1981: 04).

En esta lectura, la democracia no aparece ya como una concesión de las clases dominantes a las clases dominadas ni tampoco, otra lectura clásica del marxismo, como “máscara” que encubre la desigualdad de clase. También aquí desmonta la asociación de marxismo y democracia. Como se recordará, para el espectro marxista el socialismo implicaba necesariamente la consumación de la democracia en tanto ésta estaba garantizada por la igualdad de los productores que eran ahora dueños de los medios de

producción. Pero en lo que refiere al primer aspecto, sugiere que esto no es así porque el capitalismo “(...) no necesita de la democracia (...)”; éste sólo requiere de bases jurídicas que garanticen el libre comercio y el trabajo libre, de ahí que “todo el resto: valores e instituciones que se asocian con la democracia (...) configuran conquistas políticas e ideológicas arrancadas a través de las luchas populares” (6). La lucha democrática entonces era parte de la lucha popular, de una lucha nacional popular y en ese sentido podía adquirir un nuevo status en el ideario socialista.

Este era el primer paso para la revalorización del concepto y la puesta en marcha de un programa socialista en sentido democrático. Pero restaba ver cuáles eran los instrumentos analíticos que podían dar cuenta tanto de las realidades sobre las que se quería operar como de un nuevo diseño tanto político como teórico, cuando como vimos, el marxismo era déjalo de lado como un instrumento residual.

4.3.2. La recepción de Weber. La persistencia de Gramsci.

La obra de Max Weber tuvo una temprana recepción en el mundo académico argentino que se remonta a la década del treinta, cuando en el ambiente cultural de Buenos Aires sus escritos comienzan a aparecer de manera algo esporádica. Sin embargo, no es sino hasta la década siguiente que este proceso se consagra de una forma más amplia. En efecto, como ha sido señalado (Blanco, Op. Cit) recién hacia los años cuarenta Weber comienza a ser objeto de una mayor atención entre los sociólogos argentinos, y sus textos para ese momento ya son vehículo de reseñas y comentarios en varios lugares del ambiente intelectual. A esta difusión más extendida contribuye de manera significativa la primera edición en castellano de *Economía y Sociedad* que, aparecida en 1944 de la mano de la editorial Fondo de Cultura Económica de México, pone por primera vez a disposición del público de habla hispana esa obra monumental del pensador alemán⁸¹.

Así, cuando en 1950 se produce la primera Reunión Nacional de Sociología, Weber ya ocupa un lugar destacado entre los practicantes de la disciplina, ese hecho se

⁸¹ Cabe destacar que esta edición, asimismo, es la primera en lengua extranjera de la obra.

demuestra cuando se comprueba que la referencia al autor en las diferentes intervenciones es por demás significativa. Para entonces, Weber se había constituido, en uno de los nombres clave de las disputas que varios actores llevaban adelante en la búsqueda de dotar a la sociología de un perfil intelectual y consolidarla como disciplina.

Al final de la década, cuando el proceso de institucionalización de las ciencias sociales se ha consolidado, Weber aparecerá como uno de los nombres insoslayables en la selecta lista de los autores clásicos, bajo la particular lectura que de su obra hiciera Talcott Parsons, artífice de la construcción de un canon para la disciplina.

Si bien estos elementos nos llevan a la conclusión de que Weber goza de una familiaridad de larga data entre nosotros, a mediados de los años setenta, sin embargo, se produce un hecho curioso y poco conocido. Un grupo de intelectuales socialistas enrolados en las ciencias sociales comienza a difundir una parte de la obra de Weber y a incorporar al autor alemán como una referencia importante para sus reflexiones teórico-políticas. El hecho es curioso si se toma en cuenta que la obra de Weber era considerada, hasta entonces, como un cuerpo externo a todas las tradiciones del pensamiento de la izquierda y sobre todo su obra política, que es la que comienza a difundirse en el ambiente cultural de la izquierda. Entonces, ¿cómo se produce ese encuentro? o, dicho de otra manera, ¿en el marco de qué problemáticas teóricas y políticas Weber comienza a ser leído y difundido en el espacio de la izquierda intelectual? En ese sentido ¿Por qué su obra política podía dialogar con la izquierda argentina?

Las respuestas a estas preguntas están contenidas en el proceso que venimos describiendo. En efecto, es en el marco de “la crisis del marxismo” y en el diálogo que se produce entre el campo intelectual latinoamericano afincado en el exilio en México y el campo intelectual de izquierda de los países latinos de Europa donde podemos entender el encuentro entre la izquierda intelectual latinoamericana y Max Weber. En el marco de esa apuesta intelectual y política renovadora, la obra de Max Weber fue revisitada y adquirió un lugar de privilegio en las nuevas investigaciones de los argentinos exiliados en el país azteca. En ese sentido el encuentro con el pensador alemán, se coronó en 1980 cuando la editorial Folios, bajo la supervisión de José Aricó, editó en dos volúmenes una selección de sus *Escritos Políticos*, poniendo a disposición

del público de habla hispana ese material hasta entonces inédito. En la presentación a la obra Aricó, además de dar cuenta de las dificultades y los alcances limitados que presentaba esa edición debido a que no se había hecho hasta el momento un trabajo crítico de su obra, resaltaba que confiaba en que la edición pueda cubrir una ausencia que se sentía fuertemente en el medio intelectual de habla hispana de “un pensamiento de sorprendente actualidad para la interpretación de la crisis de las sociedades modernas”⁸². En ese sentido, la recepción del pensador alemán se muestra de sumo interés para lo que aquí nos ocupa. En efecto, ha sido Alejandro Blanco quién ha contribuido a señalar pistas para una interpretación de la complejidad que supone el fenómeno de recepción. Así, el autor afirma que

(...) los fenómenos de recepción están sujetos a los proyectos y apuestas intelectuales de sus receptores (...) subraya determinados aspectos o campos temáticos de una obra en lugar de otros, selección que depende de la naturaleza y el alcance de aquellos proyectos y apuestas como de las tensiones, conflictos y luchas que caracterizan en un momento determinado a un campo intelectual (Blanco, 2008)⁸³.

En ese sentido los escritos políticos de Weber venían a cubrir “el vacío” que el marxismo había dejado. Lo dejaba anotado anotado Aricó en su introducción pero será Portantiero quién subrayará ese aspecto de manera aún más explícita en 1981, cuando como parte de su libro editado ese año *Los usos de Gramsci* incluya su artículo *Estado y crisis en el debate de entre guerras*. Allí, en ese primer ensayo de la obra, aseveraba que Gramsci debía ser entendido en el marco del debate de su tiempo y eso significaba que debía tenerse en cuenta su dialogo con la III Internacional y sus otros interlocutores que eran algunos de los puntos altos del pensamiento burgués de posguerra, como por ejemplo, Mosca, Mitchel, Croce, Sorel y Weber. Aun cuando solo a este último le dedicará un largo apartado. El mismo estará dedicado a la visión que Weber despliega sobre el capitalismo en la etapa de pos guerra. Los primeros trabajos señalados son los que escribe en 1917 en el *Frankfurter Zeitung* donde según Portantiero, trata de analizar las características de la situación alemana y trazar las bases para una reconstrucción de

⁸² Advertencia. En Weber, Max. (1980). Escritos Políticos. Editorial. Folios. México.

⁸³ Encuesta sobre el concepto de recepción, respuesta de Alejandro Blanco; En *Políticas de la Memoria*. Número 8/9. Primavera 2008. Buenos Aires.

su sistema político tras la crisis abierta por la pos guerra y la disolución del imperio guillermino.

Para nuestro autor, esa reflexión política constituye el resumen más claro de la visión que Weber tiene de la relación que entre economía y política y entre capitalismo y Estado habrá de plantearse para toda Europa en la pos guerra. El objetivo es dibujar el esquema más racional posible para relacionar democracia, capitalismo y sistema político en una Alemania reconstruida como estado de masas. En el marco de una crisis revolucionaria en permanente ascenso en Alemania pero también en toda Europa. El objetivo dice Portantiero, era el de proponer, en las nuevas condiciones de la dominación política cuando las decisiones pasan por la rutina de la administración bajo el personal burocrático, un papel de mayor relevancia al parlamento. En el marco de emergencia de masas y concentración capitalista, en el nacimiento de una sociedad pos liberal. Destaca que su punto de partida era lo ineluctable de un futuro de burocratización creciente. El reino, con su especialización y sus relaciones jerárquicas, de la maquina inanimada, de la inteligencia objetivada de la racionalidad formal. En el cuadro de una realidad caracterizada por grupos e instituciones que no puede ser abordada por el contractualismo individualista. Donde solo a través de un enfoque sociológico “es posible penetrar en la esencia de la política” (15).

Para Weber la resolución de la crisis política mediante la expansión de la democracia liberal en su sentido clásico es inviable, sostiene Portantiero, perspectiva que lo diferencia de la II Internacional en esa materia. En los Estados de masas el elemento cesarista es inevitable, la acción política está en manos de pequeños grupos dirigentes.

Es así como para Weber siempre según Portantiero, si la democracia, entendida como control sobre las decisiones políticas puede tener lugar, ésta debía ser pensada en el marco de las nuevas formas del desarrollo capitalista. Cuando los temas de la vieja democracia representativa en su sentido liberal están obsoletos. En ese sentido Portantiero dirá que

lo que Weber va a proponer es un esquema institucional; la reconstrucción en sentido estricto de un *sistema político* (resaltado en el original) sostenido sobre un pacto estatal en el que puedan equilibrarse la burocracia (civil y militar), los partidos políticos, los grupos de interés y la institución presidencial (15)

He aquí uno de los jalones que le interesan a Portantiero. En la propuesta de Weber, el papel del parlamento era el de recomponer en el nivel político los intereses corporativos y controlar a la burocracia quitándole a ésta el doble privilegio en el que se asienta su capacidad de dominio, el monopolio del conocimiento técnico y el monopolio de la información y por último, apaciguar elemento cesarista en los estados de masa.

Ese era el cuadro de reformas para permitir una relación más ajustada entre Estado y capital en condiciones de masas, el peligro que esto entrañaba era el de la demagogia por la activación de las masas y su participación, debido a que los líderes ya no son elegidos en un círculo de honoraties sino por la confianza y la fe de las masas. De ahí que el nuevo sistema deba pensar en sus garantías, una es la fuerza, por el peligro de la democracia de calles. Por eso weber sostiene que la integración en el sistema político de los sindicatos y la socialdemocracia es la mejor garantía, pues estas organizaciones constituyen un contrapeso muy importante frente al dominio de la multitud.

Este análisis de la coyuntura crítica alemana, no puede ser desvinculado de una concepción más estratégica y a largo plazo pensada en esa misma época por Weber sobre los cambios en curso en las formas de la dominación capitalista. Lo que Weber buscaba era la necesidad de un replanteo de las formas de la hegemonía burguesa, a partir de la crisis irrecuperable de la relación entre Estado y sociedad civil tal como lo había planteado el liberalismo. En ese sentido para Portantiero “Serán los procesos de reestructuración capitalista de las décadas de los 20’ y de los 30’ los que darán la razón a los análisis weberianos, pese a que la historia habría de corregir su ilusión parlamentarista” (18) Esas reflexiones coyunturales, siempre para nuestro autor, encontraran su lazo con algunas más epocales como la que contiene la sección IX de *Economía y Sociedad*, en su capítulo “la institución estatal racional y los partidos políticos y parlamentos modernos (sociología del estado)”. Allí se observa para Portantiero en toda su dimensión, como un enfoque sociológico del Estado moderno debía estar apartado del formalismo juricista que colocaba literalmente al individuo con el soberano, para enfocar en cambio, en el interior del análisis de las organizaciones que aseguran la reproducción de la dominación. Y allí mostrar como su definición en

términos sociológicos, no está contenida en sus acciones sino en relación con un medio específico, el monopolio de la coerción física, y que sin la posesión de este recurso el concepto de Estado desaparecería. Esa es su característica en tanto estado moderno, la de ser la fuente del derecho a la violencia, expropiando de su uso a todas las asociaciones e individuos estableciendo a su favor el monopolio de la coacción.

Para Portantiero Weber resume bien los planos en los que debe ser enfocado el análisis sociológico, esquivando la reducción de la metáfora estructura- superestructura.

Y condensa en qué consiste la historia del mundo moderno:

la historia del capitalismo como tipo de dominación basado en la asociación necesaria entre el desarrollo de una forma económica con una forma de estado es la historia de un proceso de expropiación, de *separación*, que disocia a los productores directos de todos medios de producción (énfasis en el original (19)).

Colocándolo en uno de los dos tipos extremos en los que Weber clasifica los ordenamientos estatales, de acuerdo a la distribución de los medios materiales de administración. En uno los funcionarios poseen en propiedad esos medios, en los otros, y ahí el ejemplo más claro es el Estado moderno, el cuerpo administrativo está separado de los medios de administración en el mismo sentido que el empleado y el trabajador están separados en la empresa capitalista de los medios materiales de producción. Ese proceso de expropiación ha llegado a su ápice en el Estado actual, concentrando en una sola cúpula la totalidad de los medios políticos de explotación. Y la forma en que se asume esa concentración de los medios materiales de explotación es la burocracia. Ya que “la socialización creciente significa hoy, inexorablemente, burocratización creciente” (20).

En ese sentido, el rasgo sociológico específico del Estado moderno como forma de organización es que este una empresa con el mismo título que una fábrica. El núcleo de la conceptualización weberiana de la dominación en el capitalismo estará colocado en la asimilación entre Estado y empresa que aparecerá condensado como la totalidad de su discurso sociológico sobre el Estado en el capítulo citado de *Economía y sociedad*.

Para Portantiero lo que está detrás del planteo de Weber es la percepción de que está en crisis el capitalismo competitivo, se asiste al fin del mercado autoregulado y del liberalismo como su principio organizador. Aquí para nuestro autor lo que está claro es

que Weber es quién podía dar cuenta del modo más acabado de lo que ocurría en el siglo XX, por ser quién primero reveló que el capitalismo mutaba, cuando en cambio, como vimos más arriba, Marx era catalogado como un pensador del siglo XIX. Caracterización que, como veremos en seguida, tendrá notables consecuencias para el pensamiento político socialista.

Ese fenómeno de transformación del que Weber da cuenta, asimismo, se asocia a la activación y emergencia de la organización de las masas. Esa socialización creciente muestra el pasaje de un tipo de acción comunitaria a otro societaria. El predominio de los proyectos por sobre “la mano invisible”. Donde la burocratización no es otra cosa que el instrumento de la socialización de la dominación, el cálculo y la centralización de la planeación, de la organización sobre el individuo. Así, en el mundo de la política el peso de la burocratización se vio asentado en el gran Estado y los partidos de masas. Proceso que se extiende por las crecientes exigencias administrativas producto de la complicación cada vez mayor de la cultura. Esa presencia que Weber llama imprescindible de la burocracia, se ve motivada por necesidades que antes eran desconocidas o que eran satisfechas de un modo local o mediante la economía privada, en un gigantesco proceso que configura la emergencia de una democracia de masas, que es la situación típica del capitalismo moderno. Pero allí lejos de creer que el gobierno es el del gobierno del pueblo, su forma pura cambia sustancialmente, la masa en su forma extendida y desarticulada, no gobierna sino que es gobernada, se altera allí su sentido sociológico. Cambia la forma de selección de los jefes y la proporción de la influencia que puede ejercer y puedan ejercer otros círculos procedentes de su seno por medio de la “opinión pública” sobre el contenido y la actividad del gobierno. Así, democratización no es necesariamente un incremento de la participación de los dominados. Porque se produce un movimiento contradictorio entre expansión de lo social y concentración de lo político. Todo el proceso, desaparición de los mecanismos automáticos del mercado, interrelación entre poder y conocimiento especializado y el rol decisivo de las superestructuras en la reproducción del sistema, sostiene Portantiero, lleva a Weber a plantearse la necesidad de una reestructuración de la hegemonía, cuando ni el socialismo ni el viejo liberalismo son ya para él una respuesta.

Las predicciones de Weber fallaron (...) la república de Weimar terminó en un colapso, y la articulación institucional para una democracia, posible en las nuevas condiciones de socialización y burocratización se transformó (...) en el desnudo cesarismo nazi (...) frente al estallido de la crisis económica y a la incapacidad de socialdemócratas y comunistas para dar una respuesta a la altura de los cambios reales que se operaban entre estado y economía-triunfo finalmente uno de los sesgos posibles del pensamiento weberiano: aquel que enfatizaba la necesidad de la decisión centralizada en la política y que, para ello, reivindicaba la figura cesarista y plesbiscitaria (22, 23).

Nuevamente Weber estaba en lo cierto y la izquierda atrapada en su dificultad de origen, fallaba en su estrategia por su mala lectura del proceso capitalista.

En efecto, porque si para Portantiero la salida de Weber no se había hecho efectiva en términos políticos, sí en cambio, el desarrollo que éste había anticipado dio como resultado una larga fase del Estado capitalista que recién a fines de los 70' para nuestro autor entraba en crisis. Ligada con “la gran transformación” señalada por Polanyi y esa especificidad sociológica señalada por Weber que era la emergencia de masas que obligaba a cambios en la reproducción del orden capitalista. Para Portantiero, siguiendo a Wolin las masas serían el desvelo de la teoría política y social moderna. Su contrapunto fue un recrudescimiento del enfoque elitista tanto en la teoría como en la organización política tanto desde la derecha como por la izquierda:

ni el marxismo soviético ni la planificación democrática de Mannheim (...) ni obviamente toda la reacción derechista podría ser explicada fuera de esta centralidad problemática de la articulación entre masas y elites colocada por Weber como uno de los ejes de su reflexión (23).

Es decir que en Weber estaba anticipadamente y profundamente problematizada la cuestión central de la que se ocuparía la teoría social y política en buena parte del siglo XX. En efecto, Portantiero asume que la extensión de esa percepción weberiana a los problemas de la teoría social es enorme. Aunque en su discurso solo desarrolle la influencia de esa situación sobre la práctica estatal y política, para enfocar las transformaciones en el Estado y en las estrategias alternativas. Así, por el lado de la reconstrucción capitalista ésta operó una profunda reestructuración de la hegemonía a la salida de la primera guerra y como respuesta a la Revolución Rusa, en un proceso de reestructuración – renovación provocando “(...) un nuevo modelo de hegemonía, cuyas

líneas esenciales encontrarían el apoyo más alto en las reflexiones de Weber, que fue quien mejor discernió las emergentes estructuras del poder” (24).

Pero en lugar de ser el parlamento como quería Weber el que equilibrara el sistema de poder, ese proceso de recomposición, acicateado por la activación de masas, la cohesión de clase del proletariado y las demandas zigzagueantes de las clases medias, determinaron la necesidad de otras formas de abroquelarse a las clases dominantes. El nuevo modelo institucional, que reemplazaba a las instituciones demoliberales para la transacción entre los intereses sociales, es el corporativo donde la estructura política se normaliza a través de pactos constitutivos, construyendo un sistema político donde las decisiones debían lograrse mediante la negociación entre organizaciones sociales y ya no solamente mediante la suma de voluntades de los votantes.

Toda esta descripción que estamos comentando muestra como para Portantiero, la historia de la primera parte del siglo XX y hasta entrado los años 70’ no es más que el mundo que describió Weber. Que esa configuración histórica estaba anclada en sus vaticinios, y que Weber destacó certeramente y a tiempo como el mundo del siglo XIX del liberalismo económico y político había terminado.

Nuestro autor dirá, siguiendo con el razonamiento, que ese desplazamiento estaría a favor de las fuerzas organizadas de la economía y de la sociedad en desmedro de un parlamento debilitado. Así, el locus de la política se modificaba también a favor de una negociación más burocrática y centralizada, donde los sindicatos de trabajadores también se integraban a ese mecanismo dando como resultado un neo corporativismo pluralista. Esto explica para Portantiero el giro hacia el autoritarismo de las masas subordinadas, debido a la fragmentación de las clases medias que le impedía entrar de manera eficaz en el juego político. Ese nuevo esquema daba como resultado una tensión entre fragmentación corporativa y centralización tecnocrática, con un consecuente desplazamiento de la política a otros espacios antes considerados privados. Lo que Portantiero señalaba es que la vieja separación liberal y marxiana entre sociedad civil y Estado, entre lo público y lo privado, como había señalado Weber, había caducado.

Este nuevo esquema, realimentado tras la crisis del 29’ abarcará tanto formas democráticas como totalitarias de representación para las sociedades centrales como

para las dependientes. En este esquema es que se explican el Estado de compromiso de las sociedades latinoamericanas. Así, la fórmula que nuestro autor llama democratización de masas y capitalismo organizado fueron el suelo de la transformación de las funciones y la estructura del Estado. Pero al entrar el Estado en una nueva fase se modificaba también los presupuestos de la acción política:

en esta encrucijada, en este desafío que obligaba a repensar tácticas y estrategia, a dibujar nuevos proyectos de acción contrahegemónica a la altura de los cambios que el proceso político planteaba, se empantanaron la teoría y la práctica socialista y democrática durante décadas; la crisis del 30' y el surgimiento del nazismo acentuarían esta *impasse*". La "revolución pasiva", conceptual e histórica, que la burguesía logró poner en marcha como respuesta a la crisis revolucionaria de los primeros años de la pos guerra no iba a encontrar sino algunas respuestas teóricas solitarias del socialismo: Gramsci, desde la cárcel, sería una de ellas. Si según un slogan que hizo fortuna "Weber fue el Marx de la burguesía", no sería provocativo decir que en la crisis del marxismo de los años 30' Gramsci fue el Weber de las clases subalternas, el único que intuyó el proceso de cambios en curso y en lo posible razonó, desde el punto de vista de la voluntad socialista y revolucionaria, la necesidad de construir una alternativa contrahegemónica (26, 27)

Aquí yace como se ve, un primer hilo conductor, pero antes de ver por qué para nuestro autor el comunista sardo debía ser valorado, pasemos al examen de las otras vertientes del socialismo, aquellas que son desestimadas para el análisis histórico y político y fuentes del fracaso de las alternativas de la izquierda.

Para Portantiero estos cambios que describimos son los que le plantearon al marxismo la urgencia de ocuparse de reflexionar sobre el Estado. Y solo cuando el marxismo se convirtió en principal articulador del movimiento obrero la problemática estatal cobró una dimensión analítica principal. En lo que refiere a Marx sobre el tema, además de lo que hemos apuntado más arriba, Portantiero, destaca su fuerte ataque a Lasalle, partidario de una alianza de los trabajadores con el Estado en busca de encontrar su autonomía. Será Engels en cambio, el encargado, con la introducción a *La lucha de clases en Francia*, de colocar al marxismo "definitivamente en la hora de su madurez política; (cuando) repliega sus rasgos de *crítica* y se asume como *doctrina*" (28).

Es decir que aquí para Portantiero el Estado comienza a ser objeto de una atención mayor para el marxismo. Y en dirección al examen que emprendiera, como vimos algunos apartados más arriba, sobre Marx y la cuestión estatal. Ahora tocaba referirse a la cuestión pero analizando a otros actores enrolados en la misma tradición.

En esa dirección señala que un año después de la *Introducción...* de Engels comienza el llamado debate sobre el “revisionismo” conocido también como *Bernstein debat*, la cuestión girara alrededor del papel de las masas y el de la estrategia del movimiento socialista para alcanzar el poder. Colocándose sobre la brecha que había abierto Engels y polemizando con este, Bernstein editó en 1899 *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* donde ponía en cuestión no solo la táctica que llevaba adelante el marxismo sino también la estrategia.

Portantiero sobre el planteo del revisionista alemán sostiene que más allá de las insuficiencias de sus respuestas sería poco serio no valorar las preguntas que este se planteaba. Preguntas sociológicas cargadas de datos estadísticos que provocaban a una doctrina férrea por dogmática. El diagnóstico de Bernstein, que Portantiero considera acertado, era que el capitalismo estaba cambiando a la salida de la crisis económica de 1870, acerca de que había una transformación y no un derrumbe: “los planteos berstenianos iban dirigidos contra el “catrastofismo”, esa interpretación apocalíptica de la historia que acompaña, como la sombra al cuerpo, a toda teología revolucionaria” (31). Aún cuando para nuestro autor sus respuestas eran débiles e ingenuas. ¿Dónde, entonces, estaban sus errores? En el hecho de que el crecimiento de la complejidad de la relación Estado - masas, sobre todo luego de la conquista del sufragio universal, implicaba para Bernstein y luego de 1914 para toda la socialdemocracia un proceso de neutralidad del Estado. “La ingenuidad sociológica y política de esta posición era grave: frente a ella resalta aún más la contemporánea clarividencia de Weber” (32).

Es que Berstein creía que el Estado podía ser pensado como un lugar vacío que podía ser ocupado por cualquier agrupamiento y poner los instrumentos técnicos a su disposición. Pero el error no era solo de Berstein sino que para Portantiero todo el revisionismo y las tendencias agrupadas en la II Internacional fallaban en creer, república de Weimar mediante, que las tendencia democratizadoras no implicaban

fuerzas centralizadoras y autoritarias, como Weber había destacado. La idea de que el Estado ya no era más el comité administrativo de los negocios de la burguesía, dio paso a la creencia en toda la socialdemocracia de que ahora el Estado somos nosotros. Así, dirá Portantiero, Lasalle, aquel que creía en la alianza entre trabajadores y Estado, consumaba su póstuma venganza sobre Marx y Engels.

Luego del fuego abierto por Bernstein y hacia 1905 el asiento de la discusión dentro del socialismo se desplaza de Alemania hacia el este, con la entrada en escena de una nueva generación política e intelectual. Con otras problemáticas como la cuestión nacional y la marginación cultural muy propias de las zonas de donde estos venían. Sus nombres emblemáticos serán: Hilferding, Bauer, Luxemburg, Adler, Lenin, Trosky y Bujarín, que con su aparición llevaron nuevos temas al marxismo de la II Internacional. Su toque de reunión lo constituyó la revolución fallida en Rusia de 1905, ya que replanteaba el tema de la revolución social, de la insurrección de masas y de su ruptura con el Estado. Para Portantiero con los rusos volvían los temas del 48'. Esa generación se involucró en los debates que comprendieron al revisionismo pero dando una respuesta diferente a éste. Sus dos dimensiones involucradas eran, por un lado, el reconocimiento de las transformaciones del capitalismo, de su fase competitiva a su fase imperialista, emblematizado en el libro de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Por otro lado, la consideración de esos cambios como la antesala del socialismo. La diversidad de miradas de este grupo estaba dada por el mayor o menor acercamiento a la mirada "catrastrófista" sobre la inminencia de la revolución y por la estrategia que debía llevar adelante la clase obrera, si debía ser la vía insurreccional o la de la acumulación de fuerzas. "El común denominador era la idea de que el capitalismo había llegado a una etapa parasitaria, la cual podía o no prolongarse (y ese era un plano de corte con el "catrastrofismo"), pero que había encontrado su techo expansivo" (35). Lo que le faltaba a esa mirada, dice nuestro autor, era una conceptualización paralela del Estado burgués, sobre su capacidad para mutar.

Salvo excepciones marginales la visión instrumentalista del Estado no será superada, por mantener una visión dicotómica de la relación entre "base" y "superestructura". Con esas limitaciones, tanto el reformismo como el ala revolucionaria del marxismo, entraran a los 20', cuando el capitalismo entra en su etapa de reestructuración hegemónica por vía estatal". [Para

Portantiero] es claro que en estas condiciones (...) la temática del estado capitalista (...) sobre la penetración del estado sobre la sociedad civil (...) no tenía cabida o aparecía como un tema de segunda importancia (72).

Es que la visión catastrofista vía Lenin se imponía del lado de los revolucionario, su diagnóstico de que el Estado podía ser asaltado y desde ahí vía dictadura del proletariado, llevarse a cabo la extinción del mismo, dominaba la visión del marxismo de los años 20', seguramente porque Lenin era el jefe de una revolución socialista triunfante. Como sea, para Portantiero tanto revisionistas como revolucionarios

(...) resaltan una similar inadecuación frente a la necesidad de una sociología del estado capitalista, de sus formas cambiantes de hegemonía, capaz de ver a estas (y al sentido de sus modificaciones) en la complejidad de su función principal como espacio de reproducción de la totalidad de las relaciones sociales. Weber operará, desde la crítica al marxismo, una paradójica reconstrucción de los lazos entre relaciones sociales y relaciones técnicas (ambas como relaciones de dominación) mucho más correcta (38)

La década del 30' para el marxismo en este aspecto no fue mejor, aunque en ella la referencia para la izquierda tuviera un elemento nuevo y decisivo, la URSS y un nutrido contingente de partidos comunistas alrededor del mundo. En un marco de división irreconciliable entre reformistas (la socialdemocracia austríaca y alemana que perecerían en los 30' frente al totalitarismo) y revolucionario ahora comandados por Stalin. "La incomprensión que las dos versiones del proyecto socialista manifestaron sobre las transformaciones en curso en la etapa madura del capitalismo (...) se transformaron en límites infranqueables para la expansión del movimiento" (40). Esto tuvo una consecuencia clara para nuestro autor "a partir de esa incomprensión sobre lo que realmente estaba sucediendo en el capitalismo, los marxistas de la II y de la III entraron en una gran parálisis teórica, mientras el capitalismo encaraba una "revolución pasiva" de grandes dimensiones" (41).

Con los mismos argumentos con los que se había ido en el año 1963 del PC argentino, ahora saldaba cuentas con el marxismo en su conjunto. Pero al mismo tiempo anotaba que hubo sí algunas excepciones, específicamente dos: Max Adler en el interior

de la II Internacional salido de las filas del austromarxismo y Antonio Gramsci. Sobre el primero Portantiero no dará ninguna precisión, sobre el segundo sí concentrará esfuerzos analíticos apreciables.

4.3.3. La Persistencia de Gramsci.

Es bajo este escenario que Portantiero examina los escritos de la cárcel de Gramsci para evaluar su análisis del mundo capitalista y su estrategia comunista, como veremos enseguida, superadora de las opciones socialdemócratas y revolucionarias del mundo soviético.

El examen se concentra en los cuadernos de la cárcel que Gramsci comienza a redactar en 1929, tres años después de ser encarcelado y como reacción al giro que la III Internacional da a su estrategia adoptando la táctica de “clase contra clase” luego de la reunión de su VI Congreso. Ese giro llenó de preocupación al comunista sardo por considerar que la táctica descuidaba la resistencia que la burguesía podía imponer a un choque frontal de los partidos comunistas y el proletariado. El giro a su vez tuvo como consecuencia un combate dentro de las filas de la izquierda donde la socialdemocracia era vista también como un enemigo, en el marco de un diagnóstico que pronosticaba la caída inminente del capitalismo, desangrando así por las luchas intestinas al mundo socialista. Lo que Gramsci buscaba en esas notas era repensar la problemática de la revolución en occidente. En un cuadro donde el capitalismo había demostrado ya una gran capacidad (hablamos de 1930) para la recomposición del sistema. Su centro de atención entonces estará colocado en descifrar los rasgos modernos de la hegemonía y las características de las crisis del sistema, en un enfoque que privilegiara la mediación que las instituciones realizan en la relación entre masas y clases dominantes, alejado como estaba del catastrofismo que inundaba los diagnósticos que se esgrimían desde Moscú.

Para Portantiero uno de los elementos que merecen ser destacados del enfoque del italiano es su advertencia acerca de uno de los cambios que provoca el moderno capitalismo es el de una complejidad de las funciones estatales, alrededor de

organizaciones y asociaciones del Estado o de la sociedad civil, que construyen “trincheras” institucionales entre las masas y el Estado gobierno. Y es allí donde para Portantiero encuentra su sentido el concepto de hegemonía, en el pasaje del capitalismo liberal del siglo XIX al capitalismo organizado del siglo XX. Es el comienzo de la penetración del Estado en la sociedad civil cuando se transforma en un Estado de masas, en el que la hegemonía y la guerra de posiciones adquiere relevancia en tanto esas transformaciones estatales producto de la transformación del capitalismo, implican la puesta en marcha por las clases dominantes de un nuevo “proceso de revolución pasiva”. Esto es un proceso por el cual los sectores que pugnan por la recomposición del sistema cambian algo para que nada cambie. Lo que Portantiero destaca es que Gramsci está observando un movimiento por el cual los cambios en el capitalismo organizado muestran constantes movimientos en las relaciones de fuerzas. El avance de las masas no necesariamente supone garantías de un triunfo y debido al armazón de las fortificaciones con que se defienden las clases dominantes, es preciso pasar del asalto al asedio. Allí yace su núcleo de discusión con las posiciones soviéticas. Portantiero encuentra en esa mayor sofisticación de los instrumentos analíticos una voz desde la izquierda que no sucumbe al marasmo que las líneas trazadas del momento conllevaban.

El punto de partida de Gramsci para nuestro autor es la introducción de Engels de 1895 que considera como un verdadero parteaguas en tanto sostiene, como vimos, que allí se sitúa la madurez del marxismo y donde el alemán decreta la obsolencia de los instrumentos analíticos de 1848.

En las nuevas características del capitalismo Portantiero siguiendo a Gramsci destaca que la burguesía es una clase en constante movimiento y que ese movimiento implica un trabajo de absorción por parte del Estado de la sociedad civil ampliando la esfera de actuación de las nuevas funciones estatales. Incorporando a nivel estatal y económico a la sociedad transformándose el Estado en educador. Así, sostiene Portantiero, “Gramsci logra superar el concepto “unilateral” de estado para explicar el funcionamiento hegemónico a medida que el capitalismo se desarrolla como una trama organizacional mucho más compleja” (51). Ese es el modo en que el Estado deja de ser un instrumento, por el complejo de actividades prácticas y teóricas que despliega sobre

la sociedad civil para obtener su reproducción y consenso, donde la hegemonía es esa dirección política y cultural que la burguesía despliega para la expansión del grupo dominante, presentado como el desarrollo de todas las energías nacionales, modo por el cual los intereses particulares son exclamados como universales.

El grupo dominante se coordina con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal es concebida como una formación y superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y lo de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, no al del mezquino interés económico corporativo (52)

La cita que Portantiero reproduce textual de un cuaderno de Gramsci, lo lleva a sostener que éste coloca su interpretación del hecho estatal de modo mucho más complejo del que se derivaban las teorías del estado instrumento en las versiones de la socialdemocracia como la de la III Internacional. El análisis del Estado no debía ser concebido simplemente como modelo de acumulación sino que debía ser pensado también como modo de hegemonía, con todos los elementos históricos, ideológicos y organizativos que ello suponía. Así, destaca también el modo en que el italiano recorre la formación de los estados nacionales en Europa, sosteniendo que el Estado nacido de la revolución de 1789 constituye más la excepción que la regla de los estados europeos, desmintiendo que pueda verse un continuum entre Francia y Europa.

A diferencia del modelo francés la construcción estatal europea tenía su base en “pequeñas ondas reformistas sucesivas” y no por explosiones revolucionarias, en una combinación de luchas sociales, intervenciones desde lo alto a cargo de las monarquías y guerras nacionales, donde las antiguas clases feudales son transformadas en castas donde ya cumplan funciones económicas prevalecientes. El punto merecía ser destacado en tanto esto mostraba las complejidades de la cuestión estatal y evitaba así las determinaciones abstractas y generales que nuestro autor le atribuía a los análisis de la izquierda en general. Por eso dirá que

cada forma estatal es un modo particular de nexo entre economía y política; un modo particular de compromiso entre gobernantes y gobernados. El análisis del estado no se agota en la descripción de su funcionamiento como modelo de acumulación sino que requiere también ser pensado como modelo de hegemonía (54)

Esa es la clave en la que Portantiero también trataba de enfocar sus análisis concretos para la Argentina. El modo en que había pensado el fenómeno peronista como contrapunto con la visión comunista en los 50' y 60' y con otras visiones de la izquierda cuando pertenecía a las filas de “la nueva izquierda”. El análisis histórico era un componente esencial que Portantiero tomaba de Gramsci. Por eso también es que cuando tramitaba la “crisis del marxismo” todavía persistía Gramsci.

Pero volvamos a su examen para verlo en toda su complejidad. En esas mediaciones en las que aparece la relación entre dominantes y dominados, entre Estado y sociedad civil, aparece, como vimos, el papel de las instituciones y por esa vía la entrada en escena de otro actor fundamental: los intelectuales.

Intelectuales que cumplen el papel de mediación y organizaciones. Intelectuales que forman el elenco especializado de la burocracia estatal y que por ello mismo torna aún más compleja la relación intelectuales clases dominantes. En tanto solo en unos pocos casos la continuidad es lineal entre mundo productivo y mundo político y Estado, teniendo muchas veces el grupo dominante que recurrir a las viejas clases para reclutar al personal gubernamental. Por otro lado, esa complejidad está marcada por el hecho que el intelectual no está fuertemente anclado en un grupo productivo lo que lo lleva, dice Portantiero siguiendo a Gramsci, a creer que “él es el Estado” (55). Hecho que le produce enormes complicaciones al grupo fundamental que realmente es el Estado. Fruto del monopolio del saber técnico especializado que lo inviste del imperio de la racionalidad, al tiempo que su crecimiento, producto de las necesidades nuevas que va creando el capitalismo, complican la relación entre burocracia y forma liberal del Estado. Ese crecimiento no está anclado en las necesidades de la producción sino en las necesidades políticas del grupo fundamental dominante, es decir en las funciones que requiere la construcción de hegemonía, funciones conectivas y organizativas para la producción de la coerción y el consenso. Pero como hiciera anteriormente, sostiene Portantiero, Gramsci advierte que debe analizarse esa relación, intelectuales clase dominante para cada caso nacional en particular.

Acto seguido, Portantiero concentra su análisis en el modo en que el italiano caracteriza a las crisis. Por un lado, destaca como para éste Estado liberal, burocracia y

activación de masas constituyen un primer momento histórico de la crisis, el que atañe al modelo liberal clásico. Por otro, que Gramsci sitúa en 1914 el comienzo de lo que caracteriza como una crisis política producto de la separación entre clase dirigente y grupos subordinados, crisis de representación que puede devenir luego en crisis orgánica, entendiendo a la misma como crisis del Estado en su conjunto.

Pero Gramsci, y esto es lo que le interesa resaltar a Portantiero en tanto sostendrá que allí yace su nudo polémico con la III Internacional, no ve a la crisis política como un derivado necesario de la economía. Los movimientos de la economía pueden sí ser más favorables a nuevas corrientes de opinión, maneras de pensar y plantear nuevos problemas. Y estaríamos en ese plano frente a crisis de coyuntura, lo mismo para la crisis política que puede ser resuelta a través de un movimiento de “revolución pasiva”.

En cambio la crisis orgánica remite a un proceso largo y complejo, en un proceso de desagregación de la vida estatal por parte de grandes masas. Donde se rompe el compromiso entre dominantes y dominados. Donde se produce una separación entre sociedad civil y sociedad política y la clase dominante no solo que ya no absorbe nuevos elementos sino que ella misma pierde una parte de sus componentes. Esta es para Portantiero la forma en que Gramsci responde al catastrofismo. Así en relación a la crisis orgánica sostiene

por definición, se trata de un proceso largo que no debe ser confundido con sus manifestaciones episódicas ni con sus formas “estruendosas”. Su análisis (y su captura a favor de la iniciativa política de las clases dominadas) es imposible fuera de una teoría amplia y no unilateral del estado, de una teoría de la hegemonía (59, 60)

Es decir que, nuevamente, el Estado no debía ser pensado como un instrumento, tampoco como un aparato centralizado, la noción de Estado ampliado que Gramsci concebía estaba caracterizado por unos elementos que no estaban disponibles en las concepciones del ala revolucionaria ni socialdemócrata. Allí radicaba la potencia, para Portantiero, del análisis de Gramsci.

Por ello también la noción de crisis en Gramsci para nuestro autor, es una noción que abarca al Estado en su conjunto pero no por eso es catastrofista. Gramsci va a observar, sostiene Portantiero, las contratendencias que la crisis genera y su capacidad

de recomposición. Su foco de atención estaba puesto en la capacidad que el sistema había mostrado en la crisis de la primera pos guerra. La razón que Gramsci encuentra en esa recomposición obedece estrictamente a factores políticos. Al hecho de que las fuerzas antagónicas aunque contaban ya con la activación de masas no habían podido convertir en una dirección coherente del movimiento. Así las grandes masas se pusieron en movimiento pero de una manera desordenada sin una voluntad colectiva organizada.

Esto le permitió a la burguesía llevar adelante un proceso de revolución pasiva.

Un proceso por el cual los sectores dominantes cambian algo para que nada cambie. Esto obliga a Gramsci a pensar la recomposición de las clases subalternas desde un cambio estratégico, pasar de la guerra de maniobras y ataque frontal a la guerra de posiciones en el campo político. Porque las conclusiones que sacaba de esa recomposición de las clases dominantes era que el modelo de la Revolución Rusa estaba agotado, por lo menos en los países más avanzados donde la sociedad civil se había hecho más compleja y resistente a las irrupciones que podían provocar las crisis económicas. Como salida a la crisis revolucionaria la burguesía en Europa había construido un sistema de “trincheras” en el que el Estado gobierno era solo una de esas fortificaciones, así, la relación entre el Estado y la sociedad se había recompuesto mediante la extensión de la trama privada del Estado. Para Portantiero “estos razonamientos lo llevan a la segura convicción de que la crisis económica de 1929 no tenía en sí misma el carácter “catastrófico” que le atribuía la III Internacional” (61). De ahí que la táctica de clase contra clase no solo era un error sino que llevaba al suicidio del movimiento revolucionario. Porque además, esa recomposición de la crisis hegemónica produce un desplazamiento de la relación entre gobernantes y gobernados que refuerza la posición relativa del poder de las burocracias civiles y militares, de las altas finanzas, de la Iglesia y todos los organismos ajenos a la opinión pública.

La crisis de representación se expresa así en un refuerzo de la burocracia, por la crisis en que habían quedado los partidos. Esto combinado con un nuevo compromiso estatal en el que en algunos casos la forma política es el cesarismo, como lo mostraban para Gramsci de modo emblemático Italia y Alemania o su reverso el New Deal,

respuestas capitalistas a la crisis y que mostraron los dos a su manera la centralidad de la burocracia.

Por último, Portantiero da cuenta de las dos investigaciones sistemáticas que Gramsci desarrollara en la cárcel. El americanismo y el fordismo. En el primer caso la denominación hace alusión al pasaje de un modelo burocrático tradicional a otro tecnocrático. Con sus escuelas de especialistas para la vida práctica que se ha vuelto extremadamente complejo. Una burocracia controlada por expertos que cambia la estructura de las organizaciones a través de la cual la burocracia de carrera terminó por controlar los regímenes democráticos y parlamentarios. Gramsci denominará a esto “sistema social democrático- burocrático” como expresión de ese proceso neo corporativo y tecnocrático que llama americanismo. Así, el americanismo y el fordismo son dos caras de un mismo proceso que sucede articuladamente. Una racionalización técnica de la economía programada (fordismo) y una nueva cultura que acompaña ese proceso técnico (americanismo) (64).

Ese nuevo modelo que no es otra cosa que el modo en que se lleva a cabo la recuperación capitalista, un nuevo ordenamiento global de la sociedad donde todo gira alrededor de la producción y planificación para la misma, donde el Estado toma un rol preponderante en alianza con la producción industrial y el capital financiero.

Hay allí un proceso de racionalidad de las superestructuras, en donde su discusión acerca de la escuela y la cultura, señala Portantiero, tiene que ver con este proceso de adecuar racionalmente la cultura a las demandas de la economía. Así para Gramsci se replantea el problema de la hegemonía y también por supuesto el problema de la revolución, debido a que este proceso es pensado como el pasaje a una sociedad de masas donde la coerción y el consenso están apuntados a la adecuación de la toda la cultura a la producción. Con altos salarios y beneficios sociales para obtener la adhesión de los trabajadores y un disciplinamiento psicofísico a la nueva estructura industrial. Nueva cultura en tanto este proceso lleva modificaciones en la vida cotidiana. Gramsci observa en las iniciativas puritanas de los EE UU el modo en que el sistema busca adecuar “el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo” (66).

Sobre ese movimiento, Portantiero dirá

esta “revolución pasiva” enormemente abarcadora como propuesta, que recorre desde la estructura social y las costumbres hasta el papel del estado en la producción y su nuevo compromiso con las masas, es la respuesta de largo plazo del capitalismo para una situación de crisis orgánica, algo mucho más profundo y denso que la lógica catastrofista (...) que proponía contemporáneamente la III Internacional como clave para el análisis del capitalismo. (...) desde una confrontación con las nuevas realidades en desarrollo; su forma de analizar el nudo crisis – revolución a principios de la década de los 30 queda como uno de los ejemplos más densos, creativos y de larga duración que el marxismo occidental ha producido (67, 68).

En ese cotejo con las otras perspectivas que dominaron el movimiento comunista internacional es donde Gramsci adquiere para nuestro autor su resonancia. En el modo sociológico y no filosófico de analizar la realidad es donde coloca la clave de su efectividad.

Pero había un elemento más que justificaba su rescate de ese marasmo en el que había caído el marxismo, porque Portantiero también aseveraba que

sus preguntas se parecen a nuestras preguntas, sus respuestas se internan en caminos que creemos útil recorrer. Escribiendo para una Italia de hace cincuenta años en sus escritos reconocemos una respiración que es la nuestra, en otra punta del tiempo y del mundo (...) su problemática nos alcanza (67)

Poniendo así de relieve que era posible la traducción del comunista italiano, porque para nuestro autor no sólo era adecuado por los problemas que abordaba para pensar la cuestión de la revolución en occidente, también era valorado por el modo de encarar sus indagaciones, de ahí que afirmara

su esquema metodológico, el impulso de su indagación, resulta sobre todo pertinente para el estudio de aquellas sociedades cuyo desarrollo gira alrededor del estado y de sus crisis (...) sociedades aun no “maduras”, dinamizadas por el estado y por la política, pero en las que el estado es mucho más “bonapartista” que “despótico oriental” (...) sus alcances metodológicos tienen una concreta resonancia empírica para nosotros (...) en América Latina son el estado y la política quienes modelan a la sociedad (67)

Pero deberíamos preguntarnos ¿por qué Gramsci pudo sortear el juego de pinzas que la socialdemocracia y el movimiento revolucionario le colocaban como fuente de análisis al socialismo internacional? La respuesta está en que sus influencias no se

limitaban a seguir el canon que proponía el comunismo. Su mirada historicista, su perspectiva construida en su confrontación con lo más alto del pensamiento burgués le posibilitaba a Gramsci, de acuerdo con nuestro autor, sortear la encerrona del socialismo. En efecto, en el texto que comentamos en una extensa nota a pie de página Portantiero sostiene:

Gramsci cita ocasionalmente a Weber en sus cuadernos de la cárcel. Las referencias a *Economía y sociedad* (filtrada a través de una lectura de Michels), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y la traducción italiana de *Parlamento y gobierno*...El más citado por Gramsci es este último (...) Creo que es posible demostrar la gran influencia que ese texto de Weber tuvo sobre las reflexiones políticas de Gramsci, como análisis general de las transformaciones del estado en Europa y como marco comparativo para el caso italiano. El tratamiento que hace Gramsci de los temas de la burocracia y del cesarismo, por ejemplo, guarda significativas similitudes con el *approach* weberiano a la cuestión (71)

Y enfatiza al mismo tiempo que solo unos pocos italianos han llamado la atención sobre esta relación e influencia. Y en ese sentido debemos remarcar que entre los latinoamericanos que se involucraron en las polémicas sobre “la crisis del marxismo” y la revalorización o descubrimiento de la obra de Gramsci ninguno lo había hecho. Y ahí es donde Portantiero volvía a dejar su marca en el campo del socialismo entre nosotros.

Pero si para 1981 Gramsci podía ser revalorizado y sostenido en el marco de un redescubrimiento de su obra en la izquierda latinoamericana, Weber en cambio era la pieza maestra con la cual tramitaba “la crisis del marxismo” y mandaba al desván ahora no solo al estalinismo, sino a toda la tradición que remitía a Marx.

En esa dirección, en efecto, en 1982 a través de la publicación de una reseña crítica de los mencionados *Escritos Políticos* publicada en la revista *Desarrollo Económico*, Portantiero comentaba que se asistía a un revival del pensador alemán en el debate sociológico europeo y que el hecho se justificaba debido a la

percepción, a menudo patética, de que existen preguntas sobre el mundo contemporáneo que ni Marx ni los marxismos pueden responder. Otra omnipotencia teórica se ha desmoronado (¿qué quiere decir hoy ser marxista?) y, en los espacios abiertos sobre esa caída, obras monumentales

como las de Weber adquieren, inevitablemente, el carácter de un estímulo irremplazable (Portantiero, 1982: 78)

De ese modo provocador cerraba de algún modo su capítulo con el marxismo.

Y en ese mismo escrito afirmaba haber encontrado en Weber algunas claves para una reconsideración de la historia Argentina y latinoamericana. En este sentido, valoraba especialmente su aporte a una teoría del Estado, nacida de una “reflexión sobre esa revolución desde arriba (la construcción de la nación alemana)” que habría de “contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas como socio céntricas – marxismo, liberalismo- y, de alguna manera, a invertir ese esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado sino una sociología de éste”. Esa sociología del Estado, que podría suturar esa ausencia en la teoría marxista, se constituía en una herramienta fructífera porque además para nuestro autor era posible su traducibilidad. Así dirá que,

en este plano es donde el pensamiento weberiano se torna más sugerente para enfocar los procesos de construcción de la sociedad civil y el Estado en América Latina, genéricamente caracterizables por la ‘producción’ de la primera por el segundo, en el cuadro de un tipo de desarrollo capitalista no sólo ‘tardío’ sino también ‘dependiente’ (81)

Como hemos visto, todas las empresas políticas de los años anteriores, de forma contundente y polarizada, eran vistas ahora como obsoletas o autoritarias. La recolocación en el centro de la escena política no podía hacerse, de acuerdo al diagnóstico, si no se abandonaban las prácticas y las teorías que se habían sostenido de un modo definitivo y se pensaba en el socialismo y la democracia abandonado la guía de la teoría marxista. Así, para Portantiero, México, sintetizaba un ajuste de cuentas con sus años 60’ y por esa vía el cierre del capítulo de la “nueva izquierda” en Argentina.

5. Reinventar la democracia.

“En una tarde mexicana del año 83, cuando ya el retorno in patria asomaba con certeza en nuestro horizonte, le formulé la pregunta que tantos se hacían: por qué tentar ese regreso sin gloria dejando todo lo bueno que en México se había construido. Me respondió (...) seriamente aunque sonriendo: “Porque yo soy de allá”

(Oscar Terán, en el homenaje a Portantiero el 12 de abril de 2007, Facultad de Ciencias Sociales, UBA)

En este capítulo final, recorreremos el itinerario de Portantiero en los años de la recuperación democrática en la década del 80'. Más precisamente el modo en que la democracia es abordada por el Portantiero ya maduro que incorpora en sus reflexiones a la filosofía política como un elemento novedoso en sus interpretaciones, en un diálogo que cruza dos tradiciones, la tradición política liberal y la tradición socialista alejada de su vertiente marxista para conjugar democracia política con reforma social. En ese camino, estos son también los años en los que intenta contribuir a la transformación de la política argentina a través de una crítica a la cultura política de las grandes tradiciones de nuestro país, las de raíz nacional popular y la de los socialismos de tipo revolucionario, acentuando un camino crítico que ya hiciera en el exilio. En esa dirección, reconstruimos los escenarios políticos e intelectuales principales en los que esas tareas tienen lugar, las discusiones en las que su producción interviene y damos cuenta de las modulaciones que adquieren sus interpretaciones describiendo las influencias intelectuales que permean en esas elaboraciones.

5.1.1. La democracia como oportunidad y como problema.

Portantiero regresó al país el 14 de julio de 1983. Traía en la maleta además de las pertenencias de rigor, el saldo del ajuste de cuentas con las experiencias políticas de los años 60' y 70' y su derivado “la crisis del marxismo” y como consecuencia de esa reflexión crítica, un nuevo proyecto teórico y político: la democracia.

Efectivamente, si bien la reflexión sobre la democracia había comenzado a tomar forma en tierra azteca, la apertura de elecciones en el país en 1983 iba a colocar nuevos desafíos para pensarla. Ya no se trataba sólo de imaginar un orden democrático futuro,

sino que ahora los desafíos se presentaban en términos de *realpolitik* y Portantiero iba a levantar el guante de ese desafío que mostraba el nuevo escenario político. Es en ese sentido que su examen no iba a dejar de ser teórico pero también tendría un condimento programático.

En esa dirección, Portantiero iba a ocuparse de pensar a la democracia como la construcción de un nuevo orden social que adquirirá la forma de la invención de un sistema. Y ello porque sostendrá que la democracia fue siempre un anhelo, un orden deseado, pero nunca cumplido en la política argentina, debido al desencuentro de las tradiciones políticas de signo popular que fueran predominante en la política Argentina y el ideario liberal. También, porque tras la ruptura del régimen autoritario la democracia aparecía como la única salida política viable y deseada pero sin instituciones que la garantizaran en el proceso de transición y consolidación. Y por último, porque de acuerdo con su diagnóstico se estaba frente al fin de una época. Es por todo ello que en sus escritos aparecerán de modo insistente las ideas de invención, fundación y pacto para referirse a la democracia.

De ahí también que en términos programáticos la reflexión lo llevara a examinar el rol del Estado, la cultura política de los partidos nacional populares y el socialismo, el papel de las corporaciones, las formas de intervención de la sociedad civil en el escenario político para así proponer reformas, en busca de construir un sistema con nuevas reglas de juego y nuevos papeles para los actores del drama político argentino.

Tras esos objetivos, varios serán los escenarios en donde librará la batalla para pensar la democracia. Por un lado, el Club de Cultura Socialista fundado en 1984. Dos años más tarde se sumara *La Ciudad Futura* revista que oficiará como un órgano privilegiado del debate de la izquierda intelectual que ocupará el centro de la escena cultural de esos años. Por otro, el Grupo Esmeralda, donde como “consejero del príncipe” Portantiero colaborará con el primer presidente de la recuperación democrática. En esos frentes desplegará incansable una y otra vez las ideas sobre sus dos temas nodales de ese momento. El socialismo y la democracia.

5.1.2.El Club de cultura socialista, un espacio de debate sobre la modernización política y la democracia.

La iniciativa de fundar el Club estuvo a cargo del grupo que en México animó la mesa de discusión socialista y la revista *Controversia. Para el análisis de la sociedad argentina*, junto a quienes en el exilio interno comenzaron a publicar a partir de 1978 *Punto de Vista*,⁸⁴ sobre todo sus figuras principales de entonces, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio y Carlos Altamirano.

La idea de fundar un Club donde poder reunirse periódicamente para así debatir los temas de la política argentina, tomó forma durante un viaje de Gramuglio a México donde ésta se reunió con los argentinos en la villa olímpica, colonia donde estos vivían, y también a través de intercambios epistolares entre Altamirano y Terán⁸⁵.

El “grupo fundador” a la hora de abrir sus puertas en 1984 estaba compuesto por: José Aricó, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Juan Carlos Portantiero, María Teresa Gramuglio, Sergio Bufano, Marcelo Cavarozzi, Alberto Díaz, Rafael Filippelli, Ricardo Graziano, Arnaldo Jáuregui, Domingo Maio, Ricardo Nudelman, José Nun, Osvaldo Pedroso, Sergio Rodriguez, Hilda Sabato, Jorge Sarquís, Jorge Tula, Oscar Terán, Hugo Vezzetti y Emilio de Ípola”⁸⁶.

El formato de la nueva institución era una idea apropiada de los clubes políticos que por la época se inauguraban en Francia en apoyo al candidato socialista Françoise Mitterrand y de la cual estaban al tanto Portantiero y su grupo en México como Altamirano y Sarlo en Buenos Aires⁸⁷. En efecto, tanto los procesos de reconversión de los partidos comunistas de la Europa latina así como sus alianzas con los partidos socialistas eran un foco de atención privilegiado para esta formación de intelectuales que ahora convergía en un gran número en Buenos Aires y que buscaba también para la

⁸⁴ Para un análisis de *Punto de Vista* véase, Vulcano (2000), Baptiste (2012), Montaña (2012), Dalmaroni (2004), Patiño (1999) y Sarlo (2004).

⁸⁵ Entrevista con Carlos Altamirano. Noviembre de 2012.

⁸⁶ www.clubsocialista.com.ar/. Consultado el 10 de noviembre de 2012.

⁸⁷ Entrevista con Carlos Altamirano. Noviembre de 2012.

Argentina la modernización de los partidos tradicionales para poder ocupar el centro de la escena política en la recuperación democrática.

Ese era el objetivo primordial del Club, como lo había sido para los partidos comunistas de Italia y España algunos años antes y que fuera expresado de modo explícito por Paramio y Reverte en el número 1 de *Controversia*...en tiempos del proyecto del Eurocomunismo. Así en su declaración de principios sus fundadores expresaban “(...) encaramos ésta iniciativa con la certidumbre de que las posiciones socialistas no superaran su colocación periférica (...) si no se abren paso a una nueva reflexión teórica y una nueva cultura política”⁸⁸. Así buscaban ser la guía, una vez más, de los grupos y partidos políticos de izquierda llamando a un proceso de auto reflexión que alejara al marxismo y acercara a la democracia liberal. La denominación de Club por su parte, buscaba poder diferenciar a la institución de dos formatos clásicos, por un lado, quería deslindar la idea de que se estaba creando un nuevo partido político y por otro lado, de que fuera una institución científica o académica privada. Así el proyecto buscaba crear un espacio donde la discusión ideológica, no partidaria fuera el centro de la cuestión, para que vigorizara la vida política e intelectual de Buenos Aires.

El Club dio apertura a sus reuniones el 11 de julio de 1984 en una casa alquilada y costada por sus miembros en el número 42 de la calle Azcuénaga de la ciudad de Buenos Aires. Para el funcionamiento ordenado de la institución se elegía una comisión directiva que se hacía cargo de la coordinación por el lapso de un año a través de elecciones por listas que postulaban un presidente, un vicepresidente, un secretario, un tesorero, y una junta de vocales en asambleas extraordinarias anuales.

Las reuniones semanales se llevaban a cabo los viernes donde se ofrecían conferencias, mesas redondas y jornadas de debates. Además, se dictaban cursos sobre diferentes temas. Así, Portantiero ofreció durante varios semestres un curso sobre filosofía política y marxismo al cual podían asistir todos aquellos que pagaran una cuota. Aricó hizo lo propio dictando cursos que versaban sobre el comunismo latinoamericano y también sobre la historia del movimiento obrero.

⁸⁸ “Declaración de Principios del Club de Cultura Socialista” Citado en Ponza (2013).

En las reuniones ampliadas de los viernes se trataban temas de interés general pero que eran vistos como estratégicos para la reconstrucción de un socialismo democrático⁸⁹. Y así, el club se convirtió a poco de su inauguración en un verdadero foro de debate de toda la intelectualidad progresista de Buenos Aires. En su momento de mayor apogeo llegó a contar con más de 300 miembros, mostrando así su vitalidad y al mismo tiempo como los intelectuales más prestigiosos de Buenos Aires estaban integrados a la sociedad y ya no se agrupaban como en los 60' sólo en torno de proyectos anti sistema. Era un síntoma de que los tiempos habían cambiado, y de que los "ismos" habían desaparecido del centro de la escena del campo intelectual.⁹⁰

Si en los primeros momentos su concurrencia mayoritariamente se reclutaba entre los que habían vuelto del exilio y aquellos intelectuales que se habían quedado en el país resistiendo desde foros culturales como revistas y grupos de estudio, intelectuales que en promedio rondaban los 50 años, con el correr del tiempo y a medida que el Club iba ganando notoriedad fue sumándose gente más joven. Algunos provenían de las nuevas promociones de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Luego de 1986 con la inauguración de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad y con la creación de carreras nuevas en esa casa de estudios, como Ciencia Política y Comunicación Social estas también aportaron sus miembros. También estaba allí por supuesto, el contingente de la carrera de sociología que concurría a ver a sus profesores en un ambiente más distendido que el de la facultad para tomar cursos o escuchar conversaciones sobre política en tiempos en que los centros de estudiantes asistían a su recomposición. Como toda institución que crece y va ganando espesor tenía sus divisiones internas en términos ideológicos políticos. En efecto, si bien los unía un proyecto común que tenía que ver con la defensa de la democracia y los valores

⁸⁹ Así por ejemplo, Adriana Puigros dio una conferencia sobre los desafíos que debía enfrentar la educación en la nueva etapa de la política argentina y Adolfo Canitrot se refirió a los desafíos de la economía a fines de 1984. También disertaron en esos años dirigentes de la izquierda argentina, chilena, peruana y europea, economistas de extracciones diversas, dirigentes gremiales e intelectuales de otras instituciones político culturales. Al mismo tiempo los grupos de discusión versaron sobre; Problemática universitaria, socialismo, reforma constitucional y problemática urbana. *La Ciudad Futura*, Número 2, p. 4. 1986.

⁹⁰ Por cierto que eso no significa que no había voces disidentes a la orientación de estos intelectuales ni tampoco que las voces anti sistema no existieran, pero aparecían como residuales frente al poder hegemónico que tenía el proyecto democrático y en muchos casos esas otras posiciones desaparecieron rápidamente. Para un análisis de esas otras voces véase Patiño (2006).

progresistas, había miembros que sus simpatías políticas se inclinaban por el Partido Intransigente, la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular, junto a algunos jóvenes sin filiación política que buscaban inmiscuirse en ese clima de ideas de gran vitalidad que proporcionaba la recuperada democracia. Los mejores años del Club coincidieron con los años de mayor popularidad del gobierno de Alfonsín. Así entre 1984 y 1987 aproximadamente, animó el debate cultural casi sin fisuras, pero ese impulso modernizador que sus intelectuales se proponían imprimirle al debate político tuvo dos traspiés importantes que mellaron su convocatoria y también su dinamismo. Por un lado, provocó un cisma el retiro de algunos de sus miembros por diferencias con la toma de posición que debía llevar adelante la institución a propósito de algunas leyes que el presidente Alfonsín promulgo hacia fines de su mandato⁹¹. Por otro, la muerte de Aricó en 1991 que dejó al Club sin su animador cultural más importante y perdió así a su principal líder carismático que acogía e integraba a la institución a todo aquél que quisiera formar parte de la institución⁹². Como sea, en su larga vida (el Club cerró sus puertas definitivamente en el año 2008) mostró algunos hitos importantes no sólo en materia cultural sino también en materia política. Sin ser exhaustivos pero como muestra de su valor, podemos mencionar que Elisa Carrió lanzó allí su Alianza para una República de Iguales (ARI) en el año 2002 y el sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso consultó con sus miembros más eminentes, estos viejos compañeros del exilio en los años 70', entre ellos Portantiero y De Ipola, su parecer acerca de su proyecto de ser candidato a presidente de Brasil.⁹³

⁹¹ Hacia 1986 el gobierno de Alfonsín que había sorteado con éxito las elecciones de medio término del año anterior, comienza a tener dificultades en su gestión jaqueada por la presión de las Fuerzas Armadas que se resistían a ser enjuiciadas en su totalidad por los delitos cometidos en la dictadura militar. Esto dio como resultado dos leyes que levantaron mucha polémica dentro del Club y en la sociedad en general, la promulgada en ese año "Ley de punto final" y la que completó ese proceso al año siguiente denominada "Ley de obediencia debida" por la que decretaba que no habría nuevos juicios contra militares por violaciones a los derechos humanos. A esto debe agregarse las dificultades que el plan económico del gobierno comienza a mostrar de manera grave con el fracaso del "Plan Austral" puesto en marcha en 1985 y su reemplazo por el "Plan Primavera" en busca de estabilizar la inflación galopante que comienza a tener lugar en 1988. Para una reconstrucción pormenorizada de estos puntos véase, Pucciarelli (2006).

⁹² Entrevista con Lucas Rubinich, Op. Cit.

⁹³ Entrevista con José Emilio Burucua. Julio de 2009.

5.2.2. La Ciudad Futura. Última estación de una larga genealogía.

Portantiero estaba habituado a formar parte de una institución clave de la vida cultural como son las revistas. En efecto, no solo en el PC en el que realizó sus primeras armas como crítico literario participo de ellas intensamente, también a partir de formar una cofradía con los cordobeses que emprendieron *Pasado y Presente* y por esa vía convertirse en compañero inseparable de Aricó, hizo de las publicaciones de discusión política su órgano de expresión más habitual.

Es que Aricó pero también Jorge Tula hicieron después de su salida del PC de la actividad editorial su medio de vida. Así, con ese oficio dieron forma a las dos etapas de *Pasado y Presente*, a la serie de libros que formaron parte de la colección de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, fundaron la editorial Garfio a mediados de los años 60', ya en los años 70' promovieron la fundación de la editorial Siglo XXI de Argentina, y en el exilio además de continuar con estos dos últimos emprendimientos, promovieron la edición de la revista *Controversia*...y Aricó se dio a la tarea de poner en marcha también a la editorial Folios⁹⁴. Esa trama cultural oficio siempre como telón de fondo en el que la figura de intelectual que encarnaba Portantiero podía recortarse.

Así, cuando todo el grupo regresó poco a poco a Buenos Aires en 1983 retomaron esa labor, primero fundaron la librería Ghandi sobre la avenida Corrientes que se convirtió por esos años en la más importante de la ciudad. Y luego en 1986 comenzaron la publicación, con Portantiero, Tula y Aricó como directores, de *La Ciudad Futura*. Si bien la revista no fue estrictamente el órgano de difusión del Club de Cultura Socialista, sus lazos de continuidad eran evidentes en tanto muchos de estos intelectuales formaban parte de las dos instituciones, al tiempo que la revista anunciaba las actividades que se llevaban adelante en el Club. Así, la revista condensó de algún modo muchos de los debates que el Club Socialista postulaba en sus reuniones semanales en forma de Dossier y secciones especiales. Por eso *La Ciudad Futura* privilegió dos grandes nudos problemáticos caros a los intereses de estos intelectuales en sus primeros años, la discusión sobre el ideario socialista y las problemáticas ligadas a la transición de

⁹⁴ Para un análisis pormenorizado de estos emprendimientos culturales véase, Cortez (2014) y García (2013).

la democracia. No por nada sus jefes promovían la discusión dentro de la izquierda. Tula como un muy activo dirigente del Partido Socialista, Aricó como quién exploraba con mayor esmero las potencialidades del marxismo para pensar su actualidad y su traducción para América Latina, a contrapelo de su grupo de pertenencia que abandonaba poco a poco ya desde el exilio en México su filiación a esa tradición. Y Portantiero por su parte, buscando interpelar a la tradición socialista, sobre todo a aquellos grupos que tildaba de “arcaicos” compeliéndolos a comprometerse con los valores de la democracia liberal. Como sea, *La ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, publicó entre agosto de 1986 y enero de 1990, 20 números, algunos en formato doble (3 y 4; 8 y 9; 13 y 14 y 17 y 18). Y Como el subtítulo lo indicaba la cultura socialista fue un eje central de la publicación. Insistió mucho, en ese sentido, en la idea de que el socialismo debía modernizarse. Así, en su primer número el título a una entrevista a Michel Rocard, político socialista francés de la primera línea del partido, que fuera en 1988 primer ministro, decía “atrevámonos a decir que hemos cambiado”. En esa dirección también la revista se ocupó de la Revolución Rusa, de su legado y de la marcha de los cambios que en los años 80’s se llevaban adelante con la jefatura de Gorbachov. Otro lugar destacado lo ocupó el análisis de las tendencias de la socialdemocracia en Europa. Por otro lado pero en la misma dirección, el rescate de figuras como Alfredo Palacios, Alejandro Korn y Juan B Justo, marcaban el modo en que quería fundarse una tradición con nombres propios. Una tradición selectiva que enfatizaba los vínculos entre socialismo y democracia y que por esa vía apelaba al reformismo.

Una entrevista al teórico de la economía ruso Alec Nove y una conversación con el sociólogo alemán Claus Ofee, buscaban enriquecer el debate sobre las orientaciones de izquierda en el viejo continente. En esa dirección en el número 20 Ulrich Klose era presentado como un intelectual al que había que prestar atención con su nuevo programa para la social democracia alemana. Esa intención y ese vínculo con esas otras experiencias socialistas lo reforzaban con noticias de publicaciones como *Leviatán* de España y *Convergencia* de Chile dos revistas que buscaban la renovación en sus países de la cultura socialista. Y ese era precisamente el objetivo explícito de *La Ciudad*

Futura, renovar la cultura política de la izquierda, democratizarla, modernizarla y buscar su innovación, estos términos aparecían como palabras clave, para su apuesta política y cultural de modo regular.

En el ámbito local la batalla iba en el mismo sentido, así, la publicación buscaba introducir un debate amplio sobre la izquierda en Argentina tratando de imaginar cuales eran las coordenadas que el socialismo debía sostener. Aricó ensayó propuestas para una renovación del comunismo en “otro congreso, otro estilo” en el número 1. El socialismo y su relación con el Estado que tantas controversias traía en el campo de la izquierda era también puesto a discusión. La izquierda frente a las elecciones y el papel de los socialistas en el concejo deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, así como el papel de la izquierda en la transición fueron puestos a debate en un reportaje que en 1989 le hiciera el consejo de dirección de la revista al candidato socialista a legislador por la ciudad, Norberto La Porta. En esa dirección, el debate sobre la izquierda ocupó secciones especiales en dos números el doble 6 y 7 y el 11, en el número siguiente Torcuato Di Tella ensayo la cuestión de cómo debía ser pensar un partido socialista de masas. También Sergio Bufano un periodista que había compartido el exilio con el núcleo central de la publicación y por esos años estaba muy cercano al presidente Alfonsín, en el número 15, llamaba a buscar los caminos para una efectiva democratización en las filas de la izquierda.

El debate sobre la coyuntura en esos años de la transición también estuvo muy presente en las preocupaciones de la publicación. El suplemento número 1 parte de su primer número se tituló “¿Una segunda república?” a propósito de una propuesta en esa dirección del presidente Alfonsín. Allí también Sarlo trazó un dibujo del nuevo gobierno en su figura principal (perfiles de un presidente). La marcha de la economía, el sindicalismo y el mundo del trabajo, la cuestión obrera (a cargo sobre todo de Julio Godio) junto a los problemas de la universidad y la educación en general así como la cuestión de las Fuerzas Armadas y su papel en la democracia recorrieron sus números.

En definitiva, podría definirse al perfil de la revista como un amplio y ambicioso programa que buscaba renovar al socialismo, modernizarlo y todavía más, crear una

nueva cultura política para el mundo de la izquierda para que se convirtiera en un polo democrático de atracción. En un diagnóstico, severo por cierto, que sostenía que la cultura política en la Argentina tenía un fuerte componente autoritario en la lógica de todos sus actores principales (todos los partidos políticos, pero también las Fuerzas Armadas y la Iglesia junto con el sindicalismo y los empresarios).

Así, la revista buscaba estar conectada con las innovaciones de otras tradiciones de izquierda que se renovaban sobre todo en Europa y por eso exploraba a través de diversos testimonios (como lo muestran la serie de reportajes que señalamos) nuevos caminos para esa innovación. Pero siempre buscando colocar la idea que la renovación debía ocupar a todo el sistema social.

Portantiero por su parte, emprendió esa tarea en varios de los artículos que escribió en la publicación⁹⁵ buscando hacer eje en varios planos. Así, en *Transformación social y crisis de la política*, daba cuenta de cómo la Argentina moderna e industrialista nacía en los años 30'. Las transformaciones que perduraran por largo tiempo se habían producido allí con la quiebra del modelo agroexportador producto del crack del 29' pero donde además de esa descripción sostenía que a esas transformaciones los viejos actores de la política y el Estado liberal no podrán darle una resolución política adecuada. Eso y no otra cosa, explicaba para Portantiero, la conjunción de una alianza policlasista exitosa que conformaba el primer el peronismo. En la misma dirección en el homenaje a Gramsci que la publicación le dedicara al cumplirse 50 años de su muerte, Portantiero escribe en su artículo *Gramsci en clave latinoamericana*, que la categoría “nacional – popular” es el núcleo de toda su reflexión sobre la hegemonía, porque allí se anudan los problemas para una verdadera emancipación en tanto lo popular es el elemento central de la revolución. Los intelectuales, el otro polo de agregación que hace al concepto, son los encargados de que lo nacional y popular puedan fusionarse en un programa

⁹⁵ Portantiero publicó 10 intervenciones a lo largo de los 20 números que reseñamos. En el primero “Una constitución para la democracia”. En el número 2 “De la contradicción a los conflictos” los 2 de 1986. En el número 4 “Transformación social y crisis de la política”. En el número 6 “Gramsci en América Latina. En el número 7 “Ernesto Guevara, argentino”. En el número doble 8-9 “La democracia es un trabajo siempre problemático para la sociedad. Conversación con Pierre Rosanvallon”. ” de 1987. En el número 11 “El socialismo y el tema del Estado” de 1988. En el número 15 “La distancia entre la política y el terror”. En el número 16 “La transición democrática y la izquierda política”. Y por último en el número 20 “¿Crisis de la política? Todos de 1989.

socialista, pero cuando esto no ocurre como en fue el caso de Italia, se produce el fenómeno del “transformismo”. Entre nosotros, sostiene Portantiero asimilando la situación, fueron “(...) los partidos nacional populares los que capturaron lo nacional popular con un discurso organicista y estatista que rescataba la herencia paternalista de la concepción tradicional de la política. Elaborando “desde arriba” lo nacional popular” (12). Poniendo una vez más de manifiesto como los partidos de izquierda sucumbieron en el intento de representar al proletariado y transformar la realidad política en una dirección socialista, pero al mismo tiempo deslizando su crítica al peronismo al que también le dedicará por esos años sus reflexiones.

En su crítica a la cultura política de izquierda y en su búsqueda de una renovación del campo socialista para que acompañara la democracia, volvería en el número 11 de la revista en *El socialismo y el tema del Estado*. Allí Portantiero sostiene que el cuadro de situación de la política Argentina está enmarcado en un tipo de capitalismo subsidiado con un estado prebendalista, de ahí que lo que estalla en la década del 80’ es el modelo de “la economía cerrada, del capitalismo asistido y del estado feudalizado por las corporaciones. Ese es el modelo que hay que transformar” (3). Lo que sostiene Portantiero es que la izquierda no enfoca correctamente el tema. Y la derecha no habla de los privilegios del capital, nada dice de quitar esos privilegios, como los subsidios y seguros contra riesgo de inversión. Y a propósito de las privatizaciones que esta propone y como trata el tema en general, la derecha, acusa, tiene un doble discurso. Pero lo que más le interesa es cómo encara el tema la izquierda. Lo primero que hace al igual que el populismo y el sindicalismo, sostiene nuestro autor, es negar el problema y que por eso son incapaces de hacerse cargo de “una crítica profunda al funcionamiento del capitalismo en Argentina” (4) producto de una cultura política que deriva del leninismo que piensa que el capitalismo de Estado es la antesala del socialismo:

cuestionar ese razonamiento es introducirse en un nudo de la discusión con la izquierda local (incluyendo en ella a su variante “nacional popular”) que deseamos realizar desde las columnas de ésta revista. Por nuestra parte reivindicamos la otra vertiente cultural del socialismo: La descentralizadora y autogestionaria; la que piensa que socialismo y estatismo no son sinónimos sino, en el límite, opuestos (04,05)

En ese sentido y siguiendo con el razonamiento afirmaba, “es hora, pues, de discutir en serio sobre la decadencia de un modo de vinculación histórica entre el capitalismo y el Estado y entre el Estado y las masas; sobre un modo de acumulación y sobre un modo de hegemonía que ya no funcionan” (05). Portantiero busca transformar el modo de funcionamiento del capitalismo en Argentina y eso implicaba a su juicio la reforma del Estado, debido a que tenía “la certeza acerca de que el Estado argentino tal cual es favorece sobre todo a las expresiones parasitarias del capitalismo (...)” (05).

Pero ello implicaba que la izquierda y su cultural política tradicional, basada en “la demanda de Estado”, dieran paso a la reivindicación del control público o social de las decisiones económicas. “Este último aspecto permitiría intervenir en el debate con una óptica menos primitiva que la de los “privatistas” o “estatistas” a ultranza” (05) incrementando el poder de la sociedad. “Esto es, ayudar a crear entre el mercado y la burocracia, un espacio público que pudiera asegurar una mayor información, participación y descentralización de las decisiones, por vía de la co gestión o de la administración autogestionaria o cooperativa” (06), sin que esto, dirá, reemplace al gobierno. Propiciaba así un socialismo que no creía que estatización es lo mismo que socialización, en la línea que por la época manifestaban las socialdemocracias europeas.

En el número siguiente volvería a insistir sobre la idea de la transformación de la cultura de izquierda. En abierta polémica dirá que la izquierda no se renovó, que para esta la democracia sigue siendo formal debido su visión “clasista” “vanguardista” producto de una visión sustancialista de la política donde aparecen “Subordinadas como formales, las reglas del juego de la democracia política, en una sociedad autoritaria y corporativa como la nuestra (...) con todas las consecuencias negativas para el proceso de transición” (10). Portantiero incitaba a la izquierda a aceptar la democracia política para que la derecha no los utilizara como coartada. En su visión la democracia debía ser un espacio para ser usado y no afirmar como lo hacía la izquierda que era una farsa tras la que se esconde el autoritarismo y la explotación. En esa dirección Portantiero

criticaba al XVI Congreso del PC argentino que abrazaba la vía revolucionaria siguiendo los pasos de Centroamérica. Para luego volver sobre el tema del capitalismo argentino:

mucho se ha avanzado en esta breve transición democrática en el debate público acerca de los modos perversos de funcionamiento del capitalismo argentino, corporativo y subsidiado. Con un estado que subsidia a capitalistas mucho más dispuestos a la especulación que al riesgo de la inversión (10)

Pero la izquierda, a su juicio, no se involucraba en ese debate y no veía ese problema debido a estar sumido en visiones de décadas pasadas. Esto, para nuestro autor, abría paso a que la crítica quede del lado del liberalismo conservador que esgrimía un “sálvese quien pueda” como solución. Así había dos extremos, el de un estatalismo simplista y un feroz mercado sin controles, de ahí que Portantiero buscaba fundar una tercera posición que cortara por el medio de esos opuestos extremos. Por eso buscaba colocar un debate en la izquierda con tres temas que creía eran centrales: la democracia política o formal; la caracterización de la relación entre capitalismo y Estado en sociedades periféricas y la cuestión de las reformas como un elemento central en la lucha por el incremento de la participación. Que reenviaba a su idea de participación de la sociedad, de crecimiento de su autonomía, de capacidad de autogestión de consumos vitales como la salud y la educación, de introducir criterios de democratización en la producción y descentralizar la gestión del Estado. Pero no sin amargura Portantiero sostenía que en lugar de pensar esta agenda de temas. “(...) la izquierda ha tildado de posibilista a todas las formas de participación intrasistema (...)”.

En el mismo número Portantiero comenta a modo de reseña *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, de Jorge Sabato. Lo primero que afirma es que el libro “propone una serie de hipótesis capaces de explicar los pobres resultados de nuestro capitalismo, a partir de un conjunto de causas endógenas, más allá de las socorridas versiones de nuestro sentido común “nacional popular”, que ven a nuestros fracasos como el producto de una conspiración universal” (45).

Resultado de una alianza entre la oligarquía terrateniente atrasada y el capitalismo extranjero. Visión que para nuestro autor sostenían tanto progresistas como nacionalistas. Más allá de los personajes que encarnaban ese compromiso antinacional,

Sabato desmiente esa imagen –señala Portantiero- para mostrar que el comportamiento típico de esa clase dominante es el especulativo que no buscaba mayor productividad y que el excedente que, grande por cierto, que estos controlaban no se tradujo nunca en un crecimiento de la inversión. De ahí

la etapa actual de un capitalismo asistido que fusiona a un Estado prebendalista con una clase dominante subsidiada y que encuentra hoy en la llamada “patria financiera” su lugar “natural”. Y donde el Estado era (y es) así, un espacio cuyo control permite favorecer discrecionalmente a unos y perjudicar a otros (46)

Así Portantiero colocaba una agenda de problemas que buscaba interpelar a la izquierda para inmiscuirse en un debate que avizoraba como urgente en el convencimiento de que una etapa del capitalismo había terminado (el de los llamados “Estados de Bienestar”) buscando al mismo tiempo modernizar la cultura de izquierda para poder construir una transición democrática que renovara al capitalismo, lo hiciera más eficiente y tuviera a la izquierda en un papel protagónico, allí yacía el núcleo de su colocación política de esos años.

Así, estos intelectuales que había comenzado su periplo a principios de los años 60 buscando renovar el marxismo dentro del PC seguía en los años 80 recostado en el ala izquierda del espectro ideológico ahora buscando renovar al socialismo en busca de adecuarlo a la democracia.⁹⁶

Como sea, esas intervenciones de la revista se articulaban con otro escenario en donde Portantiero iba a colocar los mismos temas pero desde una cercanía con el poder mucho más estrecha.

5.2.3. El Grupo Esmeralda. Los consejeros del príncipe y guardianes de la democracia.

El “Grupo Esmeralda” en efecto, será otro de los escenarios en los que nuestro autor tratará de colocar una agenda nueva de temas para el universo de la izquierda y para la naciente democracia pero desde una posición que implicaba un compromiso más

⁹⁶ Sobre la *Ciudad Futura* véase. Montaña (2014), (2012). Reano (2012). Garategaray (2013).

directo con la política. Esa colocación supuso pensar ya no solo las condiciones para la democracia desde un plano teórico, sino un programa y un plan concreto de reformas. La experiencia merece ser destacada no solo porque Portantiero tuvo un rol predominante, sino también porque muestra muchas de las facetas clásicas que aparecen cuando intelectuales y política tienen una relación estrecha.

Intelectuales y política.

Como es sabido a diferencia de lo que ocurre en países como Brasil o México, en Argentina los intelectuales se han integrado poco a la “arena estatal” y a los partidos políticos a lo largo del siglo XX. En efecto, como se recordará, los partidos populares tanto el peronismo como el radicalismo fueron en general poco afectos a integrar a los intelectuales a sus elencos de gobierno y mucho menos a formar con ellos un grupo que los asesorara e hiciera las veces de “consejeros del príncipe”⁹⁷. La excepción hasta llegar a la época de la cual aquí nos ocupamos fue el gobierno de Frondizi, cuando convocó a los intelectuales nucleados en la revista *Contorno* que capitaneaban los hermanos David e Ismael Viñas. Una relación que duró poco debido a que algunas decisiones del presidente hicieron que rápidamente estos comenzaran a hablar de “la traición Frondizi”.

Idea que reforzó la desconfianza que pesaba sobre los partidos desde el ala izquierda del campo cultural luego de la caída del peronismo. Esa fue hasta que llegaron los años 80’, la última vez que intelectuales de izquierda y gobierno colaboraron.

Es por eso que la experiencia del “Grupo Esmeralda” constituyó un verdadero parte aguas en esa historia de desencuentros. En primer lugar porque el vínculo fue duradero, en segundo lugar, porque la democracia recuperada de los años 80’ integro al proceso democrático a muchos intelectuales de izquierda y de extracción peronista en busca de la renovación de sus estructuras.

En ese sentido, los casos mexicano y brasileño, como mencionamos, constituyen experiencias bien diferenciadas del caso argentino. En efecto, si se piensa en el caso del

⁹⁷ A Yrigoyen y a Marcelo T. de Alvear no se le conocen intelectuales cercanos a sus gobiernos. A Perón en cambio sí pero curiosamente ocupando lugares en la estructura estatal que poco tenían que ver esos hombres de pensamiento. Dos son los casos emblemáticos que se recuerdan de su primera presidencia. Arturo Jauretche como presidente del Banco de la provincia de Buenos Aires y Raúl Scalabrini Ortiz como director de ferrocarriles argentinos.

país azteca los intelectuales han estado integrados a los centros del poder y han participado del Estado desde antes de la revolución. Porfirio Díaz y Victoriano Huerta, contra quienes se levantaron los revolucionarios, contaban en sus elencos de gobiernos con figuras de la cultura mexicana desde finales del siglo XIX. La revolución profundizó esta característica ya que los intelectuales fueron parte del nuevo diseño que puso en marcha el proceso revolucionario. En efecto, los intelectuales vinculados al Ateneo de la Juventud creado en 1909, en las postrimerías del porfiriato, aportó por ejemplo, a una figura como Alfonso Reyes, escritor notable y diplomático de la revolución. Esos mismos ateneístas dieron curso, asimismo, a la Universidad Popular, buscando quebrar el elitismo de los intelectuales porfiristas. José Vasconcelos también salido de las filas del Ateneo y seguramente el intelectual más importante de los años primeros de la revolución, hizo un trabajo notable como animador de la política educativa. Hijo de un burócrata del porfiriato, a él se debe entre otras cosas el fomento del nacionalismo cultural que posibilitó el desarrollo del muralismo en México encumbrando a figuras como Orozco, Rivera y Siqueiros. La revolución prohió con estas incorporaciones un cambio ecológico en el mundo cultural, dando lugar al intelectual de origen popular. Posibilitando así que muchos pudieran incidir en la definición de importantes políticas gubernamentales. Estos también fueron los protagonistas de una nueva cultura producto del proceso revolucionario. La literatura, la pintura y la música se renovó al calor de los nuevos grupos y clases que protagonizaban la revolución. Al grupo de los ateneístas se sumó a la escena de la revolución el grupo de “los 7 sabios” en 1915, que crearon novedosas instituciones, según Garcíadiego (2010) “si los primeros fueron unos humanistas diletantes, los segundos fueron intelectuales íntimamente comprometidos con la reconstrucción y la transformación del país: eran intelectuales de “pico y pala” (34). Estas dos formaciones intelectuales, a las que se unieron varios otros miembros del ámbito de la cultura, animaron la fusión entre campo político y campo cultural hasta la mitad del siglo XX. Pero como parte de una tendencia que se prolongó más allá de esta fecha y que no ha cesado hasta la actualidad. Esto es lo que posibilita que Garcíadiego afirme

la relación del Estado mexicano posrevolucionario con los intelectuales tiene características únicas. (...) dicho Estado asumió como propia, imprescindible e impostergable la función de fomentar una identidad nacional que definiera a México como un país nacionalista, justiciero y progresista. Esto facilitó el establecimiento de relaciones fluidas y abiertas con los intelectuales, y hasta mediados del siglo XX apenas hubo quienes fueran críticos o radicales del gobierno (36)

Si bien esa tendencia se revirtió en las décadas siguientes sobre todo en los años 60' cuando la Revolución Cubana hizo quedar para los intelectuales mexicanos como tibias las reformas de su revolución, incluso en la actualidad sigue contando con esa relación fluida como parte de una tradición que tiene altibajos, desencuentros pero que nunca se termina.

El caso brasilero muestra otra modalidad de esta fluida relación. En ese sentido, Areas Peixoto (2010) sostiene “en el Brasil, es notoria la presencia contundente de intelectuales en los cuadros del servicio diplomático desde el siglo XIX hasta nuestros días” (98). Esa atracción de los intelectuales por Itamaraty se remonta a los años del imperio y permite visualizar una diversidad de profesiones culturales en las áreas del servicio diplomático. Escritores, periodistas, artistas e historiadores han combinado a lo largo del tiempo su vocación por la vida intelectual con la política. Como le ocurriera a México y a decir verdad a todos los países latinoamericanos, sólo en los años 60', al calor del influjo de la Revolución Cubana, este vínculo estrecho entre campo político y campo cultura, se aflojó cuando los artistas e intelectuales brasileños pasaron a formar parte de las filas de “la revolución” (Ridenti, 2010) Para luego, a fines de los años 70', retomar ese vínculo estrecho entre elite cultural y elite política. La coronación de ese vínculo lo constituye, quizás, la presidencia de Fernando Henrique Cardoso, el sociólogo brasileño más importante que ha tenido América Latina cuando en los años 90' fue dos veces presidente de la república. Estos dos casos que mencionamos ilustran paradigmáticamente, el lado opuesto de esa relación con respecto a la Argentina.

Como sea, y retomando el caso que nos ocupa, debemos destacar que el “Grupo Esmeralda” (el nombre hacía alusión a la calle en la que se ubicaba el departamento

donde se hacían las reuniones de la comitiva que lo conformaba) estaba integrado por un equipo que tenía una compleja división del trabajo.

Por un lado, estaba el grupo que lideraba Carlos Nino a cargo del asesoramiento en materia de leyes y cuestiones relativas a los derechos humanos. Así, cuando el presidente Alfonsín puso en marcha su denominada política de “Verdad y Justicia” relativa a la cuestión de los crímenes cometidos por la dictadura militar, Nino fue un pilar central de los fundamentos en los que esa política se asentó. Por otro lado, se conformó un grupo que se encargaba de hacer análisis del discurso, coordinado por la doctora en semiología Margarita Graciano al retorno de su exilio en México, lo integraban además, Daniel Lutsky, Gabriel Kessler y Claudia Hilb de la carrera de sociología de la UBA. El objetivo primordial del grupo era hacer un seguimiento de la imagen presidencial a la manera de los estudios de opinión que se hacían en los países centrales. Así, se procesaban encuestas, se hacían trabajos en la forma del focus group que se apoyaba en la empresa de comunicación IPSA, para luego una vez obtenidos los resultados estos fueran enviados a presidencia. El producto final eran informes sobre trabajos hechos por ellos mismos y por otros organismos tanto públicos como privados que luego se discutían con el presidente en la quinta residencial de Olivos. De acuerdo con Basombrio (2010) y Elizalde (Op. Cit) Estos trabajos sobre medios y opinión publica buscaban aportarle al presidente una mirada crítica sobre su gestión y que a la vez fuera independiente para poder controlar los efectos de las medidas en el humor social.

Estos equipos que eran conformados en su mayoría por extra partidarios y que buscaban en todos los casos modernizar al viejo partido radical y colocarse como un gobierno de avanzada, tenían en su pirámide la dirección general de Eduardo Issaharoff, psicoanalista y epistemólogo, que se encargó en los primeros momentos del flamante gobierno, de escribir algunas notas y apuntes para sus primeros discursos hasta que le propuso la idea al presidente de conformar un equipo de “asesores de discurso” o como se denomina en inglés, de “the speech writers” emulando a los americanos que colaboraron con Roosevelt y por la época también tuviera el presidente francés Françoise Mitterrand, para que de manera exclusiva se encargara de esos temas.

Con el visto bueno de Alfonsín, Issaharoff comenzó una ronda de entrevistas para conformar un equipo estable. Así reclutó a Fabián Bossoer un estudiante de Ciencia Política que por aquel entonces hacía sus primeras armas como periodista cuando contaba con tan solo 20 años. La segunda incorporación fue la de Pablo Giussani, editor, como se recordará, de la revista *Che*, que se publicara a principios de los años 60, cuando este era jefe de una de las fracciones disidentes del PS en tiempos en que se conformaba lentamente “la nueva izquierda”. Giussani se incorporó a los equipos de Alfonsín en 1984 abandonando así su exilio en Italia, tras una ronda de conversaciones e intercambios epistolares con el propio Alfonsín. La tercera incorporación, fue la del periodista del diario *Clarín* Pedro Pasturezzi quién había formado parte en los 60’ de la renovación del marxismo en la Facultad de Filosofía y Letras⁹⁸.

Antes de esto y sobre todo durante la campaña presidencial en vista a tratar de ganar las elecciones, Alfonsín ya contaba con un grupo de asesores que se encargaba de los discursos. En efecto, Dante Caputo, quien fuera su ministro de Relaciones Exteriores y Jorge Sabato quien fuera su ministro de Educación, eran miembros del Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA) institución a la que Alfonsín se vinculó ya durante la dictadura, sobre todo a través de Jorge Roulet miembro del CISEA y amigo personal del dirigente radical. Alfonsín comenzó a reunirse con sus miembros, interesado por las publicaciones y los temas de estudio que estos llevaban adelante. Una vez por semana se encontraban durante un almuerzo en el restaurant del barrio de Congreso El Globo. Así, cuando comenzó la campaña presidencial Caputo y Sabato comenzaron a elaborar los discursos de Alfonsín para las presentaciones públicas. Muchas de las consignas de esa campaña tuvieron origen en esas reuniones del Globo, como también el libro elaborado por el CISEA *La cuestión argentina* y muchos de los discursos que Alfonsín emitía en los seminarios internacionales a los que era invitado. Además de ese trabajo de escritura, Caputo y Sabato le sugerían lecturas que también formaron parte muchas veces de sus discursos. Durante la campaña estos se afiliaron al partido radical y luego se incorporaron al elenco de gobierno como ministros. Dejando vacante el lugar de asesores para armar los discursos. Esa relación

⁹⁸ Para un estudio exhaustivo del “Grupo Esmeralda” véase Elizalde (2012) y Pavon (2013).

fructífera con el CISEA se coronó cuando la mitad del equipo que formaba parte de esa institución se incorporó al elenco de gobierno.

Así fue que ese equipo conformado por Bossoer, Giussani y Pasturenzi llevo adelante la tarea de idear los discursos del nuevo presidente para todas la áreas de gobierno. A estos se sumaron entre 1984 y 1985 el historiador Hugo Rapoport y el publicista Marcelo Cosin junto a un grupo de estudiantes de diferentes carreras entre los que se contaban Damián Tabarosky, Eva y Laura Goodbar y Carlos Soukiasian. En 1986 a instancias de Pasturensi se incorporó al equipo Sergio Bufano también periodista y que fuera integrante del grupo que en México editó *Controversia. Para un análisis de la Realidad Argentina*.

El grupo en un primer momento funcionaba de manera casi secreta, dependiendo directamente de presidencia y se financiaba con fondos reservados. Que el tándem existía fue gracias a que varios medios de prensa comenzaron a circular a modo de información off the record su vigencia al tiempo que se preguntaban de modo casi retorico ¿quiénes eran los que estaban detrás de los discursos del presidente?

Como sea, no debemos dejar de mencionar que el alma de esa idea que postulaba que Alfonsín debía rodearse de hombres destacados del campo cultural, para que lo asistiera en la tarea de dar forma a una democracia moderna y efectiva era un empresario dedicado a la selección de personal llamado Meyer Goodbar. Él fue quién le presentó a Alfonsín al psicoanalista Issaharoff, y también fue el responsable de acercar al presidente a Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero para que colaboraran en la tarea.

Goodbar conocía a De Ipola y Portantiero de la época en que eran estudiantes universitarios en los años 60', de ahí se remontaba su amistad con el primero, al que llamo una tarde de 1985 para sumarse a la comitiva. Ese es el origen de la estrecha relación, no exenta de tensiones por cierto, de Portantiero con el presidente Alfonsín.

Pero no debemos dejar de anotar que esa relación había tenido un efímero acercamiento anterior. En efecto, Portantiero y Alfonsín se conocieron en el año 1981, a propósito de una reunión de académicos latinoamericanos realizada en Costa Rica⁹⁹.

⁹⁹ Nos referimos a la conferencia organizada por CLACSO "Las condiciones sociales de la democracia".

En ese encuentro el único político invitado fue el dirigente radical que en la ocasión pronunció un discurso que instaba a trabajar por la democracia, al tiempo que expuso su visión sobre la marcha de los acontecimientos políticos que estaban ocurriendo en la región y en el país. Al terminar la última jornada, los argentinos entre los que se encontraba Portantiero, conversaron con Alfonsín, y éste ahondó en el panorama de la política argentina, advirtiendo sobre el comienzo de los problemas del gobierno de la junta militar. Allí también expuso su visión de los derechos humanos y de cómo pensaba una salida política a la dictadura militar. Sobre el final les contó que su gira lo llevaría a Europa para seguir de cerca los procesos políticos de los países latinos.

Tanto en su alocución pública como en la charla con los argentinos Alfonsín instó a pensar en la democracia y la modernización de la región como la única salida civilizatoria y razonable frente a las dictaduras colocándose a ojos de los asistentes como el dirigente que podía motorizar cambios en esa dirección¹⁰⁰.

En Europa una de las paradas de Alfonsín fue Francia donde se entrevistó con dirigentes socialistas de alto nivel. En España por su parte, conversó con el líder del Partido Socialista Obrero Español Felipe González, en pleno proceso de transición a la democracia cuando se llevaban adelante los pactos de la Moncloa. Cuando la gira lo depositó en Italia se entrevistó con el máximo dirigente del Partido Comunista, Enrico Berlinguer y toda la plana mayor del socialismo de ese país, en momentos en que todavía estaba vigente el Eurocomunismo, esa alianza conformada por los Partidos Comunistas de Francia, Italia y España que buscaba hacer una síntesis entre socialismo y democracia incorporando valores liberales. Y es en ese plano donde el dirigente radical podía conectar fácilmente con los intelectuales que volvían de México. En la idea de que la democracia, desde posiciones de izquierda, era la salida para la Argentina.

Seguramente por eso mismo la impresión que Portantiero se llevó del encuentro con Alfonsín en Costa Rica fue la mejor, así que cuando Emilio De Ipola le hizo la invitación a sumarse a las charlas de la calle Esmeralda Portantiero sin dudar dijo que sí. Es que Portantiero estaba al tanto, como vimos, de los procesos de reconversión de los partidos comunistas latinos de Europa y en la búsqueda de aunar socialismo y

¹⁰⁰ Entrevista con Osvaldo Pedroso. Septiembre de 2012.

democracia. Pero además había votado en 1983 por la fórmula radical y se había emocionado en uno de sus actos de campaña de acuerdo con sus palabras “hasta las lágrimas” (Mocca, OP. Cit: 134). Entonces estaba todo dado para que pudiera jugar el rol de “consejero del príncipe”.

“El grupo Esmeralda” en cuanto a los discursos presidenciales estaba dividido en dos, por un lado, estaban aquellos que escribían los discursos en un lenguaje coloquial y apto para ser emitidos en público y por otro, aquellos que eran más bien los ideólogos de las líneas generales de los mismos. Los primeros entre los que se contaban los estudiantes y los periodistas se encargaban de “bajar” aquellas ideas que aparecían en las reuniones con los ideólogos.

La agenda de temas que el grupo trataba estaba diseñada por el presidente Alfonsín. En esas conversaciones de la calle Esmeralda con los ideólogos nació la elaboración del nuevo concepto de democracia que se buscaba instalar, una democracia de avanzada que no solo recuperara el estado derecho sino que también colocara una agenda nueva para la política argentina. Estos buscaban construir una noción de democracia que fuera social y moderna, que pensara una agenda de desarrollo para el país con temas nuevos que no se asentaran en las “viejas ideas” socialistas, populistas ni del liberalismo de “derecha”. De ahí también que estuviera en el centro de la discusión el tema de la cultura política de las grandes tradiciones argentinas, tildadas en su mayoría de autoritaria, sobre todo porque el telón de fondo de esa discusión era la salida de la reciente dictadura militar. Según Elizalde:

Alfonsín percibía que si no contaba con un discurso sólido no iba a poder luchar las batallas que pretendía emprender y buscó precisamente en este grupo la reflexión sobre los cambios que debían realizarse tratando de unir las tareas de gobierno con el análisis a largo plazo (Op. Cit, 76)

Pero además según uno de los colaboradores del momento “Alfonsín tenía la percepción de que había que construir una discusión que no estaba dada” (Bossoer en Elizalde, (77). Y allí entraban a jugar un papel central teóricos como Rawls,

Macphersons y Bobbio, buscando darle a su discurso de la democracia una dimensión que en la clásica discusión argentina esta no tenía¹⁰¹.

Lo que comenzó siendo una reunión casi informal con los intelectuales que se reunían esporádicamente, con el tiempo se transformó en un área de trabajo sistemático con reuniones cada quince días y en ocasiones de acuerdo a la agenda de temas del presidente podía tener encuentros de hasta dos veces por semana. Ese “Grupo Esmeralda” sufrió a lo largo del tiempo en que duró el mandato de Alfonsín algunos desgranamientos, pero tanto De Ipola como Portantiero colaboraron hasta el final precipitado en 1989¹⁰². Entre los discursos que estos contribuyeron a pergeñar el más trascendente sin duda fue el denominado “discurso de Parque Norte” que, como veremos más adelante, contenía el núcleo central de las ideas modernizadoras que intentaba colocar el presidente. La experiencia también sirvió para mostrar como Portantiero en su papel de “consejero del príncipe” debió enfrentar una tensión típica de los intelectuales que se acercan al poder. La de la “contaminación” de la esfera del pensamiento por la política y la de la autonomía o el compromiso que debe tener siempre el intelectual.

En efecto, en ocasión de la sanción de la “Ley del punto final” y “Ley de obediencia debida” y por su apoyo a esa decisión del presidente, Portantiero sufrió una embestida cuando un grupo de intelectuales que formaba parte del Club de Cultura Socialista publicó una solicitada en la revista *La Ciudad Futura* descalificando la ley para luego desafiliarse del Club¹⁰³.

Si bien en el ataque no aparecía su nombre, lo involucraba en tanto era colaborador del presidente. Portantiero no contestó en el momento, sólo un tiempo después cuando el gobierno de Alfonsín ya había terminado hizo un balance de esa experiencia en un ensayo que escribió junto con Emilio De Ipola. Allí centrándose en lo que juzgaban había sido su aporte como programa para la democracia a propósito del

¹⁰¹ Para una discusión sobre la ruptura que plantea Alfonsín en el discurso político argentino véase. Armony (2002) y Aboy Carles (2001)

¹⁰² A raíz de una fuerte crisis económica que incluía una hiper inflación de casi el 600% mensual Alfonsín debió entregar el poder antes de tiempo al candidato ganador por el peronismo de ese mismo año, Carlos Menem.

¹⁰³ La solicitada apareció en el número 4 de marzo de 1987 con el título “Sobre el Punto Final” firmaron entre otros, Carlos Altamirano, José Aricó, Jorge Dotti, María Teresa Gramuglio, Ricardo Nudelman, Jorge Tula y José Nun.

“Discurso de Parque Norte”, los autores trazaban un balance sobre debilidades y fortalezas tanto del discurso en sí mismo como del gobierno. Y referían al mismo tiempo a esas tensiones, que mencionamos más arriba, entre quienes eran parte de un proyecto cultural y político común, en obvia referencia los miembros del Club de Cultura Socialista, en la forma de un incordio, en alusión no solo a lo que pensaban y decían sino al lugar que ellos ocupaban y como esto afectaba sus palabras. Para los autores el ataque venía de dos posiciones, una, que concebía al poder como capilar y disperso, otra, más tradicional, que juzgaba al poder como ubicado en el Estado y por ello en el gobierno.

En los dos casos, para éstos, las posturas no eran solo descriptivas sino también normativas y sostenían que se debía permanecer alejado respecto de esas instancias del poder “(...) puesto hacia sustancialmente a la independencia del intelectual de izquierda una disponibilidad para el ejercicio de la crítica de “estado de cosas existentes” por principio reñida con toda posición contaminada, siquiera vaga e indirectamente, por el aura del poder” a lo que los autores contestaban “reconoceremos, por nuestra parte, que no éramos inocentes respecto de al menos algunas consecuencias de nuestra actitud. Cada uno de nosotros recuerda bien que, en más de una ocasión, no las tuvo todas consigo” (Portantiero y De Ipola, 1990: 126 y 127)

Pero además, no solo debían lidiar con las cuestiones propias del poder para colocar las ideas del programa que querían llevar a cabo, puesto que también eran esos mismos pares con los que compartían el escenario del Club... los que ahora los cuestionaban fuertemente. A esas críticas respondían del siguiente modo:

naturalmente, la cercanía que en muchos momentos tuvimos respecto de la figura del presidente debía afectar, más allá de nuestra voluntad e incluso de nuestra conciencia, la índole de las opiniones que entonces emitíamos. Aquel que está cerca de quién comanda una gestión adquiere una sensibilidad particular para comprender las dificultades que la asolan y para juzgar simplistas las reservas con que se la acoge. Las críticas que, desde distintos ángulos, aun y sobre todo las que provenían de aquellos con quienes compartíamos tareas, proyectos e idearios, nos irritaban profusamente (127)

Esas amargas palabras revelan esa tensión típica que comentamos, entre campo político y campo intelectual. Como sea, ese vínculo con el presidente que nació en 1984

hizo que sus escritos estuvieran muchas veces teñidos por la coyuntura, ideando planes concretos de acción como veremos enseguida.

La democracia como invención y como sistema.

Colocado en ese plano, Portantiero preparó para un seminario convocado por la UBA y la CEPAL en 1984, una ponencia que buscaba establecer las condiciones para el funcionamiento de un sistema político estable. Más precisamente, el dibujo de un diseño institucional que estableciera las bases para la democracia.

El punto de partida de ese escrito establecía que se estaba frente a una crisis civilizatoria, entendiendo por ello un momento en donde la crisis se establece en el mundo vital de los hombres. Paso seguido advertía que ese cambio civilizatorio contenía además para los argentinos

una doble crisis: por un lado, la de los populismos ligados con un momento difícilmente repetible de la industrialización y, por otro, la de los autoritarismos militares que buscaron, mediante la imposición violenta de una tecnología represiva, ajustar esas sociedades a las nuevas condiciones del mercado mundial. En un marco económico severamente restrictivo y en un ambiente caracterizado por una melancolía colectiva por el populismo y la lógica acumulación reivindicativa provocada por el autoritarismo (...) (Portantiero, 1986: 118)

El problema entonces era severo y la lectura la del fin de una época, la de la quiebra del Estado de Bienestar a nivel mundial que arrastraba a su expresión política argentina, el peronismo. Al cual también dedicara, ya desde sus años de exilio una crítica implacable sobre la cual en los años 80 volverá una y otra vez.

Así, en su diagnóstico no solo habían quedado atrás los proyectos revolucionarios apoyados en el marxismo como su fuente privilegiada. Ahora, la crisis aparecía como aún más honda, como la quiebra de una forma del capitalismo, el de los “30 gloriosos años” como los bautizó Polanyi, que se remontaba a 1973 y la “crisis del petróleo” y que se consuma primero con el ascenso de Thatcher en Inglaterra y Reagan en EE UU. Apoyado por una pléyade de intelectuales que tiene en la declaración de Crozier, Huntington y Watanuki sobre la crisis de la democracia su momento más alto.

Ese es el telón de fondo para Portantiero sobre el que se montaba la crisis argentina. Y en ese sentido para la Argentina

(...) el desafío reside no solo en constituir un gobierno sino, también, en el mismo proceso, un sistema (...) en el interior de un cuadro sociopolítico muy complejo, en el que variados actores cuentan con recursos de poder suficientes para activar mecanismos de veto recíproco (idem)

De esta forma, de lo que se trata es de fundar un orden desde cero y allí mismo un nuevo poder del Estado. El cuadro era similar entonces al de las situaciones de tipo revolucionario, pero las similitudes se quedan allí, dirá nuestro autor, porque al tratarse de la fundación de un orden democrático los dos tipos de reglas que se necesitan para crear el sistema, reglas normativas y reglas constitutivas, no pueden ser asimiladas como en los regímenes totalitarios. Es que si el grupo que detenta el poder quisiera a su vez imponer las reglas sobre el cómo y el qué de la política, no permitiría el despliegue de la pluralidad social y así anularía aquello que es lo que precisamente se quiere fundar, la democracia.

A esta altura para Portantiero el único sistema que podría garantizar “(...) un orden político estable para una sociedad compleja y conflictiva” (119). Y las cosas se ponían complicadas en ese sentido en tanto en este cuadro de situación el gobierno que asume el poder político está obligado de modo central a una doble tarea, confrontar y concertar. En tanto gobernar supone diferenciarse del resto, pero al mismo tiempo debe concertar sobre las reglas que dan sentido a la constitución del sistema. La primera instancia surge del hecho de que el gobierno es por supuesto una parcialidad, y quién detenta la iniciativa por el hecho de tener las riendas del Estado, la segunda remite al hecho de que de lo que se trata es de pactar para fundar una gramática política, las bases de la legitimidad del Estado. Así al gobierno de la transición le cabe una doble tarea riesgosa y compleja, equivocarse, sostiene Portantiero, puede equivaler a hacer fracasar el sistema. Y así se pregunta “¿cómo resolverlo en el marco agravante de una enorme crisis fiscal y de acumulación privada de capital, en el que los choques sectoriales tienden a asimilarse a situaciones de “suma cero?” (121).

Esto es, en el marco de la quiebra de un patrón de desarrollo de crecimiento hacia adentro trastocado de manera drástica por la dictadura militar en la búsqueda de adecuar el país al nuevo orden del sistema capitalista mundial, donde la valorización financiera y la desindustrialización fueron las notas más salientes. Agravado al mismo tiempo ese cuadro por una creciente deuda externa que operaba como un hándicap que se sumaban a los problemas de índole políticos. En ese sentido otro de los mayores problema que advertía Portantiero, venía de lejos y remitía al famoso tema del empate de fuerzas sociales, pero el dilema parecía ahora aún más grave por el hecho de que el país se sometía a una gran restricción económica con un severo problema fiscal en el marco de una sociedad que era densa, conflictiva y movilizada. Donde por un lado, ningún actor quiere ser la variable de ajuste del sistema en los momentos de restricciones y por otro, donde, debido a la fragilidad del sistema de reglas para procesar los conflictos, se tiende más a vetar e imponer por parte de los actores sociales que a negociar.

Ahí reside una de las claves de por qué Portantiero apelará a la idea de refundación y de pacto democrático para salir de la encrucijada. La apuesta tendrá la complejidad teórica de apelar a varias fuentes de raíz filosófica y estará cargada además, de una fuerte crítica a toda la práctica política anterior, profundizando aún más la condena que hiciera en los tiempo del exilio.

Así, apelará entre otros al filósofo norteamericano John Searle (1969) para organizar el diagrama de la refundación democrática. Searle había acuñado las nociones de reglas regulativas y reglas constitutivas, en su contribución a la filosofía del lenguaje y del razonamiento práctico. En su esquema las primeras, hacen alusión a la regulación de conductas existentes sean estas antecedentes o independientes de esa reglas, es decir al modo en el cual deben conducirse las prácticas. Las segundas, por el contrario, crean o definen nuevas reglas de conducta, son la constitución de una práctica que depende, desde un punto de vista lógico, de esas reglas, tienen un carácter performativo y aquí es donde aparece su carácter de invención y fundación.

Así, lo que Portantiero pretendía era que se jugara un juego donde se respetara las reglas para jugarlo, puesto que eran precisamente éstas las que lo posibilitan y le

ponían un marco a la acción. Quería con ello establecer un nuevo modo de actuar para poder estabilizar el juego democrático. Por eso esas reglas, no solo deben establecer la posibilidad del juego sino también establecer los objetivos de ese juego. De ese modo es que se intentaba fundar la democracia como el objetivo mayor, colocando ex ante las reglas para jugar el juego. De ahí que instituir las implicaba en primer lugar, establecer las reglas constitutivas que proporcionaran las condiciones necesarias para el juego político. Y en ese movimiento establecer cuál era la naturaleza de este juego, es decir cuál era la naturaleza de lo político. Y que debía entenderse por la política, es decir, que implicaba hacer política para los actores sociales en su práctica habitual.

Es que lo que Portantiero se proponía con el pacto era, en definitiva, que los actores del sistema político se comprometieran a fundar una democracia con nuevas reglas que establecieran en primer lugar los límites del juego político y en segundo lugar, cómo debían comportarse dentro de ese juego porque como señala Searle “prometer es asumir una obligación” (Searle, Op. Cit: 35). De ahí que el pacto debía ser un pacto de garantías de todos los actores que habían estado siempre “enredados en el empate” (1986: 124), esto es las corporaciones y los partidos políticos. Este será para Portantiero uno de los obstáculos más importantes para establecer el juego democrático.

Esto remitía a la cuestión de la cultura política de los actores. En efecto, lo que Portantiero estaba asumiendo como diagnóstico es que estamos frente a una cultura política facciosa como la hipótesis principal con la cual debían pensarse los problemas para poder pensar a la democracia.

En su diagnóstico esto se veía agravado por el peso excesivo que tenían en el sistema político las corporaciones por encima del peso que tenían los partidos políticos.

Es justamente ese desequilibrio el que estaba en la base de los problemas para un sistema político estable puesto que esta condición estructural se combinaba con las características que tenía una cultura política no democrática. Desequilibrio del sistema político y conducta de los actores. De ahí que lo que Portantiero buscará en esos años es una fórmula para resolver el equilibrio del sistema. Para ello se requerían dos tareas primordiales por un lado, la reformulación de las características del sistema de poder. Puesto que esa era la condición de una nueva gramática política. Por otro, una

transformación más de tipo cultural de los actores del sistema político. En efecto, esa transformación requería un nuevo diseño institucional pero que esté acompañado de una práctica novedosa de los actores que hicieran posible su funcionamiento.

Por eso, Portantiero insistía en la cuestión de la cultura política de quienes conformaban el mapa político argentino. Y allí es que se enlaza el problema de cómo estos entendían la confrontación política. Y eso implicaba un problema porque su sentido remitía a la lógica amigo – enemigo, que reenviaba a las reflexiones desarrollada por Carl Schmitt. Como se recordará, en la concepción de Schmitt (1982) lo político es definido como una relación específica, que busca su especificidad en aquello que funda lo político para diferenciarlo de aquello que no lo es. Esa relación y su forma política se inscribe en la lógica de un antagonismo, aquello que define conceptualmente a lo político es la conformación de una relación antagónica pero también de complementariedad, la esencia de lo político se especifica así en la distinción amigo – enemigo, entendido como una relación dinámica, no estática, dinámica en tanto puede desplazarse, puede darse en la esfera del Estado por ejemplo, pero esa relación puede estar también fuera de él. Al mismo tiempo también es dinámica en el sentido que mantiene relaciones cambiantes con otros pares de oposiciones ya existentes como puede ser, el binomio, bueno- malo. Lo importante para Schmitt es que esa relación se desliza y no puede pensársela como alojada en un solo lugar pero más importante aún es que construye una conformación identitaria, un nosotros / ellos que le da cauce y vida a ese antagonismo. Lo político entonces en su forma pura es antagonismo, ese par conformado por la contraposición amigo (nosotros) enemigo (ellos). Una forma de la relación social que expresa toda su pureza en los agrupamientos colectivos. Así, los términos de igualdad y diferencia son el cimiento sobre el que se asienta esa conformación identitaria. Pero lo político no puede fundarse, según Schmitt, en ninguna otra distinción (bueno- malo, alto-bajo, lindo- feo, etc) que no sea la de amigo – enemigo.

Y este es precisamente el punto que le interesa a Portantiero, porque es la base sobre la que se asienta el modo de representación de la política en Argentina. Es en ese sentido que entiende la conformación de los grandes colectivos aglutinantes, la clase, la

nación, el pueblo, por eso sus críticas se dirigen hacia esas concepciones consideradas como no democráticas, ya que conforman pares antagónicos y pueden conformar, en el extremo, la eliminación del otro. De ahí su crítica y su abandono definitivo a la concepción marxista que reduce las diferencias y las agrupa en la concepción de la lucha de clases.

Por eso Portantiero, como ya dijimos, hará la crítica a una concepción de la Hegemonía en sentido “organicista” para dar lugar a una concepción de hegemonía que llamara “pluralista” donde la solución colocada por Lenin y desarrollada por Gramsci ya no sea la de una alianza de clases con conformación de grupos acabados y reducidos en su identidad como expresión de la voluntad “nacional popular” sino que abogará por una concepción de hegemonía que permita el despliegue de múltiples identidades colectivas.

Pero de ahí también su crítica al populismo que en las grandes entidades como el pueblo y la nación dirá “... reifica a los sujetos en el Estado y niega su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular a base de la distinción entre “amigo y “enemigo” (De Ipola y Portantiero, 1979: 34).

Entonces frente a ese imaginario poderoso del mundo político, ¿por dónde debían pasar las soluciones? ¿Cuáles eran los caminos que eran pasibles de transitar para arribar a una solución que resolviera la encrucijada?

Cómo ya hemos mencionado la solución no era otra que la de asumir un acuerdo a través de la metáfora del pacto. Pactar se tornaba necesario e imprescindible para salir de la lógica amigo – enemigo. Pactar asumiendo en primer lugar, que lo que se debía transformar era la cultura política por sus rasgos facciosos que reproducían la lógica de la guerra. Esto ponía de relieve que de lo que se trataba era de establecer un pacto de fundación, Portantiero sostenía que los sujetos políticos debían abandonar las prácticas políticas anteriores. Esto es, que el pacto se colocara como un punto de partida donde se hiciera tabla rasa con la historia previa. De ahí que fuera pensado como refundación, refundación del sistema pero también refundación de las prácticas políticas.

Aquí el nexo con lo autobiográfico era claro, su autocrítica, el examen de todo lo actuado que había revisado en sus años de exilio parecía cobrar sentido en la

construcción de su pensamiento. En esa dirección ahora Portantiero hacía un llamado a la construcción de un nuevo orden con “nuevos” actores políticos, un llamado a cambiar la concepción sobre la política así como también las prácticas sobre las que ésta se asentaba.

Pero había más en esa ardua tarea que se proponía. En efecto, ese llamado a la refundación o invención estaba sostenido en la creencia de que la democracia no se había proyectado nunca en la política Argentina, ésta, dirá, fue siempre más la expresión de un sueño que su cumplimiento efectivo, sueño que era sostenido incluso por aquellos que violaban el orden constitucional como quienes comandaban los golpes militares.

Pero ahora ese llamado a la invención de la democracia estaba amparado por la oportunidad que brindaba esa profunda crisis civilizatoria que advertía como diagnóstico, al poner en escena en el mundo social la debacle del mundo constituido.

En efecto, en un texto que compartía con De Ipola, Portantiero problematizaba la cuestión de la crisis social entendida desde una doble dimensión, sistémica y de integración, aludiendo así a una crisis de sentido que se inserta en lo más hondo del cuerpo social. Ella se expresa – sostendrán-en los momentos en los que las identidades y los agrupamientos se disgregan generando, una explosión de la subjetividad, al mostrar lo artificial del mundo y de la acción organizada que pone en jaque a la fatalidad determinista, mostrando así la contingencia de todo lo constituido. Pero también, y esto es lo que más les interesa a los autores

La crisis “produce”; se convierte en factor “proyectual”, aparece como proyecto político y como resultante del conflicto entre proyectos políticos” donde “la necesidad de definir o redefinir sentidos de la acción y de las entidades colectivas, hace de toda crisis de integración social un momento de explosión de la subjetividad” (Portantiero y De Ipola, 1984: 173).

Así, lo que les importa es que ella pone en escena la emergencia de nuevos intereses y metas cuestionando los roles preexistentes hacia un proceso de diferenciación que se eleva hacia una creciente complejidad social. “En la medida en que la crisis es de diferenciación, realimenta la emergencia de nuevos sujetos portadores de nuevas identidades (...) el mundo de las *ciudadanías* se disgrega y se complica” (174). Y en ese estallido del mundo preexistente las viejas identidades tienden a fragmentarse así “la

clase” y “la nación” pierden su eficacia por sucesivas escisiones, en la aparición de nuevas categorías que se reagrupan a través de nuevos temas de convocatoria.

Se produce entonces un proceso de diferenciación por el cual desde lugares marginales se ataca a los centro de agregación. Siguiendo aquí a Nun (1983) los autores sostenían, es la “rebelión del coro”, que deconstruye antiguas identidades y constituye nuevas. Aparecen nuevos grupos que al unirse modifican la estructura política de la sociedad. Pero a la vez hay una puja por recomponer el orden desde los grupos dominantes y dominados, pero con la particularidad de que esos grupos y sus proyectos anti crisis ven en todos los casos a esta implosión como meramente negativa. Y pelean por un retorno a unidades pre constituidas que para los autores se da de modo ejemplar en estas secuencias “el pueblo- nación agregado en el Estado Movimiento (visión populista); la “clase obrera” agregada en el Estado –Partido (visión del socialismo autoritario)” y por último el “individuo – Estado en el liberalismo autoritario” (174).

Pero sí en cambio a la crisis no se la reduce a un elemento como si fuera un factor sustancial y se la piensa como una positividad, donde hay una sucesión de opciones, el resultado está abierto, puesto que la crisis produce actores y proyectos. Y en ese movimiento

(...) la crisis produce una recuperación de las preguntas de la ética, en tanto hombres y grupos buscan una fundamentación a sus proyectos. ¿Por qué y en qué condiciones es preferible el orden a la anarquía?, la pregunta central de la filosofía política, reaparece siempre –aunque fuere tácitamente- en las situaciones de crisis (175).

Allí, para los autores, es donde los proyectos se dan a la tarea de diseñar la construcción de un orden. Y ese es el plano en el que se articulan el discurso de la crisis y el discurso de la democracia. En “el del diseño de una *re fundación* que mantenga la hipótesis del descentramiento, que no subsuma el orden futuro a algún principio único, anterior e independiente de las relaciones sociales; *constituyente* pero no *constituido*” (énfasis en el original) (ídem).

Ahí yace la razón de por qué apelar a la metáfora del pacto, en tanto este no cercena la diversidad producto del estallido que genera la crisis, y así ese pacto hace posible la democracia, democracia que debía ser pensada ahora como una utopía, en

tanto esa utopía contiene conflictos, tensiones, pero también, y eh ahí la condición *sine qua non* de la invención democrática, reglas para procesarlos.

Allí reside para los autores la autonomía de la política y del orden democrático no reductible a ningún orden económico social, aunque admiten, pueda predicarse una mayor afinidad entre ciertos órdenes económicos y la democracia. Esa autonomía radicaba en el hecho de que esos problemas que se enumeraban están contenidos y obedecían a un procedimiento político, no reductible ni al imperio de las leyes ni a lo económico. Allí estaba nuevamente la primacía de la política, en contra del economicismo desde los 60' y en la estela teórica que propiciaba Gramsci, aparecía aquí nuevamente mostrando cómo era una constante contenida en sus reflexiones esta vez para pensar la problemática de la democracia.

Como sea, de lo que se trata para Portantiero y De Ipola es de recomponer la crisis social que caracteriza a la época desde una mirada que no cercene los particularismos y reconfigure la fragmentación conteniéndolos, sin acudir al retorno a ninguna unidad de poder.

Lo que buscaba esa argumentación era poder fundar una concepción de la democracia que cortara transversalmente dos polos opuestos que no atendían a la diversidad. Por un lado, el que veía a la democracia como una mera técnica del poder desde una imagen elitista, ejemplificada en la visión de democracia que se inspiraba en Schumpeter y por otro, la que postulaba una substancia (la justicia, la igualdad o la libertad) y desde allí reenvía el orden a las relaciones en la esfera de la política. En cambio dirán “como hipótesis de trabajo la democracia será, para nosotros, a la vez “forma” y “substancia”, “forma política” y “substancia humana”; articulación a construir entre cierto tipo de procedimiento y ciertos fines éticos, en una relación de mutua justificación” (178).

Pero allí no concluía el drama puesto que si el punto de partida de la reflexión era la crisis social que se interna en el mundo vital de los hombres y desde allí cuestiona el sistema hasta desarmar por completo aquello que estaba como dado y naturalizado, también la política, el qué se entiende por la política debía ser reconstruido. Y así debía

pensarse con arreglo a qué fundamentos se debían instaurar las reglas constitutivas de las que hablaba Searle de la cual los autores se servían para la reconstrucción del sistema.

Ahí radicaba la prueba de que la política era en muchos casos, y este era uno de esos casos de un modo emblemático, auto referencial, hecho que demostraba que podía tomarse a sí misma por objeto mostrando una vez más su autonomía.

Y siguiendo la dirección que hemos señalado en Portantiero acerca de cómo construir un imaginario diferente al que prevalecía en la política Argentina, los autores afirmaban contundentes, la política no es, ni una guerra, ni un puro ritual.

Estas dos consignas entendidas como dos maneras opuestas de entender qué es la política eran utilizadas como dos modelos extremos pero que sin embargo los autores veían como reflejados en la realidad. Para el primer caso aludían a la situación Argentina del golpe de Estado de 1976, la política reducida a guerra, a exterminio y a un estado de anomia absoluta. El segundo caso, se lo percibía de modo emblemático en la experiencia mexicana donde el proceso de institucionalización es tan ordenado e integrado que tiende a pensar la política como un puro ritual. El problema que hay en ambos casos es que la concepción que se tiene de la política tiende a anular la distancia entre las reglas constitutivas y las reglas normativas. En un caso porque un grupo utiliza las reglas normativas propias como reglas constitutivas y excluye tratando de enemigo a sus adversarios real o simbólicamente y universalizando esa parcialidad. En el otro, el resultado no es mejor, quién manifieste su disenso públicamente o pretenda afirmar sus propias posiciones y cuestione la validez de las reglas constitutivas será excluido del sistema.

Pero reconociendo que desde la teoría política y también desde la práctica la guerra y la política han sabido convivir y ser muchas veces una sola, ya sea por el exterminio del otro como en el ejemplo de la dictadura Argentina o cuando es puramente asimilada la una a la otra, como en la concepción de Clausewitz. Portantiero y De Ipola intentarán colocar otro fundamento para la acción política y así sostendrán:

(...) reconocido esto ¿estamos por ello obligados a trastocar una verdad de hecho en una verdad de razón? Por admitir que la política ha sido a menudo, perversa o heroicamente, la forma de la guerra, ¿debemos concluir que la guerra es la única Verdad, audible o silenciosa, de la política?, ¿no habría lugar para ninguna otra posibilidad?, ¿no cabría, en particular, la

posibilidad de una política pensada, instituida, practicada, como afirmación permanente de una *diferencia* con respecto a la violencia, la guerra, la muerte? (182)

Esa diferencia quería ser colocada en la forma de instituir otro lenguaje de la política, que fuera performativo de esa práctica social colocándose en “(...) un “más acá” de la muerte, de una terca negación a ver en la eliminación del otro y en la guerra una manera virtuosa de resolver las diferencias” (183).

Allí estaban a la orden del día los fines éticos como fundamento de su concepción política. La vida humana como el elemento infranqueable que permite el dialogo en el disenso. Así, la operación consistía en tratar de desmontar la idea de la política y la guerra como términos equivalente, para ello era necesario que el desplazamiento también dejara de colocar en ese plano la dimensión del conflicto al que los autores veían como consustancial al ejercicio de la política. El conflicto que por otro lado nacía de colocar como un valor a la diferencia, era también anulado en la concepción de la política entendida como rito.

En efecto, la política entendida como rito y no como un ritual que se lleva a cabo en pos de actualizar los lazos sociales, sino, como un rito que tiende a dejar inmóvil al cuerpo social y así privilegia y perpetúa el orden, condena también al conflicto y al disenso a una dimensión excluyente del campo político. Así de modo contundente dirán que “toda lucha, todo antagonismo reales son, para esta concepción, literalmente aberrantes: quién los provoca no merece otra cosa que ser eliminado del campo político” (184). Pero esta concepción del rito no solo anula y expulsa la diferencia, también ella induce a la muerte de la política en tanto no permite ser una creación dinámica, autónoma, de las fuerzas sociales que actúan en la sociedad, no permite así la producción y renovación social al producir un automatismo de la repetición sacralizada del orden.

De ahí que para Portantiero y De Ipola, la política como tipo de acción y como sistema institucional debía hacer posible que la relación entre los actores no operara como un consenso total o una guerra total. Ahí estaba el corte transversal que su concepción postulaba. Combatía de un lado posiciones conservadores donde el orden prevalece hasta matar la dinámica política y del otro, posiciones que eran consideradas

autoritarias, tanto de izquierda como de derecha y populistas. Ahí yacía su posición reformista que colocaba a la diferencia y al conflicto como fundamento de toda política democrática en un esquema mixto de cooperación y de conflicto. Así la política se estructura según ésta concepción en dos dimensiones. Por un lado, el de la lucha por cuestiones que los sujetos y los grupos definen como sustanciales. Por otro, la forma, la gramática sobre la que se asientan los límites dentro de los cuales se van a solucionar esas luchas. Y allí también es donde se articulan las reglas normativas y las reglas constitutivas concebidas como irreductibles la una a la otra, pero a la vez garantía la una de la otra en tanto el diseño supone una variedad de reglas normativas en pos de preservar las diferencias.

Claro que para todo ello debe existir una cultura democrática o al menos, dirán los autores, una voluntad democrática enraizada en los actores sociales. Y es precisamente en los momentos de crisis donde esa voluntad se pone a prueba. Pero la crisis hace posible también esa reconstrucción, la del espacio político y la de la integración de nuevas problemáticas y nuevos sujetos producidos por ella. En la constitución y producción de una nueva morfología social más compleja.

Por otro lado, y siempre de acuerdo con este razonamiento, la crisis y su estallido no solo ha destruido certezas y ha liberado nuevos interrogantes, también ha desmoronado la centralidad de algunos sujetos y agrupamientos, cuestionando la idea misma de centralidad. Esto supone para Portantiero y De Ipola que aquello que era visto como privilegiado desde el punto de vista de lo político, como por ejemplo el sujeto clase obrera, en el caso típico de la izquierda o la idea de nación para los populismos, pierde su centralidad. Así la crisis abre el camino para construir un espacio igualitarista de la diferencia que establece otra forma de la relación entre los actores sociales. De ahí que el corolario de toda la argumentación sea el siguiente:

Pensamos que es justamente aquí donde cabe rescatar la idea de pacto democrático, esto es, de un compromiso que, respetando la especificidad de los movimientos sociales, delimite un marco global compartido dentro del cual los conflictos puedan desenvolverse sin desembocar en la anarquía y las diferencias coexistan sin disolverse. En todo caso, el modelo del pacto aparece en el mundo moderno como el único esquema de referencia que permite conciliar la existencia de una pluralidad, potencialmente conflictiva, de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedie en las

oposiciones sin anularlas y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia social (187)

¿Pero cuáles eran entonces las influencias que estaban en el armado de esa argumentación sofisticada para construir una teoría de la democracia?

El eco rawlsiano era ostensible por el modo en que se pensaba entre igualdad y diferencia al ponerlo en una paridad que disolvía las jerarquías tradicionales. Pero también ese eco se manifestaba en el hecho de que los autores sostenían que ese proyecto suponía al mismo tiempo una dimensión ética insoslayable para que sea posible su instrumentación. Para esa instrumentación eran necesarios dos requisitos, el primero, que los actores apelen a la autolimitación y así hagan posible el compromiso que supone el pacto, el segundo, el reconocimiento del otro, con sus diferencias, como un semejante cuyos derechos y autonomía son valores inalienables.

Como se recordará Rawls robusteció la filosofía política normativa. Instaló a la equidad y la pregunta por lo justo en el centro de las preocupaciones de la reflexión filosófica con su idea del “velo de la ignorancia” que ponía en pie de igualdad como posición original a todos los hombres para la creación *ex novo* de un nuevo contrato y una nueva sociedad. Para establecer principios de justicia y bienestar. Tratando de conciliar libertad con igualdad, liberalismo con socialismo. Su idea rectora en esa dirección señalaba que debía establecerse la justicia como equidad que consistía en el principio de igual libertad, el principio de justa igualdad de oportunidades y el principio de diferencia. Todos preceptos consagrados en *Teoría de la justicia* (1971) donde Rawls ofrece un modelo de una situación de elección justa (la posición original con su velo de la ignorancia) al interior de la cual las partes hipotéticamente escogerían principios de justicia mutuamente aceptables. Bajo tales restricciones, Rawls argumenta que las partes encontrarían particularmente atractivos sus principios de justicia favorecidos, superando a otras alternativas, incluyendo la utilitarista y la liberal libertaria.

Y esa idea es justamente la que está en el corazón del “discurso de Parque Norte”. La pieza más importante que Portantiero junto a De Ipolla ayudo a confeccionar como discurso para el presidente Alfonsín desde el “Grupo Esmeralda”.

El discurso se pronunció el 01 de diciembre de 1985 frente a los delegados del comité nacional de su partido la Unión Cívica Radical. En él Alfonsín se preguntaba si el país sería capaz de salir de años de decadencia y de frustraciones y acomodarse al nuevo concierto mundial en una época de mutación civilizatoria. Para ello era necesario –decía- movilizar las energías colectivas de manera que sean capaces de articularlo en una fórmula de solidaridad. Y allí proponía el camino de la modernización, pero sin sacrificar los valores de la ética para poder conjugar ambas dimensiones, el presidente ofrecía “una democracia solidaria, participativa y eficaz (...)” Subrayando que (...) nuestra concepción de la democracia nos obliga a mirar a la sociedad desde el punto de vista de quién está en desventaja (...)” (Alfonsín, 1985: 02). Ese trípode era el núcleo de su propuesta de democracia. Así proponía una modernización articulada a la democracia participativa y la ética de la solidaridad.

Allí aparecía el influjo igualitarista de Rawls y las reflexiones de Portantiero sobre las dificultades para la democracia. Así, la modernización estaba articulada a las dificultades políticas y sociales y el diagnóstico no era otra cosa que portantierista.

Así Alfonsín dirá:

las crisis de los primeros ciclos de modernización han dejado al desnudo entre nosotros las falencias con las que ellos se estructuraron en el momento de su expansión. La Argentina creció por agregación y no por síntesis. La modernización y la industrialización fueron así suturando procesos de cambio a medias, incompletos, en los que cada transformación arrastraba una continuidad con lo viejo, sobre agregándose a él. De hecho, la sociedad se fue transformando en una suma de agregados sociales que acumulaban demandas sobre el Estado y se organizaban facciosamente para defender sus intereses particulares. El resultado de esa corporativización creciente fue una sociedad bloqueada y un Estado sobrecargado de presiones particularistas que se expresaba en un reglamentarismo jurídico cada vez más copioso y paralizante, al par que sancionaba sucesivos regímenes de privilegio para distintos grupos. Los costos de funcionamiento de una trama social así organizada sólo podían ser financiados por la inflación que, como veremos, se transformó entre nosotros en la forma perversa de resolución de los conflictos (03)

Para el presidente había que pasar de la sociedad bloqueada a la sociedad flexible en todos los órdenes del mundo social. Para modernizar todas las esferas sociales y hacer posible no solo una sociedad más eficiente desde el punto de vista económico. El Estado en ese sentido merecía un párrafo aparte:

modernizar es, también, encontrar un estilo de gobierno que mejore la gestión del Estado y que plantee sobre otras bases la relación entre éste y los ciudadanos. El debate acerca del papel del Estado y de las relaciones entre éste y la sociedad -que comienza por distinguir una dimensión de lo público como diferente de lo privado y de lo estatal- deberá ser tomado por la comunidad como uno de los temas claves del momento. Como tal, debería ser considerado con mayor serenidad que la acostumbrada hasta ahora, cuando el campo parece sólo ocupado por los privatistas y por los estatistas a ultranza. Consideramos esencial revertir el proceso de centralización que se ha venido produciendo desde hace décadas en la administración del Estado, no sólo para alcanzar un objetivo de mayor eficiencia, sino también -y fundamentalmente- para asegurar a la población posibilidades más amplias de participación (04)

Ese era un tópico que Potantiero atendía particularmente en sus ensayos en dardos dirigidos hacia la izquierda. Pero ahora lo que interesa destacar de este punto es el modo en que el presidente y sus asesores piensan el fin de época. Era inevitable modernizar y descentralizar al Estado sacarlo de la sobrecarga de demandas a la que siempre era sometido, pero también descentralizarlo para que deje de ser un botín que se disputan los grupos de presión y para que la ciudadanía pudiera acceder a mecanismos de control sobre la toma de decisiones. En palabras de Alfonsín era expresado del siguiente modo:

descentralizar es un movimiento no solo centrífugo sino también descendente, que baja la administración estatal a niveles que pueden reservar a las organizaciones sociales intermedias un papel impensable en un sistema de alta concentración. Esto permite que los ciudadanos participen de decisiones que los afectan en instituciones inmediatas a su propia esfera de acción. En la medida en que esas instituciones tengan poder efectivo, esta participación no será un mero ejercicio cívico sino que tendrá efectos trascendentes para la vida de los individuos, que asumirán con más profundidad su papel de actores y -por lo tanto- de custodios del sistema democrático. Si al modernizar queremos mantener vigentes la solidaridad y la participación, hace falta convocar a toda la sociedad, a los ciudadanos y a sus organizaciones, para abrir una discusión franca y constructiva que permita superar los bloqueos que nos llevaron a la decadencia. La desburocratización, que busca liberar fuerzas contenidas por una cultura corporativa, no implica necesariamente privatización en el sentido vulgar de los reclamos de los ultra liberales (05)

Ahí se colocaba al pacto en el centro de la convocatoria, para desbloquear la sociedad, para salir del juego de suma cero y contrarrestar el predominio de las fuerzas

particulares. Ese llamado abría lugar a la articulación de los particularismos y la diferencia. Por eso el presidente dirá:

ahora bien, cuando hablamos de construcción de la democracia no nos estamos refiriendo a una simple abstracción; nos estamos refiriendo a la fundación de un sistema político que será estable en la medida en que se traduzca en la adopción de rutinas democráticas asumidas y practicadas por el conjunto de la ciudadanía. Las normas constitutivas de la democracia presuponen y promueven el pluralismo y, por lo tanto, la pacífica controversia de propuestas y proyectos acerca del país que anhelamos (ídem)

Así, el presidente sostenía que esos objetivos enunciados cabían en la fórmula de una sociedad moderna, participativa y solidaria y que ese era el motivo de la convocatoria que de ser escuchada se debía objetivar bajo la forma de convergencia de fuerzas políticas y de concertación entre las organizaciones sociales. Y llamaba a su partido a ser la fuerza aglutinante para la construcción de ese nuevo país moderno. Para luego convocar a todos aquellos que quieran abrirse al dialogo de fundar una sociedad democrática, abiertos a las ideas y las innovaciones:

ya ha terminado en el mundo la era de las convicciones absolutas del siglo pasado, la era de los mesianismos y de los historicismos fáciles. El futuro no está predeterminado ni en un papel vacío donde podemos diseñar en forma absoluta nuestra voluntad. Venimos de un pasado y a partir de él podemos poner cauces racionales al porvenir sin renegar de nuestra herencia pero sin esclavizarnos a ella. Ella nos pone límites, pero desde esos límites no hay un solo camino. Elijamos el de la libertad, el de la solidaridad y el de la tarea conjunta para afianzar la unión nacional. Ya pasó la era en que se pudo llegar a creer que la felicidad del género humano estaba a la vuelta de un episodio absoluto, violento, definitivo, que al otro día inauguraría la vida nueva. La revolución no es eso ni lo ha sido nunca (06)

Ese corolario dejaba en claro que para el presidente y sus asesores se había entrado en una nueva era, se habían terminado los “ismos” y por eso el llamado era a buscar la racionalidad en la libertad y la solidaridad.

Ese llamado iba a chocar contra un muro que parecía infranqueable, primero el de su propio partido que se deshizo rápidamente de la convocatoria, luego el del peronismo cuando la llamada “Ley Mucci” fuera contestada con una avanzada sindical

hasta torcer el brazo del gobierno colocando a uno de sus hombres en el ministerio de Trabajo¹⁰⁴.

Como sea, Portantiero como hemos señalado, también propondrá en sus ensayos reformas en el mismo sentido que se articulaban a las ideas rectoras que antes mencionados. En efecto, en un trabajo titulado *Una constitución para la democracia*. Portantiero destacaba que el llamado del presidente a una refundación de las fuerzas políticas tanto desde la izquierda como desde la derecha apenas llamaron su atención. La izquierda a la que Portantiero se dirigía principalmente no había recogido el guante y calificaba la iniciativa como una “cortina de humo”. Lejos de eso para Portantiero allí se discutían temas centrales como por ejemplo, reformar el Estado para “(...) fortalecer el poder de las provincias, de los municipios, de los entes autárquicos (...)” para facilitar la participación directa de la población en el control de la administración. Reformar al mismo tiempo la justicia e introducir una reforma en la constitución que tienda a combinar elementos del régimen presidencialista con elementos de los sistemas parlamentarios.

Todo esto pasó desapercibido para Portantiero como una cortina de humo debido a que la izquierda manejaba la idea de que “(...) las discusiones institucionales son derivadas (y por tanto secundarias) frente a la necesidad de debatir los temas primarios, que son los que se vinculan con la estructura del poder económico” (Portantiero, 2000 [1986]: 106). Esto se debe según nuestro autor al “(...) paradigma dominante en nuestra cultura política de izquierda, tan cargada de anacronismos, intelectualmente pre gramsciana diría” (107) Para Portantiero lo que sucedía era que:

¹⁰⁴ La “Ley Mucci” llamada así por el nombre de ministro de trabajo que presentó la propuesta se refería a ratificar la personería gremial para el sindicato más representativo (sindicato único por rama), pero abría la participación en la conducción para las minorías que obtuvieran el 25 por ciento de los votos, que los afiliados deberían emitir en forma directa, obligatoria y secreta. El mandato duraría tres años con una sola posibilidad de reelección inmediata (por única vez no se requería antigüedad para ser candidato en las elecciones previstas para el proceso de normalización) A la vez La Justicia Electoral Nacional garantizaría las elecciones, en vez del ministerio de Trabajo. *La Voz del interior*, Consultado el 12, 11, 2015. La ley fue rechazada por dos votos en el senado y así abrió las puertas al primer fracaso reformista de la gestión Alfonsín y a la ofensiva sindical sobre el gobierno.

(...) afianzar la democracia supone ampliar la participación ciudadana. En una sociedad movilizadora y conflictiva, con una red asociativa tan extendida, con un peso corporativo y autoritario tan grandes y con una notoria debilidad del sistema de partidos (...) La democracia en Argentina es mucho más una cuestión de creación –casi diría de invención– que de re instalación (107, 108)

Y llamaba así a la izquierda a colocarse en dirección a una reforma democrática del Estado para abrir nuevas vías de participación de los ciudadanos. De manera que la democracia no se convirtiera solo en una competencia entre elites y se abriera a formas participativas. Pero dirá que:

el desafío no es simple porque nuestras subculturas políticas populistas y socialistas viven el tema confusamente, entre el puro plebiscito en la calle, extra institucional, o la institucionalización de la “comunidad organizada” como un corporativismo alternativo de la democracia representativa (109)

Ese sería el choque al que sus planes se enfrentaban, sería también el presidente el que chocaría en la misma dirección. Allí se establecería uno de los dramas con los que se enfrentarían el primer presidente de la democracia recuperada y sus intelectuales.

Pero antes de abordar esa cuestión debemos trazar el panorama del clima intelectual en el que todas estas innovaciones tenían lugar.

Un proyecto moderno en un clima posmoderno

En un texto de 1986,¹⁰⁵ Portantiero señalaba que el maoísmo había sido la más importante influencia de la política radical en todas sus vertientes en el principio de los años 70' con su idea de fundar la política desde una ciencia de la contradicción. Más precisamente la cuestión de la contradicción dialéctica tal como la había postulado Mao en 1937. Pero dirá que allí en ese método para abordar la política y la realidad social había una “trampa” porque lo que quería ser presentado como “distinciones de lo real” no eran otra cosa que “distinciones del pensamiento”. Porque yacía una respiración hegeliana detrás “(...) de la idea de una ley que orientaba la evolución humana y de un sujeto pre constituido que la encarnaba” (Portantiero, 1986: 109).

¹⁰⁵ *De la contradicción a los conflictos*. En *La Ciudad Futura*. Número 2. 1986

Esta concepción debía ser rechazada en tanto, y aquí seguía a Coletti, sostenía que la contradicción es solo lógica, del pensamiento, mientras que en la sociedad lo que existe son oposiciones, luchas, conflictos. Y que la sociedad tiende a multiplicar esos conflictos a medida que se complejiza y ya no existen puntos fijos de agregación. Portantiero seguía aquí a Laclau y Mouffe en su famoso *Hegemonía y estrategia socialista* donde en sus conclusiones sostenían la idea de que la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia se basaba en que la segunda tenía lugar a medida que la sociedad se complejizaba. De ahí que sostenía “ya no se trataría solamente de rechazar la proscripción “dialéctica (...) se trataría de que los puntos de contestación y aun de ruptura de un sistema son múltiples y no están predeterminados” (114-116).

Ese es el clima intelectual en el que toda su reflexión se aloja en los años 80. En el del pos marxismo y el pos estructuralismo. En esa saga que comienza con Lyotard en 1979 con *La condición posmoderna: Informe sobre el saber*, donde el filósofo francés analiza la cultura posmoderna entendida como el final de las grandes narrativas pero que tiene múltiples manifestaciones intelectuales. Que reconoce nombres desde la filosofía como Foucault, Castoriadis, Derrida, baudrillard y sociólogos como Bourdieu y Alan Tuoraine que en 1985 publica “El regreso del actor”, una contestación al estructuralismo francés que coloca en primer lugar a la interacción social como foco del análisis. Todas manifestaciones del saldo que había dejado la crisis del marxismo y que inundo el mundo intelectual global como tendencia predominante.

Es ese clima intelectual renovador del que nuestro autor formaba parte, el que sufrirá un choque, producto de un desfasaje, con cierto clima político y cultural que había en la Argentina y que no encontrará una gran audiencia. En efecto, si el primer presidente democrático se encontraba con una cultura política que quería desarticular pero obtenía como respuesta una contundente resistencia hasta perder el equilibrio de su gobierno. Otro tanto ocurriría con Portantiero. Sus innovaciones conceptuales tenían una calidad de que la que no podría dudarse, su imaginación sociológica daría muestras como siempre lo había hecho, de ser una mirada renovadora en el campo de la reflexión política, pero sus intervenciones encontrarían poco eco a la hora de poder plasmarse como programas.

Conclusiones.

Como hemos visto, el largo recorrido de Juan Carlos Portantiero ilumina varias facetas interesantes para el análisis político cultural que aquí queremos resaltar. Por un lado, que una trayectoria intelectual se construye, de acuerdo a como enseña la teoría sociológica, en el marco de ciertas condiciones de posibilidad, lo que se denomina de un modo un tanto general, el contexto. Éste juega un papel relevante junto a las predisposiciones de los actores a construir y ser construido en una posición determinada por esas condiciones. Esa configuración relacional de los actores y el espacio social se ve ejemplificada primeramente en el desempeño de Portantiero en el PC.

En efecto, su inclinación por la política y por las cuestiones literarias hicieron, con la ayuda de un maestro y las condiciones que proveía el partido en materia de cuestiones culturales, de ese joven muchacho del barrio de Flores, un crítico literario avezado, un periodista lúcido que aprendió a trabajar sobre los problemas de coyuntura de forma rápida y efectiva, y pudo volcar esas características a sus intereses políticos. Así, el partido le enseñó un oficio, le proveyó un nombre dentro de su espacio cultural y Portantiero a su vez desplegó una estrategia que buscaba un cambio de dirección de las orientaciones políticas y culturales, cuando el mundo político se transformaba y el PC se hundía con el universo que quedaba atrás.

Por otra parte, el hecho de haberse ubicado en la primera línea del partido ayudó a construir rápidamente una posición de prestigio. Trabajaba en *Cuadernos de Cultura*, era la mano derecha de Agosti, el intelectual más renombrado del partido, y había escrito un libro a los 27 años, cuando muchos camaradas de su misma generación no lo habían hecho todavía. Esto último, era efectivo porque podía combinar la heterodoxia que imitaba de las obras Agosti traducido a un lenguaje atractivo para esos nacientes años sesenta en tanto se valía de las herramientas de la moderna crítica cultural y del horizonte modernizador que la sociología desplegaba. Su preocupación por tratar de entender al “hecho peronista” lo ayudo también a ser aceptado en los círculos renovadores.

En ese sentido, la otra variable interviniente que debemos destacar en la construcción de su trayectoria es la del impulso generacional, entendiendo por él, como

el modo en que cierto clima de ideas impregnan y moldean la voluntad de los sujetos, creando lazos sociales y conformando un imaginario común que funciona como una motivación para la práctica. El hecho merece ser destacado porque una generación parece poco productiva para el conocimiento de la sociedad si sólo se toma en cuenta para caracterizar a la misma, la variable biológica. En cambio, si la definimos en términos culturales, una generación está expresada por un número de hechos que permean la visión de los actores y los incitan, en algunos casos, a lanzarse a hacer de su práctica cotidiana algo distinto de la rutina que habían llevado adelante hasta ese momento. Parece ser un ejemplo de ello el episodio de la ruptura de Portantiero con el partido. Como vimos, el malestar circulaba de un modo velado por el arco juvenil comunista, aquí y allá se expresaba como un balbuceo pero cuando el contingente de la FEDE que actuaba en el frente universitario sale a buscar a Portantiero para ver qué hacer con la línea oficial del partido y le expresa sus ansias de ruptura, Portantiero sostiene que ahí se embala y enfrenta el jury con la decisión ya tomada de irse.

No podría afirmarse contundentemente que lo que allí hay es un espíritu de cuerpo compacto, pero seguramente no estaríamos exagerando si dijéramos que primó, como en muchos otros casos que mostraron la primera sangría que sufrió el PC, un espíritu de grupo para toda una generación. Es que ciertamente era decisión difícil para Portantiero quien tenía un lugar de privilegio en el Partido, es cierto que no podía gravitar demasiado (lo mismo que sus congéneres en términos políticos), pero el espacio cultural le garantizaba cierta estabilidad que el hecho de que haya tomado la decisión de irse muestra hasta qué punto el impulso generacional y con él el cambio de época influyó en su decisión.

También en esta dirección, y a propósito de la cuestión generacional, creemos que la experiencia de su viaje a Cuba es un aporte al conocimiento acerca de su significado. Se ha dicho muchas veces, y aquí lo hemos resaltado, que la revolución impregnó a toda la generación del 60'. Que su influencia fue decisiva y marcó el rumbo de la política de las nuevas generaciones, pero no se ha hecho explícito el modo en que ese impacto tuvo lugar. Nuestra investigación puede mostrar cómo esa empatía con los revolucionarios se produce en el orden de lo afectivo. Cuando Portantiero hace

referencia al “aire amuchachado” de la revolución y a la edad que tenía Raúl Castro al momento de su encuentro, uno puede percibir que se establece una relación especular. Los revolucionarios tienen la misma edad que Portantiero o pertenecen a la misma franja etaria, son muchachos como él y además están llevando a cabo aquello que nuestro autor se proponía pero no podía realizar desde el Partido. No hay distancia en los ideales de unos y otros pero tampoco hay distancia en términos generacionales. Portantiero, en vivo, puede hablar con ellos, escuchar su experiencia, es decir que no sólo lo va a impactar lo que ellos hacen sino que también de algún modo, son igual que él.

En ese recorrido, vimos que su incorporación al mundo de la sociología le aportará un prestigio adicional al que ya tenía por venir de un lugar valorado como era el espacio cultural del PC. Ese capital simbólico estaba construido, además, con lo que le brindaba/otorgaba el hecho de haber sido expulsado de sus filas (porque se lo consideraba herético), el haber editado su primer libro y el formar parte de una agrupación cultural *Pasado y Presente*, que se había ganado un lugar entre los nuevos del campo cultural. Con todo ello, Portantiero llega a la sociología cuando ésta se convierte en *la* disciplina de los años 60: la ciencia social más importante, visualizada como aquella “que podía decodificar objetivamente los trazos que contorneaban a la sociedad”. Esto ocurre en momentos en que el marxismo, dentro del amplio espectro de la izquierda, se posiciona como la ciencia que, además de entender a la sociedad de modo objetivo, puede transformarla. Así, sociología y marxismo, se constituyen por esos años en una combinación poderosa que, a la hora de sus intervenciones públicas, le confieren un carácter protagónico, colocándolo en el centro de la escena de la segunda mitad de los años 60. A esto hay que sumarle que Portantiero se atreve a dar una interpretación alternativa sobre el tema más importante del momento- el peronismo-, desde un lugar diferente al que se lo interpretaba entonces.

Más allá de la originalidad de su mirada (diferente a lo dicho desde la academia, el ensayo y la izquierda tradicional), hay que sumarle que esa interpretación era hecha desde el lugar central del campo cultural: la sociología y el marxismo. He ahí uno de los puntos centrales de su buena recepción, a la que debería sumársele la mirada en clave nacional y popular que le imprimía a sus intervenciones, en momentos en que esa

lectura de los acontecimientos conectaba con el sentimiento que tenían buena parte de las nuevas generaciones en relación al peronismo.

Por último, es importante mencionar su posición de privilegio dentro del mundo académico y del campo cultural (profesor e investigador en la carrera de sociología) ya que debe recordarse que luego de los años 50, la figura del intelectual prototípica deja de ser la del escritor o ensayista, para convertirse en la del profesor universitario de acuerdo con la modernización del campo cultural.

De este modo, otro tanto podríamos decir de su experiencia del exilio. Allí Portantiero va a ocupar una posición destacada en el mundo universitario como profesor, investigador y director de la maestría en Ciencias Sociales en la sede de CLACSO. Éste será el momento de mayor producción académica y ensayística de nuestro autor. Pero además, México le posibilitará la apertura a un mundo de ideas y de discusiones que en Argentina le estaba vedado. En efecto, México, producto de su cercanía con el mundo cultural estadounidense, y por el enorme y diverso mundo cultural propio del momento del Boom del petróleo, le permite un acercamiento al mundo cultural donde las revistas, los libros y discusiones internacionales estaban a la orden del día. Entre las discusiones a las que accede, una merece ser destacada particularmente, y es aquella que tiene como punto central a la llamada “Crisis del marxismo”. De ésta podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que es la discusión más importante del mundo de la izquierda occidental de los años 70’, en tanto cambia los paradigmas vigentes al momento, dando lugar a corrientes como: post marxismo, post estructuralismo, y a la emergencia del mundo norteamericano como una referencia ineludible para la reflexión sobre la política. Esa “Crisis del marxismo” explica buena parte del mundo cultural de los años 80’ y siguiente, ya que propicia un desplazamiento en muchas de las orientaciones intelectuales.

El otro hecho que merece ser mencionado en continuidad con el anterior, es el cambio de paradigma en términos políticos que corre el centro de la atención de la revolución a la democracia, como objetivo de todo el pensamiento de la izquierda occidental. Pensamiento al que Portantiero va a acceder de modo privilegiado convirtiéndose en uno de los referentes más importantes que reflexiona sobre el

problema buscando articular socialismo y democracia. Todo esto en momentos en que Portantiero publica, quizás su libro más importante y sin duda su libro más famoso: *Los usos de Gramsci*. En esa coyuntura, el pensador italiano se convierte, en toda América Latina, en el único marxista que queda incólume al desatarse la “Crisis del marxismo”. Su escrito lo recoloca a Portantiero en escena como un gran traductor de su pensamiento, por lo que el libro se reedita decenas de veces y recorre todo el continente confiriéndole prestigio notable.

He ahí otro jalón de por qué su actuación fue destacada: la conjunción de condiciones para la buena recepción del libro y una escritura que combinaba elementos que serían muy valorados. Por un lado, el Gramsci que Portantiero desplegaba no era un manual de conceptos del comunista italiano, sino, por el contrario, un compendio de herramientas para el análisis y la práctica política que ponía de relieve el modo en que debía traducirse su pensamiento para un contexto (el nuestro) para el cual sus escritos no habían sido pensados. Y que en esa actualización del pensamiento de Gramsci lo equiparaba a Weber en momentos en que se producía un *revival* del pensador alemán en el espacio de la izquierda intelectual europea. Esa operación lo situó en la discusión que los intelectuales de izquierda italianos llevaban adelante en ese momento. Esto le dio un plus de visibilidad y actualidad, y volvió a diferenciarlo de sus pares argentinos, ya que ninguno de ellos le prestó a Weber una atención similar.

A su regreso, en los años 80’, Portantiero se convirtió en uno de los teóricos más importantes sobre el tema de la democracia. Desde ese lugar, va a ahondar en lo que ya hiciera en tiempos del exilio: llevar adelante un intento profundo de renovación del pensamiento socialista. Se convierte, en ese sentido, en un intelectual que busca en el cruce con otras tradiciones, su *aggiornamento* para introducir allí los procedimientos democráticos formales y colocar en primer plano la cuestión de los derechos. En esa dirección, es que va a introducir elementos de la teoría política liberal para tensionar al pensamiento de izquierda. La filosofía política, sobre todo aquellas vertientes que se refieren a la figura del contrato, van a ser utilizadas por Portantiero para pensar el pacto democrático, y esto será un aporte novedoso, no solo en sus reflexiones, sino para toda la “transitología” en boga en ese momento que va a dominar el centro de la escena de los

estudios políticos académicos. Otro de sus aportes tiene que ver con que sus contribuciones teóricas para pensar la democracia estaban cargadas de una reflexión donde la dimensión de la ética era un punto nodal. Aquí también Portantiero se diferencia respecto de las reflexiones habituales.

Por esos años, ese Portantiero ya maduro, va a contribuir a fundar espacios institucionales que con el tiempo devendrán prestigiosos en el mundo cultural de Buenos Aires. El Club de Cultura Socialista, institución que animará el campo cultural a través de debates políticos y teóricos que, a medida que ganaba en número y prestigio, se transformaban en una referencia ineludible para los otros actores del ambiente intelectual. *La Ciudad futura* propició debates, pero sobre todo fue vehículo de los temas que el socialismo renovador quería colocar para una nueva agenda de la izquierda argentina. Que allí haya desempeñado el papel de director y no solo de colaborador como sucedía en sus colaboraciones anteriores, le confirió un prestigio adicional al tiempo que esa posición hablaba de su prestigio.

Otra de las estaciones destacadas de su periplo intelectual fue su rol central como “consejero del príncipe” del primer presidente de la vuelta de la democracia. Esa faceta iluminaba una de las tensiones típicas con las cuales deben verse aquellos que abrazan la vocación por intervenir públicamente en la política. El problema pensado como dilema acerca de si el intelectual debe tener distancia o por el contrario acercarse al poder se manifestó de forma clara cuando un grupo del Club de Cultura Socialista de poca conformidad con las decisiones que tomara el presidente de la Nación, entabló una discusión con Portantiero y De Ipola poniendo esa tensión de manifiesto. Queda por ver, en todo caso, si ese papel de “consejero del príncipe” acumulaba o le restaba capital simbólico a Portantiero. Pero es difícil escrudñar una respuesta definitiva, dado las zonas de ambigüedades en las que nuestro intelectual se vio envuelto. Como sea, la experiencia es rica para el análisis de esa modalidad del papel intelectual.

Cuando la Argentina, y con ella su campo cultural, recién se despabilaba del golpe que le había asestado la dictadura militar, Portantiero arribó a su tierra con un sin fin de novedades en la maleta que renovaron la teoría social. Así, como ya lo mencionamos, introdujo a la filosofía política contractualista y neo contractualista para

pensar la democracia, cuando desde la politología que comenzaba a tomar vuelo en el campo intelectual en ese momento, sólo se la pensaba en términos instrumentales. Esa apropiación le valió una cierta originalidad por conectar a la sociología y la filosofía en un dialogo que hacía ya mucho tiempo había quedado soslayado. Asimismo, la introducción en sus reflexiones de la cuestión de los derechos ciudadanos (temas caros al liberalismo político) hizo otro tanto, puesto que le aportó a la reflexión sobre la democracia algo más que descripciones normativas para la ingeniería política. Esto sucedió en un medio que no estaba particularmente familiarizado con estas innovaciones del campo intelectual, por las condiciones que imponía la dictadura. Tal vez esta sea una de las razones por las cuales a Portantiero le costó en un primer momento encontrar un público más allá de su grupo de pares que pudiera recibir su nuevo proyecto político.

En efecto, tanto en la universidad como en el resto del campo cultural que no comulgaba con las ideas del Club de Cultura Socialista, el rechazo a sus ideas fue explícito y así podría decirse que la formación intelectual que batallaba por la renovación del campo socialista, peleó durante un tiempo en soledad. Como sea, el problema de la democracia adquirió en su reflexión una postura original que introdujo, además, los fines éticos adecuados a la reflexión sobre los proyectos políticos, como un elemento de máxima que colocó en otro espacio el imaginario sobre la política deslindándolo de la idea de que no es otra cosa que la continuación de la guerra por otros medios. Quedan muchas preguntas abiertas, y una agenda de trabajo planteada. Próximas investigaciones sobre la historia de la izquierda intelectual en la región, y sobre el propio Portantiero, ayudarán a comprender este proceso.

Referencias bibliograficas.

Altamirano Carlos, Sarlo Beatriz, (1993) *Literatura y Sociedad*. Buenos Aires. Edicial.

Altamirano, Carlos, (2001) *Bajo el signo de las masas (1943-1973)* Buenos Aires. Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Buenos Aires.

Altamirano Carlos (2005) “ideas para un programa de historial intelectual”, En *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Altamirano. C (2006) *Intelectuales. Notas de investigación*. Buenos Aires. Norma Grupo Editorial.

Altamirano Carlos Director (2008) *Historia de los intelectuales en América Latina*. Dos volúmenes. Buenos Aires. Katz.

Altamirano Carlos (2011) *Peronismo y cultura de Izquierda*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Amadeo M (1956) *Ayer, hoy y mañana*. Buenos Aires. Cántaro.

Anderson, P. (2004). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Aricó, J. M. (1980). *Marx y América Latina*. Lima. Fondo de Cultura Económica.

Aricó J. M. (1988) *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires. Punto Sur.

Aricó José (1963) “Pasado y Presente” *Pasado y Presente*, Córdoba, s/d, número 1, (pp. 2-4)

Aricó José (1980) “Advertencia”. En *Weber, Max. Escritos Políticos*. México. Editorial. Folios.

Balbé Beba y Murmis Miguel (1973) *Lucha de calles, lucha de clases. Córdoba 1969-1971. Elementos para su análisis*. Buenos Aires. CICSO.

Bambirría Vania (1974) *El capitalismo dependiente latinoamericano*. Santiago de Chile. Siglo XXI editores.

Bauman, Z. (1995) *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.

Basualdo, Victoria. (2006) “La participación de los trabajadores y sindicalistas en la campaña internacional contra la última dictadura argentina”. Sociedad. 25.

Basualdo, Victoria (2007) “Una aproximación al exilio obrero y sindical”. En P. Yankelevich, S. Jensen (Comp.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Blanco Alejandro (2006) *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires Siglo XXI editores.

Blanco Alejandro (2006) *Gino Germani: La renovación intelectual de la sociología. Selección de textos y Estudio preliminar*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.

Blanco Alejandro (2010) “Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva elite intelectual (1940 1965)”, En *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II. Buenos Aires.

Blanco Alejandro (2008) “Encuesta sobre el concepto de recepción, respuesta de Alejandro Blanco” En *Políticas de la Memoria*. Número 8/9. Primavera 2008. Buenos Aires.

Bernetti, J.L. y Giardinelli. M. (2003) *México: El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires. Universidad Nacional.

Bodin Louis (1965) “Introducción e intelectuales y cultura”, En *Los intelectuales*. Buenos Aires. Eudeba.

Bourdieu, P. (1998) *Campo intelectual, campo de poder*, Buenos Aires. Taurus. Ediciones

Bourdieu, Pierre (2000): “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas” En *Intelectuales, Política y Poder*. Buenos Aires. Eudeba.

Bourdieu, Pierre, (2000) “El campo intelectual: un mundo aparte”, en *Cosas Dicha*. Barcelona. Gedisa.

Bourdieu, Pierre y Wacquant Loic (2008) *Invitación a una sociología reflexiva*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Burgos Raúl (2004) *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Bustos C. (2011) *El Che quiere verte. La historia Jamás contada del CHE*. Buenos Aires. Zeta.

Brennan James P (2015) *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976*. Buenos Aires. Waldhuter editores.

Camarero Hernán (2011) “Claves para la relectura de un clásico” En *Estudios sobre los orígenes del peronismo*”. Murmis Miguel y Portantiero Juan Carlos. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Casco José (2008) “El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina (1974 1983)”, en *Apuntes de investigación del CECYP*. Año XII Numero 13.

Castañeda, J. (1989) *De cara al mundo la política exterior mexicana*. México: Planeta.

Celentano Adrian (2013) “Universidad y lucha de clases: La formación de las agrupaciones estudiantiles maoístas entre el Cordobazo y el retorno del peronismo al poder”. En las actas de las XIV Jornadas Interescuelas /Departamento de Historia. Mendoza. UNCuyo.

Cernadas Jorge (2005) “La vieja izquierda en la encrucijada”: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963)” En acta de las x Jornadas Interescuela departamento de Historia. Escuela de historia de la facultad de humanidades y arte. Universidad nacional de Rosario.

Coser L (1968) *Hombres de Ideas. El punto de vista de un sociólogo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Crenzel, Emilio (1991) *El Tucumanazo*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política, números 312 y 313.

- Crespo H. (1999) “Poética, Política, Ruptura”, En *Historia Crítica de la Literatura Argentina. La irrupción de la crítica*. Buenos Aires. Emecé Editores.
- Cavarozzi, Marcelo, (2012) *Autoritarismo y democracia (1955-1996) La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.
- Charle Christophe (1990) *El nacimiento de los intelectuales. 1890-1900*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Chartier Roger (2001) *El mundo como representación. Historia cultural: Entre práctica y representación*. España. Gedisa.
- De Diego, J. L. (2003) *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata. Ediciones Al Margen.
- De Diego José Luis (2010) “Los intelectuales y la izquierda en Argentina (1955 1975)” En *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol II. Buenos Aires.
- Del Barco, O. (1980). *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninista*. Puebla. UNAM.
- Delich, Francisco J. (1970) *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, Buenos Aires, Ediciones Signos.
- Del Olmo, Margarita. (2007) “Identidades remendadas: El proceso de crisis de identidad entre los exiliados argentinos en España”. En P. Yankelevich, S. Jensen (Comp.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.
- De Ipola Emilio (1999) *Investigaciones políticas*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- De Riz (1986) *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires. Hyspamérica.
- Devés Valdés, E. (2003) *El pensamiento Latinoamericano en el siglo XX*. Tomo II. Buenos Aires. Biblos.
- Dos Santos Theotonio (1970) *Dependencia y cambio social*. Santiago de Chile. Centro de Estudios Socio Economicos.
- Dosse, F. (2006) *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Valencia. Publicaciones de la Universidad de Valencia.

- Duval Natalia (1988) *Los sindicatos clasistas. SITRAC SITRAM en Córdoba*. Córdoba. Tiempo Nuevo.
- Elizalde Josefina (2009) *Intelectuales y política en la transición democrática. El grupo Esmeralda*. Tesis de Maestría. FLACSO. Mimeo.
- Flisfich, Àngel. (1981) “El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina”. En *Crítica y Utopía*. Número 8.
- Franco, Marina. (2006) “Narrarse en pasado. Reflexiones sobre las tensiones de algunos relatos actuales del exilio”. En *Sociedad*. Número 14.
- Furtado Celso (1972) *El mito del desarrollo económico*. México. Siglo XXI editores.
- Gago Verónica (2012) *Controversia: Una lengua del exilio*. Buenos Aires. Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- Garategaray Martina (2013) “Democracia, intelectuales y política. “Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura” en la transición política e ideológica de la década del ‘80” En *Revista Estudios*, número 29, enero-junio CEA-UNC.
- Germani Ana (2004) *Gino Germani: Del antifascismo a la sociología*. Buenos Aires. Taurus.
- Gilbert. I. (2009) *LA FEDE. Alistándose para la revolución*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Gilman Claudia (2003) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.
- Giunta, Andrea. (2008) *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Gonzalez Canosa Mora (2012) “Hacia la conformación de los dos grupos fundadores de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) Itinerarios políticos- ideológicos recorridos por sus militantes en las décadas del 60”. En actas del LASA Rio de Janeiro. 11-14 junio.
- González, Horacio Ed. (2000) *Historia crítica de la sociología argentina*, Buenos Aires. Colihue.

- Gordillo, Mónica. (2003) “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En: James, Daniel, ed. *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gunder Frank André (1970) *América latina: Subdesarrollo o revolución*. La Habana. Pensamiento crítico.
- Hinkelammert Franz (1970) *Dialéctica del desarrollo desigual*. Santiago de Chile. Siglo XXI editores.
- Hinkelammert Franz (1972) *Los orígenes del subdesarrollo*. Santiago de Chile. Siglo XXI editores
- Hinkelammert Franz (1975) *La acumulación capitalista a escala mundial*. México. Ediciones Era.
- Hofmeister, W. y Mansilla. H. C. F. (Eds) (2003) *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*. Santa Fe. Politeia.
- James, Daniel, ed. *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- James Daniel (2010) *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Buenos Aires. Sudamericana.
- King, John. (2007) *El Di Tella*. Buenos Aires. Asunto Impreso Ediciones.
- Kohan, N. (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Biblos.
- Labastida Julio (1985) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México. Siglo XXI editores.
- Laclau, E. (1978) *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid. Siglo XXI editores.
- Lacolla Enrique (2003) *El cine en su época: Una historia política del filme*. Buenos Aires. De la Flor.
- Lamonde Yvan (1998) “L'affaire Dreyfuss et Les conditions d'urgence de l'intellectuel vues des Ameriques” En *Trebitsch, M y Granjon M C. Pour une histoire comparée des intellectuels*. Bruselas. CNRS Editions.

Landi, Oscar (1988) “Cultura política en la transición a la democracia”. En *Crítica y Utopía*. Número. 10/11.

Lechner, Norbert (ed.) (1982). *¿Qué significa hacer política?* Lima: FLACSO.

Lechner, Norbert (1986) “De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur”. En *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista* Número 2.

Lenin V (2014) “Tesis de Abril”. En *Obras selectas*. Tomo 1. Buenos Aires. Ediciones IPS

Lesgart, Cecilia (2003) *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80’*. Santa Fe. Politeia.

Longoni Ana y Mestman Mariano. (2000) *Del Di Tella a “Tucumán Arde”*. Vanguardia artística y política en el 68 argentino. Buenos Aires, Eudeba.

Manheim K. (1963) *Ensayos sobre sociología de la cultura*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Margulis, Mario (1986). “Los argentinos en México”, en Alfredo Lattes y Enrique Oteiza (Coords.), *Dinámica migratoria Argentina (1955- 1984) Democratización y retorno de expatriados*. Buenos Aires, CEAL, vol. 1.

Marramao, G; Claudin, F; Vacca, G; Natoli, A; Bologna, S; Fano; E. Teló, M; De Felice, F; Sbarberi, F; Salvadori, m; Agosti, A. (1981) *La crisis del capitalismo en los años '20. Análisis económico y debate estratégico en la tercera internacional*. México. Ediciones Pasado y Presente.

Mauro Marini Ruy (1973) *Dialéctica de la dependencia*. México. Ediciones Era.

Masseti, Jorge R (1961) *Los que luchan y los que lloran*. Buenos Aires. S. D.

Massholder. A. (2013) *El partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*. Buenos Aires. Ediciones Luxemburg.

Miceli, Sergio (1995) *História das Ciências Sociais no Brasil*, Sao Paulo. Idesp, 2 Vols.

Miceli Sergio (2010) “Vanguardias literarias y artísticas en el Brasil y en la Argentina: Un ensayo comparativo”, En *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol II. Buenos Aires.

Mocca Edgardo. (2012) *Juan Carlos Portantiero. Un itinerario político e intelectual*. Buenos Aires. Ediciones Biblioteca Nacional.

Montaña Jimena (2012) “Reconstruir la trama democrática: El papel de revistas y centros de investigación en la articulación de redes intelectuales”. En las 2 Jornadas de investigadores en formación. Reflexiones en torno al proceso de investigación. Buenos Aires.

Montaña Jimena (2014) “Algunas consideraciones sobre el estudio de grupos intelectuales y proyectos políticos-culturales colectivos. El caso de la revista La Ciudad Futura. (1986-1998)” En el IV Taller de Historia Intelectual. Córdoba.

Moulián, Tomás (1983). *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago de Chile. FLACSO.

Moscona Gustavo (2013) *Peronismo e intelectuales. La experiencia de las Cátedras Nacionales en la Universidad de Buenos Aires en el período 1967-1974*. Tesis de Maestría. Mimeo.

Murmis Miguel (2004) “Materiales para una historia para una historia de la sociología en la Argentina”. Entrevista. En *Cuestiones de Sociología*. La Plata. Número 2.

Neiburg Federico y Plotkin Mariano Comps (2004) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires. Paidós

Noé Alberto (2006) *Utopía y Desencanto. Creación e Institucionalización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*. Buenos Aires. Miño y Davila editores.

Nun, José, Portantiero, Juan Carlos Comps (1987) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* Buenos Aires. Puntosur.

O'Donnell, G., Scmitter, P. y Whitehead, L, Comps (1989) *Transiciones desde un gobierno autoritario* Buenos Aires. Editorial Paidós.

- Ory, Pascal (1990) “¿Qué es un intelectual?”. En AA VV. Madrid Alianza.
- PALTI, E. (1998) *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Palti, E. (2005) *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Paramio, L. (1987) *Tras el diluvio; La izquierda ante el fin de siglo*. España. Siglo XXI editores.
- Pasado y Presente. AA VV. Buenos Aires. Ediciones biblioteca nacional.
- Patiño, R. (s/f) *Culturas en transición. Reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta*. Disponible en: <http://w.w.w.iacd.oas.org>.
- Pereyra Diego (2007) “Cincuenta años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contra-celebratorias para repensar la historia de la Sociología en la Argentina”. En *Revista Argentina de Sociología* Año 5, Numero 9.
- Petra Adriana (2010) “En la zona de contacto: Pasado y Presente y la formación de un grupo cultural”. En *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*. Agüero Ana Clarisa y Garcia Diego editores. La Plata. Ediciones al margen.
- Petra Adriana (2013) *Intelectuales comunistas en la Argentina*. Tesis doctoral. Mimeo.
- Piglia Ricardo (1963) “13 preguntas a Juan Carlos Portantiero”. En *Revista de la Liberación*. Año 1 Numero 1.
- Poggi, Gianfranco (1979) *Encuentro con Max Weber*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Poggi, Gianfranco (1978) *El desarrollo del Estado moderno*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.
- Ponza Pablo (2013) “El club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: Transición a una nueva cultura plural y democrática”. En *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. <https://nuevomundo.revues.org>.

- Ponza Pablo (2013b) “Juan Carlos Portantiero: democracia a treinta años de la transición. En Revista Páginas. Vol 5. Rosario
- Portantiero, J. C. (2012) *Realismo y Realidad en la narrativa Argentina*. Buenos Aires. Eudeba.
- Portantiero J.C. (1963) “Política y clases sociales en la argentina actual” En *Pasado y Presente*. Año 1 número 1.
- Portantiero J.C. (1964) “Un análisis marxista de la argentina”. En *Pasado y Presente*. Año 2 Numero 4.
- Portantiero J.C. (1961) “Qué es Cuba socialista? En *Che* año 1 número 18.
- Portantiero J.C. (1961) “Cuba: Detenerse es retroceder. Con el Che y Raúl, en Santiago de Cuba”. En *Che* año 1 número 19.
- Portantiero, J. C. (1979) “La democracia difícil, proyecto democrático y movimiento popular”. En *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*. Número 1.
- Portaniero J.C. (1979) “Transformación social y crisis de la política”. En *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*. Número 2.
- Portantiero J.C (1980) “Los dilemas del socialismo”. En *Controversia. Para un análisis de la realidad argentina*. Número 3.
- Portantiero, Juan Carlos y De Ípola Emilio (1980) “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En *Controversia. Para un análisis de la realidad argentina*. Número 6.
- Portantiero J.C (1981). “Socialismo y política en América Latina”. En *Estado y política en América Latina*. (comp.), Lechner, Norbert México. Siglo XXI editores.
- Portantiero, Juan Carlos y Nun, José (eds) (1988) *Ensayos sobre la transición democrática*. Buenos Aires. Puntosur.
- Portantiero J. C. (1988) *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Portantiero Juan Carlos (1991), “La generación de instituciones”. En *El ojo mocho*, Buenos Aires, s/d, número 4.

Portantiero, Juan Carlos (1996) “Economía y Política en la crisis argentina. 1958-1973”. En Ansaldi, Waldo y Moreno, José Luis (Eds.), *Estado y sociedad en el pensamiento nacional. Antología conceptual para el análisis comparado*. Argentina. Cántaro.

Portantiero J.C. (1999) *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo.

Portantiero, Juan Carlos (2000) *El Tiempo de la Política: Construcción de mayorías en la evolución de la democracia argentina 1983-2000*. Buenos Aires. Temas Grupo Editorial.

Pucciarelli, Alfredo, Coord (2006) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires. Siglo XXI.

Quijano Anibal (1970) *Imperialismo y marginalidad en América Latina*. Texas. Azul editores.

Quadrat S. (2007) “Exiliados argentinos en Brasil: Una situación delicada”. En P. Yankelevich, S. Jensen (Comp.) *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.

Reano Ariana (2012) “Controversia y La ciudad Futura: Democracia y socialismo en debate” En *Revista Mexicana de Sociología*. Año 74, Numero 3. Julio Septiembre. México. UNAM.

Ribadero Martín (2014) “Jorge Abelardo Ramos y América Latina. Los orígenes discursivos de la “Izquierda Nacional” argentina”. En *Jahrbuch Fur Geschichte Lateinamerikas*. s/d.

Ridenti Marcelo (2010) “Artistas e intelectuales brasileños de 1960 y 1970: cultura y revolución”, En *Historia de los intelectuales en América Latina*. Altamirano Carlos (Dir) Vol. II. Buenos Aires. Katz.

Rodriguez Monegal Emir (1956). *El juicio de los parricidas: La nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires. Decaulión.

Rot Gabriel (2000) *Los Orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Waldhuter Editores.

Rubinich Lucas (1999) “Los sociólogos intelectuales: Cuatro notas sobre la sociología en los 60” En *Apuntes de investigación del CECYP*. Año III Numero 4. Junio.

Sabato Ernesto (2004) “El otro rostro del peronismo” En *Obras completas Volumen 1*. Buenos Aires. Anagrama.

Saitta Sylvia (2011) “Homenaje a David Viñas” En *Entrepassados. Revista de historia*. Número 36-37, año 19. Primer Semestre de 2011.

Sarlo, Beatriz, (2001) *La batalla de las ideas (1943-1973)* Buenos Aires. Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII.

Sazbon J. (2009) “El desarrollo de la ‘intellectual history’ y la problemática histórico-filosófica”.

En Sazbon, J., *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Sigal, Silvia, (2002) *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Skinner, Q. (2007) *Lenguaje, política e historia*, Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.

Soares Arrosa, María Susana (2003) “Un nuevo escenario anticapitalista. Entrevista a Aníbal Quijano”. En *Intelectuales latinoamericanos ayer y hoy*. Santa Fe: Politeia.

Sunkel Osvaldo y Paz Pedro (1970) *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México. Siglo XXI editores.

Sznajder, M., Roniger, L. (2007) “Un extraño sitio de exilio para la izquierda argentina: Israel”. En P. Yankelevich, S. Jensen (Comp.) *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.

Tarcus Horacio (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires. Emece.

- Terán Oscar (1993) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires. Ediciones El Cielo por Asalto.
- Terán Oscar (Coord) (2005) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires. Siglo XXI editores.
- Torre J C (2004) *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno. Argentina 1973-1976*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Torre J.C. (1990) *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires. UNTREF.
- Tortti M C (1994) “Las divisiones del partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda”. En Camarero H. y Herrera C. M. (Edit.) (2005) *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires. Prometeo.
- Tortti. M. C y Chama M (2006) “Los nudos políticos e Intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero”. En *Cuestiones de sociología. Revista de Estudios Sociales*. Buenos Aires. Prometeo Libros.
- Tortti. M. C (2013) Compiladora. *Che. Una revista de la nueva Izquierda*. Buenos Aires. Ediciones del CEDINCI
- Trímboli, J. (1988). *La izquierda en Argentina*. Buenos Aires. Manantial.
- Velazco Abad Fernando (1972) *Ecuador: Subdesarrollo y dependencia*. Ecuador. Corporación editora nacional.
- Victoria, Marta S (2013) “El rol político, social y cultural del intelectual en la literatura, de Héctor Pablo Agosti (1951- 1963)”. En X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Weber, Max (1980) *Escritos Políticos*. México. Folios.
- Weber, Max (1996). *El político y el científico*. Madrid. Alianza.
- Williams, R. (2000) 1977. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Williams, R. (1981) *Contact: Human Communication and Its History*. London. Thames And Hudson. Edits.
- Yankelevich, P. Coord (2002) *México, País refugio: La experiencia de los exilios en el siglo XX*. México: INAH y Plaza y Valdés.

Yankelevich, P (2004) *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*. Buenos Aires. Editorial Al Margen.

Yankelevich, P y Jensen. S (2007) *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.

Zarowsky Mariano (2012) *Del laboratorio chileno a la comunicación mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires. Biblos.

ENTREVISTAS

Lucas Rubinich.

Carlos Altamirano.

Juan Carlos Portantiero.

Oswaldo Pedroso.

Sergio Bufano.

Jorge Tula.

Maria Alicia Gutierrez.

Ernesto Filippi.

Gastón Burucua.

